

JORGE MORENO EGAS

# DEL PÚLPITO AL CONGRESO

EL CLERO EN LA REVOLUCIÓN QUITAÑA



Biblioteca del  
Centenario de la  
Independencia

27

**Quito**  
DISTRITO  
METROPOLITANO

AUGUSTO BARRERA GURADERAS

**Alcalde del Distrito Metropolitano de Quito**

MIGUEL MORA WITT

**Secretario de Cultura del Distrito Metropolitano de Quito**

MARGARITA ROMO PICO

**Directora Ejecutiva del Instituto Metropolitano de Patrimonio**

**DEL PÚLPITO AL CONGRESO**

**El clero en la revolución quiteña**

Jorge Moreno Egas

**INSTITUTO METROPOLITANO DE PATRIMONIO**

Venezuela y Chile / PBX (593-2) 3996300

[www.patrimonioquito.gob.ec](http://www.patrimonioquito.gob.ec)

Quito, Ecuador

Consultor editorial:

**Alfonso Ortiz Crespo**

Corrección de texto:

**Sofía Luzuriaga Jaramillo**

Ficha catalográfica

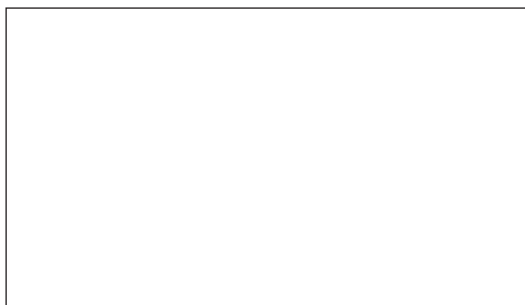
Diseño y realización:

**María Belén Salazar**

Impresión:

Impreso en Ecuador

Primera edición, 2011



PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL SIN AUTORIZACIÓN





## TABLA DE CONTENIDO

PRESENTACIÓN .....	7
De los alcances de este trabajo .....	11
INTRODUCCIÓN .....	15
1- La Iglesia quiteña en la Colonia .....	25
2- La Ilustración y el clero .....	34
3- La Sociedad Económica de Amigos del País, la Escuela de la Concordia y el “Plan de Eugenio Espejo” .....	42
4- El clero en la conspiración y en la revolución del 10 de agosto de 1809 Anexo 1: Acta de exclamación de Cuero y Caicedo .....	52 66
5- La prisión de los curas .....	70
6- El 2 de agosto de 1810 y la presencia de los religiosos .....	78
Anexo 2: Sermón a propósito del 2 de agosto de 1810. Cuarta parte. Llanto histórico .....	79
7- El clero en la segunda revolución quiteña: la llegada de Carlos Montúfar, el Congreso Supremo, la aprobación de la constitución de 1812 y la defensa de la autonomía de Quito .....	117
Anexo 3: Acta del Congreso de Quito del 11 de diciembre de 1811 .....	136
8- El obispo de Quito José Cuero y Caicedo y la defensa de Quito .....	142
Anexo 4: Parecer del Fiscal de la Audiencia de Quito, don Víctor Félix de San Miguel sobre la actuación del Obispo de Quito, Ilustrísimo doctor José Cuero y Caicedo. ....	164
9- El clero rebelde y el papel del púlpito .....	183
REFLEXIONES FINALES .....	216
BIBLIOGRAFÍA .....	226



## PRESENTACIÓN

La conmemoración de los bicentenarios de los hechos ocurridos en Quito en 1809 y 1810 ha supuesto una excelente oportunidad para que muchos volvamos nuestras miradas a la época de la revolución quiteña en busca de nuevos datos, nuevas lecturas y nuevas interpretaciones. A pesar de que el interés por este período ha dado como resultado una extensa bibliografía, una prueba de que no todo estaba dicho es *Del púlpito al congreso. El clero en la revolución quiteña*.

El historiador Jorge Moreno Egas presenta en este libro su doble faceta de catedrático y de investigador. A lo largo de su vida profesional ha combinado a la perfección esas dos tareas -algo difícil de encontrar en nuestro medio- y el resultado está a la vista en un texto didáctico que incluye valiosísimas fuentes primarias inéditas.

El autor profundiza en el comportamiento de unos actores sociales que tuvieron un rol protagónico y muy influyente en el Quito rebelde: los clérigos. Cuando se produjo el levantamiento revolucionario en 1809, la Iglesia mantenía un peso enorme y era un elemento de cohesión social. Uno de los claros frentes de lucha fue la defensa de la religión, frente al proyecto anticlerical de Napoleón Bonaparte.

El estudio de este amplio sector de la sociedad se hacía necesario para analizar desde su óptica el desarrollo de los hechos y entender además cómo se fueron difundiendo nuevas ideas y noticias. Es indudable que una de las maneras más efectivas de influir en la opinión pública, tanto a favor como en contra de la revolución, fue a través del púlpito, es decir, en los sermones: “El sermón fue el recurso más común, a veces único, para difundir ideas, noticias, crear opinión pública y para alabar o cuestionar a las autoridades”.

Si bien el clero quiteño estuvo dividido entre los que apoyaban la revolución y aquellos que la atacaban, definitivamente jamás fue indiferente ante lo que ocurría. Quizás en agosto de 1809 no apoyó abiertamente el cambio de gobierno

pero a medida que la reacción realista contrarrevolucionaria se iba radicalizando, la postura de los religiosos regulares y seculares en Quito se fue volcando claramente a favor de la insurgencia.

El detenido análisis de la actitud y la intervención del obispo José Cuero y Caicedo en todo el proceso de 1809 a 1812 resulta crucial para entender la evolución de las posturas y la toma de partidos, según las diferentes coyunturas que se iban presentando. Al ser la cabeza y el representante del clero, su manera de pensar marcó pautas a clérigos y a los feligreses en general. Su papel político fue decisivo.

Jorge Moreno nos brinda una completa visión de conjunto del sector clerical y hace una minuciosa referencia al accionar del obispo de Quito; pero va más allá. Al haber recopilado un listado de más de 150 religiosos, tanto seculares como regulares, da nombres y apellidos a aquellos individuos de sotana que, en papeles más o menos visibles, engrosaron las filas de los insurgentes.

Por otra parte, uno de los mayores aportes de este trabajo, es sin lugar a dudas la transcripción y reproducción de un texto fascinante y vital para comprobar, de una vez por todas, una verdad que ya desde 1810 fue denunciada por los testigos de los acontecimientos. De acuerdo al texto inédito de un sermón que quizás nunca se pronunció, en memoria de las víctimas que murieron en el cuartel y en las calles quiteñas, “la matanza fue el resultado de una conspiración promovida por funcionarios del gobierno”. Ellos descubrieron que los revolucionarios planeaban atacar el cuartel el día 6 de agosto, y conocieron también la señal que utilizarían para convocar al pueblo. Decidieron adelantarse divulgando un falso rumor y ejecutaron la señal convenida -el doblar de las campanas- al mediodía del 2 de agosto. Como consecuencia, el asalto popular para liberar a los presos no tuvo éxito y la violenta reacción de los soldados ocasionó alrededor de trescientas muertes.

La lectura de este y otros textos salpicados a lo largo de la obra, llevarán con seguridad a los lectores a situarse en el contexto de diferentes momentos del proceso histórico.



Como el propio autor lo señala claramente en los alcances de su trabajo, el tema fundamental es el papel del clero insurgente. Después de sumergirnos en los pensamientos, las inquietudes, las intenciones y las actuaciones de los clérigos que apoyaron la revolución quiteña, surge la obligada necesidad de conocer la historia de la otra parte coprotagonista de los hechos: la del clero realista. Jorge Moreno queda en deuda con sus alumnos, con sus amigos historiadores y con todos sus lectores. Estamos desde ya a la espera de los nuevos resultados de sus investigaciones que serán, con seguridad, aportes tan valiosos como el que hoy nos presenta.

Quito, enero de 2011

**María Antonieta Vásquez Hahn**

“Por limitadas que sean las metas manifiestas de una revolución, ésta ha de producir grietas en la mampostería del sistema eterno para que brille a través suyo la luz de la nueva Jerusalén. Cuando cae la Bastilla quedan en suspenso los criterios normales acerca de lo que se puede realizar en la tierra, y los hombres y mujeres bailan con naturalidad en las calles anticipando la utopía. Por eso los revolucionarios se presentan con una aureola milenarista, por sobrias e incluso modestas que puedan ser sus propuestas reales.”

HOBBSBAWM, Eric: *Gente poco corriente*,  
Crítica Libros de Historia, Editorial Crítica S. A.,  
p. 11, Barcelona 1999

## DE LOS ALCANCES DE ESTE TRABAJO

Al organizarse el modelo colonial español en América, desde el siglo XVI, se impuso la estructura estamental que se había ido construyendo en la Península Ibérica a lo largo de siglos desde la época de la reconquista. Esa organización social en el Nuevo Mundo se fue matizando con el surgimiento de las castas, producto de las distintas formas de mestizaje y con la pervivencia de indígenas, europeos y afrodescendientes, lo que dio origen al nacimiento de un nuevo conglomerado social vinculado al mundo de Occidente: el hispanoamericano. Nobleza, clero y pueblo, por un lado, españoles, blancos, indígenas, mestizos, negros, zambos y mulatos por otro, eran referentes de pertenencia y de origen claramente identificados en la sociedad de la época en la que se desenvolvía la vida de hombres y mujeres. El clero fue uno de los estamentos más poderosos e importantes de los siglos coloniales por la injerencia vertical que en lo doctrinario y moral tuvo sobre la sociedad, por el manejo de una amplia variedad recursos económicos y por la actividad cultural.

En el momento en que se iniciaron los procesos independentistas que llevaron a la separación de la Real Audiencia de Quito del imperio colonial español, un sector significativo del clero quiteño formaba parte de los sectores de la sociedad que presionaron por el autonomismo, y fomentaron la independencia de España. Individuos del clero, regular y secular, actuaron en el desarrollo de los acontecimientos desde la etapa preparatoria.

Este trabajo de ninguna manera pretende ser exhaustivo ni agotar el tema; aspira más bien a presentar una visión de conjunto sobre la presencia del clero en la independencia de Quito. Estamos conscientes de que no puede haber una versión definitiva y completa de los hechos y procesos del pasado, la Historia como ciencia obliga a una constante relectura de los acontecimientos para rectificar errores, ofrecer nuevas interpretaciones y ampliar conocimientos.

Este estudio no es un catálogo de todos los eclesiásticos que intervinieron, a favor de las revueltas o en contra de los movimientos independentistas. La dispersión y los vacíos de las fuentes documentales primarias sobre la época y sobre el

tema de estudio solamente permiten hablar de un intento de construcción de un repertorio de religiosos que tuvieron una clara actuación a favor de los movimientos autonomistas e independentista, y de los que respaldaron la vigencia del régimen colonial. Por esta vez hemos dado preferencia a lo primero, o sea a aquellos curas y frailes que se adhirieron a la causa americana. La temporalidad de análisis está centrada en los años de lucha de los gobiernos, de corte criollo, que se constituyeron sucesivamente en Quito a partir del establecimiento de la Junta Suprema en 1809 hasta la llegada el presidente Toribio Montes en 1812.

Tampoco se trata de una revisión sobre el pensamiento de la Ilustración que contribuyó, desde la segunda mitad del siglo XVIII, con sus ideas filosóficas y políticas a acelerar el proceso independentista quiteño; varios autores nacionales y extranjeros se han ocupado ya y con mucha solvencia sobre el tema<sup>1</sup>.

No es nuestra intención sostener que las ideas independentistas y autonomistas provinieron y se difundieron exclusivamente por la acción del clero quiteño. Queremos más bien explicar que los eclesiásticos trabajaron junto a la sociedad civil, conformando un grupo claramente definido que buscaba alcanzar las mismas metas y objetivos: primero la autonomía administrativa y, más tarde, la independencia. No analizaremos la posición del clero quiteño frente al liberalismo. Independencia y liberalismo para el sector clerical quiteño de la época no son lo mismo, no hay indicios claros de que nuestros religiosos hayan entrado en el debate de las ideas filosóficas y políticas del liberalismo. Habrá que esperar hasta el nacimiento de la República para conocer cuál fue la posición de los eclesiásticos, entonces ya ecuatorianos, frente al pensamiento liberal.

En este estudio, tomamos en cuenta a los religiosos que más atención han recibido de parte de la Historia. Paralelamente queremos dar a conocer la labor poco conocida y ponderada de numerosos curas de parroquia, curas de pueblo y frailes doctrineros que actuaron en la época.

---

1 Ver por ejemplo los trabajos de Samuel Guerra Bravo (1976), Carlos Paladines Escudero (2009), Arturo Roig (1984) o Ekkehart Keeding (2005).

Corrientes interesadas han pretendido presentar al clero colonial como un sector compacto de la sociedad que se opuso unánime y en forma radical a los movimientos independentistas. Nada más falso. Las investigaciones que se han realizado a lo largo de los últimos años, especialmente aquellas que se han ocupado sobre Eugenio Espejo, la Ilustración, sobre Historia de las Ideas o Historia de la Iglesia Ecuatoriana, demuestran lo contrario. Confirman que en el sector clerical, como en el resto de la sociedad, se observó diversidad de opinión lo que trajo como consecuencia división al interior del estamento eclesiástico. Y es precisamente esa división de criterio, ese discrepar en el pensar dentro del clero lo que explica que los religiosos tenían libertad de opinión, libertad para leer obras de autores de la época ajenos al mundo español, libertad para instruirse sobre el pensamiento filosófico y político moderno, e informarse de lo que acontecía dentro y más allá de las fronteras del imperio español. Esta libertad les permitió elegir y actuar dentro de la corriente que cada cual estimó como la mejor y la más justa. Otros se mantuvieron indecisos. Los conventos quiteños de los regulares se transformaron en espacios de tensión en los que convivían frailes de distinta manera de pensar frente a las nuevas ideas políticas y frente a los acontecimientos libertarios. Igual cosa hay que decir sobre las aulas de las instituciones de formación superior, la Universidad y el Seminario, en las que junto a los religiosos concurrían para el estudio alumnos seculares. Desde la cátedra, en las universidades y colegios, orientando y convenciendo a la juventud y, desde el púlpito de las iglesias urbanas o rurales levantando a los vecinos, o junto a los tribunos del pueblo, o como capellanes de tropa, el clero con su oratoria y con palabras de ánimo orientó la opinión del público hacia alguna tendencia en aquellos días de desorientación y desconcierto por los que atravesó la sociedad quiteña.

Como quedó dicho, este trabajo tiene el propósito de ofrecer una aproximación general sobre la presencia del clero quiteño en la independencia. De ninguna manera se pretende analizar en forma global todos los aspectos y pormenores que formaron el telón de fondo del movimiento revolucionario quiteño que se desarrolló entre 1809 y 1812, y sus consecuencias. Se ha preferido dar atención al clero que participó abiertamente a favor de la rebelión, el tema del clero que se opuso a esos movimientos queda pendiente para una revisión más detenida.



## INTRODUCCIÓN

Cuando se produjeron las revueltas independentistas quiteñas, la sociedad colonial no tenía claros los conceptos ni los alcances filosóficos y políticos que guiaban a los conspiradores. Fue una etapa de confusión, incertidumbre y vacilación que dividió a los habitantes. En un mismo vecindario, unos eran decididos simpatizantes de la revolución, otros se pronunciaron leales al orden vigente, y hubo también indiferentes. A distancia de dos siglos de los acontecimientos, es forzoso hacer una revisión para comprender a los hombres y a las mujeres de aquel tiempo, que como actores de una época se movieron dentro de esa confusión, entre la vacilación y certeza de convicciones. Pocos fueron sin duda los que tuvieron claro, desde el comienzo, los significados y alcances de las ideas de libertad política, independencia, democracia, autonomía, república, federalismo, congreso, representatividad, y aun de lo era la monarquía absoluta. Debió ser difícil al inicio visualizar una forma de gobierno separada y distinta de la monarquía a la que habían estado acostumbrados, de ahí que buscaban al rey.

El explicar desde la Historia nos obliga a ubicarnos en el tiempo y sus circunstancias, alejados de los parámetros patriotericos con que se valoró a esos hombres y a esas mujeres dentro de la historiografía ecuatoriana decimonónica, manera de interpretar que tuvo influencia hasta bien avanzado el siglo XX. Dentro de estas consideraciones se debe colocar al clero colonial y entender sus actuaciones, precisamente, dentro de ese marco de incertidumbres, vacilaciones y certezas, sin perder de vista que el sector eclesiástico fue un segmento de la sociedad colonial con derechos y privilegios, y estrechamente vinculado con todo el entorno social.

A lo largo del siglo XVIII se produjo una serie de levantamientos en distintos puntos de las colonias españolas del Nuevo Mundo. La explotación colonial precipitó la reacción de los sectores sociales más oprimidos. En el Perú, el levantamiento del indígena José Gabriel Condorcangui (1780-1781) -más conocido como Tupac Amaru II- tuvo repercusión en la región andina por sus características revolucionarias. Contó con un amplio respaldo de las poblaciones indígenas y también de un

sector de los criollos. El levantamiento de los Comuneros de Nueva Granada de 1781 también fue de gran significación.

La jerarquía eclesiástica del Arzobispado de Lima se encontró ante el dilema de respaldar las justas exigencias de la población o de mantener la lealtad ante las autoridades oficiales. Así, se pronunció por la defensa de los intereses de la Corona, pero sectores del bajo clero apoyaron el movimiento de Tupac Amaru. Esta sería la actitud característica que definiría la actuación del clero durante la independencia.

No se puede llegar a un juicio objetivo de la actitud de la jerarquía y del clero en general durante los años de lucha por la independencia, si no se toma en cuenta las circunstancias de la escena política europea. Para entender la actitud del clero durante los procesos independentistas es necesario considerar el complejo panorama político de Europa y su repercusión en América. Dentro de la historiografía, ha sido frecuente enjuiciar sin el debido análisis la posición de la Iglesia. Lo usual ha sido dividir al sector clerical de manera simplista en revolucionarios y en realistas, desligando a esos actores de su propio entorno para definir su comportamiento en una coyuntura que estuvo marcada por la confusión. No se ha ponderado lo que era posible en aquellos años en lo administrativo y en lo militar, ni lo que se pensaba deseable tanto en el ámbito político como en el campo religioso. Tampoco se ha sopesado el entorno personal de los individuos del clero que figuraron en los enfrentamientos de la época para poder comprender sus actuaciones.

La alianza suscrita en 1804 entre Francia y España en contra de Inglaterra, determinó las condiciones en el occidente de Europa para el bloqueo continental decretado por Napoleón Bonaparte en 1806. De la influencia napoleónica solamente escapaba el reino de Portugal que mantenía flujos comerciales con Inglaterra desde comienzos del siglo XVIII. El Tratado de Fontainebleau de 1807 suscrito entre Francia y España estableció el reparto por igual de los territorios portugueses entre las dos potencias firmantes, lo que trajo como resultado la ocupación francesa de Portugal. Inglaterra protegió la fuga a Río de Janeiro de la familia real lusitana y su corte, acompañada de numerosas familias de la nobleza. La política exterior inglesa hacia América Latina estuvo determinada por los efectos del bloqueo continental



y sobre todo por las perspectivas comerciales. La monarquía portuguesa, una vez instalada en Brasil, correspondió la ayuda británica con la apertura de los puertos brasileños, con el derecho de estacionamiento de una división naval inglesa en Río de Janeiro, y con la suscripción de un tratado comercial en 1810 que incluía ventajas fiscales para las mercaderías inglesas (Prien, 1985: 366-367).

La monarquía española atravesaba una de las peores crisis de autoridad en el seno mismo de la familia real, agravada luego por la invasión de Bonaparte. En 1808 se recibió en América la noticia de que Carlos IV había sido depuesto y que había sido reemplazado por su hijo Fernando, VII de ese nombre dentro de la línea de sucesión de la monarquía hispana. Se supo también, poco tiempo después, que el nuevo rey había acudido a una cita con Napoleón que trajo como resultado la abdicación forzada, tanto de él como de su padre, al trono de España. La familia real española aceptó permanecer en el exilio en Bayona mientras que José Bonaparte tomaba posesión del trono español y sus tropas invadían gran parte de la Península Ibérica.

Ante la ausencia de autoridad real legítima, el pueblo español se organizó para independizarse de la influencia napoleónica. En 1808, en los territorios no ocupados por fuerzas francesas, se formó una Junta Suprema que asumió la organización de la resistencia contra el invasor, y organizó un gobierno provisional hasta el retorno de rey. En 1809 la Junta Suprema pactó con Gran Bretaña para luchar contra Napoleón, lo que significó a su vez el inicio de la presencia inglesa que contribuiría al debilitamiento del imperio colonial (Prien, 1985: 367). El hecho de que el pontífice Pío VII fuera declarado prisionero de Francia entre 1809 y 1814 tuvo trascendencia internacional. La autoridad suprema de la cristiandad católica había perdido su libertad, estaba en manos de Bonaparte, que representaba al anticlericalismo, situación que inquietaba a la sociedad católica.

En las colonias no se sabía si había que someterse o colaborar con la Junta Suprema organizada en la Península. Dentro de este contexto de incertidumbre y de ausencia de la autoridad real legítima, se conformaron juntas en Chuquisaca, La Paz, Montevideo, Charcas, Quito y México. Desde el siglo XVI, desde tiempos de

los Reyes Católicos, Las Indias estaban sujetas a los reyes castellanos y a sus descendientes, pero estando vacante el trono, en América se pensó que las juntas coloniales podían representar a Fernando VII como lo hacía la Junta Suprema en España. Las juntas americanas -con excepción de la de México- depusieron a las autoridades españolas e insistieron en reclamar su derecho para gobernar soberanamente sus territorios a nombre del rey.

En 1810 la crisis en la Península se agravó con la disolución de la Junta Suprema lo que puso fin a su vinculación con América. Frente a la legitimidad de autoridad que reclamaba el Consejo de Regencia que sustituyó a la Junta Suprema, las juntas americanas tomaron una orientación autonomista pero sin dejar de respaldar a Fernando VII. Se convocó a Cortes españolas en la ciudad de Cádiz. Tan sólo la tercera parte de sus representantes provenía de territorios de Ultramar, a pesar de que representaban a los conglomerados humanos más numerosos del reino. No obstante, los representantes americanos exigieron para sí mayor representatividad en las Cortes, pero sus aspiraciones fueron rechazadas por los peninsulares con argumentos de carácter étnico, que hacían alusión a la inferioridad humana de los individuos nacidos en las colonias. Los americanos eran indios, negros y mestizos, por tanto, personas de segunda categoría.

En 1812 las cortes aprobaron una Constitución con claro contenido y lineamientos progresistas. En esta se suprimieron muchos de los derechos nobiliarios y eclesiásticos, se determinó que la monarquía se sustentaba en la soberanía popular, se mantuvo la tradición religiosa española al asentar a la religión católica como la única religión de Estado. No obstante, ese cuerpo legal en nada contribuyó para mantener el imperio colonial, porque las colonias americanas estaban ya orientadas hacia la emancipación. En 1814 Fernando VII reasumió el trono, derogó la Constitución de Cádiz y restauró el régimen absolutista. El Congreso de Viena significó el fin de la época de la revolución francesa. Pío VII retornó a Roma y restauró la Compañía de Jesús, en 1816 publicó la encíclica *Etsi longissimo* en la que pidió a los obispos de América alertar a los fieles sobre los peligros de la rebelión y exaltar las virtudes de Fernando VII (Prien, 1985: 369-371).

El desenlace del proceso de independencia de las colonias españolas en América arrancó con la invasión de Napoleón Bonaparte a España. El imperio español perdió a sus autoridades legítimas y la Metrópoli quedó aislada de sus colonias dando lugar a una crisis de autoridad frente a todos los súbditos. Para los habitantes de Hispanoamérica, la salida de los Borbones del trono español fue una oportunidad, en un primer momento, para buscar y legitimar la autonomía administrativa y económica, y más tarde, ante el rechazo de sus aspiraciones y propuestas, para optar por las armas para luchar por la independencia política. Los hispanoamericanos estaban conscientes de su identidad, de sus derechos, de sus propios intereses y también de la marginación. La opinión generalizada entre los europeos era que los habitantes de Las Indias eran distintos y diferentes, eran americanos y no españoles lo que había traído un desequilibrio en igualdad de oportunidades para todos, inclusive al interior del clero. El clero estaba informado de los acontecimientos de Europa, no permaneció ajeno e indiferente ante los sucesos, al contrario, intervino y tomó partido.

Desde los inicios de la vida colonial el sector eclesiástico americano se constituyó como un estamento privilegiado y poderoso. A pesar de estar sujeto al Real Patronato, el clero gozó de inmunidades y privilegios; la sociedad civil le fue sumisa, solidaria y respetuosa; logró acumular grandes extensiones de tierras laborables en las que se diversificó la producción del sector agrícola; fue dueño de otros medios de producción artesanal y manufacturera; captó capitales y tuvo el dominio y el control ideológico como base de su poder. La Iglesia ejerció vigilancia absoluta en materia religiosa. La religión como elemento cultural estuvo presente en todos los momentos de la vida del sujeto de aquella época. La Iglesia monopolizó la educación, la beneficencia y los medios masivos de difusión: sermones, fiestas, imprenta, artes visuales. El sermón fue el recurso más común, a veces único, para difundir ideas, noticias, crear opinión pública y para alabar o cuestionar a las autoridades.

Ese conjunto de bienes materiales en poder del clero fue precisamente el poco de atención de importantes reformas del período borbónico, a las que se unió el deseo de sujetar más a los religiosos al poder secular, invocando los derechos propios del regalismo. Medidas tomadas a lo largo del XVIII -como la expulsión de

los jesuitas del imperio español, seguida de la estatización de todos sus bienes, la vigilancia cada vez mayor al clero criollo, la afectación a los bienes de la Iglesia y la disminución de los privilegios eclesiásticos- fomentaron en amplios sectores del clero americano descontento y el deseo de autonomía.

La Iglesia indiana estuvo controlada por la Corona a través del Patronato Real, los obispos y el alto clero eran pensados como funcionarios públicos cuya obligación más importante eran responder con fidelidad a los intereses de la Corona que los había nombrado para ejecutar y sostener su proyecto estatal: la evangelización y la orientación religiosa del Nuevo Mundo dentro de los principios y los esquemas de la Iglesia Católica. El sacerdocio era entendido más como una carrera que como una vocación que debía servir para esos propósitos. El sacerdote era un profesional que prestaba servicios a cambio de un honorario. Para la época, el clero americano enfrentaba crisis de autoridad y de unidad, estaba dividido en criollos y peninsulares, cada grupo con sus propios intereses y deseos de poder. La aplicación de la alternativa,<sup>2</sup> como mecanismo equilibrador de la administración de las órdenes religiosas, no siempre había logrado sus propósitos y los resultados que se buscaban; al contrario, en varios lugares había fomentado divisiones más profundas, recelos, rechazos y hasta persecuciones violentas entre frailes de una misma casa. La queja frecuente del clero criollo fue la discriminación en la distribución de beneficios y en la elección de dignidades conventuales. No obstante, al momento de suscitarse las revueltas, ni el clero criollo ni el peninsular se manifestaron en un mismo sentido. Hubo religiosos criollos que se opusieron a las sublevaciones, hubo religiosos peninsulares que simpatizaron con la independencia, y hubo también indiferentes.

Según John Lynch, el proceso revolucionario hispanoamericano fue un hecho repentino, violento y general, tras el cual en tan sólo quince años el imperio colonial español en América quedó reducido a dos islas, Cuba y Puerto Rico. La invasión de Napoleón Bonaparte a la Península Ibérica fue tan sólo el estímulo, no la causa, que hacía falta para llegar a la etapa final de un proceso largo en el cual los pueblos

---

2 La alternativa se refiere al derecho que tenían las comunidades religiosas de elegir para un período a un religioso criollo y, para el siguiente período, a un peninsular.

hispanoamericanos habían ido construyendo su propia identidad y habían ido reconociendo los derechos que como sujetos autónomos y libres les pertenecían. Las reformas borbónicas modificaron la administración del imperio colonial aplicando controles de distintas clases que consolidaron la dependencia de las colonias de la periferia. Esas reformas y esos controles afectaron los intereses locales, alteraron el equilibrio de la sociedad colonial y, con el andar de los años, se transformaron en una fuerza que aceleró el derrumbe del sistema colonial español.

A lo largo del siglo XVII, se había ido conformado y robusteciendo una elite criolla terrateniente cuyos intereses no coincidían necesariamente con los de la Metrópoli. Fue un grupo poderoso en lo económico y social, que no logró formalmente el control político local, pero fue una fuerza que tuvo que ser tomada en cuenta por los representantes de la Corona en las colonias para el ejercicio de sus funciones. Las autoridades coloniales se movían entre los intereses de esa elite y los intereses del Estado. Los intereses de las elites criollas estaban relacionados con la propiedad de la tierra, las actividades mineras y el comercio. Sabían cómo utilizar la mano de obra, los vínculos de parentesco y las alianzas con la burocracia colonial, compraban cargos, lograban beneficios fiscales y, al no respetar las limitaciones comerciales, fomentaban el contrabando. El poco control peninsular y la autosuficiencia de las colonias fueron dos elementos que propiciaron el fortalecimiento de ese grupo poderoso a lo largo del XVII (Lynch, 2007: 8-13).

Las reformas introducidas por Carlos III se orientaron hacia la centralización del gobierno, la reforma administrativa, el incremento de los rendimientos del sector agrícola, el reajuste fiscal, el aumento de la producción industrial y la promoción y la protección del comercio. Los Borbones establecieron un gobierno absolutista: las tasas fiscales no se negociaban, ni se cuestionaban, el habitante de las colonias debía entender que estaba dentro de un sistema económico único, el del imperio. Las reformas del siglo XVIII dieron lugar a un período de crecimiento de la burocracia colonial: se crearon nuevos virreinos y nuevas unidades administrativas, aparecieron más y nuevos funcionarios, entre ellos los intendentes que fueron los responsables de llevar a la práctica nuevos métodos de gobierno. El resultado fue una supervisión y una vigilancia cada vez más estrecha de la población americana

(Lynch, 2007: 14-16). Como resultado de la aplicación de las reformas y de los cambios en los sectores productivos, hubo disminución en el monto de los valores que, por impuestos, correspondían a la Corona. A esto se sumó la caída de la explotación minera, el pago de los gastos de la numerosa burocracia administrativa -aumentada también como un resultado de las reformas-, el solventar los costos de defensa y en la inversión en otros sectores.

Al fortalecer la administración estatal, los Borbones debilitaron a la Iglesia cuando aplicaron la teoría del regalismo<sup>3</sup>. La Iglesia colonial había venido disfrutando de privilegios a los cuales se oponía la política regalista borbónica. El clero detenía riqueza invertida en varios sectores productivos y gozaba de inmunidad de la jurisdicción civil. La expulsión de la Compañía de Jesús en 1767 significó la salida de América de numerosos individuos activos, preparados y calificados para el ejercicio de sus funciones, muchos de ellos criollos. No todas las labores educativas, pastorales y misionales que venían desempeñando fueron reasignadas a otros religiosos o asumidas por otras comunidades regulares o por elementos del clero secular. Por otra parte, el reformismo borbónico intentaba colocar al clero bajo la jurisdicción de los tribunales seculares y reducir sus inmunidades y privilegios. El clero no reaccionó contra el regalismo pero se sintió afectado gravemente cuando sus privilegios e inmunidades fueron disminuidos. El bajo clero, cuyo único patrimonio realmente consistía en los fueros, se resintió para siempre y de sus filas salieron muchos de los insurgentes y dirigentes que formaron parte de las revueltas<sup>4</sup>. A ello se sumó un creciente resentimiento de los sectores pobres, indígenas y de las castas. El freno a la participación criolla en la vida administrativa y el incremento de los impuestos fomentaron la oposición.

Para el siglo XVIII había una clara conciencia de un sentido de identidad. Una clara conciencia que los criollos no eran españoles. Los habitantes de tierras americanas y los habitantes de la Península reconocían esa diferencia. Aquello había dado origen a desconfianza, recelo y hasta desprecio mutuos. Además,

---

3 Los regalistas sostenían que la autoridad real debía ejercerse en todos los ámbitos de la sociedad, incluso en el eclesiástico.

4 Ese fue el ejemplo de Morelos para el caso de México. Lynch, 2007: 16-17.

las corrientes intelectuales de la época contribuyeron a robustecer ese sentido de identidad, no queremos decir con esto que lo inspiraron. Los americanos de los sectores cultos conocían las ideas de los filósofos franceses, sus críticas a las instituciones sociales, políticas y religiosas contemporáneas. Libros de la Ilustración circularon en Hispanoamérica con cierta libertad, los lectores eran los propios virreyes y autoridades de la Corona, profesionales, estudiantes universitarios y miembros del clero. La mayor amenaza contra el imperio colonial español procedía más de los intereses americanos que de las ideas europeas. Es innegable que la difusión de las obras del pensamiento de la Ilustración, la Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos, ayudaron a abrir y renovar el mundo de las ideas de la sociedad colonial hispanoamericana. Los criollos comenzaron a redescubrir su tierra. Ese redescubrimiento y esa valoración los transmitieron a través de la producción de una literatura original americana y local, inspirada en un patriotismo americano. Esos textos mostraron y explicaron por primera vez los rasgos de identidad descubiertos por los propios americanos de cada país.

Los primeros escritores criollos que expusieron la esencia del mundo hispanoamericano, ante los círculos cultos de la época, fueron los jesuitas criollos expulsados de América en 1767. Fueron “los precursores literarios del nacionalismo americano” (Lynch, 2007: 34). Escribieron para desvanecer la ignorancia europea sobre sus países y para destruir el mito de la inferioridad y degeneración de hombres, animales y plantas del Nuevo Mundo.

Años más tarde, las Sociedades Económicas extendidas en la década de los años ochenta del siglo XVIII fueron otro vínculo de americanismo; su misión era estimular el fomento de la agricultura, la industria, la minería y el comercio y, mediante el estudio y la experimentación, buscar soluciones locales para problemas locales. El monopolio comercial español terminó entre 1797 y 1808. España permitió en 1797 a los países neutrales comerciar con América. El permiso fue revocado, pero nadie hizo caso de la revocatoria: los navíos neutrales continuaron llegando a Veracruz, Cartagena y Buenos Aires, y esto trajo independencia económica.

El sistema colonial español estableció mecanismos para mantener la dependencia cultural, ideológica y religiosa enmarcada dentro de los lineamientos del Concilio de Trento<sup>5</sup>. Las instituciones educativas coloniales regentadas en su mayoría por las órdenes religiosas contribuyeron a la europeización de los habitantes de las colonias españolas; claro está que sus resultados no fueron del todo homogéneos. A lo largo del XVIII, el clero criollo culto -a través de la lectura, muchas veces clandestina, de noticias y obras prohibidas oficialmente por el Estado español- trató de ponerse al día de las novedades político-filosóficas y noticias de Europa. Por su actividad misma, en las aulas de instituciones de educación, en la cátedra pastoral y en las tertulias, los religiosos comentaron y difundieron esas ideas que propiciarían en la colectividad la toma de actitudes definidas en esa coyuntura de cambios que fue el inicio del fin de la etapa colonial de Hispanoamérica.

---

5 El Concilio de Trento, celebrado entre 1543 y 1564, estableció las explicaciones dogmáticas, doctrinales y disciplinares, sobre las que se desarrolló la vida de la Iglesia Católica en la Edad Moderna y parte de la Contemporánea, hasta la celebración del Concilio Vaticano Segundo.



## LA IGLESIA QUITAÑA EN LA COLONIA

Individuos del clero quiteño, junto con integrantes de la elite colonial y del pueblo, fueron protagonistas de los movimientos revolucionarios que se iniciaron en Quito a partir de 1809. Curas y frailes estuvieron presentes en esa coyuntura de crisis de autoridad, desconcierto y cambio, y a la vez de expectativas y esperanzas. Fue el inicio que marcó un nuevo derrotero que se abría para la acción del clero: la acción política. La mayor parte de la sociedad colonial de Hispanoamérica de la época, desconocía los alcances y significados de las prácticas de la vida política dentro de los conceptos del republicanismo y la democracia; obviamente eran también desconocidos por el clero. Los eclesiásticos pasaron a formar parte de los actores sociales de una nación que se enrumaba hacia una nueva etapa dentro del proceso su construcción.

La Historia de la Iglesia ecuatoriana a lo largo del período colonial debe ser analizada dentro de los procesos generales. La ausencia de análisis más detenidos sobre diferentes aspectos del clero colonial impide tener una visión más ajustada a la realidad. Es necesario entender al estamento eclesiástico: en su estrecha relación que tuvo con la Corona, en su poder económico, en la influencia que tuvo en el ejercicio del control ideológico y cultural, y en su fuerza como rectora moral en todos los ámbitos de la vida colonial:

“Los sacerdotes, al margen de su comportamiento moral, en cuanto clase, eran necesariamente instruidos y hasta sapientes, por obligatoriedad de su condición; mantenían, por consecuencia, fuerte sentido de autoridad en el medio social; el pueblo acataba ese saber, otorgándole reverencia” (Rumazo González, 2009: 20).

La evangelización fue la justificación más invocada con la que se quería legitimar la expansión colonizadora y el orden colonial como un proyecto de la monarquía española. En el plano moral comprendía dos aspectos que debían atenderse simultáneamente: a la población nativa había que convertirla al cristianismo y orientarla hacia los valores éticos europeos, y había que mantener a los conquistadores y colonizadores dentro de un orden de moralidad cristiana. La presencia de la Iglesia Católica en América como parte de un proyecto político estatal trajo como resultado una fuerte dependencia de la Corona. El Derecho de Patronato en favor de los reyes españoles quedó definitivamente establecido, por la Sede Apostólica, en 1508. El Patronato entregó a esos monarcas y a sus representantes, la autoridad para gobernar, administrar la Iglesia de Indias y presentar para consagración a sus dignidades eclesiásticas. Al mismo tiempo, se les comprometía a asumir los gastos de traslado de misioneros, edificación de catedrales, iglesias, conventos y hospitales, y en general, todo aquello que tenía por meta facilitar la evangelización y el culto.

Esa delegación pontificia permitió en América la injerencia de la autoridad secular en asuntos religiosos (Gutiérrez Escudero, en Lucena Salmoral, 1990: 272-273). La Santa Sede transfirió también en favor de los reyes el derecho de cobrar para sí los Diezmos Eclesiásticos de Las Indias, lo que contribuyó para fortalecer aún más el poder de la Corona sobre el sector clerical. Años más tarde la monarquía española obtuvo para sí la Vicaría Real para reforzar su autoridad en la administración de la Iglesia en el Nuevo Mundo, como representante del papa, evitando la injerencia directa de la Sede Apostólica. Como resultado de ello, el Consejo de Indias se constituyó en autoridad estatal sobre asuntos eclesiásticos. En el siglo XVIII los Borbones se apoyaron en la teoría del regalismo para robustecer y ampliar una vez más el derecho de los reyes para administrar su Iglesia. Los reyes en ejercicio de su poder real debían garantizar el culto cristiano, vigilar la observancia de los cánones y la disciplina eclesiástica. Según esa teoría, el patronato y el vicariato reales no eran meras concesiones pontificias sino derechos propios de la monarquía absoluta. El absolutismo borbónico puso su mirada en las órdenes religiosas. Expulsiones, como el caso de la Compañía de Jesús, expropiaciones de bienes y la secularización de las doctrinas fueron medidas que contribuyeron a ejercer un mayor control por parte de la Corona sobre el clero americano. La Iglesia colonial fue una Iglesia subordina-

da al poder real porque la labor misional estaba subordinada el Estado. Sobre esta subordinación de la Iglesia, John Fisher explica:

“... A largo plazo, la evidente merma de independencia sufrida por la Iglesia, tanto desde el puntos de vista de su autoridad en general como del de su fuero, sirvió en realidad para que muchos curas decidieran apoyar la rebelión contra el gobierno español, impulsaran al pueblo a luchar por la independencia valiéndose del argumento de que no sólo la Iglesia, sino también la religión habían estado en peligro a causa del nuevo regalismo de los Borbones. A corto plazo ofreció a la Corona la oportunidad de aprovecharse de las enormes riquezas de la Iglesia, en particular en el primer decenio del siglo XIX, por el decreto de consolidación de 26 de diciembre 1804, se ordenó la confiscación de os fondos benéficos de América y su remisión a España” (Fisher, en Lucena Salmoral, 1990: 641-642).

A lo largo del siglo XVIII y en las primeras décadas del XIX, hubo conflictos en la Audiencia de Quito entre los representantes de la Corona y de la Iglesia. Funcionarios del tribunal y autoridades eclesiásticas se enfrentaron por controlar varios espacios y esferas de poder.

Un aspecto que hay que tener muy en cuenta es la función desempeñada por la Iglesia en defensa de la población nativa. Particularmente, a la jerarquía del clero le preocupó el buen tratamiento a los indígenas. El abuso de parte de los sectores poderosos caracterizó a la época y estuvo presente en las distintas maneras de control de la mano de obra indígena utilizadas en la época, en la encomienda, en la mita y en el trabajo asalariado libre, al punto de inspirar a obispos y a otros religiosos la presentación de quejas y denuncias ante las autoridades representantes de la Corona en búsqueda de soluciones o por lo menos tratando de poner límites a los atropellos. Para el caso quiteño bástenos recordar a fray Pedro de la Peña, O.P., obispo de Quito<sup>6</sup>.

---

6 Ver como ejemplo la Real Cédula del 11 de junio de 1573, emitida a pedido del obispo de Quito, fray Pedro de la Peña. Colección de Cédulas Reales dirigidas a la Real Audiencia de Quito, 1538-1660, Colección de los Cabildos de Quito, Tomo VII, Imprenta Municipal, Quito, 1935, pp. 246-249.

A fines del siglo XVI, la fundación en la Capital del Seminario de San Luis, dentro de los lineamientos del Concilio de Trento, abrió las puertas para que en la Presidencia de Quito se formara el clero que iba a servir a la población local. Hasta entonces, lo usual había sido que la mayoría de los religiosos que atendían en estas regiones fueran individuos peninsulares, algunos criollos y muy pocos mestizos. Con la indicada fundación, los criollos y mestizos no tenían necesidad de dejar el lugar de origen para realizar sus estudios eclesiásticos, y había la posibilidad de fomentar dichos estudios entre los indígenas de las familias cacicales, para que alcanzaran las órdenes sagradas.

La vida material sobre la que se sustentaba la vida del clero colonial quiteño en el período de estudio, estuvo enmarcada dentro de las características de crisis, decadencia y estrechez de la economía, y desajuste social de región; coyuntura resultante de la caída de la producción minera de Potosí a lo que se sumó la política de libre comercio auspiciada por Carlos III y Carlos IV. La actividad minera de Potosí dinamizó el mercado regional en el espacio peruano. Las zonas no mineras se especializaron en la producción de insumos, alimentos y otros bienes complementarios. La Real Audiencia de Quito se especializó en la producción textil. El precio de los textiles europeos que se introdujeron fueron lo suficientemente competitivos como para desestructurar la actividad textil de la Audiencia. La actividad manufacturera textil quiteña se mantuvo y se orientó para satisfacer la demanda de los grupos económicamente menos favorecidos que no podían adquirir los tejidos europeos. Desde mediados del XVIII, las exportaciones textiles quiteñas se orientaron preferentemente hacia el Virreinato de Nueva Granada, pues había que atender a los mercados vinculados con la actividad minera de Barbacoas: Pasto, Popayán y Panamá. Mediante estímulos fiscales y arancelarios se fomentó el desarrollo de la agricultura de la Costa; esto significó el incremento de las áreas productivas, ampliación del mercado local y la integración de la Sierra con la Costa (López Ocón, 1997: 110-112).

A fines de la Colonia, la Iglesia quiteña representaba a un sector rico que había logrado acumular capitales y rentas, manejaba numerosas capellanías y obras pías, era propietario de grandes extensiones de tierras cultivables y en plena producción,

tenía otros bienes raíces y mantenía otras actividades productivas que lo vinculaban al mercado. Esta visión general sobre la parte material del estamento eclesiástico debe ser equilibrada y contrastada con investigaciones futuras que tomen en cuenta la economía personal de los individuos del clero bajo, particularmente de aquellos religiosos que atendían doctrinas y parroquias.

Existía una mayor concentración del clero en la Sierra centro-norte. Estipendios insuficientes o administrados sin equidad daban lugar a descontento y obligaban a buscar otros medios para mejorar sus ingresos personales vinculándoles con el mundo secular. Sobre este aspecto don Pedro Pérez Muñoz -español que detentó una de las alcaldías de Quito- comenta:

“Los frailes, tan útiles por su instituta, no teniendo lo necesario para mantenerse en sus conventos, les ha servido de pretexto para tratar y contratar con seglares... Los párrocos imitan estas costumbres... Los Provinciales de las Religiones, van a salir de su trienio con aumento de su caudal. Y si vienen reformadores y misioneros, se hacen muchos de ellos a las costumbres del país a los pocos años” (en Hidalgo Nistri, 2008: carta 7, pp. 73-74).

La impuntualidad de parte de la Real Hacienda en el pago de los derechos de los beneficios contribuyó para fomentar la inconformidad. Era frecuente la búsqueda de mecanismos para lograr mejores ingresos: se inventaban ritos y costumbres parroquiales para establecer tarifas, cambios, acumulación y hasta arriendo de los beneficios.

Ante la opinión de observadores de la época la simonía era frecuente. En las cartas del mencionado don Pedro Pérez Muñoz leemos:

“... La simonía, vuelvo a decir, está dan extendida en las Américas que puede decirse que tiene en ella su habitación... Formado el plan de enriquecer y ascender a mayores dignidades, van al curato, no a cumplir con sus obligaciones, sino a exigir a sus feligreses cuanto les parece, juntando muchos pesos para tener cómo gratificar o comprar otro más pingüe beneficio sin

reparar en los medios más despreciables y ridículos. Remiten por último a sus agentes en Madrid cantidades considerables y suelen conseguir canonjías y algunos otros también Obispado, especialmente en tiempo del anterior Gobierno, en cuyas experiencias se fundan para afirmar públicamente que sólo con plata se consigue algún empleo, llegando a tanto el abandono sobre esto que no se avergüenzan de decir en público, que han dando unos ocho mil pesos, otros seis y otros más para obispar o mitrar” (en Hidalgo Nistri, 2008: carta 8, 77-79).

A medida que avanzaba el siglo XVIII, el sacerdote se interesaba cada vez más por la vida material y las actividades económicas. Se temía que fueran responsables de una piedad simulada. No estuvieron ausentes estrategias poco dignas del clero como la denuncia falsa entre párrocos o doctrineros para despojarse de las parroquias u otros beneficios eclesiásticos.

Pero así como hubo individuos del clero indisciplinados, poco o nada observantes, mundanos, sin verdadera vocación y poco instruidos, también hubo eclesiásticos de ciencia, instruidos y de vida ejemplar (Monge, 1936: 361). Don Pedro Pérez Muñoz afirma:

“...Tampoco incluyo en esta noticia a muchos frailes y clérigos, aún curas, que son de conducta irreprochable y al paso que los más obscurecen con las sombras de su mala vida el Estado más perfecto, estos resplandecen como antorchas luminosas y transparentes...” (en Hidalgo Nistri, 2008: carta 7, 73-74).

Además, se debe tomar en cuenta que no todos los individuos, que para la época integraban el estado eclesiástico, lo habían hecho por vocación. El asegurar la subsistencia, el lograr respetabilidad social y el aprovechar de los privilegios del estamento religioso eran las motivaciones para ingresar al clero; el clero era respetado y temido:

“... Los padres, no sólo aconsejan a sus hijos tomen esta carrera sino también los amenazan con perder su gracia y amor, si no se sacrifican a sus miras e

ideas temporales. Con este principio estudian a veces ni lo preciso para poder ordenarse y la necesidad que tienen los obispos de proveer los curatos hace no reparar en visiones, como suele decirse, y en tres días de fiesta seguidos, se encuentra ordenado de Sacerdote y Cura, el que en otra parte no sería capaz de ser monacillo de una parroquia...” (en Hidalgo Nistri, 2008: carta 8, 77-79).

Otro elemento para considerar es el que tiene que ver con las contribuciones fiscales a la Real Caja, a las que estaban obligados los eclesiásticos. Esas cargas las había determinado la Corona contando con el respaldo de los pontífices de la época. Los reyes españoles tenían que afrontar la crisis de la hacienda pública resultante de los gastos que debían cubrirse por los conflictos bélicos internacionales con las potencias europeas enemigas de siempre, Francia e Inglaterra. En la primera mitad del siglo XVIII, los papas Clemente XI, Clemente XII y Benedicto XIV concedieron a los reyes de España la facultad de recaudar para sí 4'000.000 de pesos de las rentas eclesiásticas americanas tanto de regulares como de seculares. La cantidad original quedó reducida a 2'000.000 de pesos; la Diócesis de Quito debía contribuir anualmente con 11.468 tomando de las rentas fijas y eventuales, de las capellanías, obras pías y de otras rentas. Estas contribuciones se comenzaron a cobrar en la Audiencia de Quito a partir de 1787 (López Ocón, 1977: 119-120).

En los años anteriores a producirse el pronunciamiento de Quito, mediante cédula del 17 de febrero de 1800, se recordó en esta Audiencia el breve expedido por Pío VI en Grenoble, el 7 de julio de 1799. En este, se autorizó al rey de España para percibir del estamento eclesiástico americano, secular y regular, la contribución de 30'000.000 reales con el objeto de ayudar a cubrir los gastos que ocasionaba la guerra con Francia. La contribución tenía las mismas condiciones establecidas el 7 de enero de 1795 y comunicadas a las colonias americanas mediante cédula del 9 de diciembre de 1795. La Contaduría de Indias, con el parecer de la Contaduría General y lo dictado por los fiscales, estableció el subsidio conforme a la cédula de diciembre de 1798. En ese cálculo se determinó para el Obispado de Quito el aporte de 22.936 pesos que debían tomarse sobre las base de 153.000 pesos de censos colocados a su nombre. El Obispado de Cuenca debía contribuir con 17.334 pesos

que debían tomarse de los 115.627 pesos de sus censos. Al presidente Carondelet le correspondió vigilar la aplicación de esta orden.

Varios párrocos consideraron que esta contribución era elevada, lo que dio lugar a enfrentamientos con la autoridad secular encargada de ejecutar la orden (López Ocón, 1977: 120). La guerra de España que se subsidiaba con las rentas eclesiásticas de América era una respuesta a la posición de la monarquía española frente a un movimiento “impío y enemigo de la religión”, conforme a la potestad de los reyes y que

“...teniendo que aportar inmensas cantidades de dineros para sostener la sobre dicha guerra se ha visto absolutamente precisado V. M. después de los dos indultos que ha obtenido de nos para percibir algunas contribuciones de los bienes eclesiásticos y de las encomiendas de ese reino, a recurrir otra vez a la sede apostólica a fin de conseguir nuevas facultades para poder continuar la mencionada guerra...”<sup>7</sup>.

El Real Consejo había pensado en una contribución de 36'000.000 de reales de vellón<sup>8</sup> aplicada solamente al clero secular <sup>9</sup>y regular de España e islas adyacentes, en dos pagos en abril y septiembre; para el clero de América esa contribución sería de 30'000.000 de reales, tomada de las rentas de las dignidades vacantes, es decir, de las rentas de los cargos eclesiásticos que aún no habían sido ocupados<sup>10</sup>.

A más de la evangelización de los pueblos nativos y de las tareas pastorales en los entornos blanco-mestizos, alrededor de la Iglesia Católica, a partir del siglo XVI, se desarrolló la vida cultural e intelectual de las colonias españolas. En manos del clero y con carácter de monopolio estuvo la educación. Las personalidades más destacadas del período hispánico fueron formadas en instituciones eclesiásticas. Unas

7 Archivo Nacional de Historia - Quito (ANH/Q), Cedularios N° 20, carpeta 22.

8 Según el Diccionario de Autoridades, Tomo V, p. 502: “Moneda del valor de veinticuatro maravedís”. Según otras fuentes, se indica que se trataba de monedas acuñadas en base a una aleación de plata y cobre, utilizadas entre los siglos XIV y XIX.

9 En el presente estudio, entendemos por clero secular al clero diocesano, es decir, al que depende del obispo; y al clero regular, al integrado por los religiosos de las diferentes órdenes.

10 ANH/Q, Cedularios N° 20, carpeta 22.



fueron seglares, otras religiosas o, siendo laicas, desarrollaron sus oficios próximas al clero. La difusión formal de los conocimientos y del libro se desarrollaba con y entre los religiosos.

El clero fue la instancia de poder colonial que mejor que ninguna otra conocía a la sociedad. Los párrocos y doctrineros mantuvieron en sus vecindarios relaciones verticales y horizontales que les facilitaron comprender e influenciar a sus feligreses y parroquianos. Conocían su vida, sus aspiraciones y sus pasiones, conocían su conciencia. El amplio territorio que le fue asignado al Obispado de Quito al crearse en 1546, en el siglo XVIII se fraccionó con la creación del Obispado de Cuenca, y en 1802 con la creación del Obispado de Mainas como sufragáneo también del Arzobispado de Lima.

---

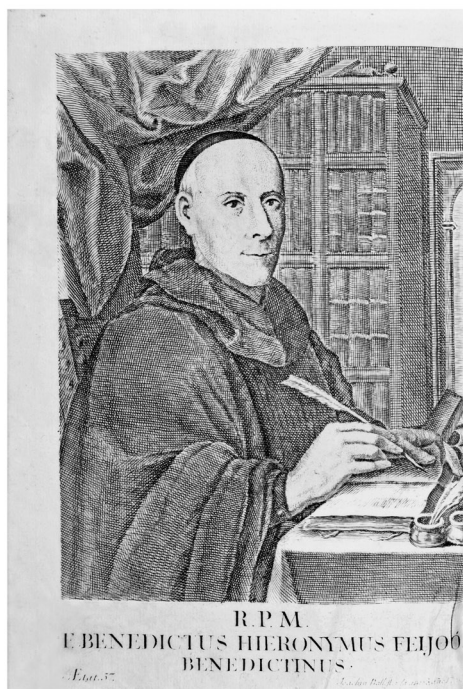
## LA ILUSTRACIÓN Y EL CLERO

La Ilustración en Hispanoamérica se entiende como un fenómeno que alentó la independencia a pesar de que las ideas independentistas comenzaron muy temprano en el continente. Esa vocación americana por la autonomía recibió un fuerte impulso por parte del pensamiento ilustrado europeo. Independencia e Ilustración se juntaron en el continente a partir de las postrimerías del siglo XVIII (Keeding, 2005: 18). El clero quiteño tuvo contacto con la tradición española sobre la doctrina de la soberanía del pueblo antes de iniciarse la revolución francesa, y antes de la reforma universitaria española (Keeding, 2005: 153).

Según el historiador José Gabriel Navarro, los movimientos independentistas hispanoamericanos tuvieron poca o ninguna influencia del pensamiento francés de la Ilustración. Navarro sostiene que las sociedades americanas, antes del siglo XVIII, conocían los alcances del contrato social explicado por Santo Tomás de Aquino, por el padre Francisco Suárez S.J., por otros teólogos, juristas y otros autores que creían en la igualdad y en la libertad del hombre. Afirmaban que el poder viene de Dios, el pueblo es el depositario de ese poder y el monarca su administrador. Explicaban que existía un pacto libre entre el pueblo y los reyes que podía romperse por incumplimiento de una de las partes (Navarro, 1962: 13-14).

Algunos autores atribuyen a la doctrinas populistas del padre Francisco Suárez S.J. y a las de los neo-escolásticos españoles, de los siglos XVI y XVII, las bases ideológicas de la revolución hispanoamericana. Esas ideas, según John Lynch, se pueden observar en las colonias en el funcionamiento de los cabildos y de otras instituciones corporativas de origen español. Suárez y los teólogos explican el origen popular y el carácter contractual de la soberanía: el poder viene de Dios pero con

consentimiento del pueblo, una vez entregado el poder al soberano no puede ser retirado a menos que hubiera causa grave, ineptitud para gobernar o incapacidad para atender al bien común. Por esa razón, ante el abuso de la tiranía, la resistencia, activa o pasiva, estaría permitida. Estas doctrinas se habrían llevado a la práctica en las colonias americanas a partir de 1809, al defender el derecho de la población de todas las provincias para ejercer autoridad civil ante la abdicación impuesta al rey de España. La abdicación justificó la acción de las juntas de América. Al haber desaparecido Fernando VII del trono, el vínculo de las colonias con la Corte no existía, el contrato social había desaparecido. Por tanto, el poder revertía al pueblo que quedaba libre para establecer un nuevo gobierno.



## TEATRO CRITICO UNIVERSAL,

ó Discursos varios en todo género de materias,  
para desengaño de errores comunes:

ESCRITO

POR EL MUY ILUSTRE SEÑOR

D. FR. BENITO GERÓNIMO FEYJOO Y MONTENEGRO,  
Maestro General del Orden de San Benito,  
del Consejo de S. M. &c.

TOMO PRIMERO.

NUEVA IMPRESION,

En la qual van puestas las adiciones del Suplemento en sus lugares.



MADRID. M.DCC.LXXVIII.

Por D. JOACHIN IBARRA, Impresor de Cámara de S. M.

Con las licencias necesarias.

Acosta de la Real Compañía de Impresores, y Libreros.

Ekkehart Keeding, al estudiar las ideas en la Real Audiencia de Quito en la época de la Ilustración, sostiene que esa manera de pensar tuvo influencia en Es-

paña y en varias de sus posesiones de Ultramar. En el siglo XVIII hubo deseo en la Metrópoli de que se siguiera el ejemplo de Francia y de Inglaterra en cuanto a la modernización del país y, particularmente, de la educación. La figura del benedictino español Jerónimo Feijoo se ubica en esa corriente. Para la difusión del conocimiento, Feijoo proponía un método guiado por el racionalismo alejado del método escolástico-aristotélico imperante en las universidades de la época. Feijoo fue leído por las clases cultas criollas, sus obras tuvieron amplia circulación en América como se puede constatar en las bibliotecas y en sus viejos inventarios. Su propuesta introdujo la razón como instrumento crítico de los escritores españoles. Fue difundido por los jesuitas y por los franciscanos. Esta tendencia innovadora tuvo eco en Carlos III quien no escatimó esfuerzos para emprender la reforma en los planes de estudios de colegios y universidades de su tiempo. Sin embargo, la monarquía española se inhibió de continuar en el proyecto ante los movimientos independentistas de los Estados Unidos y ante la difusión de las ideas de la revolución francesa (Keeding, 2005: 11-16).

La evolución del pensamiento político español, según el historiador Jaime Rodríguez O., fue paralela a lo que ocurría en Francia y en la Europa protestante. Las ideas políticas españolas se nutrieron de los clásicos de la Antigüedad, de las teorías católicas, y del pensamiento español de los siglos XVI y XVII: Francisco de Vitoria, Diego de Covarrubias, Domingo de Soto, Luis de Molina, Juan de Mariana, Francisco Suárez, y Fernando Vázquez de Menchaca. Estos autores aportaron a la construcción de las teorías del contrato social y de la soberanía popular (Rodríguez O., 2006: 18).

Hasta 1767, los jesuitas quiteños fueron defensores de los derechos reales por lo que no difundieron ideas antimonárquicas, tampoco pusieron mayor empeño en divulgar las obras de Feijoo -a pesar de que las conocían- ni la literatura de sus hermanos de comunidad del siglo XVIII. El regalismo borbónico se propuso mantener limitada la influencia de la Compañía de Jesús dentro de la sociedad colonial y evitar a toda costa la difusión de la tesis del padre Francisco Suárez sobre la soberanía del pueblo (Keeding, 2005: 138 y 46-47). Luego de la expulsión de la orden del imperio español en 1767 y luego también de su extinción en 1773, los hijos de San Ignacio cambiaron radicalmente de opinión sobre la monarquía. Ese cambio se observa en los textos de los jesuitas que difundieron a partir de entonces.

Algunos autores de esa comunidad retomaron las ideas e interpretación del padre Francisco Suárez S.J. sobre las relaciones entre la población cristiana y el tirano. El padre Nicolás Crespo se refirió al Estado español como una tiranía que nunca los separaría de Cristo y que frente a América se había transformado de madre en tirana. Estando exiliado en Roma, el jesuita quiteño Juan de Velasco, criticó la actitud de los españoles frente al general de la Compañía de Jesús. Por su parte el padre Biescas S.J. expresó el amor y la nostalgia por Quito, y al mismo tiempo, la ira por la tiranía del monarca español. Se considera al método jesuita aplicado en las colonias hasta mediados del XVIII -al igual que a la escolástica- como opuesto al espíritu ilustrado francés e inglés de la segunda mitad del XVIII. No obstante, muchos alumnos de los jesuitas, laicos y religiosos, mantuvieron vivo el pensamiento ilustrado después de 1767, hasta la época de las revoluciones. Ellos defendían los valores y la dignidad de la vida americana frente a las tesis de la degeneración de la naturaleza y de los hombres americanos sostenida en varios ambientes académicos de Europa. Los jesuitas se manifestaron, oficialmente, respetuosos del orden vigente hasta 1767, pero enseñaron en sus aulas el nuevo método (Keeding, 2005: 135-136 y 19-20).

Durante el exilio en Italia varios jesuitas de la Provincia de Quito defendieron su patria americana en los relatos que comenzaron a difundir desde 1768. Sus textos fueron una suerte de contrapeso a lo que autores franceses e ingleses sostenían sobre la naturaleza, el valor de las personas, y la geografía del Nuevo Mundo (Keeding, 2005: 123-124). La historiografía ha destacado a los padres Juan de Velasco y Juan Bautista Aguirre, seguramente deben estar dispersos los escritos de otros religiosos.

Velasco como docente, observó y describió a los habitantes del Reino de Quito contradiciendo las descripciones y juicios de los geodésicos franceses. Hizo notar que el poco desarrollo intelectual de las poblaciones nativas se producía por la carencia de medios de educación y de oportunidades. Para Velasco, el indígena era apto para aprender, formarse e instruirse. Ninguna medida gubernativa favoreció a los indígenas en materia de formación; se anuló toda posibilidad de ascenso, reconocimiento social y dignidad. Se transformó en un ser pasivo.

El padre Juan Bautista Aguirre actuó en la misma línea rechazando el determinismo geográfico planteado por Buffon en su *Historia Natural*, obra en la que explicaba el retraso biológico y mental de las especies. Aguirre defendió el espacio geográfico americano frente a las tesis no comprobadas del indicado investigador francés, basadas en la aplicación teórica del aristotelismo. Desechó la tesis de los factores hereditarios que en el indígena podían provocar degeneración; negó la diferencia entre el indígena y el español.

La participación de los jesuitas quiteños en la polémica sobre el Nuevo Mundo demostró su reacción contra la literatura de la época y contra las reflexiones académicas y científicas desarrolladas entorno a América. Los textos de esos autores pasaron a formar parte del conjunto de ideas, europeas y americanas del siglo XVIII aportando dentro de sus límites a la historia del pensamiento moderno (Keeding, 2005: 121 y 126).

En el siglo XVIII, los jesuitas de la Provincia de Quito no solamente estaban dedicados a las misiones en las remotas selvas de Mainas o en zonas rurales: la docencia en colegios y universidades fue la actividad que mereció el mayor reconocimiento. Además, era una comunidad religiosa que se mantenía en contacto con todo aquello que significaba modernidad. En 1755 instalaron en la Presidencia de Quito la primera imprenta. El libro y los materiales impresos tenían importancia en la formación de la opinión pública en el mundo culto de la época. Esta iniciativa fue el primer paso de una forma de emancipación cultural; Quito comenzaba a independizarse de los centros de publicaciones europeos e hispanoamericanos, seguía el ejemplo, aunque con retraso, de Lima y de México. La producción de la imprenta quiteña dio atención a temas religiosos y seculares.

Como sucedió en todas las órdenes religiosas, en la Compañía de Jesús, los religiosos criollos tuvieron dificultades de entenderse con los religiosos europeos, este problema subsistió hasta antes de su expulsión en 1767 (Keeding, 2005: 47 y 49).

Los círculos de ilustrados que se formaron en Hispanoamérica en el siglo XVIII tuvieron entre sus integrantes a miembros del clero. Para el caso de Quito, en la primera mitad del siglo XVIII, los miembros de la Misión Franco-Española que visitaron nuestra Audiencia frecuentaban el colegio de la Compañía de Jesús. En la

segunda mitad de ese siglo tanto la Sociedad de Amigos del País como la Escuela de la Concordia -en las que tuvo papel importante y decisivo Eugenio Espejo- contaron con la membresía de individuos del clero.

No debemos olvidar la importancia de las bibliotecas. Antes del siglo XVIII, a más de los jesuitas, los mercedarios, franciscanos, agustinos y dominicos, para el ejercicio de la docencia y para la formación de sus miembros, habían ido conformando buenas bibliotecas a lo largo del tiempo. Los religiosos se interesaron por leer obras de autores extranjeros, particularmente de filosofía. Los agustinos disponían de textos de la Ilustración, se adelantaron a las reformas universitarias al conocer literatura moderna, prefiriendo autores agustinos y filósofos franceses. También los agustinos y los franciscanos liberalizaron la didáctica de los estudios en sus conventos favoreciendo la difusión de las nuevas ideas. Participaron en el comercio legal e ilegal de libros, lo que hizo posible contar en sus bibliotecas con obras de autores permitidos y prohibidos. Bibliotecas personales de individuos del clero fueron ponderadas por viajeros de la época; entre ellas el historiador Ekkehart Keeding menciona a las de los obispos José Pérez Calama y José Cuero y Caicedo, a las de los clérigos Juan Miguel de Araujo, Andrés Villamagán, doctor Manuel José Flores, Manuel Caicedo, doctor José Pérez y doctor Miguel Antonio Rodríguez, que fueron docentes universitarios (Keeding, 2005: 146-152).

Era generalizado entre los criollos pensar que lo civilizado provenía de Francia y de Inglaterra por lo que procuraban seguir las ideas propagadas desde esas naciones, e igualmente imitar sus modas. Tenían la opinión de que tanto Francia como Inglaterra habían logrado mayor progreso que España; confundieron cultura con progreso orientando sus inquietudes intelectuales desde entonces hacia otra dependencia cultural. Aspiraban una vida autónoma y libre de la dependencia de la Metrópoli a lo que se sumaba la conciencia de su identidad criolla.

El pensamiento ilustrado del XVIII tuvo seguidores en el clero americano. Personalidades del clero culto eran parte del mundo de las ideas y de los libros. Las actividades académicas, científicas y artísticas gravitaban entorno a ellos. Curas, frailes y aún mojas de claustro sabían de los cambios filosóficos, económicos, sociales

y políticos que experimentaba Europa desde el último tercio del siglo XVIII, Francia en particular y las colonias inglesas del Nuevo Mundo. A pesar de las prohibiciones, restricciones y controles de la Inquisición, libros del enciclopedismo estuvieron al alcance del clero quiteño. Obras de autores franceses, ingleses y alemanes llegaron a las bibliotecas clericales de Quito facilitando que los religiosos reflexionaran sobre las ideas del contrato social, la primacía de la razón y el culto a la libertad.

Sobre este aspecto hay que recordar que como homenaje de bienvenida al presidente de Quito, Luis Héctor barón de Carondelet, los estudiantes del Colegio de San Fernando, regentado por los dominicos, en 1799 pusieron en escena la tragedia “Zaire” de Voltaire. Años más tarde, en 1808, los estudiantes del mismo colegio dieron la bienvenida, en la misma forma, al presidente Manuel Urríez, conde Ruiz de Castilla (Vásquez, 2009: 52-76). En esta ocasión representaron las obras “Catón”, “Andrómaca”, “Zoraida” y “La Araucana”. Todas estas obras, según el cronista William Bennet Stevenson, tenían la finalidad inculcar el republicanismo, amor a la libertad y espíritu de independencia, aspectos que no fueron apreciados por los que concurrieron a las presentaciones. La selección de esas obras la habrían hecho Juan de Dios Morales y Manuel Quiroga (Stevenson, 1982: 67-68).

Al tener conocimiento que se preparaba el montaje de esas piezas teatrales, el doctor Tiburcio Peñafiel, sacristán mayor de la Catedral de Quito, preocupado porque se trataba de obras de Voltaire -cuya lectura estaba prohibida desde mediados del siglo XVIII- e inquieto sobre las piezas de autoría desconocida que el Colegio de San Fernando pensaba llevar a las tablas, dirigió, el 29 de junio de 1808, al doctor Antonio Lasso de la Vega, comisario del Santo Oficio la siguiente carta:

“Con noticia de que el Colegio de San Fernando preparaba la representación de algunas piezas prohibidas había resuelto pasar a recogerlas usando de las facultades que se ha dignado conferirme el Santo Tribunal de la Inquisición de la Ciudad e los reyes, y que según me participó usted ha puesto en su noticia el mismo Tribunal; pero teniendo a la vista el papel de consulta que le ha dirigido el Padre Rector de dicho Colegio, Maestro Fray Sebastián Solano, tengo por mejor que usted recoja dichas piezas y las queme.



La primera es la tragedia con el título: *Triunfo de la moral cristiana, o los Americanos*, traducción de don Bernardo María de la Calzada, impresa en Madrid año de 1788. Es prohibida aun para los que tienen licencia de leer libros prohibidos, según el edicto de 18 de agosto de 1762, por ser obra de Voltaire, conocida en su original bajo el título de *Alcira* a causa de llamarse así la principal persona que habla en dicha tragedia.

La segunda es la titulada *Trancredo*, obra del mismo Voltaire.

Las demás tragedias indicadas en la consulta que son la Zoraida, que corre entre las Poesías de don Nicolás Álvarez Cienfuegos impresa en Madrid año de 1798; *la Silecia* impresa en Barcelona, *el Catón de Utica*; *el Sesostris*, no tienen prohibición especial; pero las tres últimas no hallándose con nombre de autor están generalmente prohibidas, según la Regla X del Índice como sospechosas de mala y perniciosa doctrinas.

Dios Nuestro Señor guarde a usted muchos años. Quito y junio 29 de 1808.

Tiburcio Peñafiel".<sup>11</sup>

La Ilustración inspiró en los criollos una actitud de independencia respecto de las ideas e instituciones heredadas, preferencia por la razón por sobre la autoridad, la experiencia sobre la tradición, la ciencias sobre la especulación. El nacionalismo criollo fue el factor más estrecho con los orígenes y el desenvolvimiento de las revoluciones hispanoamericanas, más que la escolástica e incluso más que la Ilustración. Las exigencias de libertad y de igualdad expresaban una profunda conciencia, un sentido cada vez más desarrollado de la identidad, una convicción de que los americanos no eran españoles. A lo largo del siglo XVIII, los criollos comenzaron a conocer y redescubrir su propia tierra, y a producir una literatura local. Su patriotismo era americano, no español. La Ilustración hispánica no desafió la autoridad de la Iglesia, ni la autoridad de la Corona, estimuló el estudio de las ciencias sobre la base de la razón; esto condujo a algunos a adoptar ideas políticas (Rodríguez O., 2006: 25).

---

11 Colección privada. Carta de Tiburcio Peñafiel al doctor don Antonio Lasso de la Vega, Comisario del Santo Oficio. Quito 29 de junio de 1808.

---

## **LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS, LA ESCUELA DE LA CONCORDIA Y EL "PLAN DE EUGENIO ESPEJO"**

Los criollos cultos y de holgada posición económica fueron los que difundieron la Ilustración; ellos fueron los que demostraron interés por el progreso de la educación, los cambios políticos y el mejoramiento económico. No obstante, en ningún momento plantearon la posibilidad de que la plebe o los miembros de las castas pudieran ejercer el poder. Entre los miembros de la elite surgió el interés y el amor por el suelo nativo. Las Sociedades Patrióticas de Amigos del País fortalecieron en América los sentimientos de amor a lo regional, fomentaron el patriotismo local que se constituyó en una fuerza para exigir mejores condiciones de vida, formación, reformas, bienestar social y económico. Los criollos cultos e ilustrados tuvieron interés por la lectura, fomentaron la difusión del libro, leían en varios idiomas (Rodríguez O., 2006: 20-23).

En 1791 el presidente Luis Muñoz de Guzmán aprobó la formación de la Sociedad Económica de Amigos del País, institución que se creó en Quito conforme al modelo de las establecidas en España. Su establecimiento se hizo con el carácter de temporal, pues, era necesario contar con la aprobación del Consejo de Indias. Muñoz de Guzmán demoró el envío del pedido de aprobación: recién, mediante carta del 18 de marzo de 1793, proponía que, a fin de evitar la ociosidad y los vicios que provoca la desocupación “en las gentes distinguidas”, se debía formar esa Sociedad y al mismo tiempo remitía para aprobación sus estatutos. Otra carta en el mismo sentido había remitido el obispo de Quito, doctor José Pérez Calama. En Quito se recibió la Real Cédula del 11 de noviembre de 1793, firmada en San Lorenzo El Real; en esta se autorizaba al presidente Luis Muñoz de Guzmán fundar la Sociedad de Amigos del País para que propiciara el adelanto de las regiones quiteñas que se

hallaban en decadencia y miseria. Pero se hacía notar que el fiscal del Consejo de Indias había desaprobado que se haya puesto en funcionamiento esa Sociedad sin aprobación real, pues, las leyes prohibían la existencia de toda asociación que no contara con autorización. Sin embargo, se resolvió respetar su ejercicio hasta la determinación real, que llegó, mediante cédula, el 26 de marzo de 1794, y en la que se ordenaba que se cumpla con el requisito de la autorización, “aunque la Sociedad de amigos del País expiró el 24 de enero de 1793”. En ella se pidió igualmente que el Secretario Regente, don Estanislao de Andino, que era a la vez Director de la Sociedad a la fecha, conociese el contenido de la cédula y evitara el restablecimiento “por ahora”. El traslado de la orden se hizo el 27 de marzo de 1794<sup>12</sup>.

Una prueba que evidencia que las ideas ilustradas fueron acogidas son las palabras del obispo José Pérez Calama, pronunciadas en la inauguración de la Sociedad Patriótica de Amigos del País en esta Capital, el 30 de noviembre de 1791:

“...escasos son, muy escasos los medios y arbitrios que tiene Quito; pero si nos unimos todos con espíritu de patriotismo, sin dar el menor lugar a la envidia ni a la pereza, Quito va a resucitar, y todos resucitaremos...” (Keeding, 2005: 516-518).

Según las ideas del obispo Pérez Calama, la Sociedad Patriótica de Amigos del País buscaba el bienestar material de todos robusteciendo la producción de la artesanía, la agricultura, la industria, el comercio y el aprovechamiento de la minería, tomando como modelo a Inglaterra y a Holanda. La actitud del prelado fue un claro esfuerzo por difundir un espíritu progresista de reforma en el que, sin perder los principios evangélicos, se propendiera a la difusión del conocimiento práctico en proyectos económicos poco desarrollados como la construcción de naves, la explotación del añil, la cochinilla y otros (López Ocón, 1977: 120). Esos eran los propósitos de esa organización. En razón de sus funciones la presidió don Luis Muñoz de Guzmán, presidente de Quito; era secretario Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Entre los miembros de la elite estaban los marqueses de Villa Orellana y Selva Ale-

---

12 ANH/Q, Cedularios N° 19, documento 40.

gre, Juan Larrea, José Javier Ascázubi, Francisco Villacís, Pedro Calisto y Muñoz, y otros (Ramos, 1978: 146).

El objetivo de la Sociedad tendía al fomento del desarrollo de los recursos de la Presidencia de Quito mediante la difusión de conocimientos útiles. En sesiones mensuales se presentaban y discutían temas específicos. Se propuso la edición de unos “Catecismos” dedicados a la agricultura, la ganadería y a la industria. No obstante el entusiasmo, se celebraron pocas reuniones (Ramos, 1978: 146).

Como la publicación de las *Primicias de la Cultura de Quito* estuvo relacionada con la Sociedad de Amigos del País, su existencia fue también efímera: tan solo duró un trimestre. Sin embargo, fue la demostración de la existencia de una vida intelectual. Espejo fue su promotor y a él se unieron individuos cultos y progresistas, como don Miguel Jijón y León, “capaz de renunciar a Europa para regresar a Quito, con su programa renovador...” (Ramos, 1978: 146). Espejo, años más tarde, organizó la Escuela de la Concordia.

Como resultado concreto de esas reflexiones en grupo, auspiciadas por la Escuela, bien puede interpretarse el “plan de Eugenio Espejo”. Este proyecto hasta hoy es desconocido. Sobre su existencia se hace mención en el juicio acusatorio a su hermano, presbítero Juan Pablo Espejo, y en la documentación remitida a España por las autoridades realistas tras los movimientos de 1809.

En efecto, luego de las revueltas de Quito, entre los documentos enviados a España por don Joaquín de Molina entre 1812 y 1815 -quien ejerció la Presidencia de Quito por corto tiempo<sup>13</sup>- consta el siguiente, que resume la visión del funcionario sobre los acontecimientos de la Capital y que confirma que según sus averiguaciones, la conspiración se tramó en tiempos del precursor Eugenio Espejo.

---

13 Don Joaquín de Molina fue nombrado presidente de la Audiencia de Quito por el virrey del Perú, Abascal y Souza, en reemplazo del conde Ruiz de Castilla, el 19 de septiembre de 1810. El objetivo de este cambio de autoridad era controlar la subversión de Quito. Molina permaneció en estas funciones hasta 1812, cuando fue sustituido por Toribio Montes.

“ Se dice que el Plan de conjuración se formó en Quito desde el año de 80 del siglo anterior, porque así lo clamaban los conjurados mismos, por darle más valor con el nombre de sabio ‘como tal lo encomiaban sus parciales’ cuya obra fue; porque ese mismo plan fue denunciado al gobierno en el tiempo del Presidente Muñoz de Guzmán; y porque la demasía del terrible Morales, refiere como haciendo vanidad y jactancia, que al autor de ese plan, al morir le dejó muy encargada su ejecución a Morales, íntimo amigo y discípulo suyo. Por eso el Canónigo de Quito, don Santiago López Ruiz, hoy residente en Lima, en la relación histórica que compuso del lanzamiento de la ciudad infeliz, nombra como verdadero y único autor de tan detestable proyecto al que lo fuera en realidad y sin que nadie en toda la Provincia lo haya dudado. La relación hecha a don Luis Muñoz fue judicial, expresa y verificada después de la meditación detenida y consultas fiadas a personas doctas y de virtud muy acreditada.

Es el caso que habiendo descubierto de propia y libre voluntad, es decir, por mera jactancia y vanidad, el Presbítero Juan Pablo Espejo, a doña Francisca Navarrete todo el contenido del mismo plan, comunicó aquella buena mujer al Padre Fray Vicente Navarrete, su hermano, consultándoles acerca de la obligación y modo de poner en noticia del Gobierno; el religioso aconsejó a la hermana que tratase secretamente asunto tan grave, a su parecer, al Padre Fray Mariano Ontaneda, recoleto de la Merced y Prelado de su edificante Casa, ofreciéndole que por su parte conseguiría el negocio con el Padre Fray Francisco Javier de la Graña, provincial entonces de San Francisco y Superior, por consiguiente del Padre Navarrete. Hechas las dos consultas resolvieron tanto el Padres Graña como el Padre Ontaneda que se delatase al Presidente la conjuración tramada. Denuncióse, en efecto, por los tres frailes expresados y por la referida mujer aunque con la desgracia propia de todo lo conducente al bien de Quito, porque el Jefe (procediendo algo de prisa y menos cauto en materia tan delicada, se contento con prender en su misma habitación, no en arresto seguro, al clérigo y descubridor del delito y a su hermano Eugenio Espejo, médico de profesión y graduado en la facultad como se lo dijo en carta, el docto

Padre Fray José del Rosario religioso betlehemita, amo que había sido de los Espejos y del indio Luis, su padre en una célebre carta que escribió a Eugenio y debe obrar en los autos criminales que don Juan José Villalengua, Presidente y Regente de Quito, mandó seguir contra ese reo por causa de Estado anterior.

Si el Presidente Muñoz prende en la seguridad necesaria en tales casos a los dos hermanos sin permitirles comunicación entre sí, ni contra otras personas, si les toma confesión con la prontitud y sagacidad que convenían; si en la sumaria procede con la actividad y espero que demandaron un negocio puesto ya en claro por uno de los mismos reos, se habrían remediado desde entonces males que ya hoy no permiten curación. Pero por altas providencia, hizo todo lo contrario. Dejó presos como de mero cumplimiento a los delincuentes (o llámense todavía sospechosos hasta allí) no reconoció sus correspondencias; tardó mucho en tomarles confesión; y no les embarazó la comunicación entre sí, ni con Manuela Espejo hermana de ambos, y de este ocasionado modo les permitió el trato (mediato ya se ve, pero igualmente dañoso que el directo) con cómplices y factores. Con tal método se les dio la ocasión a reírse de la denuncia, a calumniar a la delatora y a los religiosos consultores de ella y del Padre Fray Vicente, su hermano; y obligar a sus acostumbrados ardides a los demás reos. Entre éstos se comprendía como principal al sin par Marqués de Selva Alegre; pero la mala empleada compasión del juez como un mozo (lo era todavía en aquel tiempo) la cuna ilustre a quien erradamente pensó enmendar con la misericordia; la atención que le parecieron debidas a sus parientes de España y del Reino de Quito; la protección que en su palacio lograba Eugenio Espejo; la preocupación (tenazmente concebida por un entendimiento que no era de vulgar ingenio) la preocupación digo, de que no era Eugenio Espejo sino otro libertino el autor de tan criminal idea, produjeron el desgraciado efecto de que no sonando en las actuaciones judiciales el nombre de ese reo ni mucho menos el de Montúfar, se remitiese la causa el Provisor del Obispado, como reducida solamente a la denuncia contra el clérigo Juan Pablo.

El Provisor que lo era en tiempo de sede vacante, don Pedro José Mesía, hombre que supone de poca doctrina y talento, miró el asunto con negligente indulgencia, a favor del reo y en vez de apurar las averiguaciones del delito, restó margen a su impunidad por atender a los respetos que interpusieron a beneficio de unos delincuentes tan malvados como protegidos. A pesar de esto y en prueba de lo que puede la verdad aún en la conciencia más abandonada en la confesión del clérigo, se miraba patente la certidumbre de la delación que de nada sirvieron para el concepto de su inocencia los ensayos con que el hermano lo había prevenido al vindicarse. Díceme la persona imparcial de quien he recibido estas noticias que leyó la confesión y conoció que no hay artificio que alcance a incurrir una culpa enorme; pero lo que más impresión hizo en su ánimo y en el del público entonces fue que sin embargo de que el Jefe de la Provincia, el Juez Eclesiástico, y el promotor Fiscal, se esforzaron por dejar impune la conspiración tramada, tomó de su cuenta una providencia visible de Dios, la salud de Quito. Eugenio Espejo autor del proyecto de la conspiración viendo descubierto por pura ligereza, vanidad y habladuría de un hermano suyo, el misterio de su iniquidad, consiguió tal pesadumbre, que alterado sus humores falleció a pocos meses de la denuncia de su plan desgraciado; sin que la robustez de su temperamento y los auxilios de la medicina bastaren a remediar el estrago que causó en su cuerpo la cólera de ver manifestas o publicadas, sin necesidad alguna, sus disposiciones para la ruina de la Patria. No sepultaron con él o el proyecto de ella (sic) los ejecutores de la felonía: quedaban Montúfar y Morales, el uno principal cómplice de ella, y el otro encargado de llevarle a efecto, observando puntualmente como sucedió después las mismas prevenciones del plan, sin desmentirse más que en una sola circunstancia accidental entre lo meditado anteriormente y lo sucedido el 10 de agosto de 1809.

Antes de la denuncia referida hasta aquí, habían intentado los traidores conmo-  
ver al pueblo fijando en todas las cruces de las plazas de la ciudad, unas bande-  
ras pequeñas de tafetán con una inscripción latina en que se estimulaba al ve-  
cindario a sublevación por la libertad dejando salvos los derechos de la religión:  
Salva cruce finalizaba la letra. Este intento y algunas coplas colocadas en varios

sitios de la población reducidos a conmover los ánimos por la independencia, no causaron otra impresión que la de hacer por entonces detestables las ideas de Espejo a quien uniforme el concepto de todos los ciudadanos atribuyó el delito y las diligencias conducentes a verificarlo. Lejos de haber conmovido cada uno miraba a ese infeliz con odio y quizá nunca tuvo alegría tan general en el pueblo como el día de su muerte. A eso debe atribuirse principalmente la tardanza de tantos años en verificarse la sublevación aunque tuvo también mucha parte en la quietud de los ánimos y el respecto que consiguió en su gobierno el Presidente don Luis de Guzmán el que logró su sucesor, el Barón de Carondelet, a quienes en fuerza de su avanzada edad y consiguiente decadencia no fue enteramente semejante el Conde Ruiz de Castilla cuya autoridad hizo contentible la elección del Consejero que le dominaba y dio aliento al alevoso Montúfar, al osado Morales y al loco Salinas para poner en práctica las ideas antiguas de Espejo y las tramas que el y el mismo Montúfar había dejado bien urdidas desde muchos años atrás en Santa Fe, donde contrajeron amistad y entablaron correspondencia con don Antonio Nariño y los demás jóvenes que desde ahora más de 15 años disponían la rebelión del Nuevo Reino de Granada obrando de acuerdo con sus cómplices (mejor diría seductores o fautores a los menos) los de Quito.

Esas verdades son noticias, inevitables y acreedoras a la consideración de España. En ella viven engañados los que disculpan las conspiraciones de América, dándoles el color mentido con que algunos había procurado disculparlas; o por no persuadirse de la alevosía mucho tiempo preparado por el mal concebido proyecto de independencia; o por disculpar en algún modo la felonía con las circunstancias peligrosas de la Madre Patria. ¡Pretextos vanos! porque, cuál Bonaparte hubo cuantos tramaban confusiones en Quito en el tiempo de Gobierno de Muñoz? Cuáles juntas se habían formado en España cuando ya Montúfar, Morales y Salinas querían establecer la que al fin formaron después de muchos años de prevención, en virtud del plan horrible trabajado desde el de 80 del siglo pasado? A qué franceses o enemigos aspiraban a entregar esos países los españoles y los Magistrados, cuando los Selva Alegres, los Nariños, los Mirandas eran ya traidores obstinados en Quito, en



Santa Fe, y en Caracas sin constar a los famosos Morillos y Lanzas en la Paz o Chuquisaca? Luego los emisario del tirano del mundo; ni el ejemplo impropriamente aplicado de las provincias tomadas por necesidad en las Provincias de España, ni el designio imaginario y calumniosamente atribuido a los miserables Magistrados y a los inocentes chapetones influyeron (sino por vía de disculpa afectada y risible) en el establecimiento de juntas maliciosas cuyo pretexto es defender su respectivo país de insultos extranjeros, y cuyo motivo, innegable y conocido es sustraerse de toda subordinación a los hermanos mayores, desacreditándolos con injurias y persiguiéndolos con crueldad.

Y se podrá ocultar todo esto en España a los señores Diputados en Cortes, así en Europa como Indianos? Su perspicacia dejará de advertir que el engaño de los quiteños y la alevosía de los de Chile, por ejemplo, no son más que hipocresías con que tratan de ocultar mientras les conviene así, a que el mismo espíritu de libertad con que obran (porque les parece que ya pueden hacerlo) los de Santa Fe y los de Buenos Aires? Pero en caso de que algunos o muchos no obstante su sagacidad y su política puedan dejarse auxiliar como excusas tan frívolas y alegaciones tan innegablemente falaces, el Diputado don José Mejía, sujeto de capacidad acreditada, hijo de Quito, y que debe reputarse bien impuesto en la historia de su país, podrá ignorar algo de lo que va expuesto en estos apuntes? Ignorará el hecho ruidoso y memorable de la denuncia con el Presbítero Juan Pablo Espejo y contra Montúfar por doña Francisca Navarrete, con el Padres Fray Vicente su hermano y por los padres Graña y Ontaneda? Dejará de saber que todo Quito “es decir el Reino entero” reputaba siempre autor del papel sedicioso y horrible intitulado “Sátira a la Golilla” al Médico Eugenio Espejo? Habrá olvidado los trabajos que los Presidentes Don José Pizarro y don Juan José Villalengua, dieron justísimamente a ese honorables faccionario por sospechas (no habían llegado hasta entonces a evidencias) que tenían y con mucha razón, de su espíritu de rebelión? No se acordará del viaje que hicieron a Santa Fe los dos Espejos para purificarse de las conjeturas de felonía que hubo contra el médico especialmente y por cuya causa estuvo dos veces por largo tiempo en la cárcel de cortes y con grillos? Si por acaso ignora hechos tan notorios y célebres en ambos reinos, esto es en el de Quito y el de Nueva Granada, no tiene más que escribir a uno de sus corresponsales en eso países para que con vista de los procesos judiciales seguidos en el gobierno de cada

uno de los tres Presidente referidos en sus Juzgados, y en el Eclesiástico, le informen la verdad notoria de los aquí referido. Fuera de eso parece imposible que siendo marido legítimo el señor Diputado María de Manuela Espejo legítima hermana de clérigo Juan Pablo y del médico enfermo pueda ignorar tan absolutamente los sucesos de esas familias inseparables de los públicos del país. Aunque también es cierto que atento el honor de dicho señor Diputado y su juiciosa conducta, de nadie hubiesen ocultado sus consortes y hermanos políticos más que de él para no hacérseles odiosos y despreciables, cosas tan poco decentes. Por otra parte, como don José Mejía es bien joven y vivió siempre abstraído del trato del mundo político y toda su pasión era sin reserva los libros, no sería muy extraño que ignorara negocios forenses y asuntos ajenos de su ocupación única que era el estudio; y más en años en que sólo se cuida del peculiar empleo a que la educación o la suerte consagra a los niños” (Navarro, 1962: 433-438).

Sobre la participación de los hermanos Espejo en los preparativos de la conspiración de Quito, y ante la falta de sanción de las autoridades coloniales a las rebeliones, don Pedro Pérez Muñoz, dice:

“... En la ciudad de Quito solamente, se cuentan ya veinte y cuatro alzamientos y es axioma entre los moradores que habiendo plata, todo se compone,... con la plata que han dado a los jefes y tribunales, han moderado las diligencias y las mismas sentencias se han venido a reducir siempre al destierro de algunos Indios o mestizos; y alguna vez, uno o dos ahorcados de las mismas clases; excusándolos con que son ignorantes, que estaban ebrios y otras cosas semejantes; pero los europeos muertos, muertos se quedaron; sus bienes saqueados y robados, lo mismo; y los autores de todos los males que fueron los blancos criollos, riendo y festejando su maldad....Concluyo esta carta con referir a usted que en el año 93 se descubrió en Quito, se probó y justificó plenamente que el Marqués de Selva Alegre, con Morales, Salinas y los dos hermanos Espejos fueron autores de los pasquines y banderillas de libertad republicana que amanecieron puestas en las esquinas. El médico Espejo murió durante su prisión, el clérigo salió de ella y los otros ni entraron. Estos mismos han sido los causantes de las rebeliones de 1809 y 1810 y hasta ahora el Marqués de Selva Alegre Montúfar, con todos los de su familia, se están

paseando....” (Hidalgo Nistri, 2008: carta 14, 93-94).

Y en otra de sus cartas dice:

“... El Marqués de Selva Alegre, don Juan Pío Montúfar, hizo viaje desde Quito a Santa Fe en unión de los Espejos para listarse en la cofradía Francmasónica y regresados a su Patria fraguaron el año 93 los pasquines y plan de rebelión de que he hablado anteriormente...” (Hidalgo Nistri, 2008: carta 15, 95-98).

Ya mencionamos en párrafos anteriores que el clero quiteño tuvo contacto con la tradición española sobre la doctrina de la soberanía del pueblo, antes de iniciarse la revolución francesa, y antes de la reforma universitaria española (Keeding, 2005: 153).

Tradicionalmente se sostiene dentro de la historiografía ecuatoriana que los primeros síntomas de rebelión e inconformidad con el sistema colonial en la Presidencia de Quito se dejaron sentir en el levantamiento en contra de las alcabalas en el siglo XVI; volvieron a manifestarse en las protestas de los barrios de Quito contra el establecimiento del estanco de aguardiente y la aduana. Con el pensamiento y la acción dinámica de Eugenio Espejo llegaron a la cima. Espejo concibió y diseñó el proyecto de emancipación (Navarro, 1962: 19-20). En América del Sur a partir de 1780 las ideas revolucionarias comienzan a difundirse. Pero fue sin duda Espejo el primer quiteño que en forma sistemática se empeñó en divulgar, dentro y fuera de los límites de la Audiencia de Quito, su crítica y sus juicios en contra de la dominación colonial española. Tuvo problemas y fue perseguido, pero sus ideas tuvieron eco en otras regiones del continente; no fueron olvidadas hasta que, décadas más tarde, se alcanzó la independencia de las colonias. En 1809 tuvo lugar la proclama de Quito; al año siguiente, la insurrección se fue generalizando en las demás jurisdicciones coloniales de Hispanoamérica proclamando autonomía de gobierno; y al terminar la tercera década del siglo XIX, la mayoría de las colonias hispanoamericanas eran libres.

---

## EL CLERO EN LA CONSPIRACIÓN Y EN LA REVOLUCIÓN DEL 10 DE AGOSTO DE 1809

El deseo de igualar, en derechos y oportunidades, a los habitantes de América con los europeos contribuyó al proceso independentista de los americanos. Cumplir con esa aspiración en base a las leyes y costumbres españolas vigentes no era posible. No se podía justificar la protesta y la rebeldía apoyándose en el pensamiento medieval cristiano contra el monarca tirano que inducía al pueblo a la herejía o que provocaba la destrucción de la sociedad cristiana. Ese no era el caso de la monarquía española. No se visualizaba con claridad la acción cometida por la Corona para pedir la restitución del poder político entregado por el pueblo al soberano. Esa restitución solamente era posible si se enfrentaba a un déspota. Pero Benito Jerónimo Feijoo había propuesto la posibilidad del tiranicidio y, al igual que el jesuita padre Mariana, condenaba en el príncipe la ambición del poder por medio de las armas y de la guerra.

Antes de 1767, ningún jesuita de la Presidencia de Quito manifestó públicamente juicio o crítica alguna sobre las formas de dominación. No analizaron, oficialmente, con sus estudiantes las obras del padre Suárez o del padre Mariana, ni las de Feijoo. De conformidad con el Real Patronato, los generales de la Compañía de Jesús, trataban de mantener relaciones equilibradas con la monarquía española. No comentaban los errores de los representantes de la Corona en América y evitaban involucrarse en temas políticos (Keeding, 2005: 131-132).

José Gabriel Navarro explica que en América se entendió la rebelión como una reversión de los derechos de la soberanía al pueblo, dentro de las teorías de los padres Suárez y Molina que habían sido difundidas en las aulas de los centros superiores americanos por los religiosos. Según Suárez la soberanía es y debe ser

transferible, es atributo de toda comunidad perfecta, pero no de cada individuo; no es un pacto artificial, sino una emanación de la naturaleza y no es el resultado de un acuerdo de voluntades. La autoridad del pueblo que entrega su potestad, la tras-pasa con limitación al gobernante. Las teorías de Suárez y Molina fueron expuestas por los jesuitas; los dominicos comentaron el pensamiento de Vitoria. Este sería el origen de la participación del clero en la revolución americana.

Dentro de este contexto en México se destacó, don Miguel Hidalgo (cura de Dolores), don José María Cos (cura de Burgos de San Cosme), don José María Morelos (sacerdote que convocó el Congreso de Chilpancingo para la declaración de la independencia mexicana), el canónigo Monteagudo y fray Servando Teresa de Mier. En Buenos Aires, el deán Gregorio Funes, el comendador fray Manuel Aparicio, fray Cayetano Rodríguez, el canónigo Domingo Victorio de Achega, el presbítero Pedro Ignacio de Castro Barros, el franciscano fray Juan Esteban Soto y el canónigo Juan Ignacio Gorriti. En Chile, fray Camilo Enríquez, religioso de la Buena Muerte que estuvo también en Quito. En Caracas el canónigo Madariaga. En Arequipa, el jesuita Juan Pablo Vizcardo. En Bogotá los cincuenta religiosos enviados a Cádiz para ser juzgados (Navarro, 1962: 14-16).

En 1765, durante el levantamiento de los barrios de Quito, los jesuitas en sus sermones defendieron los intereses monárquicos. Mientras, la mayoría de los habitantes protestaba en contra del monopolio de la producción y venta del aguardiente por parte del Real Estanco y por el establecimiento del impuesto de la aduana. Los jesuitas, entre ellos los padres Biescas y Milanecio, intervinieron para conciliar la situación, controlar las hostilidades y tranquilizar al vecindario amotinado. Y seguramente por influencia de ellos intervinieron también los estudiantes del Colegio Seminario de San Luis, quienes respaldaban los intereses reales en contra de un supuesto proyecto de los mestizos e indígenas de Quito cuya finalidad era coronar a su rey (Keeding, 2005: 131-132).

El obispo Santander en su informe al rey de 1 de julio de 1823 decía:  
 “Quito, ciudad que desde su descubrimiento, - según he oído de la misma boca de sus habitantes que de ello se jactan -. Cuenta veintisiete revoluciones

urdidas para eximirse de la dominación de los reyes de España y que en 1809 fue la primera que levantó el grito y el estandarte de la rebelión de toda América Meridional. Quito, ciudad en que no obstante de ascender su población a sesenta mil habitantes, no se encuentra sino seis o siete personas que no sean insurgentes, incluso clérigos, frailes y monjas y en cuya Diócesis de mi cargo, compuesta de 204 pueblos, sólo se encontrará 20 o 30 individuos fieles a V. M.” (en Navarro, 1962: 75).

Uno de los acontecimientos que más contribuyó a la concreción de los movimientos de emancipación de Hispanoamérica, ponderado también por los mismos gobernantes españoles, fue la campaña de liberación de las colonias de América del Norte. Luego de esas guerras, se terminó con el sistema colonial inglés en el Nuevo Mundo. Esos acontecimientos no tuvieron repercusión directa en Quito pero se tomaron en cuenta como un referente y lo que es más,

“España fue la que dio el ejemplo para la emancipación de sus colonias en el hecho de unir sus armas, ciegamente a las de Francia para sostener el levantamiento de los norteamericanos contra Inglaterra y reconocer después su independencia, lo que traía consigo una abdicación y un reconocimiento del principio destructivo de su poder moral y material” (Navarro, 1962: 5).

Sobre este mismo aspecto Pérez Muñoz dice:

“Los Anglo-americanos, desde el principio de su independencia, han procurado inspirar el mismo modo de pensar en toda la América para que siga su contagio. Se habla con la mayor liberalidad y entusiasmo de la felicidad de aquellos republicanos y sobre todo de la libertad de conciencia que tanto halaga a las pasiones...” (en Hidalgo Nistri, 2008: carta 14, 93-94).

Los acontecimientos de Francia se conocieron en las colonias españolas casi de inmediato, a pesar de que en la Metrópoli se habían hecho esfuerzos por evitar que esas noticias se difundieran. Era imposible detener y controlar el flujo de los comentarios que desde Europa llegaban en la correspondencia privada sobre las

novedades y cambios que tenían lugar en Europa. Los puertos americanos que integraban las rutas comerciales del Atlántico eran los lugares a donde llegaban noticias, rumores y chismes de los sucesos. En forma reservada las autoridades locales pedían al clero su colaboración para evitar que el vecindario se informara de lo que ocurría en Europa sobre el proceso del fin del antiguo régimen. Particularmente, les preocupaban ya las posibles repercusiones, si entre los vecinos hubiesen existido simpatizantes de esas ideas, pudiéndolas llevar a la práctica en la Presidencia de Quito.

El presidente don Juan José de Villalengua pidió la colaboración de los franciscanos en los siguientes términos:

“Muy reservado

Porque puede suceder que de resultadas de las presentes novedades de la Europa, intente la malicia introducir en estos dominios de S.M. en las Indias, algunas especies o papeles, cuyo objeto se dirija a perturbar el buen orden con que está establecida en ellos la Religión Católica consiguiente a las generales públicas noticias que tienen todas las naciones de la cristiandad y nobles sentimientos de la española; conviniendo se corte en su origen un asunto que por ignorancia o poca reflexión de algunas gentes podría ocasionar unos resultados de la mayor consideración y sentimiento y hecho cargo de que ningunos son más interesados en la conservación de la religión que los eclesiásticos, a quienes por su Estado corresponde propagar la Ley Evangélica, enseñar y cuidar se enseñe la más sana doctrina, me he propuesto tratar a V.P.R. de este recomendable asunto, y encargarle con el mayor esfuerzo y en conocimiento (V) (roto) la correspondiente reserva las más serias y activas providencias a todos los Prelados de los conventos de su orden, a fin de que se dediquen con el mayor celo y vigilancia a indagar si en los lugares de su jurisdicción se ha propagado o procuren propagarse en lo sucesivo algunos de los indicados papeles, sean impresos, o manuscritos, con prevención de que procedan inmediatamente a recogerlos y los dirijan con seguridad a V.P.R. para que por sus manos pasen a las mías, asegurándoles que en ejecutarlo así contraerán un mérito muy recomendable, y digno de atención, por interesarse en ello el mejor servicio de Dios y el del Rey, y el beneficio de todos estos naturales.

Espero me de V.P.R. el correspondiente aviso del recibo de esta, y con noticia individual de los sujetos a quienes haya comunicado sus órdenes, y que así mismo me la pase circunstanciada de cualquiera novedad que se adquiriera en el asunto para mi inteligencia.

Dios guarde a V.P. m.a. [roto] de 1790.

Juan José de Villalengua

R.P. Provincial Fray Esteban Rasaneli<sup>14</sup>.

Aunque no hemos podido localizar en otros repositorios documentales, igual pedido y comunicación debió dirigir el presidente Villalengua a todas las órdenes religiosas y a los obispos de la Audiencia para que estuvieran alertas frente a lo que ocurría en el vecindario.

Años más tarde en una carta dirigida desde Cartagena de Indias al presbítero doctor Próspero Vásconez se decía lo siguiente:

“...Jamás una catástrofe de fatalidades como las que se han seguido desde la Revolución de Francia (ojalá se hallara en la situación de las Islas del Japón)... La Francia que con las continuas variaciones de su gobierno e instituciones, poco conformes a los que sea principio de verdadera religión, lo ha trastornado todo,... hemos visto destronados a legítimos príncipes y repartidos sus dominios en otros cuyos principios no ignora el mundo. Sin que nos excedamos a juicios que no son para nosotros, me parece que aunque hasta aquí ha boyado boyantes le Francia con su prepotencia, del propio modo que los faraones con los israelitas hasta que castigados de la mano de Dios los echaron de Egipto; espere y tenga por cierto la misma Francia que le ha de llegar el día de su exterminio... y en tanto la que más padece de los potentados de Europa, es nuestra afligida España y consecuentemente arruinado su comercio de manera que todos los que nos hallamos en él nos vemos rodeados de inmensos trabajos... y no hablo de las forzosas imposiciones al Estado Ecle-

<sup>14</sup> Archivo de la Orden Franciscana (AOF/Q). Serie 9, Carpeta 11, Carta de Villalengua al Provincial de San Francisco, f. 24-25r.



siástico y de otros que de continuo se exigen por una necesidad que no tiene otro remedio que lo dicho. Nade de esto es impostura...”<sup>15</sup>.

En 1807 el panorama político de Europa y de Iberoamérica era complejo e incierto. Inquietaba el expansionismo napoleónico con su proyecto reformador liberal y anticlerical. Inquietaba la inseguridad para el comercio, el bloqueo continental, la inestabilidad y la crisis en el trono español. La creación de la Junta Suprema en Sevilla en 1808 para resistir a Bonaparte no fue entendida de forma unánime en las colonias; el gran dilema era colaborar o someterse. Y fue a partir de entonces que arranca la lucha independentista que significó un proceso de años, con momentos muy claros, que se suceden en cortos intervalos, y con metas distintas: primero independencia de Francia, luego independencia del Consejo de Regencia y, finalmente, la independencia definitiva.

La invasión de Bonaparte a España en 1808 se sumó a los efectos negativos que las colonias enfrentaban como consecuencia del reformismo borbónico, y se sumó a la influencia del pensamiento ilustrado. El conjunto de estos factores contribuyó a la formación de las primeras juntas y a la organización de las campañas libertarias. Las Junta de La Paz y la Junta de Quito de 1809 fueron el inicio de un proceso irreversible (Keeding, 2005: 24-28).

En España, ese mismo año y por los mismos motivos, se levantó el pueblo español; se crearon juntas provinciales para representar al legítimo gobierno de la monarquía. A la Junta Central de Sevilla se adhirieron las juntas americanas, de esa manera respaldaban al rey pero no al gobierno de Godoy, y peor aún a Napoleón o a los mandatarios que dependían de la regencia.

En las colonias españolas, la imagen de Napoleón Bonaparte fue satanizada por las mayorías; realistas y rebeldes coincidían en esa apreciación. Era pensado como el símbolo de la irreligión y del anticlericalismo. Esa opinión generalizada fue aprovechada por unos y otros y, desde luego, por el clero revolucionario. Pedro

---

15 AHN/Q, Religiosos, Caja 69, Carpeta 64. Expediente del Doctor Don Próspero Vásconez, Carta de Agustín Guecco, del 20 de octubre de 1806, desde Cartagena de Indias al doctor Próspero Vásconez.

Pérez Muñoz en una de sus cartas dice: “Triunfa Bonaparte y favorecido de las circunstancias empuña el cetro de la Francia y forma el plan ambicioso de ser Monarca Universal. Trata de subyugar la España y de ser dueño de las Américas...” (Hidalgo Nistri, 2008: carta 15, 95-98). El movimiento de insurrección quiteña de 1809 a 1812 puede ser visto también como una reacción conservadora en defensa de la religión católica. Algunos de sus protagonistas debieron sentir que se enfrentaban al propio Bonaparte.

En España, las juntas de Aranjuez y de Sevilla desaparecieron y fueron sustituidas por el Consejo de Regencia. Este Consejo pretendía gobernar las colonias americanas como parte del Imperio. El pueblo español reaccionó contra la dominación de Bonaparte, reasumió su soberanía, reconstituyó sus juntas centrales de gobierno de Aranjuez y Sevilla. Esta última trasladó el Consejo de Regencia a la Isla de León, tras lo cual vino la convocatoria a las Cortes de Cádiz, el 15 de abril de 1809. El pueblo español reasumió la soberanía popular y los derechos patrimoniales y personales de los reyes. Los territorios coloniales en América fueron declarados provincias españolas, integrantes de la “Nación Hispánica” y, por lo tanto, sometidos a las autoridades y funcionarios de la Metrópoli. Por esta razón, la Junta de Sevilla se llamó “Suprema de España e Indias” (Borrero, 1962: 43-44).

Quito reaccionó contra la dominación de Bonaparte, contra las aspiraciones de gobierno de la Junta Central de Sevilla, de su Consejo de Regencia y contra las autoridades españolas que los representaban en esta Audiencia porque a todas las consideraba ilegítimas. Al conocer que varios funcionarios de la Audiencia preparaban el reconocimiento y jura de José Bonaparte -como rey de España e Indias-, se retomó el proyecto de conspiración que se promovía desde el círculo de amigos de don Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre. Los conspiradores consideraron que el momento de asumir la soberanía popular había llegado. Dudaban que Fernando VII recuperara el trono o viniera a reinar en América. Dentro del grupo de conspiradores estaba el cura de Pintag, doctor José Luis Riofrío. Posiblemente otros individuos del clero quiteño debieron participar en las conspiraciones. Desgraciadamente, la documentación sobre el tema es limitada y no permite llegar a otras y mayores precisiones (Borrero, 1962: 44 y 23).

Signo de distinción entre los miembros de la elite quiteña era el rodearse, por placer y por necesidad, de amigos destacados en las letras y en el conocimiento. Juristas, médicos, curas, artistas, músicos, formaban parte de la red social o, si se quiere, de una pequeña corte de las familias poderosas. La influencia de los intelectuales era decisiva pero por sobre todo la de los eclesiásticos: el obispo, los preladados de las religiones y los curas de las parroquias eran sus amigos predilectos e íntimos. Alguno de ellos sería el director de conciencia del señor y de su familia. Estaban presentes en las fiestas familiares y hasta las presidían en la cabecera de la mesa (Borrero, 1962: 21).

Las tertulias generalizadas desde la segunda mitad del XVIII eran la oportunidad para discutir entre parientes, amigos y conocidos sobre temas literarios, filosóficos, científicos y comentar sucesos de actualidad. Individuos de distinto estrato social podían integrarse y participar en los temas que se discutían y comentaban en esas reuniones (Rodríguez O., 2006: 28-29).

Dentro de esas costumbres el marqués de Selva Alegre, don Juan Pío Montúfar Larrea, celebró la Navidad de 1808, en su hacienda y obraje de Chillo. Junto con sus familiares estuvieron sus amigos intelectuales: el doctor José Luis Riofrío, cura de Pintag, el capitán Juan de Salinas, Juan de Dios Morales, Manuel Rodríguez de Quiroga, Juan Pablo Arenas, Nicolás de la Peña, Francisco Javier Ascáubi, Antonio Ante y Pedro Montúfar, su hermano. Seguramente en la reunión debieron estar presentes otras personas, hombres y mujeres, amigos y parientes del anfitrión y de los convidados (Ortiz Crespo, 2009: 92). En la reunión determinaron constituir una Junta Superior que represente al rey de España quien -por la coyuntura que vivía la Metrópoli en esos momentos tras la invasión de Napoleón Bonaparte- estaba destituido del trono. Se temía el destino de la Presidencia de Quito frente a la política napoleónica; se reconocía incapacidad y debilidad del presidente de Quito, conde Ruiz de Castilla, sujeto a las intrigas de los funcionarios que integraban la Audiencia. Este plan fue delatado por los frailes mercedarios Andrés Polo y Andrés Torresano, lo que dio origen al arresto y juicio de los conspiradores, pero quienes, al desaparecer el expediente del proceso, quedaron libres (Borrero, 1962: 22).

Según algunos autores, la conspiración retomada en la Navidad de 1808 tuvo dos momentos: el de febrero de 1809 y el del 10 de agosto del mismo año. El primer momento incluye la causa seguida por la Audiencia contra los conspiradores -denunciados por los dos religiosos mercedarios mencionados y por Joaquín de la Peña. El plan había sido referido por Juan de Salinas a fray Andrés Torresano. El sumario se encargó al oidor don Javier Manzanos en calidad de asesor. Los acusados, muy bien aconsejados y dirigidos, recusaron a Manzanos con intervención de don Pedro Montúfar. Al asesor anotado se lo acusó de no dirigir bien el juicio y de falta de integridad por el parentesco que tenía con don Simón Sáenz de Vergara<sup>16</sup>. Como consecuencia, Manzanos quedó apartado del juicio y el presidente encomendó el conocimiento y substanciación de la causa al oidor don Felipe Fuertes Amar, amigo de los Montúfar y de sus coidearios. Fuertes Amar dio una sentencia absolutoria a los presos (Navarro, 1962: 49).

Tranquilo, dice José Gabriel Navarro, quedó el presidente Ruiz de Castilla con la sentencia, y nada le hacía temer que hubiese tan cerca un golpe de Estado. El 6 de agosto de 1809 puso al rey la siguiente carta:

“Señor: Aunque me ha comunicado en este correo mi Jefe, el Virrey del Reino de lo acaecido en aquella ciudad, he sabido por conducto seguro que algunos sujetos partidarios del enemigo común habían intentado trabar la tranquilidad pública, atentando también contra su bien conceptuada persona, y como un mal ejemplo que este puede hacer discurrir, y aún temer que cunda en las demás Provincias, me ha parecido muy de mi obligación, el hacer presente a V.M. que en esta de mi mando, no hay en el día el más mínimo motivo para recelar de la sincera fidelidad con que juraron a nuestro amable y adorado Rey, el Sr. Dn. Fernando VII; pero, sin embargo del concepto que en la actualidad me hallo, viviré y estaré con la más escrupulosa atención para evitar, contener y castigar a cualquiera que abandonado a su perfidia intente seguir aquel ejemplo ...” (en Navarro, 1962: 49-50).

---

16 Don Javier Manzanos era yerno de don Simón Sáenz de Vergara.

El segundo momento, comprende la reunión efectuada la noche del 9 de agosto de 1809 -en las piezas que arrendaba Manuela Cañizares en la casa parroquial de El Sagrario. Estuvieron presentes, junto con los conspiradores laicos, los clérigos José Luis Riofrío (cura de Pintag), José Correa (cura de San Roque) y José Antonio Castelo (cura teniente de La Catedral). Correa asistió al asalto del cuartel. Al día siguiente, el 10 de agosto de 1809, se cambiaron a las autoridades nombradas por el gobierno peninsular. Al constituirse el nuevo gobierno el obispo de Quito, doctor Cuero y Caicedo, fue nombrado vicepresidente. Aceptó el movimiento por los fines “santos” que proponía: conservar la religión cristiana, obediencia al rey y buscar el bien y felicidad de la patria.

La transformación de Quito fue concreta: derribó a las autoridades coloniales, estableció una Junta Suprema de Gobierno con el carácter de soberana y organizó tropas para la defensa de la ciudad. Desde Quito se invitó a los pueblos de la Audiencia y de América a seguir su ejemplo. Al enterarse de los acontecimientos, tanto el virrey del Perú como el de Nueva Granada, así como los gobernadores de Guayaquil, Cuenca, Popayán y Pasto se organizaron para limitar los alcances del movimiento y para extinguirlo por ser una amenaza para América (Navarro, 1962: 111).

El 12 de agosto de 1809, la Junta Suprema de Quito nombró como vocales natos de ella al obispo de la Capital y al obispo de Cuenca, convocó al Cabildo de la Ciudad, al Cabildo Eclesiástico, a los funcionarios de la Real Hacienda, a los militares, a los docentes de la universidad, a los párrocos de las doctrinas inmediatas, a los prelados de las órdenes religiosas, a los abogados, a los rectores de las instituciones educativas, a los representantes del comercio y a otros vecinos para que se pronunciaran sobre el nuevo gobierno en la reunión que fue convocada para el 16 de agosto en el convento de los agustinos.

Sobre estas designaciones don Mariano Batallas -racionero de la Catedral de Quito- cuenta al doctor Mauricio Salazar, lo siguiente:

“A los tres días de esto, se hizo conocer al público los motivos de esta elección en la Sala Capitular de San Agustín, y reconocer a las funcionarios y em-

pleados con asistencia de todos los Cuerpos y Cabildos, con muchas música y tropa y la gente llena de alegría y vivas a Fernando VII, con tres noches consecutivas de luminarias y a las ocho fue la misa de gracias en nuestra Catedral con asistencia de los nuevos tribunales, la función más magnífica que he visto ni se espera ver, pues no cabían las gentes en la Iglesia aún sobre los altares, y después de la misa y medio pontifical, se ratificó el juramento al Rey y a la Junta Central y a los que a su nombre gobernasen...” (en Garcés, 1940: 89-90).

Para el día 14, el obispo José Cuero y Caicedo se encontraba ya restituido a la ciudad y a su palacio. Aceptó y admitió el cargo, y conociendo también la fórmula del juramento prestado por los otros miembros de la Junta “la aprobó, juró y suscribió la posesión de su cargo el 15 de agosto” (Borrero, 1962: 31-32). Ese mismo día, el prelado convocó al Cabildo Eclesiástico a una sesión reservada en la que redactó la “Exclamación”. Seguramente, el obispo no veía claro el futuro del movimiento, y eso dio lugar a que el contenido de la “Exclamación” fuera ambiguo y sin definición política. Cuero y Caicedo intentaba salvaguardar su dignidad ante cualquier autoridad (*Ver anexo 1, al final de esta sección*).

La Sala Capitular de San Agustín facilitada por su provincial, fray Tomás López, entusiasta simpatizante de la revuelta, acogió el 16 de agosto de 1809 a una concurrencia mayoritariamente clerical. Todos ratificaron la organización de la Junta, juraron defender la religión, al rey Fernando VII y a la patria; al día siguiente, hubo misa de acción de gracias en la Catedral. El obispo recibió el juramento de los funcionarios nombrados y rubricó las disposiciones que eliminaban la injerencia de la Corona:

“... asistieron a la Iglesia Catedral la Junta, Senado, tribunales y todos los cuerpos que suscribieron la instalación, adornadas las calles por donde se conducía el señor Presidente con arcos triunfales, inscripciones y jeroglíficos, a rendir gracias a Dios... y emitir en manos del Obispo el juramento de fidelidad y obediencia al Rey, la defensa de la religión católica, apostólica y romana, el bien de la nación y de la Patria...” (Borrero, 1962: 34-35).

El parecer del clero, esta vez, no tuvo eco en la población de la ciudad de Quito que recelosa veía en los rebeldes a los enemigos de la buena causa: la monarquía española, la religión y de la Iglesia. En cambio los doctrineros, párrocos, coadjutores y regulares de todas las comunidades, criollos en su mayoría, desde un comienzo se identificaron con la lucha por la emancipación.

Don Antonio de Saa, cura de Cotocollao, en una carta del 22 de agosto de 1809 dirigida al nuevo gobierno decía:

“Señor:

La pública felicidad de que ya estamos gozando, y los mayores bienes, que nos ofrece el sistema ventajoso del día reobligan como buen patriota a imprimirla en el corazón de mis feligreses. Reuniéndolo en un lugar señalado les hice entender la santidad de sus principios y la importancia de sus fines, y al oír, que Fernando VII, que la Religión y la Patria eran los ejes sobre que se giraba, un grito general, fue el testimonio de su alegría y la prueba de sus votos.

Bendijeron a esta Quito generosa que elevándose, sobre si misma había emprendido un hecho inmortal y sublime para todos lados. Mas con lágrimas de regocijo, que con lenguajes apasionados prestaron su obediencia a esta Suprema Junta depositando en ella sus intereses y su vida misma, no sólo para la propia seguridad, sino para sacrificarlos por su Señor Natural y por los demás sagrados objetos que hacían la materia de sus cultos. Ya se ve que no han hecho más que su deber, pero con todo lo pongo en noticia de V. M. para su satisfacción, y la del mundo entero. Dios guarde la C. R. P. de V. M. muchos años. Cotocollao 22 de agosto de 1809” (en Muñoz Vernaza, 1948: 225-236).

El cura de Pintag, doctor José Luis Riofrío, el 24 de agosto de 1809 desde su parroquia informaba lo siguiente:

“Señor:

Creo de mi obligación poner en la soberana noticia de Vuestra Majestad que el pueblo a mi cargo reconoce la constitución y obedece ciegamente a la

Suprema Junta a nuestro Alto Nombre; pues habiéndoles predicado que la novedad acaecida en esa Corte, no tenía por objeto sino defender Vuestros Reales Derechos, desde la Patria, y sobre todo el sostenimiento de la unidad y la pureza de la Religión, ha quedado no sólo tranquilo, sin tan gustoso, que está pronto todo a derramar su sangre en obsequio de tan santos fines.

Nuestro Señor guarde la Católica Real persona de Vuestra Majestad en su mayor grandeza y prosperidad por muchos años.

Pintag, y 24 de Agosto de 1809” (en Muñoz Vernaza, 1948: 225-236).

Sobre este primer movimiento el doctor y estudioso Manuel María Borrero manifiesta:

“Labor de titanes animados por el fuego santo del amor a la patria debió de ser la de los adalides. Labor sincera y convincente. Gracia divina puesta en sus labios y don del Cielo infundido en sus pechos debió ser la labor de esos clérigos nacionales: los José Luis Riofrío, José Correa, Antonio Saa, Antonio Ontaneda y otros para hacer que el entusiasmo y fervor patriótico del pueblo del norte y del centro que se prestaron gustosos y voluntariamente a empuñar las armas para enfrentarse a los enemigos de su Patria y de su emancipación. A pesar de que la Junta Suprema se había anulado asimismo, había abdicado su poder, renegado su misión y claudicado en sus funciones” (Borrero, 1962: 60).

Pero también considera que tuvo que haber existido la acción contraria por parte de elementos de la sociedad y del clero, y menciona como ejemplo el caso de los curas españoles de Otavalo y San Pablo que tomaron posición por el movimiento antirrevolucionario, por lo que la Junta Suprema de Quito solicitó al obispo su remoción porque no apoyaban la constitución de la Junta Suprema del 10 de agosto de 1809.

“... es también de calcular el efecto que habrá producido entre la gente sin mayores bríos y convicciones claras, definidas y firmes la labor subrepticia, in-



cesante e intensa desarrollada contra la revolución por la clerecía y la frailería foránea en confesonarios y púlpitos y por los gamonales linajudos y enhacendados, que creían que los plebeyos no forman el Pueblo, en las conversaciones, confidencias y conferencias con las pobres gentes que necesitaban del señor y del amo para que satisficiesen sus hambres, les favoreciesen en sus necesidades y les amparasen en sus conflictos. Pues hay que saber que en aquello se empeñó todo el influjo del clero y de la nobleza criolla sobre las masas creyentes y sumisas” (Borrero, 1962: 62).

Al producirse las primeras revueltas hispanoamericanas, la mayoría de los obispos, nombrados dentro del régimen de Real Patronato y condicionados por el regalismo borbónico, fueron hostiles a la independencia; rechazaron las proclamas revolucionarias, permanecieron leales a la Corona y actuaron como defensores del régimen colonial. Los prelados tenían preocupación por lo que podría ocurrir frente a liberalismo y, de acuerdo con la tradición centenaria de la Iglesia Patronal, ellos estaban obligados a jurar fidelidad personal al rey. Denunciaron la rebelión como pecado y delito, algo ilegal y herético, ante lo cual la jerarquía no podía permanecer neutral. Aquellos obispos, sobre cuya lealtad se sospechaba, fueron llamados a capítulo y hasta se los privó de las diócesis. El comportamiento del arzobispo de Quito, José Cuero y Caicedo, fue distinto de la mayoría de los prelados. Cuero y Caicedo plegó a la revuelta y aconsejó a sus párrocos que aceptaran la Junta Superior de 1809.

El clero secular y los regulares quiteños, en su mayoría, apoyaron las revueltas siguiendo el ejemplo de su obispo. Seculares y regulares del Obispado de Quito eran mayoritariamente criollos como su prelado. Los religiosos de origen peninsular eran la minoría. Pero unos y otros estaban divididos a favor o en contra de la rebelión. Muchos fueron activistas en las parroquias, doctrinas o jurisdicciones que comprendían territorios más amplios; otros se convirtieron voluntariamente en capellanes de las tropas libertadoras o en tribunales callejeros.

Juan de Dios Morales, Manuel Rodríguez de Quiroga y Antonio Ante perfeccionaron el proyecto de independencia (Borrero, 1962: 44). La proclama preparada

por Manuel Rodríguez de Quiroga, de 16 de agosto de 1809 expresa los motivos de la revolución:

“La sacrosanta Ley de Jesucristo y el imperio de Fernando VII perseguido y desterrado de la Península, han fijado su augusta mansión en Quito...Dios en su Santa Iglesia y el Rey en el sabio Gobierno que la representa, son los solos dueños que exigen nuestro debido homenaje y respeto” (Navarro, 1962: 79).

### **Anexo 1: Acta de Exclamación de Cuero y Caicedo**

“Carátula de un pliego.- La Madre Priora del Carmen de la Nueva Fundación, y la que le sucediere, mantendrá Reservado este Pliego, sin comunicar su existencia a Persona del Mundo, hasta que lo pidamos para hacer uno o sea nuestro Cabildo Eclesiástico en caso de muerte; lo que cumplirá bajo de santa Obediencia y pena de excomunión. Quito y Agosto quince de mil ochocientos nueve.- José, Obispo de Quito.- Enríquez Estrella.-

### **ACTA DE EXCLAMACIÓN DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO Y VENERABLE DEÁN Y CABILDO DE ESTA DIÓCESIS.-**

En la ciudad de San Francisco de Quito, en catorce días del mes de Agosto de mil ochocientos nueve, habiéndose congregado por su Señoría Ilustrísima el Venerable Deán y Cabildo en este Palacio Episcopal, para tratar y conferir lo que debían hacer en las difíciles circunstancias en que se halla la ciudad, previo el correspondiente juramento que hicieron *tecto pectore et corona*, de guardar inviolable sigilo hasta su tiempo por convenir así al decoro, honor y respeto debido a la Santa Dignidad Episcopal, al Venerable Cuerpo Capitular y a todo el clero de la Diócesis.

Hizo presente su Señoría Ilustrísima la amargura en que se halla sumergido su corazón, por la repentina e inesperada invasión, que hallándose ausente a cinco leguas de distancia en la Recolección Franciscana del Pueblo de Pomas-

que, ejecutaron el diez del corriente unos pocos hombres que se atrajeron a su partido la Tropa y se apoderaron de las armas, con cuya fuerza depusieron de sus empleos al Excelentísimo Señor Conde Ruiz de Castilla, Presidente de esta Real Audiencia, don José González Bustillo, Regente y don José Merchante de Contreras, Decano de la misma; arrestando sus personas y las del Comandante de la Tropa don José Villaspesa, Teniente don Bruno Rezua, Asesor General don Xavier Manzanos, Administrador de Correos don José Vergara, y Regidor don Simón Sáenz en el Cuartel, y mudando el Gobierno con la creación de una Junta llamada Suprema, Senado para las causas Civiles y Criminales, y otros atentados que acreditaban bien los designios perversos que se ha propuesto y las violencias que para su verificación puede cometer.

Que ejecutadas así las cosas publicado todo por bando, corrido oficios a todas partes, depuestos los señores Gobernadores de Cuenca, Guayaquil y Popayán, según se dice públicamente, se le han corrido oficios y diputaciones a Pomasque para que su Señoría Ilustrísima se venga a esta ciudad, y presencie el juramento que tiene acordado hacer en la Iglesia Catedral el diez y siete de este mismo mes.

Que ha contestado accediendo a ello; pero con el designio de no verificarlo, sino con el consejo de su Venerable Cabildo, y en los términos que se acordaren, si pareciese conveniente a sus individuos.

Que su Señoría Ilustrísima se hace cargo y pone presente, por una parte, que la asistencia a la Catedral al Juramento dispuesto no autoriza de algún modo con que se ha depuesto a los legítimos Magistrados y constituyéndose otros que deben estimarse verdaderos usurpadores de la Real Audiencia, contraviniendo con esto al juramento de fidelidad que tenemos todos hecho a favor de nuestro Amado Rey y Señor Natural Fernando Séptimo y la Junta Suprema Gubernativa del Reino que le representa. Pero que por otra parte reflexiona que hallándose los principales invasores en un estado de verdadero locura, furor y ceguedad, no se conseguirá con la resistencia del Prelado y su Clero otra cosa que encender más el fuero y sufrir infructuosamente el Estado Santo de la Iglesia, atropellamientos, vejaciones y desprecios.

Que desde luego Su Señoría Ilustrísima y su Venerable Cabildo con los demás Ministros del Altar sufrirían gustosamente prisiones, destierros, y aun la misma muerte; pero que no parará en esto sólo; sino que los tiranos facciosos para llevar adelante sus proyectos, derramarían ríos de sangre de este pueblo inocente que no ha tenido parte en sus crímenes.

Que comprende que el impulso de las pasiones vivas que hoy los agita, podrá templarse dentro de breves días, y con más oportunidad se desbaratará esta máquina horrible, sin causar a los fieles tantos males.

Que para la consecución de esto, Su Señoría Ilustrísima y su Clero, dirigirán al Cielo sus más fervientes oraciones y procurarán en las conversaciones en el tribunal de la penitencia y en la cátedra del Espíritu Santo desengañar a los preocupados y poco a poco ir disponiendo los ánimos para la reposición de las cosas a su debido orden, y ser.

Que en esta virtud, estimándose obligado a evitar los daños y deterioros de la grey que se le ha encomendado, conceptúa conforme a los dictámenes de la prudencia, no precipitar las cosas por un celo ardiente, y poco conforme con el espíritu de mansedumbre y lenidad que debe caracterizar a los ungidos de Dios vivo, y ceder por ahora a la fuerza y violencia de los mandones que están respaldados de toda la Tropa y Armas.

Que en consecuencia le parece a su Señoría Ilustrísima que se presten a la asistencia a la Iglesia Catedral, Misa y Juramento que harán los facciosos bajo las protestas más solemnes de no adherir a los principios que se han propuesto los sediciosos, de no faltar a la fidelidad de vasallos del Rey Nuestro Señor, a los votos que en esta razón tienen hechos y a los principios de la Religión que nos manda obedecer a los legítimos magistrados, que son los que indignamente han sido depuestos.

Y habiéndose conformado todos, y cada uno de los Señores Capitulares con el parecer de su Señoría Ilustrísima, acordaron asistir a la Misa y Juramento bajo las siguientes protestas que hacen delante de Dios.

Que de ninguna suerte se entienda que su Señoría Ilustrísima, su Venerable Cabildo y el Clero hacen tal juramento; que solamente lo presencian materialmente por la fuerza en que se halla constituida toda la ciudad, y para evitar no tanto el atropellamiento de los Ministros del Altar que lo recibirán todo con resignación cristiana, cuanto el derramamiento de sangre del inocente pueblo, por cuya conservación únicamente miran.

Que se mantienen firmes delante de los cielos y tierras en el amor, obediencia y fidelidad que profesan a su Rey.

Que no reconocen por legítimas autoridades a las que se han constituido por los insurgentes a nombre del mismo pueblo que se halla ignorante de todo.

Que la aplicación del incruento sacrificio que ha de celebrar, sea precisamente por la restitución de nuestro prisionero y venerado monarca, prosperidad de sus invencibles armas y fidelidad de toda su vasta monarquía.

Y que para resguardo de su Señoría Ilustrísima y su Clero, y hacerlo constar a su tiempo ante la Soberanía y al mundo entero, y que todos conozcan que proceden coactos y sin libertad por sólo evitar los grandes males, que de lo contrario se seguirán, se extiende esta Acta de Exclamación formal y solemne, y cerrada y sellada con siete sellos se custodie por la Prelada de uno de los dos Cármenes, imponiéndola en la carátula, precepto formal de Santa Obediencia, y pena de Excomunión *Mayor Late sentencie* de guardar secreto, y no devolver el Pliego, sino a su Señoría Ilustrísima, y por su muerte el Venerable Deán y Cabildo Sede Vacante, por los daños que de su publicación pueden seguirse. En cuyo testimonio así lo acordaron, dispusieron y firmaron, so cargo de juramento que lleva fecho.

José, Obispo de Quito, Doctor Joaquín de Sotomayor y Unda, Calisto Miranda, Doctor Joaquín Pérez de Anda, Francisco Rodríguez de Soto, Doctor Juan Estanislao Guzmán, Santiago José López Ruiz, Mariano Batallas, Gabriel Batallas” (en Borrero, 1962: 36-38).

---

## LA PRISIÓN DE LOS CURAS

Luego del pronunciamiento del 10 de agosto de 1809, los miembros de la Junta Suprema dirigieron sendas comunicaciones a las gobernaciones de Guayaquil, Cuenca, Pasto y Popayán pidiendo adherirse al movimiento. Lo mismo hicieron con los corregimientos de la Audiencia de Quito. Sabemos cuál fue el resultado, Quito se vio rodeada por fuerzas de oposición promovidas por los virreyes del Perú y de Nueva Granada y por los gobernadores de Guayaquil, Cuenca y Popayán, que temían los efectos y las consecuencias de la revolución de Quito en las colonias españolas. Las tropas enviadas desde Guayaquil, Popayán y desde Lima, despachadas por orden del virrey Abascal, no tardaron mucho en llegar a la Capital para sofocar el movimiento.

El criterio del clero que no respaldó al movimiento no tuvo respuesta en la población, particularmente en los sectores populares. En cambio, muchos doctrineros, párrocos, coadjutores y regulares de todas las comunidades, criollos en su mayoría, desde un comienzo se alinearon con la rebeldía. Muchos fueron más allá de la simple adhesión y actuaron como promotores de operaciones militares, organizaron batallones, interfirieron las comunicaciones de las tropas realistas, espionaron, proveyeron de alimentos y vituallas a los batallones, fueron capellanes de tropa o informaron sobre los movimientos similares del continente.

El Corregimiento de Latacunga tenía jurisdicción sobre varias poblaciones de la Costa limítrofes con la gobernación de Guayaquil. Los delegados de la Junta se dirigieron a Zapotal; fueron bien recibidos por el párroco fray Pedro Vallejo, agustino, quien se adhirió a la causa patriota, cooperando con las tropas que se formaban en el lugar y en Ventanas y Ventanillas (Borrero, 1962: 94).

Pero también hubo reacción en contrario. El presbítero Pedro Sáenz de Viteri, vicario de Latacunga, tan pronto tuvo conocimiento de lo acontecido en Quito -y a pedido del corregidor Miguel Hernández Bello- promovió propaganda anti-revolucionaria en la ciudad y en los pueblos de la jurisdicción por medio de los religiosos Manuel Arias de la Vega (cura de San Sebastián), Ventura Fernández de Aguilera (cura de Molleambato), fray Antonio Calisto (cura de Pujilí), Mariano Jácome de Estrada Montaneros (cura de Saquisilí), Juan Jácome de Estrada (cura de Toacaso), Vicente Mosquera (cura de Cusubamba), y Miguel Jerez y Espinosa (cura de Alagues). El vicario quería tener gente preparada para unirse a los contrarrevolucionarios (Borrero, 1962: 119).

También plegaron al bando realista el obispo de Cuenca, Andrés Quintián y Ponte, y los presbíteros José María Landa y Ramírez, Manuel López Pardo, Jaime Nájera, Joaquín Araujo, José María Ormaza Gazitua, Antonio Sáenz, José Guerrero, Basilio Rivadeneira, Mariano y Juan Jácome, Manuel Solano, Esteban Riera, Vicente Bermeo, Ignacio Suarez, Mariano Manoslavas, Joaquín Chávez, José Terán, José López, el cura de Ambato, el rector del Colegio Seminario de San Luis, doctor Andrés Villamagán y el cura Francisco Benavides (Borrero, 1962: 163-164). No obstante, debemos hacer notar que si bien hubo numerosos religiosos que en los primeros momentos se opusieron a las revueltas, más tarde las respaldaron. Tal fue el caso del cura Basilio Rivadeneira o de fray Andrés Torresano, mercedario, que estuvo comprometido, a comienzos de 1809, en la denuncia de los conspiradores de las reuniones de Chillo; en 1812 se hallaba respaldando la resistencia quiteña a la invasión de Toribio Montes.

El 4 de diciembre de 1809 el conde Ruiz de Castilla, sin respetar las capitulaciones firmadas el 24 de octubre de ese año, y luego de haber reasumido el gobierno de la Presidencia de Quito, mandó iniciar la causa contra los autores, colaboradores y simpatizantes de la revolución del 10 de agosto de ese año. Todos, sin excepción de estado o clase fueron declarados reos de alta traición. Se pidió proceder contra ellos con todo el rigor de la ley y se comisionó para el efecto al oidor Felipe Fuertes Amar, al fiscal Tomás Arechaga, al secretario Carlos Estrella, y contaron para esos propósitos con el apoyo de las tropas de Lima que habían llegado a la Capital, enviadas por el virrey del Perú.

Entre las personas que había que detener estaban: el cura de Pintag, doctor José Luis Riofrío, el cura de San Roque, doctor José Correa, el coadjutor de la Catedral, don José Antonio Castelo y el doctor Juan Pablo Espejo (Borrero, 1962: 191-192). Mucho recelo debieron tener las autoridades realistas de esos religiosos, porque al disponer su encarcelamiento determinaron que los individuos encargados de hacerlo debían estar acompañados de varios soldados. Manuel Aguilar junto a seis hombres puso en prisión a los curas Correa, Castelo y Espejo. Francisco Aguirre con doce soldados arrestarían al cura de Pintag. Avanzadas las causas fueron involucrados y procesados otros eclesiásticos.

Ante la prisión de los antedichos eclesiásticos, el presidente Ruiz de Castilla dirigió al obispo la siguiente comunicación:

“Ilustrísimo Señor:

Habiendo iniciado la correspondientes causa sobre la escandalosa revolución del diez de agosto de este año y no teniendo tiempo de consultar a Vuestra Señoría Ilustrísima por lo que respecta a los eclesiásticos doctor José Riofrío, don Juan Pablo Espejo, don José Correa y don Antonio Castelo, a causa de la rapidez que ha convenido observar los he mandado arrestar de pronto, teniendo también presente que en las causas de esta naturaleza no hay excepción de fuero alguno, lo que participo a Vuestra Señoría Ilustrísima para su debida inteligencia, en la que cuento siempre con sus auxilios para obrar en servicio de ambas majestades y de la vindicta pública. Dios Nuestro Señor guarde a Vuestra Señoría Ilustrísima muchos años. Quito 4 de diciembre de 1809. Ilustrísimo señor.-

El Conde Ruiz de Castilla” (en Borrero, 1962: 192-193).

A lo que el obispo respondió:

“Excelentísimo Señor Presidente:

En oficio de esta tarde me comunica V.E. que por su superioridad se ha mandado arrestar a los eclesiásticos don José Riofrío, cura de Pintag, don José Correa, que lo es de la parroquia de San Roque, don Antonio Castelo y don Juan



Pablo Espejo, lo que me servirá de gobierno para nombrarles excusadores a los dos párrocos, reservándoles para sus alimentos alguna parte del estipendio y obvenciones contingentes, debiendo V.E. contar con mi intervención y facultades en cuanto sean del Real Servicio, bien y utilidad de esta Diócesis. Quito 4 de diciembre de 1809” (en Borrero, 1962: 193).

El presidente pidió que los religiosos fuesen trasladados a la cárcel eclesiástica, pero el obispo manifestó que ese reclusorio no tenía las seguridades necesarias y que podía gestionar que se recibiera a los presos en la cárcel del Convento de San Francisco. El guardián de San Francisco sugirió que el cura Correa fuera llevado a la cárcel de los agustinos por ser de mucha seguridad. Pocos días más tarde, Riofrío, Correa y Castelo, sin que se respetara su investidura eclesiástica, fueron encarcelados, como presos comunes, en el Cuartel Real donde estaban alojadas las tropas de Lima (Borrero, 1962: 194-195).

En varios conventos de la ciudad permanecieron arrestados los clérigos José Salazar, cura de Santo Domingo de los Colorados, Antonio Saa, cura de Cotacollao, Antonio Ontaneda, cura de las Montañas de Barbacoas, José Pérez Hurtado, cura de Chillogallo, Cleto Cabezas, y Juan Alarcón cura de Quero.

En los procesos se pidió la pena de muerte para los eclesiásticos José Luis Riofrío, José Correa y Antonio Castelo. Riofrío, al contestar la acusación contra él, no negó ninguno de los hechos y actos que se le imputaban; sostuvo que había intervenido convencido de que actuaba con razón y derecho, conforme a las circunstancias políticas en que se hallaba la Presidencia de Quito como resultado de los acontecimientos de España. Riofrío estuvo en un calabozo incomunicado, con grillos y privado de recursos económicos. El excusador de Pintag que le sustituía había cobrado todos los estipendios inclusive la subvención para alimentos que se había asignado para sustento del preso. No obstante la situación en la que se hallaba, no permitió que en el trato se suprimiera el título universitario de doctor que ostentaba. El fiscal Arechaga había eliminado ese tratamiento en la acusación, ante lo cual el cura Riofrío protestó en los siguientes términos:

“Que me querello a la justificación de V.E. el despojo que me ha hecho el Abogado Fiscal del grado de doctor que obtengo por pura justicia. Si esta Real Audiencia y pública universidad me hubiesen conferido la borla por mero favor, por una ridícula adulación o condescendencia en obsequio a respetos humanos, dispensándome los actos del Estatuto y perdonándome los derechos correspondientes, no tendría dolor mi corazón, ni ánimo para reclamar: pero como soy un Doctor Teólogo, en virtud de mi mérito, no puedo desentenderme de este ultraje, ya que he sufrido otros a pretexto de una injusta sindicación. Pido Justicia...” (en Borrero, 1962: 207).

El presidente Ruiz de Castilla ordenó que se respetara el tratamiento de doctor que reclamaba el cura de Pintag.

Pero acusar y arrestar a los curas no era lo mismo que acusar al obispo. En consideración al fuero eclesiástico propio de la jerarquía, el prelado solamente podía ser juzgado por el rey o por el tribunal que lo había designado. No obstante, Arechaga hacía notar en su acusación que Cuero y Caicedo había dado mal ejemplo en la revolución, convenciendo al vecindario a favor de la causa, aprovechándose de que la mayoría de personas eran poco cultas e instruidas. La exclamación (*Ver anexo 1, correspondiente a la sección anterior*) del prelado del 14 de agosto de 1809 fue desestimada por el fiscal porque la conducta del obispo demostraba lo contrario, pues “había conducido al mismo tiempo el rebaño por el sendero de la perdición”. La presencia del obispo, del Cabildo Eclesiástico y de los superiores de las órdenes religiosas en los actos de ratificación celebrados en la Sala Capitular de San Agustín, y el juramento realizado en la Catedral había estimulado el entusiasmo del pueblo (Borrero, 1962: 222-223).

El proceder de Cuero y Caicedo tuvo influencia en el vecindario, al punto de que muchos vecinos que no estaban de acuerdo con el cambio de gobierno dejaron de actuar en defensa del régimen destituido. Ante el ejemplo de la máxima autoridad eclesial, el fiscal se sentía menoscabado para incriminar a los que habían seguido el proceder del prelado, al respaldar o participar con el nuevo gobierno, aceptando una función pública.

El obispo contesto la acusación mediante carta dirigida al virrey de San Fe, en los siguientes términos:

“Excmo. Señor:

La acusación Fiscal que ha puesto don Tomás Arechaga mi capital enemigo en la causa que se está siguiendo sobre la revolución del 10 de Agosto del año próximo pasado es una prueba de lo que dije a V.E. en mis oficios de 6 de Febrero último. En ella después de sentar por principio el que no estoy sujeto a otro Tribunal, que el inmediato a la Real Persona, o de la Junta Suprema que lo representa, y de protesta que no es su ánimo formar acusación contra mi dignidad y persona, desatendiéndose de cuanto consta de autos, y principalmente de los documentos que presenté y remití en testimonio a V.E., amontona tantos cargos figurados en su fantasía acalorada y descompuesta que habría sido menos malo el que revistiéndose del carácter de acusador me hubiese tratado como el reo más principal de la revolución. Este hecho tiene escandalizado al pueblo, que siendo testigo de mi conducta pública y privada, mira los procedimientos de Arechaga como una verdadera persecución de la Iglesia de Jesucristo. Ha dicho en varias partes que aunque no me acusa directamente; pero que ha tenido la gloria de tizar mi buena opinión por un medio indirecto y paliado. Por esta razón había yo tratado de mi vindicación, sino viese que toda operación judicial es inútil ante unos jueces arbitrarios como éstos y no hubiera tenido presente que penden ante V.E. mis quejas, cuyos expedientes me dice V.E. en su oficio de 30 de marzo se hallan por voto consultivo en el Real Acuerdo. Así pues callo por ahora las calumnias que ha producido Arechaga contra mí y ha dejado correr impune y gustosamente el Señor Presidente hasta que venga la resolución de V.E. con que espero quedar a cubierto de la maledicencia de un hombre absoluto, despótico y criminal. Pro no puedo desentenderme de poner en noticia de V.E. que si la sentencia se arregla a la vista de Arechaga, que enteramente arruinada y destruida esta vasta Provincia del Departamento del Virreinato de V. E. El pide pena ordinaria de muerte contra cuarenta y dos personas entre las que se enumeran tres sacerdotes degradados ya por los Jueces Reales de hecho, y sin autorización de la potestad eclesiástica. Que se quite toda la tropa que

guarnecía la ciudad antes de la revolución para que sobre ellos recaiga la mis pena, con lo que pasan de ciento los que quiere que se ahorquen. Que se manden a presidios veintitrés y que los Vocales de la Junta, a excepción de dos, repongan el dinero que se sacó de Reales Cajas, por último que no se oiga ni de traslado a los procesados y se reciba la causa a prueba con un término corto y perentorio. Si yo dijera a V.E. que entre los primeros, segundos y terceros hay muchísimos inocentes y que acaso son los más, tal vez pondrían en duda mi verdad, pero es así. Lo verá V.E. si los autos van a su respetable juzgado. Digo que si van a su respetable juzgado, porque aunque se sabe aquí que V.E. ha mandado que no se ejecute la sentencia sin su aprobación, se sabe también que Arechaga ha protestado nada menos que el Señor Oidor Fuertes, que no se ha de obedecer a V.E. Tal es el sistema que se propuesto este corrompido para lograr la ruina de esta Provincia contra las piadosas intenciones que me manifiesta V.E. en su citado oficio de 30 de marzo. Qué horror, Señor Excelentísimo, ver que se aspira a la subversión de un vecindario fiel por particulares intereses y capricho. Ver que se quiere dejar en estado de mendicidad numerosas familiares deshonras e inocentes. Ver que se va a exponer a la prostitución a que conduce la miseria y pobreza a infinitas doncellas virtuosas. Ver que una ciudad populosa e ilustre va a quedar reducida a familias deshonradas y pobres, a miserables artesanos, a tropas de pordioseros. Ver que se atropellan las Leyes, que se ultraja la justicia, que se sacrifica la inocencia. Toso es de temer de un jefe absolutamente inepto y despóticamente gobernado de un mozo y sin obligaciones, sin principios y sin moralidad. Si V.E. no toma providencias sanas y pronas que contengan el mal. La acusación se puso algunas horas después de cerrado el coreo del 21 del pasado, para que no hubiera arbitrio de elevar las quejas en aquel día y tomar tiempo para la verificación de sus designios. Se ha pasado por voto consultivo al Real Acuerdo el punto indicado sobre si se ha de oír o no y aún no se determina. Cuanto es de temer que prevalezca la imperiosa voz de Arechaga como sucedió en el expediente de recusación del doctor don Francisco Javier de Salazar, en que se pisotearon las leyes más terminantes del Reino con desconsuelo de esta ciudad, como lo habrá visto V.E. en el recurso que hizo el agraviado. Aquí todo es consternación, llanto y

quejas. Dígnese V.E. oír las del Pastor de esta Iglesia, y remediar tantos daños. No deje V.E. en las manos de un tirano como Arechaga esta Provincia que el rey ha puesto al cuidado de V.E. compadézcase de las calamidades públicas, ejercite sus altas facultades y denos el consuelo de hacer justicia por si mismo y librenos de los jueces resentidos que no se gobierna por los dictámenes de la razón y de la equidad.

Dios guarde a V.E. muchos años.

Quito y Mayo 6 de 1810.

José Obispo de Quito,

Excmo. Señor Virrey don Antonio Amar y Borbón”

(en Borrero, 1962: 223-224) .

---

## EL 2 DE AGOSTO DE 1810 Y LA PRESENCIA DE LOS RELIGIOSOS

Omitiremos el volver a narrar la matanza del 2 de agosto de 1810 en la que fueron ejecutados varios de los más destacados y principales conspiradores, detenidos y confinados en los cuarteles de Quito. Existen informes y relaciones de la época que se escribieron y difundieron sobre el asunto. Algunas piezas documentales redactadas en los días inmediatos a los hechos circularon dentro y fuera de la ciudad; posteriormente varios relatos históricos trataron de reconstruir los incidentes de la masacre.

Sin embargo, es necesario recordar la actuación de los eclesiásticos de la ciudad en la sepultura de las víctimas asesinadas en los cuarteles y en las calles y, en la pacificación del vecindario. Así, queremos aportar con la reproducción y transcripción del texto de un sermón pronunciado en esos días en uno de los tantos funerales que debieron celebrarse en memoria de las víctimas<sup>17</sup> (*Ver anexo 2, al final de esta sección*). El momento era propicio para ese tipo de ceremonias y una oportunidad para expresar ideas y sentimientos en honor a los caídos y sobre la coyuntura política.

Sobre su autor, que bien pudo ser un fraile o un eclesiástico secular, solamente tenemos sus iniciales “F.D.Q.P.”. Se trata sin duda de un eclesiástico cuya identidad queda por descubrirse. El sermón corresponde a la “Cuarta parte del Llan-to Histórico”, posiblemente título que abarca a un conjunto de piezas de oratoria

---

17 Ignacio Losa, funcionario de la Real Hacienda, mandó a celebrar funerales en la iglesia de San Agustín por las víctimas que cayeron el 2 de agosto de 1810 en el cuartel llamándolos “mártires de la patria” (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 11).

sagrada, de carácter luctuoso y político inspirado por esos acontecimientos. El texto explica que la matanza fue el resultado de una conspiración promovida por funcionarios del gobierno. Compromete al presidente de Ruiz de Castilla, a los oidores, a los comandantes de tropa, a don Simón Sáenz, a Arechaga y a sus círculos de amigos. Ellos descubrieron que los revolucionarios tramaban un ataque, para el día 6 de agosto, a los cuarteles en donde estaban los presos; descubrieron también la señal que utilizarían los rebeldes para convocar al pueblo, a los amigos y parientes de los detenidos. Las autoridades se adelantaron divulgando un falso rumor y ejecutaron la señal convenida que también habían descubierto -el doblar de las campañas. Esto trajo como consecuencia el asalto a los cuarteles el 2 de agosto por parte de individuos del pueblo y la lógica reacción de los soldados.

El autor del sermón se ubica con sus ideas dentro de la corriente que sostenía que ante la ausencia de la autoridad legítima -estando destituido del trono Fernando VII-, el pueblo de Quito tenía plenos derechos para asumir el gobierno. Defiende en su texto la autonomía quiteña frente al Consejo de Regencia y expresa su rechazo a las autoridades realistas, a los chapetones y a las tropas invasoras. Sostiene la necesidad de que el pueblo se arme para defenderse de sus enemigos. Si el vecindario hubiese contado con armas, el desenlace del 2 de agosto hubiese sido diferente. Reiterativamente utiliza el término “chapetonada” -claramente peyorativo- cuando se refiere a las autoridades realistas y a sus seguidores (*Ver anexo 2 a continuación*).

# CUARTA PARTE

## Planto Histórico

*Defse coarunt pre lacrimis oculi mei, conturbata sunt viscera mea: effusum est in terra sicut melleum super contritione filie populi mei, cum deflueret per vias eius et lactens in plateis opprimit. Lamentationes Jeremias, Cap. 2. n. 11.*

Quito: El Omnipotente en su furor, cubrió de obscuros finieblas y Oscurario a la Dija de Sion: Arrojó del Cielo á la Tierra á la Inicita Israel; y no se acordó del acierto de sus vias en el día de su furor. Recibió el Señor, sin perdonar á lo mas hermoso de Jacob: destruyó las e Municiones de la Virgen de Judá, y la apartó en Tierra: dejó su Reyno y á sus Principes todos solitos. Quebrantó en la rta de su furor, la Potencia de Israel, su fuerza y gloria. Apartó, y substraigó su Auxilio de Mano á presencia del Enemigo, quando se debía pelear. Hizo su Arco y su Diestra como Enemigo: Mató lo mas hermoso en el Tabernáculo de la Dija de Sion; y á manera de repulsar su Altar, entregó en Mano del Enemigo los e Muros de sus Torres, y exclamaron los Barbares en la Casa del Señor, como en día mas solemne de su fortuna. No apartó el Señor su Mano, hasta colocar en Especta cuido el mas funesto, el Muro, y Arre Mural de la Ciudad, oportuno p. rechazar al Enemigo: Cayeron en Tierra sus Puertas; se destruyeron sus Postigos, sin Ley; y sus malos Gobernadores, por in venerunt vicem in i Dominu. Callaron sepultados en Tierra las hijas de Sion: Regaron Ceniza ensus Cabezas, rendidas de Critica; y se arrojaron en Tierra las Virgenes de Jerusalem, sin e. Co. Ojos pudieron Morazmas; conturbadas sus Entranas, y líquido el Corazon p. las Vexedas del Sentimiento, al Espectaculo effmas Barbares y cruel de la Matanza, hasta de los Labulos y Lactentes, en las Plazas del Lugar.

Caridad: ¿Qué es esto affligida Señora? ¿Asi apagan y obscurcen el tes precioso Oso de tu Nobleza, de tu fama, y Gloria? ¿Que voces son estas de Lamentaciones? ¿Qui sentencias, q. desfatice el Espiritu al escucharlas? ¿Que ha sucedido?

Quito: ¡Má Caridad amada, compañera inseparable de la Cristiandad; Cig. nozada del Estrangero, del Simeño, y de todos aquellos Barbares, Reizuros, y U. los como el Guarandío, q. le abrieron la puerta, con otros e. mediata, e inme- diatamente han causado este Catastrofe, poco comun en esta Historia! No sea <sup>(a)</sup> suposición escusa su ignorancia, y Odio contra Quito, de responder al Dios de las Vergonzas, estas Muecas, y estos Labos; este opúsculo; y esta infamia; esta cru- eldad y barbaerie, imitadora de los Caldeas, y mandada p. el Nabuco q. prece- de, y sus Soldados, tanas cruels y Atroz, q. ha visto la America: Verificóse el combite de las Bestias de los Campos Vecinos; vinieron todos al Sacrificio mas



## Cuarta parte. Llanto histórico

*Deffecerunt pre lacrimis oculi mei, conturbata sunt viscera mea: effusunt es in terra iecur meum super contritione filie populi mei, cum difficeret parvulus et lactens in plateis oppido. Lamentationes Jeremie, Cap 2. N. 11.*<sup>18</sup>

Quito: El Omnipotente en su furor, cubrió de obscuras tinieblas y oprobio a la Hija de Sión: arrojó del Cielo a la tierra a la ínclita Israel, y no se acordó del asiento de sus pies en el día de su furor. Precipitó el Señor, sin perdonar a lo más hermoso de Jacob, destruyó las municiones de la Virgen de Judá y la arrastró en tierra. Dejó a su reino y a sus príncipes todos polutos. Quebrantó en la ira de su furor la potencia de Israel, su fuerza y gloria. Apartó y sustrajo su auxiliar mano a presencia del enemigo cuando se debía pelear. Armó su Arco y su diestra como enemigo. Mató lo más hermoso en el tabernáculo de la Hija de Sión, y a manera de repulsar su altar, entregó en mano del enemigo los muros de sus torres, y exclamaron los bárbaros en la Casa del Señor, como en día más solemne de su fortuna. No apartó el Señor su mano hasta colocar en espectáculo el más funesto, el muro y antemural de la ciudad, oportuno para rechazar al enemigo, cayeron en tierra sus puertas, se destruyeron sus postigos, sin ley; y sus malos gobernadores, *non in venerunt vicionem a Domino*. Callaron sepultadas en tierra las hijas de Sión, regaron ceniza en sus cabezas, ceñidas de cilicios y se arrojaron en tierras las Vírgenes de Jerusalén, sin que los ojos pudiesen llorar más, conturbadas las entrañas y líquido el corazón por las veredas del sentimiento, al espectáculo el más bárbaro y cruel de la matanza, hasta de los párvulos y lactantes, en las plazas del lugar.

Caridad. ¿Qué es esto afligida Señora? ¿Así apagas y oscureces el resplandeciente oro de tu nobleza, de tu fama y gloria? ¿Qué voces son estas de lamentaciones? ¿Qué sentencias, que desfallece el espíritu al escucharlas? ¿Qué ha sucedido?

Quito: ¡Ah caridad amada, compañera inseparable de la cristiandad, e ignorada del extranjero, del limeño y de todos aquellos bárbaros perjuros y viles como el guarandeño que le abrieron las puertas, con otros que mediata e inmediatamente han causado esta catástrofe, poco común en la Historia! No será suficiente excusa su ignorancia<sup>19</sup> y odio contra Quito, de responder al Dios de las Venganzas, estas muertes y estos robos, este oprobio y esta infamia, esta crueldad y barbarie, imitadora de los caldeos, y mandada por el Nabuco<sup>20</sup> que preside y sus satélites, los más crueles y tiranos que ha visto la América. Verifícase el convite a las bestias de los campos vecinos, vinieron todos al sacrificio más

18 “Se agotan de lágrimas mis ojos, / las entrañas me hierven, / mi hígado por tierra se derrama, / por el desastre de la hija de mi pueblo, / mientras desfallecen niños y lactantes/en las plazas de la ciudad”. Lamentaciones de Jeremías: 2:11.

19 Referencia al margen: “Vide D. Thom. 1<sup>a</sup>.2e. L. 73, Art. 8.9.1o.”

20 Nabucodonosor.

(b)  
Qui un terge-  
rit, tuncq; pui-  
ssim oculi-  
mei.  
Zachar. 118.

gordo q. habia preparado la Providencia en castigo de Delitos. Se han comido las car-  
nes de los mas fuertes, y de los vicios q. merecen execuciones, y no vitales robados, ni  
afectados sin merito: y se han bebido la Sangre de los Sacerdotes, hasta sacarlos el  
Gozaron del Pecho, segun constara del Testa; verificada asi de la Señal de la Profe-  
cia de Ezequiel.

El dia dos de Agosto del presente Año de mil ochocientos diez, á la una  
y media de la tarde, compuestas las tropas en el ultimo estado de Operaciones ocultas  
en el Palacio de la Presidencia, en manera de Emboscada, D. Simon Saena Chape-  
ton, sabedor de la Señal de la Agonía, p. el Asalto de Armas, q. di en debie-  
ser el seis; temite á un Criado suyo á las Campanas de la Cathedral p. su clamoreo; y  
empezando á tocanas, temite otro Criado al Cuartel del Presidio donde se hallaban depa-  
sitados Cuarenta Soldados, q. habian consignado las Armas p. la Junta Suprema del  
Año pasado: advierte el Criado á los Presidarios, q. la Ciudad habia ganado el Cuartel  
de Armas, y que es lo q. hacen quietos los Presidarios? Los, persuadidos del futo-  
nuncio, persiguen la custodia, maltratan la Cuarnicion; y salen como leones con las  
Cafeceras y Armas de los Soldados q. vencieron, y bajan á cuadrar al Bayramaje.  
Sino de ellos con Fuentes y Valas q. encontraron, entran al Cuartel Simenó, segui-  
dos de sus Compañeros sin Arma alguna q. se acordaron al ingreso: desgracia q. la  
Moratemos siempre; p. q. estos desarmados, obrando los Armados, podian haberse hecho  
de la Atiñilla, p. completo triunfo. El Pueblo q. oyó el clamoreo de las Campanas de  
la Cathedral, los q. supieron la señal de la Agonía, vinieron armados de Piedras, con-  
tra Valas: los q. ignoraron la Señal, contra señal, persuadidos q. era de alguna que-  
rima; concurren Viejos, Viejas, Hombres, Mujeres cargadas á sus Espaldas sus  
Niños tiernos, y otros Rábulos movidos de curiosidad: manifestacion clara de su  
Inocencia, y de ninguna fuerza de un Pueblo oprimido y tiranizado; q. como se  
trastres las Puertas, quando faltase otro auxilio racional y humano, se hubiera con-  
tenido.

Los Soldados Armados, dignos de Estarua cada uno, y de el mejor lugar en la Historia,  
entran intrépidos al Cuartel Simenó, compuesto de mas de Cuatrocientos hombres:  
dispararon las Valas q. hubieron en Ofensa y defensa, y mataron Sesenta Simenó con  
el Capitan Galup, y Villaespesa. Visto el Torio Simenó, q. no seguia la Operacion, reanun-  
cido su Animo acordado, vencido ya, y puesto en fuga, matan á los vivos, y dos mas  
desarmados Héroes, y suben con Barbaridad á los Apartados de los desgraciados presos,  
q. su Amor á la Patria, á su fama y Gloria, les puso las Cadenas y Grillos, con el odio del  
Vando opuesto.

Aquí Casado, preverigo tu atencion, y los Senos de tu dolor. Los Samos Barbaros  
sin Religión, y sin un Raygo de humanidad, como Justicia; asesinaron á todos estos hom-  
bres, dignos del mas grato Renombre en los Justos Americanos, como verdaderos Héroes,  
y próximos Sabios; q. alumbraron los verdaderos derechos al Pueblo, procurando les fi-  
nal libertad de Mano opresora y tirana; q. no se consiguió, nise conseqüencia p. la vileza,

gordo que había preparado la Providencia en castigo de delitos. Se han comido las carnes de los más fuertes y de los únicos que merecen excelencias, y no títulos robados, ni afectados sin mérito; y se han bebido la sangre de los sacerdotes hasta sacarles el corazón del pecho<sup>21</sup>, según constará del relato, verificada así a la letra la profecía de Ezequiel.

El día dos de Agosto del presente año de mil ochocientos diez, a la una y media de la tarde, compuestas las tropas en el último estado de operar y ocultos en el Palacio de la Presidencia, en manera de emboscada, don Simón Sáenz, chapetón, sabedor de la seña quiteña de tocar agonías para el asalto de armas, que dicen debía ser el seis, remite a un criado suyo a las campanas de la Catedral para su clamoreo. Y empezando a resonar, remite a otro criado al Cuartel del Presidio donde se hallaban depositados cuarenta soldados que habían conseguido las armas para la Junta Suprema del año pasado. Advierte el criado a los presidiarios que la ciudad había ganado el cuartel de armas, ¿y qué es lo que hacían quietos los presidiarios? Estos, persuadidos del falso anuncio, persiguen la custodia, maltratan la guarnición y salen como leones con las casacas y armas de los soldados que vencieron, y bajan a auxiliar al paisanaje. Cinco de ellos con fusiles y balas que encontraron, entran al Cuartel Limeño seguidos de sus compañeros sin arma alguna que se acobardaron al ingreso, desgracia que la lloraremos siempre porque estos desarmados, obrando los armados, podían haberse hecho de la artillería para completo triunfo. El pueblo que oyó el clamoreo de las campanas de la Catedral, los que supieron la seña de la agonía, vinieron armados de piedras contra las balas, los que ignoraron la seña y contraseña, persuadidos que era alguna quema, concurrieron viejos, viejas, hombres, mujeres cargadas a sus espaldas sus niños tiernos y otros párvulos movidos de curiosidad, manifestación clara de su inocencia y la ninguna fuerza de un pueblo oprimido y tiranizado, que con sólo cerrarles las puertas cuando faltase otro arbitrio racional y humano, se hubiera contenido.

Los soldados armados, dignos de estatua cada uno, y del mejor lugar en la Historia, entran intrépidos al Cuartel Limeño, compuesto de más de cuatrocientos hombres, dispararon las balas que tuvieron en ofensa o defensa, y mataron sesenta limeños con el capitán Galup y Villaespesa. Visto el resto limeño que no seguía la operación, reasumido su ánimo acobardado, vencido ya y puesto en fuga, matan a los cinco, y dos más desarmados héroes, y suben con barbaridad a los aposentos de los desgraciados presos que su amor a la Patria, a su fama y gloria, les puso las cadenas y grillos, con el odio del bando opuesto.

Aquí caridad, prevengo tu atención, y los senos de tu dolor. Estos zambos bárbaros sin religión y sin un rasgo de humanidad, como justicia, asesinaron a todos estos hombres dignos del más grato renombre en los fastos americanos, como verdaderos héroes y primeros sabios, que alumbraron los verdaderos derechos al pueblo, procurándoles filial libertad de mano opresora y tirana, que no se consiguió, no se conseguirá por la vileza,

---

21 Referencia al margen: "*Quivos, tetgerit, tangit pupillam oculi mei. Zacbr, 11.8*". Zacarías 11.8.

del Pez, p. el Odo emulante, y p. la tenorancia. Huido; y en una palabra, p. la pintura  
q. ha en el Santafreño, en un papel de diez de el año: verdadero retrato de las virtudes q. han  
representado en este mundo, y en el mundo muchos Luteños, se agrega al Río ham bonia, al  
Guatandero, al Laureño, Morlaco, y Guayagüeno, con los Cabildos de Popayán, y Bar-  
bacoa, q. habitando en las duas Cadenas del Antiguo, lo dióto. Egiptio, y Co-  
mo, y en adaptan luzes q. los apareció en sus Mas mozas. Refirieron así el Despoñi-  
do, al Paternal gobierno: pasificaron el mundo duro de la opresión y tiranía, al trato filial, ala  
fama y gloria de su Patria, y Sanitias, y hablando con el Lenguaje siguiente del Guayagü-  
eno: los Señores, p. quatro granos de Sal, y poco de Vino, han entregado su Patria: Pue-  
blos incontinentes, y sin la gloria de Benaventados.

Mataron los Simenés barbacoa, al nunca bastante. Alabado Señor D. Juan D. Juan  
Juan de los Morales, al nunca suficiente. Loado en su Valor Señor D. Juan Salinas, al  
Sabio Señor D. D. Manuel Guayagüeno, leales y mercedarios Jueces de lo Excellentísimo,  
sin el demerito Mundaño de otros q. saben: de losa p. la digna honra y sus Meritos. Esta  
fueron en el Museo, el Intero, Mutual, las Juntas y Reguencas de la Patria, y cabaron es-  
tos: Ichabod: *Iniquitatem est gloria de Israel.* Muere en los Señores D. Xavier de Cambi,  
D. Jose Garcia su Sobrino, D. Antonio Rem, el Curado de Pintag, D. Miguel de la Cruz Sacerdo-  
te compañero en los Enchinos y Sentencia, sacando el Corazon: Muere el D. Agnato: Cas-  
tillo preso p. la vida de la Madama de el Sr. Salinas, y otros muchos, sin tener tiem-  
po de pronunciar un Legue; no habiendo visto los fuegos y rugidos q. hacian huir de  
de Rodillas, Jueces, el Clerigo Castile, y escapó p. la favor Divino. Mataron y despoza-  
ron a los Niños, a los Centos Viajeros, con Valeros, de la Cruz, y Calatraz: <sup>(c)</sup> *in reu necando  
semel peccatus,  
in parte vite vi-  
taria multa pec-  
cantus.*  
Mataron los quitaron las Camifas, y arrastraron ala Plaza desnudos, y los arrojaron bo-  
ca abajo, sirviendo sus Esqueletos de Custodia de la haveria ad.

No sacados estos Barbacoa, Usma, el Sr. Negro, y Sanitias, de Sangre humana, la  
mas recomendable, y de la misma q. el Gobierno era sabido, por declarados p. la Regencia  
del Reyno, de buena Viajeros, y de legitimada Junta, y de ser testigos al honor, y gozo de  
sus Empleos y propiedades, persiguieron al Pueblo saliendo como de las contras Ove-  
jas, como Jueces y Jueces, y mataron p. Calles, Niños, y Barrios, y a guacotas encontraron, mini et non fa-  
sin distincion de Braceros, Viejos, Viejas, y Niños, sin separar la Alta Dignidad de el  
Señor Obispo, de el Clero Secular y Regular, y persiguiendo al Pueblo, se le hizo, y pedian  
por andar en fiera, ala Soldados suspendidos en su Santa, Sed y hambre de Carre y San-  
gre Cristiana. E regularon a los Indios a Valeros, y del mismo modo mataron a los aso-  
maron en las Ventanas p. curiosidad, como a las Indias, y a los Cazadores del Re-  
fexano. Mataron en las Calles, rompiendo Puertas de Calles, como mataron en las Ca-  
lles y Ventanas, de modo q. la Ciudad entera, sepultada en los Subterráneos, ya no  
tenia esperanza de Vida. Oh, Dios de las Alturas, y Gobernador de Cielos y Tierra,  
como q. tienes en tus Manos los decretos de los Imperios, y repartes a quien place; vosi-  
caste la primera parte de la Esfeca; y ojala se cumpla, y no pongamos obstaculo ala Se-  
gunda: Oh, Salinas; Oh, Morales Redentores de la Patria, si vivieseis, sea otra nue-

*in reu necando  
semel peccatus,  
in parte vite vi-  
taria multa pec-  
cantus.*  
Julius. Forasterius  
3. di. fin.

*(d)*  
Serrui sciens  
voluntatem pos-  
mini et non fa-  
cien, plausi va-  
pularit multos.  
Luc. 12. 17.



por el perjurio, por el odio emulante y por la ignorancia tímida, y en una palabra por la pintura que hace el santafereño en su papel de diez de abril, verdadero retrato de las figuras que han representado en este cuadro, si pincelados muchos quiteños, se agrega al riobambeño, al guarandeño, al alauense, morlaco y guayaquileño, con los Cabildos de Popayán y bárbaro Barbacoas, que habituado en las duras cadenas del antiguo, codicioso e ignorante gobierno, no adaptan las luces que les apareció en sus mazmorras. Prefirieron así el despotismo al paternal gobierno: prefirieron el mando duro de la opresión y tiranía, al trato filial, a la fama y gloria de su Patria y familias, y hablando con el lenguaje siguiente del guayaquileño: “los serranos, por cuatro granos de sal y poco de vino, han entregado su Patria”, pueblos inconstantes y sin nobleza de pensamientos.

Mataron los limeños bárbaramente al nunca bastante alabado señor doctor don Juan de Dios Morales, al nunca suficiente loado en su valor señor don Juan Salinas, al sabio señor doctor don Manuel Quiroga, con reales y meritorios títulos de Excelentísimos sin el demérito mundano de otros que suben excelsos por la ignorancia y sin méritos. Estos tres eran el Muro, el Ante Mural, las Torres y Propugnáculos de la Patria. Acabaron estos: *Icbabod: Translata est gloria de Isrrael*. Murieron los señores don Javier Ascásubi, don José Larrea su sobrino, don Antonio Peña, el Cura de Pintag, doctor don José Riofrío, sacerdote compañero en los grillos y sentencia, sacándole el corazón. Murió el doctor Arenas, Castillo, preso por sola la visita a la Madama del señor Salinas, y otros muchos, sin tener tiempo de pronunciar un peque, no habiendo valido los ruegos y súplicas que hacían hincados de rodillas. Testigo el dérgo Castelo que escapó por favor divino. Mataron y despedazaron a estos héroes e inocentes vasallos, con balazos, sablazos, culatazos<sup>22</sup>. Después de muertos les quitaron las camisas y arrastraron a la plaza desnudos y los arrojaron boca abajo sirviendo sus esqueletos de custodia de la honestidad.

No saciados estos bárbaros ismaelitas, negros y zambos, de sangre humana, la más recomendable y de la misma que el gobierno era sabedor ser declarados por la Regencia del Reino, de buenos vasallos, de legítima su Junta, y de ser restituidos al honor y goce de sus empleos y propiedades<sup>23</sup>, persiguieron al pueblo saliendo como lobos contra las ovejas, como tigres y leones, y mataron por calles, plazas y barrios a cuantos encontraron, sin distinción de inocentes, viejos, viejas y niños, sin reparar la alta dignidad del Señor Obispo, del clero secular y regular, que persuadiendo al pueblo que se retire, pedían postrados en tierra a los soldados, suspendiesen su saña, sed y hambre de carne y sangre cristiana. Perseguían a los huidos a balazos y del mismo modo mataron a los que asomaron en las ventanas por curiosidad, como a tórtolas sencillas estos cazadores del infierno. Mataron en las casas rompiendo puertas de calle, como mataron en las calles y ventanas, de modo que la ciudad entera, sepultada en los subterráneos, ya no tenían esperanza de vida. ¡Oh Dios de las alturas, y gobernador de cielos y tierra, como que tienes en tus manos los derechos e los imperios, y repartes a quien place, verificaste la primera parte de la profecía, y ojalá se cumpla y no pongamos obstáculo a la segunda! ¡Oh, Salinas! ¡Oh Morales, redentores de la Patria, si vivieseis, sería otra nues-

22 Referencia al margen: “*in servo ne candosem el peccatur; in patris vita violanda multa peccatur*. Tullius. Paradoxa 3. ad fin”.

23 Referencia al margen: “*Servus sciens voluntatem domini et non fasciens, plagis vapulavit multis*”. Lucas 12 :7.



tra suerte! Mucho vale una buena cabeza y un gobierno en Dios en la República, pero el gobierno de Achimeleg y Athalía es nocivo a Israel. Mataron y asesinaron a estos héroes, como antes de dijo, se intentó el siete de julio, y ahora se sospecha con presunción *juris de jure*, haber sido la escena de compromiso y acuerdo con el Presidente, oidores, oficiales de tropas<sup>24</sup> y la chapetonada toda, que ha aborrecido un suelo fuente fecunda de su gloria y suerte personal y política. Hallábase en su mano el estorbarlo, antes y después de lo sucedido. Antes conformándose con la providencia del Supremo Senado de la Nación y Regencia del Reino, de que era sabedor por medio del Cabildo, a quien el Comisionado comunicó, los ejemplares, después de lo sucedido, por las tropas popayanegas y pastusas a su mando. Al ver a un Ilustrísimo Señor Obispo, y clero secular y regular acompañando a su Prelado y Pastor, para entresacar a sus ovejas de las garras de los lobos, expuesto su pecho sacerdotal al cuchillo implacable del bárbaro limeño, debían estos ministros, que decantan tanto la fidelidad al Rey, cuando son destructores de sus vasallos, haber protegido al sacerdocio y auxiliando sus santas miras, tocar la retirada a imitación del héroe Joab con el pueblo fugitivo, *volens parcere multitudini*, pero como la acción fue de acuerdo y se deseaba premiar al limeño, llamado con el saqueo de la ciudad, prometido por el Virrey de Lima y Cucalón, se entregó la ciudad en manos de estos bárbaros, y los que cobardes huyeron de siete quiteños, se ensangrentaron en moscas y mataron más de trescientos o cuatrocientos. Lo cierto es que la ciudad se halló a disposición de los bárbaros veinte y dos horas, hasta las once del día siguiente. Delito irremisible por Ley Divina: *eripite pauper em de manus potentis, et egeum de manu peccatoris libertate*<sup>25</sup>, que obliga principalmente a los magistrados responsables, según Santo Tomás, a la restitución de todos los robos y desórdenes de su gobierno.

El objeto limeño, no sólo era la destrucción de la ciudad, sino el robo y despojo de ella, pedido y ofrecido de antemano. ¡Oh, cuanto vale ser armada una ciudad, en su masa y particulares; que el pueblo hubiera estorbado su ruina con las armas! ¡Oh, cuan sabia es la Ley de Jamaica que permite que sus habitantes tengan cada uno su fusil con dos cargas para un de repente!

Muertos ya estos señores y número de pueblo en su relato y sepultados los vivos en los subterráneos, reparando el limeño la ciudad toda en silencio, auxiliado por otra parte de las tinieblas de la noche, principiaron su robo de las casas y tiendas. Al caballero Cifuentes escondido, le sacaron ochenta mil pesos, al comerciante Manuel Bonilla, despedazas las puertas de su almacén, lo vaciaron usurpándose más de cien mil pesos en géneros nobles, cinco talegos de dinero, muchas y preciosas alhajas de prendas. Quebrantaron las puertas de todas las mercancías y covachas, y saquearon todo su interés, sin perdonar tienda alguna, ni covacha que en la latitud y longitud de la ciudad, hay infinitas. Para este despojo entero de la ciudad con el vejamen de arrancar los zarcillos, gargantillas y preases de las maderas. Es conjetura, auxilió todo el ejército, y cuando no, su respeto para contener alguna otra moción, lo hace cómplice, como a los magistrados<sup>26</sup>, comandantes y oficiales,

24 Referencia al margen: "*tanto majus cognoscitur peccatum esse quanto major qui peccat babetur. Isidorus in 2 de summobono cap.13 infin.*"

25 Salmo 81.

26 Referencia al margen: "*in exemplum culpa vebementer extenditur quando pro reverencia gradus peccator bonoratur. Gregorius in Pastoralis part 1 cap 2. a med*".

q<sup>ue</sup> no retiraron la Injuria de sus Capos. La Guerra y defenza natural quando justa, solo p<sup>uede</sup> <sup>concederlos, onan</sup>  
mitir la repulsa hasta cierto grado de honrra y Justicia: excediéndose de esta, <sup>pero revesista q<sup>ue</sup></sup>  
las desproporcionada. Nadie lo <sup>duo peccato non</sup>  
de Jerusalem, y Nación Judia, llamado p<sup>or</sup> esto Siervo de Dios, pero habiente exco-  
cido de esta estrechura del Orden Divino, se perdio Nabulonia y Cyro, restaurada de Je-  
rusalem. El Conde Ruy de Castilla, Sueres, Oidores, Comandantes, Oficiales, y los  
de Capitanes, con Luitanos desnaturalizados, y barbaros Seguidores de los intentos de  
los Simeon, han sido los Verdugos de Luito, y sus excesos las pueras bles con viles  
y traiciones, se apelen p<sup>or</sup> su Castigo, al Tribunal de esta Santissima Trinidad, como  
apelo en la Maest<sup>ra</sup> de la Religion Temporal, de la Sentencia de Clemente Quinto y  
Phelipe el Hermoso, q<sup>ue</sup> murieron a los ocho dias de su termino: o como a aquellos  
los Luitanos de Carmon con el mismo suceso. Juan Almagro y Luito de Luitos, por  
des, aunque sean de la fama de otros años el grande, q<sup>ue</sup> en mudese la tierra a su presencia,  
son como el Vespigio q<sup>ue</sup> deja una Nube de Alta heropon el Mar: a poca distancia de su Luito,  
de su Estuero q<sup>ue</sup> lo hace biazar, y el mismo se ve en su Mancha, y a no se <sup>(h)</sup>  
para la Serenidad de p<sup>or</sup> q<sup>ue</sup> Alres presente Gobierno, el de Cudalen, el de Cudena y o-  
payan, en breue no dejaran Vestigio, p<sup>or</sup> sus Sacilegias, p<sup>or</sup> sus Estragos, y sus Torsos, p<sup>or</sup>  
su tirania, y barbaridad: lo mismo se entiende con el Nacion. El hombre cruel, dice el  
Eclesiastico, vive poco. Los Gigantes de la Palestina, fueron destruidos p<sup>or</sup> los humildes  
Hebreos, y antes, p<sup>or</sup> el Diluvio. Dios N<sup>uestro</sup>. S<sup>er</sup> Luito a su Pueblo penitente y atribul-  
lado, de la celeridad del dia. Los Heroes muertos, son Piedras sepultadas p<sup>or</sup> el Comien-  
to de la Obra q<sup>ue</sup> contrayese la Divina Providencia. El edificio presente q<sup>ue</sup> los ha se-  
pultado, es compuesto de Piedras de Yguisio, q<sup>ue</sup> su misma Jempestad, deshace las <sup>(i)</sup>  
Azagmas, p<sup>or</sup> Luita de sus habitantes. Los Heroes Luitos muertos, son el grano  
de trigo, q<sup>ue</sup> sino se siembra, regulta, y comienza en la tierra, permanece el solo, pero  
sepultado, y sembrado, trae copiosa mies, y mucho fruto. Nadie en la America deslam-  
brasa su Gloria, y pondra Nubelo a su fama, sino solo la Luitidad, la celeridad, el pe-  
juro, y barbaridad. Ya los otros llamados Heroes p<sup>or</sup> los Santaferens, con el dolor de  
haber sufrido cadenas, y muerte inhumana p<sup>or</sup> los Luitados; y p<sup>or</sup> la celeridad de Luito  
viciosos descompuestos q<sup>ue</sup> han caido esta injusto, escandaloso, quanto las bora acci-  
on de Luitos y otros. M<sup>uerto</sup> Job con Luitos a los dos videros Generales Alres,  
y Amig; y lo hecharon en casa este de Luito, p<sup>or</sup> haber Luitado a Generales de la Nacion  
mejores q<sup>ue</sup> el. Luito el Conde Ruy, los Comandantes con sus Tropas, los Oidores,  
Sacra con su Varro, y los desnaturalizados Luitos con el Luito Arcehaq<sup>ue</sup>, al videro  
Salinas, al famoso Morales, en fortaleza y literatura, con el Sabio Luito, y han  
Luitado a otros mejores q<sup>ue</sup> ellos. Luito, p<sup>or</sup> lo Luito con el videro Cudalen, con el videro  
Guarondeo q<sup>ue</sup> se bora de alergia, regidos del mudo Morales, del obscuro Campana,  
y del Chofila Miguel Bedoya instrumento de sus maldades: toda esta gloria se deduce,  
y q<sup>ue</sup> pelearon y vencieron a siete hombres de tanta fama y heroismo: se deduce a q<sup>ue</sup>  
mataron Viejos, Viejos, Ninos hasta de Jeta, y Gente indefensa hasta en las Ven-

(h)  
\* Job.

(i)  
\* Eclesiastico.



que no retiraron la tropa de sus excesos. La guerra y defensa natural cuando justa, solo permite la repulsa hasta cierto grado de honestidad y justicia, excediéndose de esta, recaen las responsabilidades. Nabucodonosor, fue deputado por la divina venganza al castigo de Jerusalén y nación judía, llamado por esto Siervo de Dios, pero habiéndose excedido de la estrechura del Orden Divino, se perdió Babilonia por Ciro, restaurador de Jerusalén. El Conde Ruiz de Castilla, Fuertes {Amar}, Oidores, Comandantes, Oficiales y resto de chaquetones, con quiteños desnaturalizados y bárbaros secuaces de los intentos de los limeños, han sido los verdugos de Quito, y sus excesos responsables con vidas y haciendas se apelan para su castigo al tribunal de la Santísima Trinidad, como apeló el Maestre de la Religión Templaria, de la sentencia de Clemente quinto y Phelipe el hermoso, que murieron a los ocho días de su término, o como apelaron los Infantes de Carrión con el mismo suceso. Las Monarquías y curso de hombres grandes, aunque sean de la fama de Alejandro el grande, que enmudezca la tierra a su presencia son como el vestigio que deja un navío de alto bordo en el mar, a poca distancia de su ruido, de su estruendo que los hace bramar, y el mismo se irrita en su maniobra; ya no se repara la senda por donde pasó<sup>27</sup>. Así el presente gobierno, el Cucalón, el de Cuenca y Popayán, en breve no dejarán vestigio por sus sacrilegios, por sus estupros, por sus robos, por su tiranía y barbaridad, lo mismo se entiende con el francés. El hombre cruel, dice el Eclesiástico, vive poco. Los gigantes de la Palestina fueron destruidos por los humildes hebreos, y antes, por el diluvio. Dios Nuestro Señor libertará su pueblo penitente y atribulado, de la esclavitud del día. Los héroes muertos, son piedras sepultadas para el cimiento de la obra que construyese el Divina Providencia. El edificio presente que los ha sepultado, es compuesto de piedras en invierno, que su misma tempestad deshace la argamasa para ruina de sus habitantes<sup>28</sup>. Los héroes quiteños muertos, son el grano de trigo que si no se siembra, sepulta y corrompe en la tierra, permanece él solo, pero sepultado y sembrado, trae copiosa mies y mucho fruto. Nadie en la América deslumbrará su gloria y pondrá nublado a su fama, sino sólo la rusticidad, la emulación, el perjurio y barbaridad. Ya los oímos llamarlos héroes por los santaferreños, con el dolor de haber sufrido cadenas y muerte inhumana por los libertados, y por cerca de veinte ambiciosos de sus puestos que han causado esta injusta, escandalosa cuanto bárbara acción de asesinatos y robos. Mató Joab con asesinato a los dos valerosos generales Abner y Amazá, y le echaron en cara este delito por haber asesinado a generales de la nación mejores que él. Asesina el Conde Ruiz, los comandantes con sus tropas, los oidores, Sáenz con su bando y los desnaturalizados quiteños con el ruin Arechaga al valeroso Salinas, al famoso Morales, en fortaleza y literatura, con el Sabio Quiroga, y han asesinado a otros mejores que ellos. Ríanse, gloriense con el vil Cucalón, con el vil guarandeño que rebosa de alegría, regidos del inútil Morales {corregidor de Guaranda}, del oscuro Campana, del chilillo Miguel Bedoya instrumento de sus maldades, toda esta gloria se reduce a que pelearon y vencieron a siete hombres de tanta fama y heroísmo, se reduce a que mataron viejos, viejas, niños hasta de teta y gente indefensa hasta en las venta-

27 Referencia al margen: "Job".

28 Referencia al margen: "Eclesiástico".

nas, habiendo huido un Exercito entera por el lado de Asiria, como el parte barbaro,  
q. en haciendo mala nota, malissima conducta, y punible proceder, los enuilece eternamente.  
La accion q. hizo, y despojo justo, debia ser de Ricos à Pòbres; pero la simulacion de Sena, previni-  
to el lance, con otras ventajas en Maro; y la parte q. se juzgaba oprimida, pensó q. ena,  
y se encontra. Levanta: tales Piedras, y en contra. Valtos; esta nos Victoria, nos triunfo, sino  
malicia y desdichado. Ver al Peltado y Sacerdota expuesto, y no se corra en su Santo Mi-  
nisterio, lo deado de Sobes y Figres, aún quando acababan la Rodilla p.º provocas à com-  
pacion à viles Sambores; es Sacrilegio, es delito q. los coloca entre los hijos de muerte. No  
estos varon la Matanza y despojo de la Ciudad, quando podian y debian: se portaron  
como el Asirita y el Levita, q. viendo aún infeliz hombre herido de Sarranes, pa-  
saron su camino sin condolese; hasta q. en Samaria, lo lleo al Hospital, y pagó  
su Caza. Viendo este barbaro Exercito, estos iguales Magistrados, aún gran Obis-  
po, aún Clero conativo; sentados en sus Juntos de Sobesina, lo deado de Sobesina sus  
Conjures; se les deja expuestos à la Muerte, y à querean vanas sus Lagrimas y exfu-  
erzos en la salvacion del Pueblo. Buelvo à Ope. al Tribunal de Dios.

En este estado, tendidos los Muertos en las Plazas, Calles y Casas, así desnudos, y despoza-  
dos; no atraviendose sus Parientes à darles Sepultura; p.º temor de evidente Muerte de la  
Sambos q. buscaban aún la Similitud humana; à ser la Comunidad de S.º Francisco de  
Asis, Ration de la Ciudad, à cargar los Muertos q. pudiesen, y con sus Manos conagra-  
das, embolviendolos en Esteras, cargaron los Cadavres desatados personalmente, y  
sepultaron los q. pudiesen hasta la noche, quedando el resto de Muertos sepultados has-  
ta el otro día. Oh, Jamita Seráfica digna de eterna memoria, campestre perfecta, con-  
tra Injusticia. A exemplo de los Franciscanos, y al segundo día, concurren las otras Famí-  
lias Religiosas, y cargaron los Muertos desnudos y despozados, cumpliendo con el ti-  
gor de la Disciplina Antigua, q. el Clero à exemplo de la gran Mojar, y en exercicio de  
esta señalada Caridad, sepultaban los Muertos. Esta es la Esena delia y de la q. se lo lo.

Caridad: *Quispece Celi super hoc*. Murieron los Padres de la Patria, y Murieron  
los Benemeritos de la Republica, dignos de computarse entre el Catálogo de los Fuertes de  
David; Murieron en cadenas los Decanos de Juda, cuya presencia se temia, y se asvi-  
ta de antemano su exterminio; y Mató la vil Política óstos Heroes, reduciendo  
los Pueblos Subalternos, con color de Religión p.º pidiendo, y con pretexto de Pactos Ju-  
ramentados p.º tomar las Armas, y con escándalo perjurio, introdujo Japós p.º apagar la  
esperanza y Contento de Siria? ¿Qué Ovejas, népo Manas, miserables y humildes, llama-  
das à la Caridad, en gñadas de guerra, y in Armas los q. supieron la Sena. ¿Qué vileza,  
qué malicia, puede Negar à tal extremo? *Lotemi, Lotemi, curas Israel et auriga eius*, fue  
el Encanto de Elizeo à Elías, y de Jotham de Israel, al q. heredó su duplicado Espi-  
ritu, con el recuerdo de las grandes Victorias, y la virtud del Pueblo de Dios, de la opresion  
de la Syria. Con este Lamento, debemos parentar el Santo fúnebre de los tres Heroes,  
y sus Compañeros; Caros fallados en Operato Militar p.º vencer los Muros aún de  
Bronce, à fin q. su Patria respire, q. su Religión se asegure, y su Rey tenga seguro

nas, habiendo huido un ejército entero poseedor de artillería copiosa, con el porte bárbaro que esparciendo mala nota, malísima conducta y punible proceder, los envilece eternamente. La acción gloriosa y despojo justo debía ser de Poder a Poder, pero la simulación de seña, prevenido el lance, con armas ventajosas en mano y la parte que se juzgaba opuesta, pensar quema, y encontrar pólvora, traer piedras y encontrar balas. Esta no es victoria, no es triunfo, sino maldad y asesinato. Ver al prelado y sacerdocio expuesto, y no socorrerlo en su santo ministerio, rodeado de lobos y tigres, aún cuando hincaban la rodilla para provocar a compasión a viles zambos, es sacrilegio, es delito que los colocaba entre los hijos de muerte. No estorbaron la matanza y despojo de la ciudad cuando podían y debían, se portaron como el israelita y el levita que viendo a un infeliz hombre herido de ladrones, pasaron su camino sin condolerse hasta que un samaritano lo llevó al hospicio y pagó su cura. Viendo estos bárbaros ejércitos, estos iguales magistrados a un gran obispo, a un clero caritativo, sentados en sus tronos de soberbia, rodeados de soldados sus cómplices, se les deja expuestos a la muerte y a que sean vanas sus lágrimas y esfuerzos en la salvación del pueblo. Vuelvo a apelar al tribunal de Dios.

En este estado, tendido los muertos en las plazas, calles y casas, así desnudos y despedazados, no atreviéndose sus parientes a darles sepultura por temor de evidente muerte de los zambos que buscaban aún la sombra humana, asomó la Comunidad de San Francisco de Asís, Patrón de la Ciudad, a cargar los muertos que pudiesen y con sus manos consagradas, envolviéndolos en esteras, cargaron los cadáveres asesinados personalmente y sepultaron los que pudieron hasta la noche quedando el resto de muertos insepultos hasta el día tres. ¡Oh, Familia Seráfica digna de eterna memoria, cumpliste perfectamente con tu instituto! A ejemplo de los franciscanos, y al segundo día, concurrieron las otras familias religiosas y cargaron los muertos desnudos y despedazados, cumpliendo con el rigor de la disciplina antigua que el clero a ejemplo del gran Tobías y en ejercicio de esta señalada caridad, sepultaban los muertos. Esta es la escena del día dos y tres de agosto que te relato.

Caridad: *Obstupecite celi super hoc*. ¿Murieron los Padres de la Patria? ¿Murieron los beneméritos de la República, dignos de computarse entre el catálogo de los fuertes de David? ¿Murieron en cadenas los leones de Judá, cuya presencia se temía y se arbitraba de antemano su exterminio? ¿Mató la vil Política a estos héroes, seduciendo los pueblos subalternos con color de religión para pisarla y con pretexto de pactos juramentados para tomarse las armas y con escandaloso perjuro introdujo tropas para apagar la esperanza y centella de Israel? Y qué ovejas, todas mansas, miserables y humildes, llamadas a la carnicería, engañadas de quema y sin armas los que supieron la seña. ¿Qué vileza, qué maldad, puede llegar a tal extremo? *Paternsi, paterni, currus Israel et auriga eius*, fue el encomio de Eliseo a Elías, y de Joar Rey de Israel al que heredó su duplicado espíritu, con el recuerdo de las grandes victorias, y libertad del Pueblo de Dios, de la opresión de la Siria. Con este lamento, debemos patentar el llanto fúnebre de los tres héroes, y sus compañeros, carros falcados en aparato militar para vencer los muros aún de bronce, a fin que su Patria respire, que su religión se asegure, y su Rey tenga seguro

este Reyno. Patriarchas de la libertad filial, y escogidos en sepultura espiánica, sin  
lagras el sopulero de sus Padres. Arrastrados por las calles con vil infamia, los q. de-  
bían ocupar los Mausoleos. Pero, que otra cosa esperaba el preparativo de esta  
barrera, en un meditada, y premeditada de ante mano? La matanza a los hijos de la  
Unión; a las Bestias del campo, p. q. se preparasen el Sacrificio, y manar la carne de las Ju-  
erres, y se bebian la sangre de los Sacerdotes sacandolos al Caza con, y arrastrando las  
Piedras del Santuario; portadas las Puertas del templo en plantas de escuros. Queda-  
los! Que opresión! Que desprecio del Espiritu, al considerar esto Sangriento Catastrofe!  
Que lamento al ver arrastrado en tierra el Menio, las Canas, y la inocencia misma  
de los Pastores, sin la Sentencia de Azazel, y la unida la Sangre y las Pícaras, como si fue-  
ra tale la amplia Sesebel, de modo q. si la sugrada Familia no hubiera sepultado en  
tos Cadaveres, primero en su campamento, y des pues en sus Santos Campos, hubieran sido  
pasto de las Aves del Cielo; y los Sagrados Vivos Testantes clamaban: *miseri-*  
*cordia Domini, quia non sumus iusti*. Oh! No fuera arrastrado! Oh! Queblo  
destrozado! Oh! Ciudad solitaria, q. convertida en palatium superbiu verda! Oh! des-  
pojo, q. desmudas la para cañe q. perdona la Calicia, los Ambricari, y la Iracunia!

Culto: Separa à Cuculilama Ciudad Noble, y el Pícaro q. le prohibia las al-  
mas, y el Agujero p. el cultivo político, y lo despojo de la mas decidida, numeral, la-  
yas, y ropas con vejamen, el mas vil y destartal q. todo recae sobre el mal Espectador,  
q. de su Muro se debe inquirir la Sangre, y lo perdido. *Ubi hominis speculatore m dedit*  
*dumui lrae* (J) *Et dicentem me ad inuicem. Motta nraie* *et non annun ciareis a ipe*  
*que locutus fuerit ut auertatur a via sua impia, et uideat. Ipse impius in iniquitate sua me-*  
*retur, sanguinem autem eius de manu tua requirant* (K). Ved el egrediente: ved el dador: ved  
Militares: ved Calico, q. siendo especuladores, y sentinas de una Noble Ciudad, has de-  
ra mado la Sangre ingente del Sacerdote, del Patriarca, del Anaciano, del Sacerdote, y de  
el Pueblo miserrable, despojandolo à mayor abundamiento; q. como justos, debían co-  
mer el fruto de sus aduersiones, Responded de esta Sangre q. clama al Cielo como la de  
Abel, conderando la vuestre. Ved el recho go: Ved Fuertes: ved Alados ~~del~~ de la  
iniquidad, convertido futu rmo en herida; vuestra Victoria en el mas execrable delito:  
ved malebdo Cuculilama, Salpaya sin Religión y alado de la s muedad, el fin de sus Oen,  
el fruto de la supension del comercio en lo necesario a iur ala Uda p. despojar los Pue-  
blos contra su Madre, y abrir la puerta ala iniquidad: fueres la Causa inmediata del  
atropellamiento de los Altos y Sagrados, de la profanacion de los Templos y Monas-  
terios, del Robo de la Jurisdicción Ecclesiastica, y persecucion del Sacerdocio, cuya San- (L)  
gre han bevido sus Aliados, con el pasto de la carne de los Fuertes, de los Inocentes, del fla-  
co Soberano, y destruccion del Pueblo: sus Venizas de ben ser trechadas en los Rios p.  
perpetua execracion de Delitos. Ved ultimam. ignea antes el fruto de vuestros Corrijon. Job 31. 14.

Reparad Espectadores intusos, q. os habeis portado como Mercenarios, y no como  
leovitmas Padres y Pastores, q. viendo a los Lobos ensangrentarse en las Ovejas y sus  
Vallones; no solo os desentendis feis del Rayo, sino q. auxiliaste la Matanza y el Robo.

(J)  
Evo quid  
cap. 3. v. 17.  
(K)  
v. 18.  
Etiam Me Sum  
quintum lano cer  
tum de manu eius  
requirit

(L)  
Quidam Regi  
Apostata, qui  
vocat dices im-  
pium



este reino. Patriarcas de la libertad filial y peregrinos en sepultura egipciaca, sin lograr el sepulcro de sus padres. Arrastrados por las calles con vil infamia los que debían ocupar los mausoleos. ¿Pero, qué otra cosa esperaba el preparativo de esta escena, bien meditada y premeditada de ante mano? Llamáronse a los hijos de la viña, a las bestias del campo para que preparen el sacrificio y coman la carne de los fuertes y se beban la sangre de los sacerdotes sacándoles el corazón y arrastrando las piedras del santuario, postradas las puertas de templo en plantas asesinas. ¡Qué dolor! ¡Qué opresión! ¡Y qué despecho del espíritu al considerar esta sangrienta catástrofe! ¡Qué lamento al ver arrastrado en tierra el mérito, las canas y la inocencia misma de los párvulos, sin la sepultura de Azael, y lamida la sangre por los perros, como si fuera la de la impía Jezabel, de modo que si la Sagrada Familia no hubiera sepultado estos cadáveres, primero en su compasión y después en sus santas casas, hubieran sido pasto de las aves del cielo, pues los esqueletos vivos restantes clamaban misericordia *Domini, quia non sumus con sumti*. ¡Oh, nobleza arrastrada! ¡Oh, pueblo destrozado! ¡Oh, ciudad solitaria que conmutas en palidez tu perpetuo verdor! ¡Oh despojo, que desnudas la poca carne que perdonó la codicia, la ambición y la tiranía!

Quito. Se pasó a cuchillo una ciudad noble por el filisteo que le prohibió las armas y el aguijón para el cultivo político, y lo despojó de lo más desiderable, numeral, joyas y ropas con vejamen el más vil y brutal que todo recaen sobre el mal especulador que de su mano se le debe inquirir la sangre y lo perdido. *Fili hominis spculatorem debite domui Israel<sup>29</sup>. Si dicentem nie ad impium, morte morieris non annun ciaveris ei ne que locutus fueris ut avertatur a via sua impia, et vivat, ipse impius in iniquitate sua morietur, sanguinem autem eius de manutua requiram<sup>30</sup>*. Ved Presidente, ved odores, ved militares, ved cabildo que siendo especuladores y centinelas de una noble ciudad has derramado sangre inocente del sacerdote, del patricio, del anciano, del lactante y del pueblo miserable, despojándolo a mayor abundamiento, que como justos, debían comer el fruto de sus adinvenciones {sic}, respondes de esta sangre que clama al cielo como la de Abel, condenando la vuestra. Ved Arechaga, ved Fuertes, ved aliados de la iniquidad, convertido tu triunfo en horror, vuestra victoria en el más execrable delito, ved malévolo Cucalón, sátrapa sin religión y aliado de la impiedad, el fin de tus odios, el fruto de la suspensión del comercio en lo necesario aún a la vida para despachar los pueblos contra su madre y abrir la puerta a la iniquidad, tú eres la causa inmediata del atropellamiento de los altares y sagrarios, de la profanación de los templos y monasterios, del robo de la jurisdicción eclesiástica y persecución del sacerdocio, cuya sangre han bebido tus aliados<sup>31</sup>, con el pasto de la carne de los fuertes, de los inocentes, del flaco sexo y destrucción de pueblo: tus cenizas deben ser echadas en los ríos para perpetua execración de delitos. Ved últimamente ignorantes el fruto de vuestros consejos.

Reparad especuladores intrusos que os habéis portado como mercenarios y no como legítimos padres y pastores que viendo a los lobos ensangrentarse en las ovejas y sus vellones, no sólo os desentendisteis del rapto, sino que auxiliaste la matanza y el robo.

29 Referencia al margen: “Ezequiel, Cap. 3:17: Hijo de hombre, yo te he puesto como centinela de la Casa de Israel. Oirás de mi boca la palabra y les advertirás de mi parte”.

30 Ezequiel, Cap. 3:18: “Cuando yo diga al malvado: ‘Vas a morir’ si tu no le adviertes, si no le hablas para advertir al malvado que abandone su mala conducta, a fin que viva, él, el malvado morirá por su culpa, pero de su sangre pediré cuentas a ti”.

31 Referencia al margen: “*Quidicit Regi Apostata, quivocat duces impios*”. Libro de Job 3:18

Ved Chavermes Ecclesiasticos y Seculares lo q<sup>d</sup> habéis de sado, p<sup>o</sup> solo sea vues<sup>ta</sup> m<sup>te</sup> Sento-  
res. E<sup>ste</sup> es el q<sup>d</sup> ha<sup>ya</sup> de sado. un Pueblo Juez de vuestros exco<sup>m</sup>os. q<sup>d</sup> si esto puede ser,  
ix á los D<sup>os</sup> de los nobres, no solo de la infima clase de vuestro Magistatura mixta; sino  
áun de los Reyes sus Sento<sup>res</sup> naturales; con muchas mas razones puede testifi<sup>car</sup> sus co<sup>m</sup>os  
seros, declarara<sup>los</sup> justa<sup>mente</sup> la causa en venganza de la Sangre inocente, con q<sup>d</sup> ha<sup>ya</sup> mon<sup>do</sup> chido  
la Ciudad; y de los Le<sup>yes</sup> quantos<sup>mas</sup> de q<sup>d</sup> s<sup>on</sup> comp<sup>os</sup>er. Si illud ut natura, tenetur  
subdit<sup>is</sup> qui renitere ei, ne illud faciat, quamquam modus resistendi non est semper

(m)  
\* Absentis  
in R<sup>o</sup> Reg. 6. 28.  
2. Do<sup>o</sup> Col. 2<sup>a</sup>

idem, sed secundum diversa peccata est varius, vide et Absentis<sup>(m)</sup>. P<sup>o</sup> q<sup>d</sup> a<sup>unq</sup> n<sup>on</sup> sea el  
Pueblo Juez del Rey, tiene mayor potestad sobre el Rey, q<sup>d</sup> el Rey sobre el Pueblo; p<sup>o</sup> la  
razon q<sup>d</sup> el Señor natural, no puede executar las graves cosas sin la obediencia del Sub-  
dito, q<sup>d</sup> en la illita, se halla excusado. Quia licet populus non sit positus iuxta regis, ta-  
men habet maiorem potestatem super regem, quam rex super populum; rex enim  
per se ipsum non potest coequi aliqua gravia, sed coequitur obediens sibi  
subditis; sed nullo modo debent obedire ei in illis; ideo quando obdierint, peccant  
et peccatum regis efficitur jam peccatum populi. (n)

(n)  
\* Absentis  
ibidem.

¿Qué cosa mas illita, q<sup>d</sup> un Gobierno quebra<sup>nta</sup> el d<sup>o</sup> de los actos publicos y solemn<sup>es</sup>,  
juramentados con tanta escandalo? Un Gobierno tolerante del heresismo, de publicas  
deshonestidades, l<sup>os</sup>es publicos y escandalo<sup>so</sup> de opresion del Ecclesiastico en su Jurisdicci-  
on, abocandose sus facultades, y enq<sup>u</sup>illando sus Ministros? ¿Qué cosa mas illita y excon-  
dita q<sup>d</sup> la prision de la Nob<sup>leza</sup> y Pueblo, por el d<sup>o</sup> de juramentado, segun la  
L<sup>ey</sup> canónica de el S<sup>o</sup> O<sup>o</sup> Carlos 3<sup>o</sup> de N<sup>o</sup> de Abril de 1714; ¿Qué cosa mas Anatematiza-  
da, q<sup>d</sup> la profanacion de los Sagrarios, Templos, y Monasterios, en busca de profane fu-  
gitivos? Cada uno de estos Capítulos, cano<sup>ni</sup>zaba la justa Guerra q<sup>d</sup> se le hubiera de-  
clarado, y santificaba la subtraccion de obediencia de la Superioridad, quando fuese  
testimio q<sup>d</sup> la gravissima L<sup>ey</sup>on q<sup>d</sup> senta la Patria en lo Espiritual, Temporal y  
Político, de q<sup>d</sup> era su Cuidado y defensa. Agravado el exceso, con las circunstancias de  
Muertes de Ex<sup>o</sup>lentes Patrios inclausos en el L<sup>ey</sup>to, con la Muerte de Sacerdotes, de Un-  
centes Niños, de miserables Viejos, y de Pueblo indif<sup>erente</sup>, todo fusinado con el ma-  
yor vilipendio, crueldad, y religio<sup>n</sup>, como barbarie, y el cargo se levanta hasta las  
Esferas, descarga al Subdito de la obligacion de obedecer, si alguna hubo, y coloca la  
Jurisdiccion en el Pueblo, con obediencia de expeler la tirania.

(o)  
\* Job.

Caridad: Desde la Infancia creció en mi la miseria; con q<sup>d</sup> esta Caza, una  
grande tristiza, y un continuo dolor ocupa<sup>ba</sup> mi corazón, cano<sup>ci</sup>endo ser tu lamento  
justo, y tu quexa legal. La infamia q<sup>d</sup> se te ha impuesto de Emurgente: la Calumnia de  
unus par Dominum ejus; todo ha sido parte de la ignorancia, del Odio, de la Opresion,  
y tirania. La Junta Suprema del Año pasado, ocasion de la desolacion presente,  
fue testimio. Aun quando careciera de la Aprobacion del Consejo Supremo de Re-  
gencia del Reyno; bastaba su practica en los Reynos de la Peninsula, p<sup>o</sup> q<sup>d</sup> se ad-  
apta impune en la America, con heresismo, como se ha adaptado en las acas y las  
gera; p<sup>o</sup> evita la brutalidad de degüellos, y los Delitos del Despojo. La Guerra in-

(p)  
\* Roma  
nos?

Ved chapetones eclesiásticos y seculares lo que habéis obrado, por sólo ser nuestros señores. Reparad que has despedazado un pueblo juez de vuestros excesos, que si este puede resistir a los delitos notorios, no sólo de la ínfima clase de vuestra magistratura intrusa, sino aún de los reyes sus señores naturales, con mucha más razón puede resistir vuestros excesos, declararos justa guerra en venganza de la sangre inocente con que has manchado la ciudad y de los robos cuantiosísimos de que sois cómplices. *Si illud sit notorium, tenentur subditi sui resistere ei ne illud faciat, quamquam modus resistendi non es semper idem, sed secundum diversa peccata est varius*, dice el Abulense<sup>32</sup>. Porque aunque no sea el pueblo juez del rey tiene mayor potestad sobre el rey, que el rey sobre el pueblo, por razón de que el señor natural no puede ejecutar los graves asuntos son la obediencia del súbdito que en lo ilícito se halla escusado. *Quia licet populus non sit positus iudex regis, tamen habet majorem potestatem super regem, quam rex super populum, rex enim ipse ipsum solum non potest exequi aliqua gravia, sed exequitur obedientibus sibi subditis, sed nullo modo debent obedire ei in illicitis ideo quando obedierint peccant, et peccatum regis efficitur jam peccatum populi*<sup>33</sup>.

¿Qué cosa más ilícita que un gobierno quebrantador de pactos públicos y solemnes, juramentados con tanto escándalo? ¿Un gobierno tolerante del terrorismo, de públicas deshonestidades, robos públicos y escandalosa opresión del eclesiástico en su jurisdicción, abocándose sus facultades y engrillando sus ministros? ¿Qué cosa más ilícita y escandalosa que la prisión de la nobleza y pueblo, posterior al pacto juramentado, según las pragmáticas del Señor Don Carlos 3<sup>o</sup> de 17 de abril de 1774? ¿Qué cosa más anatematizada que la profanación de los sagrarios, templos y monasterios en busca de presa de fugitivos? Cada uno de estos capítulos, canonizaba la justa guerra que se le hubiera declarado y santificaba la substracción de obediencia de la superioridad cuando fuese legítima por la gravísima lección que sentía la Patria en lo espiritual, temporal y político, de que era custodio y defensa. Agravado el exceso con las circunstancias de muertes de excelentes patricios incluso en el Pacto, con la muerte de sacerdotes, de inocentes niños, de miserables viejos y de pueblo indefenso, todo asesinado con el mayor vilipendio, crueldad, irreligión, como barbarie, si el cargo se levanta hasta las esferas, descarga al súbdito de la obligación de obedecer, si alguna hubo y coloca la jurisdicción en el pueblo, con opción de expeler la tiranía.

Caridad: ‘Desde la infancia creció en mi la miseración<sup>34</sup>, por esta causa una grande tristeza y un continuo dolor ocupa mi corazón, conociendo ser tu lamento justo y tu queja legal’<sup>35</sup>. La infamia que se te ha impuesto de insurgente, la calumnia de usurpar dominios ajenos, todo ha sido parto de la ignorancia, del odio, de la opresión y tiranía. La Junta Suprema del año pasado, ocasión de la desolación presente, fue legítima. Aun cuando careciera de la aprobación del Consejo Supremo de Regencia del Reino, bastaba su práctica en los Reinos de la Península, para que se adaptase impune en la América, con heroísmo, como se ha adaptado en Caracas y Cartagena, para evitar la brutalidad de degüellos, y los delitos del despojo. La guerra in-

32 Referencia al margen: “Abulencias in 1<sup>o</sup> Reg. 6.28.L. No. Col. 2<sup>a</sup>.”

33 Referencia al margen: “Abulencias ibidem”.

34 Referencia al margen: “Job”.

35 Referencia al margen: “Romanos 9,”

justa, impone la impasibilidad de la Sangre de crismas, y de los bienes despojados. Lo su natural y Divina, no agueva la imbecia enemiga contra la misma Razón: de lo contrario, se destruyría toda Política, y lo mismo especie humana vivieramos como fieras, en cava de pública, o lo mas que de es Señor de la del Placa y misereable. Si esta legislación se adapta entre hombres Cristianos, es el mismo, y ya es la vida de la Vida y fortuna del Sacerdocio, del Noble, del Viejo, del Escudero, y de la Ciudad toda. Este daño y lesión q. se ha visto, procuro prevenirlo la Junta Suprema, en el tiempo de vacante del Reyno p. el Cauvexo de el S. D. Fernando I. Vacante el Reyno, decide la Jurisdiccion en las Comunidades. Asilo decide el Albulenit explican de aquel texto: *Recursit autem populus terre eor. qui conjuraverant contra regem Aram,* (9) *et constituerunt sibi regem Israhel filium ejus pio eo* (9)

¿Ues esto es Sabio, si poco el Pueblo matando a los asesinos del Rey Aram, p. de facto de Jurisdiccion, y otras circunstancias q. concurrieron todas, p. q. sea laudable y legitimo el Omicidio; p. q. los Omicidas lo merecian matando a su Señor, en p. juicio de toda el Pueblo; p. q. no quedase impune delin tan graves y ultima m. p. q. el Pueblo y comunidades, decayó la Jurisdiccion p. muerte de su Rey. Sea bien, q. en materia tan espiciosa, tan rara, y tan instructiva como necesaria, se transcriban sus palabras; p. q. su autoridad se conserve, y de ello deduzq. las conegüencias p. el reparo de tu lesión, y remedio de tus Males, de tu infamia, y confusión de tus Enemigos.

(r) *Item erat scilicet, jurisdictionis; scilicet quia licet quilibet persona privata de populo non haberet jurisdictionem ad faciendum istud: tamen totum regnum, aut communiter, vel tota civitas habebat jurisdictionem ad istud. patet, quia nunc vacabat regnum, et residebat jurisdictionis in communitatibus; sicut Martinus episcopus, eo, que jurisdictionis sunt, pertinet ad capitulum ecclesie. Item datus aliquis vinctus, qui tunc pertinet ad eum ad ministratio: et considerandum ulterius, quod non solum populus licet egi occidendo istos; sed etiam laudabiliter; imo non egiisset, peccasset, et propter duas. Primum, quia populus reuertebat tunc jurisdictionem: pertinet autem ad officium iudicii punire malefactores; et si emittit, peccat mortaliter. ita ergo si tantum malefactorum relinqueretur impuniti, populus qui poterat de iure, et debebat punire, peccaret. Secundum erat, quia te nebantur omnes de regno vindicare injuriam illatum regi tuo, quatenus iure poterant, et nonnullo vindicare contemnebant regem suum, et peccabant; ideo obligabantur non contentari, sed diligenter operans dare, ut occiderent istos occisores.*

Observad la directa prueba de la Jurisdiccion del Pueblo en la vacante de l Reyno, como en lo presente, Cautivo el Señor natural, con Moral impasibilidad de Regreso a su gobierno, y Moneda del intruso. Observad q. en la edad tierna de Josias hijo de Amos, y antes de su elevacion al trono p. el Pueblo de la tierra; estampas este Sabio, vado el Reyno: con muchas mas Razón en el Cauvexo de toda la Familia Reyante. Este es el famoso Argumento del Excelente D. Moral, q. se ha contestado con su dequello. Observad q. p. la Autoridad del Pueblo, tuvo este facultad de vindicar a los asesinos; pero mi Ministerio, no puede aconsejarlo, moverlo, ni menos mandarlo. Solo se intento aclarar la verdad, y q. se cometa el verdadero asesinato y despojo, no solo de la Ciudad, sino de tu Autoridad.

(9) N. Reo. Cap. 28.

(r) Absolens 2. 25. Col. 24. per totum folio 379.

(s) Mem de absente in re mibi vinctus iuxta cap. vnde no solo vacante in 6.



justa, impone responsabilidad de la sangre derramada y de los bienes despojados. La Ley Natural y Divina, no aprueba la invasión enemiga contra la misma razón, de lo contrario se destruirá toda política y la misma especie humana: viviríamos como fieras, en cuya república el que más puede es señor déspota del flaco y miserable. Si esta legislación se adapta entre hombres cristianos, el armado ya es árbitro de la vida y fortuna del sacerdocio, del noble, del viejo, del párvulo y de la ciudad toda. Este daño y lesión que se ha visto, procuró prevenirlo la Junta Suprema y en tiempo de vacante del reino por el cautiverio del Señor don Fernando 7°. Vacante del reino, reside la jurisdicción en las comunidades. Así lo decide el Abulense explicando aquel texto: *Percussit autem populus terre eos, qui conjuraverant contra regem Amon. et constituerunt sibi regem Josiam filium ejus pro eo*<sup>36</sup>.

Cuestiona este sabio, si pecó el pueblo matando a los asesinos del Rey Amón por defecto de jurisdicción y otras circunstancias que concurrieron todas para que sea laudable y lícito el homicidio, porque los homicidas lo merecían matando a su señor en perjuicio de todo el pueblo, porque no quedase impune delito tan grave y últimamente porque en el pueblo y comunidades, recayó la jurisdicción por muerte del rey. Será bien que en materia tan espinosa, tan rara y tan instructiva como necesaria, se transcriban sus palabras para que tu autoridad se consolide y de ella deduzcas las consecuencias para el reparo de tu lesión, remedio de tus males, de tu infamia y confusión de tus enemigos.

Tertium<sup>37</sup> erat scilicet jurisdictio, seilicet quia licet quilibet persona privata de populo non haberet, jurisdictionem ad faciendum istud: tamen totum regnum, aut communitas, vel tota una civitas habebat jurisdictionem ad istud: potissime quia nunc vacabat regnum, et residebat jurisdictio in communitatibus; sicut mortuo episcopo, ea que jurisdictionis sunt, pertinent ad capitulum Ecclesie<sup>38</sup> nisi sit datus aliquis visitator, quia tunc pertineret adeum administratio... Considerandum ulterius quod non solum populus licite egit occidendo istos, sed etiam laudabiliter, imo si non egisset, peccavisset propter duo. Primo, quia populus retinebat tunc jurisdictionem, pertinent autem ad officium iudicis punire malefactores, et si omittit peccat mortaliter, ita ergo si tantum maleficio relinqueretur impunitum, populus qui poterat de jure, et debebat punire, peccaret. Secundum erat, quia tenebantur omnes de regno vindicare injuriam illatam regis, quatenus juste poterant, et omittendo vindicare contemnebant regem suum, et peccabant, ideo obligabantur non contemnere, sed diligenter operans dare, ut occiderent istos occisores.

Observad la directa prueba de la jurisdicción del pueblo en la vacante del reino, como en la presente, cautivo el señor natural, con moral imposibilidad de regreso a su gobierno y monedas del intruso. Observad que en la edad tierna de Josías, hijo de Amón, y antes de su elevación al trono por el pueblo de la tierra, estampa este sabio, vacó el reino, con mucha más razón en el cautiverio de toda la familia reinante. Este era al famoso argumento del excelente doctor Morales, que se ha contestado con su degüello. Observad que por la autoridad del pueblo, tuvo este facultad de vindicar a los asesinos, pero mi ministerio no puede aconsejarlo, moverlo, ni menos mandarlo. Sólo se intenta aclarar la verdad y que se conozca el verídico asesinato y despojo, no sólo de la ciudad, sino de tu autori-

36 Referencia al margen: "4.Reg. Cap.21."

37 Referencia al margen: "Abulensis Q.25.Col.2ª pertotam folio 378".

38 Referencia al margen: "Idem de absente in remotis partibus juxta Cap. Unig, ne sede vacante in 6".

dad pacífica y ajada con el **ultimo** **dispendio**. Siendo cierto q. lo vacante del Reyno coló en  
 H. la **autoridad**; la Junta del año pasado, fue legitima y legal p. **de derecho natural**, indepen-  
 diente de las Capitulaciones y Juramentos q. se han pido con mas frente q. un Mahometano.  
 Siendo legal la Junta así **autorizada**; los **Magistrados Políticos** y **Militares** en ella nom-  
 brados, fueron legitimos Jueces del Reyno; y con tanta brevedad visto preso, fugitivo, sin  
 fama, y degollado p. **negras Manos**, como usurpada su Jurisdicción **Autoridad**. Sobre este  
 dolor decae la traça de la **emulación** **horrante**, y **barbara**. Una de las Oraciones de la gran da-  
 vid fue; el pedir al Omnipotente, no se dian ni subsamen sus Enemigos; **ne iras iras mihi**

(1)  
 Principi populi  
 vel non malitias  
 sed di. 2. 25.

(1)  
 Virgilius  
 Aeneida 6.  
 Todo lo han conseguido hechandote en tierra, asustada del Cielo de tu gloria,  
 con tanta usurpacion. **Ainc meum cupiunt, gaudentque, dolentque**. Los compa-  
 ños del cautiverio de Jezusalen, lamentaban q. la Ciudad de perfecta hermesura, y gozo de la  
 tierra, se huviese reducido a humo confuso: Ved ala letra en lo Político, lo vido a tu **autoridad**,  
 degollados tus **Magistrados**, agada tu **libertad**, muertos tus **héroes**, arrojados los **cadáveres** del  
 Pueblo, p. **Barridos**, **Plazas**, y **Calle**; y los vivos **esqueletos** ocultos sin bienes ni **numera**. P.  
 otra parte, previendo el **Guayaquilense** con su Sathapa **Lucas** p. las **convidas** **oraciones**  
 Dispuso las Sathapas de **Euacanda** p. sus acciones con auxilio del **primero**, y a ofrecido, y  
 encareciendo a pobres **Magos**, q. sintieron el de quello de la Patria; y aún **Monje** pa-  
 sajero q. **hora** la muerte del gran D.  
**Morales**, conduciendolo hasta cerca de la **Carcel**.  
 Ya tienes tienes **Armado** al **famero D.** **Opas Obispo** de **Cuenca**, con **luminos** **homages**  
**Dele**, **notificados**, pena de la **Vida**, el q. no defendiese el **territorio**. **Famoso D.** **Opas**, q. de

(2)  
 Cap. 11. item  
 notum.  
 Dist. 86.  
 viendo hazer **propria** la **misericordia** **agena**, como se le manda p. los **Santos Canones**, p. no  
 tener vacio el nombre de **Obispo**, reduce su **potestad** **Dignidad** a ser **General** de **Ejercitos**, y  
 ande **oficiario** sobre **aflicción** al **Oprimido**. Concede p. **ultimo**, q. la **sagacidad** de **Virgata**  
**Infernal**, espere el **auxilio** de todas las **trouas** p. su **iniquo** de quello, **previendo**, q. **Santos**  
**de Amara** el **Pueblo**, fuese degollado y despojado, con **exvanto** de su **porfía**, **opresion**  
 y **troua**, q. **admirara** a toda la **América**, y **Naciones** **guirras**, sobre **humanas**.

**Quito**: **Uq Domini**; **uq Incit**, muertos p. **Mano Egipciaco**, **preparada** p. mi **castigo** y **consec-**  
**cion**, despojada mi **Autoridad**, **robada** mi **Jurisdicción**, sin **auxilio** p. **sobresene**, ni **medio**  
 p. **reponer** el **Catastrofe**; y de despecho **causa**, conoce la **verdad** **quedada** de **Verdugos**; **vez**  
 la **luz** p. las **Rejas** de las **trineblas** de la **opresion**; **to** **con** la **verdad** **entre** **cadáveres** de **degolla-**  
**dos** p. la **ignorancia**, p. la **codicia**, **Ambicion**, y **troua**; y **circundada** de **Ejercitos** y **trova**  
**maiores** todos **asesinos**; y tal vez con **miras** **Francesas**, p. **despojar** la **Religion**, y **Salvacion**  
 de las **almas** del **Reyno**. **Verdad** **am**. **niolimento** **estad** **del** y **los** **trabajos**, **prezo** **mi** **libertad**.

**Agradó** mi **llanto** la **conduccion** de la **Madama** del **Señor Salinas** p. **manda** del **Re-**  
**cidente** **su** **presencia**. **le** **dira**, q. **confirme** su **Marido** **havia** **muerto** **sin** **confesio**; **la**  
**troua** **de** **araras** **sindarte** **unpa** **ag** **se** **confesare**. **En** **Obispo** con las **comunidades**  
**Religiosas** la **ampararon**, y **libertaron** su **vida**. **Pue** **va** **manifiesto** q. la **operacion** de la  
**Esena**, fue p. sus **Azuitas**, p. sus **Ordenes**, y p. su **troua** **Autoridad**.

**Ved** **Caridad**, otro **exceso** **el** **mas** **lamentable**. **D.** **Pedro** **Galiz** **mouit** de todas las **se-**  
**ducciones** de las **Provincias** **contra** **su** **Patria**; ni la **vista** de los **degollados** **presos** y **desme-**

dad prostituida y ajada con el último vilipendio. Siendo cierto que la vacante del Reino colocó en ti la autoridad, la Junta del año pasado, fue legítima y legal por el derecho natural, independiente de las capitulaciones y juramentos que se han pisado con más frente que un mahometano. Siendo legal la Junta así autorizada, los magistrados políticos y militares en ella nombrados, fueron legítimos jueces del reino, y es horror haberlos visto presos, fugitivos, sin fama y degollados por negras manos, como usurpada su jurídica autoridad<sup>39</sup>. Sobre este dolor recae la risa de la emulación errante y bárbara. Una de las oraciones del gran David fue, el pedir al Omnipotente, no se rían ni subsanen a sus enemigos: *ne irridiant mihi inimici mei*. Todo lo han conseguido echándote en tierra, arrastrada del cielo de tu gloria, con tamaña usurpación.

*Hinc metuunt cupiunt gaudentque, dolentque*<sup>40</sup>. Los compasivos del cautiverio de Jerusalén, lamentaban que la ciudad de perfecta hermosura y gozo de la tierra, se hubiese reducido a túmulo confuso: ved a la letra en lo político, robada tu autoridad, degollados tus magistrados, ajada tu nobleza, muertos tus héroes, arrojados los cadáveres del pueblo por barrios, plazas y calles, y los vivos esqueletos ocultos sin bienes ni numeral. Por otra parte, prevenido el guayaquileño con su sátrapa Cucalón para las consabidas operaciones. Dispuestos los sátrapas de Guaranda para sus acciones con auxilio del primero, y ha ofrecido, y encarcelado a pobres mujeres, que sintieron el degüello de la Patria, y a un monje pasajero que llora la muerte del gran doctor Morales, conduciéndolo hasta cerca de la cárcel. Ya tienes armado al famoso don Opas, Obispo de Cuenca, con quinientos hombres en Déleg, notificados, pena de la vida, el que no defendiese el territorio. Famoso don Opas que debiendo hacer propia la miseria ajena, como se lo manda por los Santos Cánones<sup>41</sup>, para no tener vacío el nombre del obispo, reduce su apostólica dignidad a ser general de ejércitos, y añade aflicción sobre aflicción al oprimido. Conoced por último, que la sagacidad de víbora infernal, esperó el arribo de todas las tropas para su inicuo degüello, prevenido, que antes de armarse el pueblo, fuese degollado y despojado, con espanto de su perfidia, opresión y tiranía, que admira a toda la América y naciones cultas, sobre humanas.

Quito: *Ve domini, ve Incliti*, muertos por mano egipciaca, preparad para mi castigo y corrección, despojada mi autoridad, robada mi jurisdicción, sin auxilio para sostenerme, ni medio para reponer el {sic} catástrofe. ¡Qué despecho causa, conocer la verdad apoderada de verdugos! ¡Ver la luz por las rejas de las tinieblas de la opresión! ¡Tocar la verdad entre cadáveres degollados por la ignorancia, por la codicia, ambición y tiranía, y circundada de ejércitos y gobernadores todos asesinos, y tal vez, con miras francesas, para despojar la Religión y Salvación de las almas del reino! Verdaderamente mi aliento es la hiel y los trabajos, presa mi libertad.

Agravó mi llanto la conducción de la Madama del Señor Salinas por mandato del Presidente a su presencia, le dijo “que conforme su marido había muerto sin confesión, la había de ahorcar sin darle tiempo a que se confesase”. El señor Obispo con las comunidades religiosas la ampararon y libertaron su vida. Prueba manifiesta que la operación de la escena fue por sus arbitrios por sus órdenes y por su tiránica autoridad.

Ved caridad, otro exceso el más lamentable. Don Pedro Calisto móvil de todas las seducciones de las provincias contra su Patria, ni la vista de los degollados presos y desnu-

39 Referencia al margen: “*Principi populi tui non maledices*”. Éxodo 24:28.

40 Referencia al margen: “a la Enieda de Virgilio, canto 6”.

41 Referencia al margen: “Cap. Fratrem nostrum. Dist.86”.

des en la Plaza, moviò su destituido Corazon, à devda compacion desus Raysones. Pidiò al Presidente de la Operacion, colgase en las Ocas à los Heros pñeros y muerres p' el dulce amor de la Patria: no lo conuquid, y le cayò este negro borron, y ka mancha en su persona.

Ciudad de Plac. porte tairdinto han tenido los Barbaros. Muerto Daxio Rey de Lúcia,  
 lo ha a Alexander el grande mupadar desu Reyno; y uicito de continuo asu Urida y Sa  
 uilia, p. corralados en su infamismo. Qué barbaros es la cruel deq, áurientes Cristianos, p.  
 no dolerse dela desgracia ajena. Talves computari su felicidad a pasajera, p. permanente.  
 Si huviera ferido la Capital la Cabeza de aquel Rey Moro, desbarbado en Batalla en la Masiana.  
 Peninsula, recogiendo comprecencia de Animo los fugitivos, y cayendo con ellos lamisma Noche de  
 el Pasaje del Campro, disperso el Exercito Católico p. su Cadieia; huviera combetido en lagrimas  
 y Sangre la Victoria de los Enemigos de Luto, con la hiza el Moro. Quanto vale la instruccion  
 Militar y Política. Lo confirma la accion del Maestre de Avis al amenazar fuga una de las et  
 las de su Cavalcata; qué hacen? lo dijo: aqui está vuestro Rey; me habeis hecho Rey de Ba  
 leja. Con este espantoso grito, ganó la Victoria, y libertad del Reyno. Qué hazian  
 fugitivos, y escondidos en Quebradas y Subterrameos, esos cobardes Mercaderes, sintien  
 da q. el Soldado era dueñu del fuero desu Codicia. Viendolos dispersos p. Barrios, Calles,  
 y Boscos, no daban sin cinquenta hombres p. q. p. de rase de los Quetziles, y dueños de la  
 Asmas, haze lanzar la proza, y la libertad. Qué dican las Naciones q. saben el nume  
 ro de havitantes de Luto? Treinta o Cuarenta mil havitantes, han cazado, y ocultos e  
 de quatro Centenares de Sambos. Qué verguexa! Qué rabos! Fieno dos cauzas. Prime  
 ra, la Vida peligrada desde la Infancia, q. acabada á los hombres; y el defecto de Armas, q.  
 la Política impidió p. sus Ordenes. Segunda, la ninguna pericia Militar q. acabada, quan  
 do el exercito entra con satisfaccion y precencia de Animo, fido en su destreza, dezia Uyes.  
 Todo se deve enmendar p. deshazer esta infamia. David, conociendo q. el Mito o bio  
 la matanza sobre Xisrael con Flechas mas q. con otra Arma; mandó q. parte de sus Exe  
 citos fuesen Flecheros. Ved un exemplar y maxima, de q. puedes valerte en la Operacion,  
 y en el defecto de Fuzileria. Fienes en Mayinas uerto genero de Flechas mayores de alcan  
 ze de uno de quib. con las q. los Indios áta viesen q. gruesa Arzoleada y hrombes. Armado  
 p. Audicion, una p. consejo; como el forjar Artilleria de tanto cobre viejo del Reyno  
 p. ponerle á respeto. El Armamento de su Casa, hara respetar al Vecino, y sacará su meja  
 partido. Quando se conoce desarmada una Provincia, todos se atreven, contando en ellos el  
 valor, y no la caza. Tengamos igualdad de Armas, p. resolver la disputa. Si siete Quetziles  
 mataron sesenta Simenés; setecientos mataron siete mil: la demostracion tair métrica ma  
 yesta, y concluye, q. el esfuerzo y valia se halla de nuevo Uando, como la desgracia.  
 Luto. P. Remediar estos males p. rreovidos y cauzados p. cauzas de las ya sa  
 vidas, se celebró Cavido á uerto en caza de Execidentes, quisio la Audiencia el S. Obis  
 po y su Provisor: el Ayuntamiento de la Ciudad: los Pledados de las Religiones: los Emple  
 ados en Frontas; y los Esquelets de No biera y Pueblo á acordaron las siguientes puintos:  
 prim exo, q. todos los q. andaban fugitivos á cauza de la Junta, se restituyan con sus  
 Enpleos y averos, declarandolos fieses al Soberano. Dese traslado al Obisplense de es

(2)  
Mariana.

Coiz.

De Re  
Militare.  
L. 1. Cap. 1.

Abbate  
Lambert.



dos en la plaza movió su obstinado corazón a debida compasión de sus paisanos. Pidió al Presidente de la operación, colgase en las orcas a los héroes presos y muertos por el dulce amor de la Patria. No lo consiguió y recayó este negro borrón y fea mancha en su persona.

Caridad. ¡Qué porte tan distinguido han tenido los bárbaros! Muerto Darío Rey de Persia, lo lloró Alexandro el grande, usurpador de su reino, y visitó de continuo a su viuda y familia para consolarlos en su infortunio ¡Qué bárbara es la crueldad aún entre cristianos para no dolerse de la desgracia ajena! Tal vez computará su felicidad pasajera, por permanente. Si hubiera tenido la Capital la cabeza de aquel rey moro<sup>42</sup>, destrozado en batalla en la península, recogiendo con presencia de ánimo los fugitivos y cayendo con ellos la misma noche del despojo del campo, disperso el ejército católico por su codicia, hubiera convertido en lágrimas y sangre la victoria de los enemigos de Quito, como lo hizo el moro. ¡Cuánto vale la instrucción militar y política! Lo confirmó la acción del Maestre de Avis al amenazar fuga una de las alas de su ejército: “¿Qué hacéis?”, les dijo, “aquí esta vuestro rey. ¿Me habéis hecho rey de barajas?”<sup>43</sup>. Y con este espirituoso grito ganó la victoria y libertad del reino. ¡Qué hacían fugitivos y escondidos en quebradas y subterráneos, esos cobardes mercaderes, sintiendo que el soldado era dueño del fruto de su codicia? Viéndolos dispersos por barrios, calles y plazas, ¿no bastaban cincuenta hombres para apoderarse de los cuarteles, y dueños de las armas, hacer lanzar la presa y la libertad? ¡Qué dirán las naciones que saben el número de los habitantes de Quito? ¿Treinta o cuarenta mil habitantes<sup>44</sup>, han corrido y ocultándose de cuatro centenares de zambos? ¡Qué vergüenza! ¡Qué rubor! Tiene dos causas. Primera, la vida poltrona desde la infancia, que acobarda a los hombres y el defecto de armas que la política impidió por sus órdenes. Segunda, la ninguna pericia militar que acobarda cuando el perito entra con satisfacción y presencia de ánimo, fiado en su destreza, decía Vejecio<sup>45</sup>. Todo se debe enmendar para deshacer esta infamia. David, conociendo que el filisteo obró la matanza sobre Israel con flechas más que con otra arma, mandó que parte de sus ejércitos fuesen flecheros. Ved un ejemplar y máxima, de que puedes valerte en la operación y en el defecto de fusilería. Tienes en Maynas cierto género de flechas mayores de alcance de una legua<sup>46</sup>, con las que los indios atraviesan gruesa arboleda y hombres. Tomadlo por erudición y no por consejo como el forjar artillería de tanto cobre viejo del reino para ponerte a respeto. El armamento de tu casa hará respetar al vecino y sacarás mejor partido. Cuando se conoce desarmada una provincia, todos se atreven contando en ellos el valor, y no es así. Tengamos igualdad de armas para resolver la disputa. Si siete quiteños mataron sesenta limeños, setecientos matarán siete mil, la demostración aritmética no yerra y concluye que el esfuerzo y valor se halla de nuestro bando como la desgracia.

Quito: Para remediar estos males promovidos y causados por causas relatas ya sabidas, se celebró cabildo abierto en casa del Presidente, asistió la Audiencia, el señor Obispo y su Provisor, el Ayuntamiento de la ciudad, los prelados de las religiones, los empleados en rentas y los esqueletos de nobleza y pueblo. Acordaron los siguientes puntos: primero que todos los que andaban fugitivos a causa de la Junta, se restituyan con sus empleos y haberes, declarándolos fieles al Soberano. (Dese traslado al Abulense de es-

42 Referencia al margen: “Mariana”.

43 Referencia al margen: “Mariana”.

44 Referencia al margen: “Croiz”.

45 Referencia al margen: “De Re Militare L. 1. Cap. 1.”

46 Referencia al margen: “Abbate Lambert”.

ta de la corteza, p<sup>o</sup> q<sup>o</sup> es resuelta la sabiduria de este Conxesso. 3<sup>o</sup> Segundo, q<sup>o</sup> los Sanhos Jimeno  
salgan de la Ciudad dentro de tercero dia, p<sup>o</sup> haver sido los culpados: 4<sup>o</sup> El castigo es bueno; y m<sup>o</sup>vea  
ditta Auctor el Presidente y sus Alhados. 5<sup>o</sup> Tercero, q<sup>o</sup> n<sup>o</sup> se impida la entrada del Comisio-  
nado del Supremo Consejo de la Regencia del Reyno D<sup>o</sup> Carlos Montofoa. Surge havo  
resolucion de impedir su entrada: luego los opositores son de avaricia trasuccion como  
insubordinacion, haviendose concepitado el Conxesso, no se axia p<sup>o</sup> de terminarlo luego  
fueron ciertos los Enillos y fixos con q<sup>o</sup> lo esperaban, p<sup>o</sup> unirlo al destino de los presos. La  
doble fidelidad de Monarca, y al bien del Reyno. 6<sup>o</sup> Quieren asistieron los mas Chapele-  
nos: basta; es decir, los q<sup>o</sup> no deven ser Vocales, p<sup>o</sup> Opositores, p<sup>o</sup> Arzobispos, y Obispos de la  
Patria, y su libertad. Fuera del S<sup>o</sup> Obispo, el Provincial q<sup>o</sup> declaro con Espiritu Sacerdotal  
las injusticias, y los malos Regulares; todos, no tienen voz, p<sup>o</sup> Autores y complices de la  
maldad. Asi obrado, se publico p<sup>o</sup> Vando de paz, con orden de comunicacion a los Gov-  
ernos, Cabezas de Provincias, Curas y Párrocos, mientras resuelva la Regencia, y el Virey  
del Reyno con su aviso. Asi de cea el Sacerdote da fin a esta Sangrienta sesion, quan-  
do el Vando contrario tiene miras de Eleccion Chapelelica con vicio q<sup>o</sup> se han busca-  
do p<sup>o</sup> las Provincias. Envanecian con sus Arzobispos y Obispos, las Santas intenciones  
del Supremo Consejo, y seguir la Justicia apresada del Reyno, con los Gobernadores  
convidados, unidos ante proyecto, y quien sabe si el Frances se apodera.

Cantidad: Deves dar la devota gracia al Padre Espiritual, y a los Padres q<sup>o</sup> praxionaron  
esta paz, despus de haver precedido el Echo con herosmo; ading<sup>o</sup> es paz humilde como. Me  
alcansi Juntos Herodes no sacaria su crueldad, y a la hora el de que lo, despojo p<sup>o</sup> muchos  
dias, hasta el Exterminio; Quanta hora tardaria la Capitulacion? Segia otra hora; Qu-  
anta hora han sobrado antes de la Ciudad? Sedis principio a la praxion el dia quatro  
de Diciembre pasado; y han pasado centenares de horas en q<sup>o</sup> se ha usurpada la Autori-  
dad de las Navas, se han pisado los Altar, profanado los Templos y Monasterios, en-  
nado los Sacerdotes, preso la Nobleza, agitiado y cautivo el Pueblo, despojado de su au-  
toridad natural y lexitima. No hubo una hora sobante en tanto tiempo, p<sup>o</sup> tratar y  
resolver, materia tan interesante? Este Cavildo tiene Autoridad p<sup>o</sup> la paz; era de  
modo de igual facultad antes de la Matanza? Quien es de los ojos de la Razon p<sup>o</sup> des-  
Vide D. Montofoa la Patria? Que obstaculo interuino de parte del Cautivo y humilde Pueblo, p<sup>o</sup> apax-  
tarlo del Vilo del Luchillo? Conocieran la Cauza sin jurisdiccion en su Lex, p<sup>o</sup> exten-  
sion a la Persona: conocieran de presupuesto delito, quando compete al Supremo Senado de la  
Nacion. *Mojera, Mujeres; mujeres, praxionibus;* y sin embargo de recusar, demandan-  
do la Real persona p<sup>o</sup> su conocimiento, se ha aserinado la Nobleza y el Pueblo: los cano-  
nes: la Voz de su Jurisdiccion: el Legado Divino en los Juramentos, con tanto escandalo,  
q<sup>o</sup> tembla el Continente Americano, y ultimamente, se ha despojado la Ciudad de su  
Voz con quistria lo de ayuella Antigua Reyna: *Sanguinem iusti, sanguinem iusti;*  
*Autum iusti, Autum iusti;* No era mejor q<sup>o</sup> la Audencia deseara la Vida de tanto  
Vasallo muerto, q<sup>o</sup> haze falta al Estado? Era inevitable el ver fiene el *folle folle* proya-  
rado, p<sup>o</sup> de ceado, y prevenido de antemano? Era p<sup>o</sup> tanto q<sup>o</sup> Negasen todas las Repa-  
ca p<sup>o</sup>

(1)  
Vide D. Montofoa la Patria.  
(2)  
3<sup>o</sup> 2<sup>o</sup> 2. 2.  
Art. 3.  
in Corpore

(3)  
Almasia tua  
destruocum,  
et propheta-  
nus de curia  
gladio.  
in 3 Reg. 17. 14.

ta declaratoria para que resuelva la sabiduría de este Congreso). Segundo, que los zambos limeños salgan de la ciudad dentro de tercero día, por haber sido los culpados. (El castigo es bueno; y mejor diría autores el Presidente y sus aliados {sic}). Tercero, que no se impida la entrada del Comisionado del Supremo Consejo de Regencia del Reino, don Carlos Montúfar. Luego hubo resolución de impedir su entrada, luego los opositores son de abierta insurrección como insubordinación, habiéndose conceptuado el Congreso necesario para determinarlo, luego fueron ciertos los grillos y fierros con que lo esperaban para unirlo al destino de los presos. Loable fidelidad al monarca y al bien del reino. ¿Y quiénes asistieron? Los más chapetones, basta es decir, los que no deben ser vocales, por opresores, por tiranos y asesinos de la Patria y su libertad. Fuera del señor Obispo, el Provisor que declamó con espíritu sacerdotal las injusticias, y prelados regulares, todos, no tienen voz, por autores o cómplices de la maldad. Así obrado, se publicó por bando de paz, con orden de comunicación a los gobiernos, cabezas de provincias, curas y pueblos, mientras resuelva la Regencia, y el Virrey del reino con sus avíos. Así desea el sacerdocio dar fin a esta sangrienta escena cuando el bando contrario tiene miras de elección chapetónica con votos que se han buscado por las provincias. Envanecerán son sus arbitrios y armas, las santas intenciones del Supremo Consejo, y seguirá la tiranía opresora del reino, con los gobernadores colindantes, unidos a este proyecto y quien sabe si el francés se apodere.

Caridad: Debes dar las debidas gracias al Padre Espiritual y Prelados que promovieron esta paz, después de haber presentado el pecho con heroísmo, aunque es paz humilde como Americana. Talvez Herodes no saciaría su crueldad y dilataría el degüello y despojo por muchos días, hasta el exterminio. ¿Cuántas horas tardaría la capitulación? Sería una hora. ¿Cuántas horas han sobrado antes de la crueldad? Se dio principio a la prisión el día cuatro de diciembre pasado y han pasado centenares de horas en que se ha usurpado la autoridad de las llaves, se han pisado los altares, profanado los templos y monasterios engrillando los sacerdotes, presa la nobleza, afligido y cautivo el pueblo, despojado de su autoridad natural y legítima. ¿No hubo una hora sobrante en tanto tiempo para tratar y resolver, materia tan interesante? ¿Si este cabildo tiene autoridad para la paz, era desnudo de igual facultad antes de la matanza? ¿Quién cerró los ojos de la razón para destruir la Patria?<sup>47</sup> ¿Qué obstáculo intervino de parte del cautivo y humilde pueblo para apartarlo del filo del cuchillo? Conocieron la causa sin jurisdicción en su raíz perteneciente al pueblo, conocieron del presupuesto delito cuando competía al Supremo Senado de la Nación. *Majora, majoribus, minora minoribus*; y sin embargo de recusar, demandando la real persona para su conocimiento, se ha asesinado la nobleza y el pueblo, los cánones, la Iglesia, su jurisdicción, el respeto divino en los juramentos<sup>48</sup>, con tanto escándalo que tiembla el continente americano, y últimamente se ha despojado la ciudad. Pudiendo decirse con justicia lo de aquella antigua reina. *Sanguinem sicisti, sanguinem bibes aurum sicisti, aurum bibes*. ¿No era mejor que la prudencia reservase la vida de tanto vasallo muerto que hace falta al Estado? ¿Era inevitable el verificar el *tolle tolle*<sup>49</sup> {sic} proyectado por deseado y prevenido de antemano? ¿Era preciso que llegasen todas las tropas pe-

47 Referencia al margen: "Vide D. Thom. 1<sup>a</sup>.2<sup>a</sup>.L.21. Art. 3. incorpore."

48 Referencia al margen: "*Altaira tua destruxerunt et prophetas tuos occiderunt gladio*. In 3 Reg. 19.14".

49 Según el *Diccionario de Autoridades*, Tomo V, p. 291: "Voces latinas que en nuestro castellano se usan para significar confusión y gritería popular, que conspira en tumulto contra alguno. Es tomada la alusión de cuando el pueblo hebreo tumultuariamente pedía crucificasen a nuestro Señor Jesucristo, lo que se refiere con esas voces en el Evangelio".

7.

(P)  
B. P. 1a  
cap. Licet.

in (9)  
Tom. 6.  
in Matheum.  
cap. 22. 2. 118  
F. 65. col. 1<sup>a</sup>

(h)  
 Distinc. 63.  
 Cap. Metro-  
 politano.  
 (i) Nota,  
 -consensus  
 Populi.

Abulencis  
ibid. F. 64.  
Colum. 3<sup>a</sup>



didadas para consumir sacrificio tan atroz y tan infame para sus autores? Parece que no.

Sobre la elección temida, prevenidos votos cautivos, a imitación de Murat por el estruendo de sus armas, hagamos breve disertación, suponiendo principios innegables. La votación pide autoridad vocal como libertad para que la voluntad, asociada de la prudencia y noticias de derechos tenga voz racional. Esto quiere decir elección libre, de uno y otro extremo, sin opresión que necesite el forzado. Pide diputación de los que han de obedecer, según se verifica, aún en los herederos de los reyes y reinos en su inauguración. Al hombre y pueblo libre se le da el superior que elige, y no el que la suerte le proporciona por casualidad o cautiverio, como al esclavo. Si no puede elegir, es esclavo y no libre vedlo en todas las Historias Políticas, Sagradas y Profanas. Estos son los derechos naturales.

El Divino, Canónico y Civil pide estrechamente se elija el mejor para que sea mejor servida la causa de Dios y de los pueblos, de modo que si se pospone al menos digno, como no sea indigno, por evitar interminables litigios, será válida, con responsabilidad de los electores, a Dios y al bien común. Proviene esto de Derecho Divino promulgado por San Jerónimo sobre el Levítico y adaptado en el Decreto<sup>50</sup>, *Requiritur presentia populi ut omnes sciant, et certi sint, quod qui prestantior est omni populo qui doctior quisanctior qui omni virtute eminentior; ille-eligitur ad sacerdotium*. No porque Jerónimo lo haya preceptuado, sino por haber declarado el precepto divino, dice el Abulense<sup>51</sup>. *Sed dicendum aliter et verius quod dictum hieo. Oligat et est preceptum, non quod hieo. Det quia illa precipere non poterat sed quod innuit esse Dei preceptum, et tamen obligat inforo conscientie ad hoc quod optimus eligatur*. El precepto Divino obliga al cuerpo lego, como al clero: es consiguiente, debe elegir el óptimo {sic}. La Iglesia de Dios no puede ser gobernada por Teglafalazar {sic}, Halmanuzar y Nabuco, no puede regirse por Achimeleg y Athalia, sino por Josué, Gedeón y Josías, gloria de Israel y salvación del pueblo.

Es de notar que este sabio resuelve las cuestiones políticas con el Derecho Canónico, como has visto en la vacante del Rey Amón, con la sede vacante episcopal y las de Derecho Eclesiástico, con las determinaciones civiles, poniendo diestra mano en unas otras para alumbrar la verdad. En la cuestión citada se halla la autoridad de San Jerónimo, hallarás también las del Papa León<sup>52</sup>. *Metropolitano defuncto cum in loto ejes alius fuerit subrogandus, provinciales Episcopi ad civitatem Metropolim convenire debant, ut omnium clericorum, atque civium<sup>53</sup>, voluntate discussa ex presbyteris ejusdem, Ecclesie, vel Diaconibus optimus ordinetur*.

Esta decisión afianzada en el Deuteronomio que obliga a no colocar la regencia espiritual y política en los extraños, sino sólo en caso de no hallarse idoneidad entre los hijos del reino, la que sobra, persuade que la elección de Presidente no debe ser en el extraño. *Non poteris hominem alterius gentes regem facere qui non sit frater tuus*. Por este precepto decide este sabio que si se ha de elegir un extraño en la Iglesia, debe ser el mejor y no el igual para evitar la injuria perjuicio de aquella Iglesia que con menosprecio de sus individuos se buscan los foráneos como si se buscasen tutores y curadores de otra ciudad, dejando sus buenos hijos en busca de iguales que no puede adaptarse sino sólo en mejoría<sup>54</sup>. *Side alia dicendum quod non debent eligere, nisi meliorem equalem autem non, quia fit pre iudicium Ecclesie, sue, quod pro equali electio foras progrediatur. Et ita esta dejure quantum ad tutores, vel curatores, quia si de alia civitate dandus est tutor vel curatur oportet quod sit melior quam quicumque alius, qui in eadem urbe dari posset. Apari*. Si la ciudad posee indivi-

50 Referencia al margen: "8. L. 1ª. Cap. Licet."

51 Referencia al margen: "Tom. 6º in Matheum Cap. 22.L. 118, f.55, col. 1ª."

52 Referencia al margen: "Ditinc 63.Cap. Metropolitano."

53 Referencia al margen: "Nota, consensus populi".

54 Referencia al margen: "Abulencisi ibid. F. 6 R. Colum 1ª."

durs dignos p<sup>o</sup> q<sup>o</sup> sean sus hijos, hijos y lumbreros, no debe salir la eleccion en favor del extraño; se han  
 gran injuria y perjuicio; y p<sup>o</sup> este capitulo, junto la Guerra. El Patrio es una faga en la capiente de su  
 mente, q<sup>o</sup> el extraño; p<sup>o</sup> nace en el Reguero conient<sup>o</sup>, p<sup>o</sup>ximo p<sup>o</sup> la eleccion. El extraño solo puede ser ca  
 no d<sup>o</sup> p<sup>o</sup> forma de Viñados, deultando sus cricias; pero al Colegio solo p<sup>o</sup> su suimobacion en quateziana  
 conbersacion, q<sup>o</sup> asegura su eleccion. El Patrio, conoce las costumbres del Reguero, y lo mas nacio co  
 nace; p<sup>o</sup> esto puede impeniga el mas tal mudo conbersante p<sup>o</sup> gvernante, y lo mas mudo. El extraño no  
 sehe el amor q<sup>o</sup> p<sup>o</sup>rio Cristo en Cristo p<sup>o</sup> apacentas sus Ovejas; y el extraño se provelve de amorien,  
 de Coefia, y de otro como en la pruden de su accion. La virtud es en esta; y p<sup>o</sup> la virtud de un alma sola  
 y de la, p<sup>o</sup>uam<sup>o</sup> en el d<sup>o</sup> de su nudo de su gogog; se no vialos Reguero. Lo mas vial en la pruden de su  
 y de la de los h<sup>o</sup>ros q<sup>o</sup> amaban tubien; y p<sup>o</sup> no p<sup>o</sup>juerian a alguno de su subalecanos se p<sup>o</sup>uier en  
 Calenais; entegaron su Vida en Olo causo de la Cruz de la, y de sacrificio de la Cruz de la.

Este mismo amor á la Patria, hace mas digno á cada uno de sus hijos, sobre todo Encarnación, y Encarnación solo el Altorozar; no solo tu militancia, sino lo que no puede mostrarse bastantemente, ni examinarlo vacante. Levad siempre la bandera de compaña tus hijos, con los Coroneles, y procees del Sabio, y todo; y una imponente bota la defecacion. Esta luz brexa de España, en el lugar ya citado, y que fue lo siguiente.

¶ Si autem in eadem Ecclesia invenitur aliquis dignus, etiam si foris invenitur aliquis dignus, non tenentur illum eligere, et non est acceptio personarum, quia nec ille, qui foris est, dignus est simpliciter, vel quantum ad se, ille tamen, quia Ecclesia est dignus, videtur respectu boni communis; et tamen in electionibus Ecclesiarum magis considerandum videtur bonum commune, quam excellantia vel bonitas privata. Excelsus enim ille, qui de Ecclesia est, quia si bonus est, presumitur verisimiliter, quod magis dignus Ecclesiam, cui prebatur, quam ille, qui de foris electus, et quod si, quia Ecclesia est, et in te nutritus est, habet quendam amorem de illam Ecclesiam, quam non habet extraneus; et tamen, qui amat, est magis sollicitus, et ardens ad regimem pastorem (1).

[illegible]

*F. D. G. P.*

duos dignos para que sean sus padres, tutores y curadores, no debe salir la elección a favor del extraño, se harían gran injuria y perjuicio, y por este capítulo, justa la guerra. El Patricio es más fácil en el conocimiento de su mérito que el extraño, por nacido en el reino, conocimiento preciso para la elección. El extraño sólo puede ser conocido por fama de virtudes, ocultando sus vicios, pero al colega se le palpa su inclinación en cotidiana conversación que asegura su elección. El Patricio conoce las costumbres de Reino y el extraño no las conoce, por esto, puede inventar el más fácil modo conveniente para gobernarlo y reformarlo<sup>55</sup>. El Patricio posee el amor que pidió Cristo en Pedro para apacentar sus ovejas, y el extranjero es poseído de ambición, de codicia y de odio como en la presente destrucción. Es verdad esta tan cierta que el apóstol reconvenía a la Iglesia que aunque encontrase muchos pedagogos, *sed non multos Patres*: lo has visto en la presente escena y degüello de los padres que amaban tu bien; y por no perjudicar a alguno de tus subalternos se pusieron cadenas, entregaron su vida en holocausto de la caridad y sacrificio de la crueldad.

Este mismo amor a la Patria, es más digno a cada uno de tus hijos, sobre tus enemigos que buscan no sólo el atesorar no sólo tu humillación, sino lo que no puede llorarse bastantemente, tu exterminio presente. Llevad siempre la regla de comparar tus derechos con los canónicos y parecer del sabio citado y será incontestable la reflexión. Esta lumbrera de España, en el lugar ya citado, resuelve lo siguiente.

*Sí<sup>56</sup> autem in eadem Ecclesia invenitur aliquis dignus etiam si foris inveniatur aliquis dignior non tenentur illum eligere, et non est acceptio personarum, quia licet ille qui foris est, dignior est simpliciter vel quantum ad se ille tamen quide Ecclesia est dignior, videtur respectu boni communis et tamen in electionibus Prelatorum magis considerandum videtur bonum commune quam excellentia vel bonitas privata. Excellit enim ille qui de Ecclesia est quia si bonus est presumitur verisimiliter quod magis diriger Ecclesiam cui preficitur quam ille quide foris aligitur, eo quod is quia Ecclesia est et in ea nutritus est habet quemdam amorem ad illam Ecclesiam, quam non habet extraneus: et tamen, qui amat est magis sollicitus et aptior ad regimen pastorale<sup>57</sup>.*

Quito: Con las luces de tu amor me confirmo en mi antigua verdad y concepto de famoso doctor Morales. Conozco mi autoridad para cuya defensa murieron mis heroicos padres y valerosos héroes. Conozco el despojo de ella, por cuya usurpación se expusieron mis hijos y se degolló la infancia. Conozco hallarme desnuda de lo más deseable, y circundada de tiranos. Los hijos de mi madre pelean contra mí<sup>58</sup>, siendo encargada de la custodia de la viña del Señor, y no puedo guardarla sin armas, sin héroes, sin fama, sin hacienda colocada en Babilonia. Pugnan contra mí en mi seno, pugnan contra mí todos los gobiernos subalternos, y no tengo otras voces que las de el Rey Josafat: *cum nesciamus quid agere de veamus; hoc solum habemus recidui, ut oculos nostros dirigamur ad te Domine*. Esta es mi oración al Señor, estas son mis lágrimas mezcladas con sangre, con las que escribo el epitafio de estos excelsos hombres y beneméritos de la República, en cada uno de sus sepulcros, como lo hacían los romanos, en grata memoria de los suyos. *Pater Patrye*».

F. D. Q. P<sup>59</sup>.

55 Referencia al margen: "Abulencis. Ibidem. L. 119. F. 65. Col. 1ª."

56 Referencia al margen: "Abulencis Ibidem."

57 Referencia al margen: "Ratio eligendi. Superiores. Trident. 25. Cap. 6 de Regul. et monial".

58 Referencia al margen: "Canticorum Cap. 1<sup>on</sup>".

59 Archivo particular. Se desconoce a qué personaje corresponderían las iniciales.

Los religiosos sepultan a las víctimas. Después de la matanza, los cadáveres fueron despojados de todas sus ropas, y por orden del gobierno fueron entregados a los religiosos de San Agustín y San Francisco para que se les diesen sepultura (Informe de Juan Celis, en Navarro, 1962: 182-187). Los cuerpos de los presos, de los miembros de la milicia realista que fallecieron y de hombres y mujeres que murieron dentro de las circunstancias del 2 de agosto de 1810, recibieron sepultura en los siguientes lugares:

-En San Agustín se sepultaron: en la Sala Capitular al capitán Joaquín Villaespesa y al capitán Nicolás Galup, este muerto en el cuartel; en la iglesia, al sargento Manuel Cajías, a don Juan Larrea, al doctor Juan de Dios Morales, a don Antonio Peña<sup>60</sup>, al doctor Manuel Quiroga y al capitán Juan Salinas, todos estos muertos en el cuartel; también a Atanacio Olea, Mariano Villalobos, a González (de Cotacachi), a Vicente Andrade (músico), a Mena (soldado distinguido), a tres soldados de la Guarnición de Cuenca, a un tenedor de lienzos, y a cuatro personas que no se pudieron reconocer por estar desfigurados sus rostros.

-En San Francisco<sup>61</sup>, al doctor Juan Pablo Arenas, a don Francisco Javier Ascáubi, a don Carlos Betancourt, a don Vicente Melo, al doctor José Luis Riofrío (cura de Pintag), todos muertos en el cuartel; igualmente, a doña María Monje, abaleada en su casa, y al teniente Nicolás Aguilera, a José Cerón y a José Rodríguez, soldados que estaban presos, y a otro soldado del se desconoce el nombre.

-En San Buenaventura, a Manuel Marcelino Falcón, carpintero abaleado en la calle y a Nicolasa del Valle de Valverde, quien murió de la impresión de las atrocidades que cometían las tropas limeñas.

-En La Merced, a José González ("El Morlaco") que murió en el cuartel, a José Jara que estaba preso, a Narciso "de tal, El Chocolatero" y a su padre; además a Manuel, albañil, a Ramón Vicuña, franjero, a N. Rodríguez, soldado de la Antigua

60 Según el acta de reconocimiento de los cadáveres del 2 de agosto de 1802 habría sido sepultado en San Francisco (Monge, 1937: 86-97).

61 En San Francisco los cadáveres también fueron sepultados en la Capilla de Ánimas situada bajo el pretil, hoy desaparecida (Monge, 1937: 86-97).

Guarnición que estaba preso, a “la negra del doctor Quiroga”, a Antonio López y a Ramón Hidalgo, ambos estaban presos por ladrones.

-En Santo Domingo, a Mateo Villandrando, herrero.

-En El Sagrario, a Francisco Montoya, soldado de la tropa de Popayán (Moreno Egas b), 1988).

El ambiente de inestabilidad e inseguridad que vivió la ciudad de Quito luego de la matanza, y los robos y atropellos cometidos por las tropas invasoras, impidieron que se realizara un funeral oficial en memoria de los caídos. El gobierno de Ruiz de Castilla había prohibido hasta el toque lúgubre de las campanas de la ciudad. Para las autoridades quiteñas lo prioritario era defenderse de los enemigos que amenazaban desde Cuenca, Guayaquil y Popayán. Mientras tanto en Caracas y en Bogotá, en donde se había recibido la noticia de los hechos, se habían celebrado exequias suntuosas por las víctimas quiteñas. En julio de 1811 la Junta Suprema de Quito, una vez controlados los invasores, tanto del norte como del sur, acordó celebrar los funerales en honor a los caídos el 2 de agosto del año anterior. Se pidió predicar en esa ceremonia al doctor Miguel Antonio Rodríguez, catedrático de la Universidad de Quito<sup>62</sup>. Se acordó que esa ceremonia debía efectuarse en la iglesia de La Compañía -entonces entregada a los religiosos camilos- el 3 de agosto, considerando que el día 2 la comunidad de franciscanos celebraba la Fiesta de la Porciúncula. La ciudad debía vestir duelo por tres días comenzando desde la víspera de los funerales. La construcción del cenotafio<sup>63</sup> que se colocaría en el crucero de la iglesia, al pie de la media naranja, se encargó al pintor Manuel Samaniego; otros se responsabilizarían de la música, del decorado fúnebre de la iglesia, del arreglo de los asientos, de la inscripción de tarjetas, etc.<sup>64</sup>. Durante el día anterior a la ceremonia comenzaron los dobles generales de campanas desde las torres de la ciudad y la tropa de la milicia ejecutó marchas fúnebres. Al amanecer del día 3, se dispararon tres cañonazos y cada cuarto de hora se hizo lo mismo a lo largo del día. Todas las comunidades

62 Ver el texto del sermón pronunciado en Paladines, 2009: 425-437.

63 Túmulo o tumba, sin la presencia del cadáver, que se erigía en las honras de algún difunto.

64 La descripción de ese túmulo construido en tres cuerpos puede leerse en Borja: 1936.

religiosas celebraron en sus iglesias misas solemnes en memoria de los caídos. La misa de funerales en La Compañía la celebró el magistral de la Catedral, que era también vocal de la Junta Suprema de Quito. Estuvieron presentes los miembros del gobierno, el obispo Cuero y Caicedo, los cabildos de la ciudad, miembros del clero secular, las órdenes religiosas, colegios y numerosa concurrencia; la nobleza y la plebe tuvieron lugares separados. Cuatro granaderos hicieron guardia de honor al cenotafio. Durante la misa se realizaron tres descargas generales de cañones (Borja, 1936: 30-35).

La matanza de los presos, los asesinatos de gente inocente e indefensa - hombres, mujeres, ancianos y niños que estaban en las calles-, y los saqueos y atropellos que perpetraban miembros las tropas limeñas enardecieron a los sectores populares que salieron a enfrentar a los agresores. El presidente Ruiz de Castilla no se sintió seguro.

El doctor Manuel José Caicedo, al referirse a la actuación del obispo de Quito cuenta que, temeroso el presidente de las amenazas de los barrios pidió al oidor, doctor Ignacio Tenorio, que buscara al obispo y al provisor para que salieran con miembros del clero a tranquilizar a los vecinos. El obispo Cuero y Caicedo, con un crucifijo en las manos, y junto con el provisor y vicario general, doctor Manuel Caicedo y Cuero, acudieron al palacio del presidente. Encontraron a Ruiz de Castilla en compañía de sus colaboradores quienes les pidieron salir a las calles y barrios para pacificar a la gente. El prelado aceptó con la condición de no ir acompañado de ningún funcionario de la Audiencia ni de ningún miembro de la milicia.

Al pasar por la calle de la Compañía, un zambo limeño, desde el cuartel, les hizo este comentario: “Ya estamos bien porque los presos todos, menos el doctor Castelo, ya murieron” (Caicedo, 1960: 79-81). Siguieron el recorrido constatando los funestos resultados de la violencia desatada por las tropas invasoras: muertes, saqueos y agravios. Desde el Colegio San Fernando fueron acompañados por religiosos de Santo Domingo. En todos los barrios encontraron hombres y mujeres, de toda edad, enardecidos y desesperados, dispuestos a morir matando chapetones. Cuero y Caicedo junto con su sobrino, el provisor, se empeñaron en tranquilizar los ánimos exacerbados. Y del pueblo salió la propuesta de retirarse a sus casas si



el prelado garantizaba el fin de la violencia de las autoridades, pues no creían en la palabra del presidente Urriéz.

Cuando el obispo regresaba a su palacio encontró que se había levantado una horca en la plaza, frente a la casa de Juan Salinas, para colgar a los cadáveres de los asesinados en el cuartel. La horca fue retirada por intervención del prelado y del provisor. Pero antes de retirarla, se puso delante de ella a doña María de la Vega, esposa de Salinas, para amenazarle de muerte. Momentos antes había sido arrestada en su casa y se la conducía a un calabozo con una hija, niña todavía de pecho. La oportuna intervención del canónigo magistral de la Catedral, doctor Rodríguez de Soto, terminó con este incidente (Caicedo, 1960: 78-97).

Como el ánimo del pueblo no se había calmado, se temía la reacción popular contra de los chapetones, contra los limeños y contra las tropas de Popayán. Para evitar graves consecuencias, las autoridades acudieron nuevamente ante el obispo y el vicario; estos aconsejaron convocar de inmediato a Cabildo Ampliado para acordar medidas terminantes que garanticen la seguridad de todos. El Cabildo ampliado se reunió el 4 de agosto por la tarde. Asistieron a la reunión el Real Acuerdo, los empleados y jefes militares, resguardados por soldados por la inseguridad que sentían. También estuvieron presentes el obispo y el vicario general. Se buscaba tranquilizar a la ciudad y devolver la confianza del pueblo en el gobierno. Este último, presentó un proyecto poco político que intentaba mantener sus posiciones. Intervino el provisor y vicario general, doctor Manuel José Caicedo, quien, al narrar las atrocidades cometidas por las tropas, justificó la indignación del vecindario, acusó a los autores y responsables y propuso un acuerdo conciliatorio que comprendía lo siguiente: olvidar los sucesos del 10 de agosto de 1809; suspender la causa remitida al virrey, la amnistía general para los enjuiciados y prófugos; olvidar los sucesos del 2 de agosto de 1810; la salida de las tropas de Lima de la ciudad de Quito y de la provincia a la mayor brevedad posible -en reemplazo de las tropas se conformaría una milicia compuesta por vecinos de la ciudad de Quito; y que se recibiera al comisionado regio con los honores debidos. Ese acuerdo o nueva capitulación fue publicada por bando (Caicedo, 1960: 79-111).

Las noticias de la masacre del día dos, indignaron a las poblaciones cercanas y en ellas se preparaban alzamientos para castigar los crímenes. Las autoridades de la Audiencia, temerosas, acudieron nuevamente ante el obispo para que interpusiera su autoridad y calmara los ánimos. El obispo accedió e hizo circular una carta pública al respecto que la envió a los poblados por medio de un religioso (Borrero, 1962: 248-249).

La llegada de Carlos Montúfar como comisionado regio con plenos poderes significó una segunda etapa en el proceso independentista quiteño. Para cumplir su misión dialogó con Ruiz de Castilla y con el obispo Cuero y Caicedo. Indudablemente, a partir del 10 de agosto de 1809, el prelado fue tomando relevante figuración en la coyuntura de inestabilidad y desconcierto de la época. Montúfar debía organizar el gobierno de Quito conforme a las instrucciones que traía de España. Debía establecer una Junta Provincial sometida a la autoridad Suprema del Consejo de Regencia, como representante del rey Fernando VII. Para la conformación de la Junta había que convocar a elecciones por estamentos sociales, conforme al modelo peninsular y con las mismas atribuciones. Se convocó esa elección para el 19 de septiembre de 1810, en una reunión pública ampliada con la concurrencia de dos delegados por cada uno de los cabildos, dos por la nobleza, dos del el clero y asistirían el fiscal, el síndico y el asesor interino del gobierno. En esta reunión se acordó: el sometimiento y reconocimiento al Consejo Supremo de Regencia como representante del rey, y la creación inmediata de la Junta Suprema de Gobierno de Quito, dependiente únicamente del Consejo de Regencia.

En el acta de la reunión ampliada del 19 de septiembre de 1810, celebrada en el Palacio de la Audiencia, se contó con la presencia del conde Ruiz de Castilla, del comisionado regio Carlos Montúfar, del obispo de Quito, del doctor Manuel José Caicedo como representante del clero, de Joaquín Sánchez de Orellana como representante de la nobleza, de Tomás de Arechaga en tanto que asesor fiscal, del doctor Joaquín Pérez de Anda como representante del Cabildo Eclesiástico, de don Pedro Jacinto de Escobar, del doctor Francisco Xavier de Salazar, de Mariano Guillermo de Valdivieso como representante del Cabildo de la Ciudad. Su objetivo era buscar “los medios y arbitrios” para la tranquilidad pública y el sosiego de la



Provincia, que era lo que más interesaba al Consejo de Regencia. Se expusieron las circunstancias por las que atravesaba la Provincia de Quito, su desconfianza del gobierno ante los acontecimientos del mes anterior. En ese contexto, se señalaba que no había otra salida más que la de seguir el ejemplo de las otras provincias y reinos de España, que habían erigido juntas con la participación de los pueblos. Esta propuesta se aceptó en forma unánime pero con las siguientes condiciones:

Quito y sus provincias debían reconocer la autoridad suprema del Consejo de Regencia como representante del rey, pero con la condición de que el Consejo se mantuviera, en cualquier punto de la Península, libre de la dominación francesa y haciendo guerra a José Bonaparte por intruso en los dominios de España, y haciendo guerra a su hermano Napoleón y a cualquier otro usurpador. Pero que si por la fuerza de las armas o por cualquier otro acontecimiento se dejase dominar o se trasladase a algún lugar de América, perdería el Consejo para los quiteños su representación, quedando enteramente libres de ese organismo, reasumiendo por lo tanto los derechos naturales para establecer su propio gobierno y para continuar la guerra declarada a los enemigos del rey, hasta derramar la última gota de sangre.

Se debía proceder inmediatamente a la creación de la Junta Superior de Gobierno dependiente únicamente del Consejo de Regencia, la que se estaría integrada por del conde Ruiz de Castilla, como presidente, del obispo Cuero y Caicedo y del comisionado regio Carlos Montúfar, como vocales natos; además, un individuo por cada uno de los cabildos, dos del clero, otros dos de la nobleza y uno de cada barrio: San Roque, Santa Bárbara, San Blas, San Sebastián y San Marcos.

Para nombramiento de los vocales concurrirán cinco individuos que se nombrarían en esta forma: congregate el clero en el Palacio Episcopal y presidido por el obispo o por su provisor, elegirán cinco para que sean electores. La nobleza se reunirá en el lugar que determinarán los marqueses de Selva Alegre y Villa Orellana; ellos presidirán la elección para elegir otros cinco. Y cada barrio convocará a las cabezas de familia en la casa de su cura; con asistencia de sus respectivos alcaldes

elegirían cuatro que, con el cura, serían los cinco electores para elegir a sus representantes, como los demás cuerpos, realizando esas elecciones por sufragio secreto.

Se determinaría un día para que los electores de los barrios asistieran al Ayuntamiento, juntamente con la nobleza y los cabildos, para nombrar, también por voto secreto, al vocal o vocales que los representarían en la Junta.

Los individuos elegidos y los vocales natos compondrían la Junta Superior de Gobierno, que asumiría la atención de los negocios y el orden con que debían ser atendidos. Quedaban como atribuciones del presidente el ejercicio del Real Vicepatronato; lo judicial y la Real Hacienda, atendería a Junta.

Se debía convocar, para el 20 de septiembre de 1810, un Cabildo Abierto en la Sala de Grados de la Universidad. A ese Cabildo debían concurrir los diputados de los barrios, la nobleza y los demás cuerpos sociales.

La elección de los once vocales que completaron la Junta se hizo mediante elecciones separadas por estamentos; cada uno designó a cinco individuos para ese propósito. El Cabildo de la Ciudad lo hizo en su propia sede. Los del clero fueron elegidos en el Palacio Episcopal en presencia del obispo y del provisor. Los representantes de los barrios lo hicieron en la respectiva casa parroquial con la asistencia de las cabezas de familia.

El 20 de septiembre, en la reunión celebrada en la Sala de Grados de la Universidad de Quito, en Cabildo Abierto y Público conocieron los alcances de las determinaciones anotadas en los párrafos anteriores. Igualmente, se leyeron los nombramientos de los barrios para que se expusieran, libremente y sin temores, sus inquietudes y observaciones sobre el documento que se les leía:

“Hablaron algunos de los concurrentes. Se conformaron con todos y cada uno de los puntos contenidos con la condición de que la Junta Superior de Gobierno que se debía crear, en el mismo día de su instalación debía proceder al ejercicio de sus facultades a nombrar un Vicepresidente que supla la

ausencia y enfermedad del Conde Ruiz de Castilla y un Secretario de entre los mismos vocales de la Junta”<sup>65</sup>.

En la Sala Capitular del Cabildo de Quito, el 22 de septiembre de 1810, ante la presencia de Ruiz de Castilla, Carlos Montúfar, el obispo Cuero y Caicedo, el Cabildo de la Ciudad y el Cabildo Eclesiástico, los cinco electores del clero secular y regular, los cinco de la nobleza y los cinco de los cinco barrios, se reunieron para elegir a sus vocales representantes y vicepresidente.

El Cabildo Secular eligió a Manuel Zambrano. El Cabildo Eclesiástico al magistral Francisco Rodríguez de Soto. El clero al provisor doctor Manuel Caicedo y al doctor Prudencio Vásconez. La nobleza al marqués de Villa Orellana y a don Guillermo Valdivieso. Por Santa Bárbara fue elegido don Manuel Larrea; por San Blas, don Juan de Larrea; por San Marcos, don Manuel Matheu y Herrera; Por San Roque, don Mariano Merizalde; por San Sebastián, el alférez real don Juan Donoso. Como vicepresidente de la Junta, fue nombrado el marqués de Selva Alegre, don Juan Pío Montúfar.

Los elegidos que estaban presentes aceptaron y juraron sus cargos, y los vocales natos, el obispo y el comisionado regio, ratificaron su aceptación. El presidente mandó la instalación de la Junta Superior Provisional y que:

“...se publique por bando con la solemnidad correspondiente poniendo razón de ella el escribano, iluminándose por tres noches la ciudad con repique general de campanas y salvas de artillería que denote el júbilo y contento del pueblo por la paz y tranquilidad pública a que si dirige, celebrándose el día de mañana misa de gracias en la Iglesia catedral asistiendo a ella todos los cuerpos seculares y regulares para que después se proceda a jurar públicamente en la misma Iglesia catedral que los objetos de esta Junta Superior son los de

---

65 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”. Firmaron este documento: el conde Ruiz de Castilla, Carlos Montúfar, Juan Donoso, Joaquín Sánchez de Orellana, Melchor Benavides y Joaquín Tinajero, Tomás Velasco, José Fernández Salvador, Manuel Zambrano, Bernardo Román, don Pedro Jacinto de Escobar y Francisco Javier Orejuela. Este expediente se citará a lo largo del presente estudio; se trata de un conjunto de documentos contenidos en la referencia general.

la defensa de la Santa Religión Católica Apostólica Romana que profesamos, la conservación de estos dominios a nuestro legítimo soberano el Sr. Don Fernando VII y procurar todo el bien posible para la nación y la Patria ...”<sup>66</sup>.

Firmaron esta acta el conde Ruiz de Castilla, José, obispo de Quito, Carlos Montúfar, Joaquín Sánchez de Orellana, José Padilla, José Miguel Betancour, el doctor Carlos Ponce de León, Ramón Enríquez de Guzmán, Miguel Ponce, José Correa, el doctor Mariano Merizalde, Antonio Merizalde, Manuel Benítez, Manuel Cevallos, el doctor Joaquín Quiñones, Antonio Ante, el doctor Salvador Murgueytio, Mauricio Quiñones, el marqués de Selva Alegre, Manuel Zambrano, Francisco Rodríguez de Soto, el doctor Manuel José Caicedo, el marqués de Villa Orellana, Mariano Guillermo de Valdivieso, Manuel Larrea, Juan de Larrea, Manuel Matheu, Melchor de Benavides, Joaquín Tinajero, José Fernández Salvador, el doctor Pedro Jacinto de Escobar, Bernardo Román, Francisco Javier Orejuela, el doctor Joaquín de Sotomayor y Unda, el doctor Maximiliano Coronel, el doctor Joaquín Pérez de Anda, José Gabriel Batallas, el doctor José Isidoro Camacho, el doctor José Manuel Flores, el doctor Luis Peñaherrera, Antonio Carcelén, el doctor Miguel Antonio Rodríguez, Camilo Caldas, Antonio Aguirre, Miguel Freyre, Juan Ante y Valencia, Antonio Pineda, Joaquín Tinajero, el doctor Bernardo de León y Carcelén, Vicente Aguirre y Andrés Fernández Salvador. Igualmente, por los Barrios de San Blas y San Marcos, firmaron el doctor Ignacio de Zevallos, Juan Donoso, y el doctor Mariano Merizalde.

La tropa de granaderos de Panamá y la tropa de Santa Fe resguardaron la lectura del bando, acompañada de pitos, cajas de guerra, clarines y otros instrumentos musicales. El bando fue leído por el pregonero Clemente Cárdenas. El texto del juramento que pronunciaron los funcionarios elegidos de la Junta Superior de Seguridad Pública era el siguiente:

“Juramos por Dios Nuestro Señor sostener la religión católica, apostólica romana en toda su pureza y unidad, defender estos dominios y los derechos de Nuestro legítimo monarca el Señor Don Fernando VII, y procurar todo el bien

<sup>66</sup> ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”.

posible por la nación y la patria, y prometemos el reconocimiento acordado por esta Ciudad al Supremo Consejo de regencia de España e Indias<sup>67</sup>.

El 19 de noviembre de 1810, Joaquín de Molina se dirigió al obispo de Quito con una carta en la que comentaba los últimos sucesos: uno de ellos era la separación de fray Francisco Antonio Sáenz, O. M., de su curato de Guaranda y, el otro, la alteración que provocó en Quito don Francisco Calderón, mayor del batallón quiteño Fernando VII que causó la salida de las fuerzas panameñas al mando de Alderete hacia Guaranda. Este movimiento y sucesos tuvieron gran repercusión en la política del gobierno y crearon un escándalo con Molina (Navarro, 1962: 295-296).

Al tiempo de la llegada de Joaquín de Molina a Cuenca ocurrió un hecho de poca significación, pero que fue exagerado temiendo la invasión de las tropas quiteñas a esa ciudad. Juan de Alderete estaba al frente de las tropas de Panamá. En su regreso hacia el lugar de origen y, de paso por Guaranda, Alderete comunicó por escrito al corregidor del lugar, Gaspar de Morales, que por un desaire hecho contra el comisionado regio, don Carlos Montúfar, se estaban armando tropas en Ambato; unidas con las que se organizaban en Riobamba y dos cañones que allá había, atacarían Guaranda. Morales comisionó al alcalde provincial, José Rosas Bermeo, reclutar gente en los pueblos de Asanoto, Chapacoto, Chimbo y San Miguel. Se le comunicó que en Guanujo se estaban juntando armas, pero no se sabía con qué finalidad; esto dio lugar a realizar averiguaciones y tomar declaraciones (Navarro, 1962: 296).

Baltasar Lombeida, uno de los declarantes, manifestó haber auxiliado a don Próspero Vásquez, vicario provincial del pueblo de Guanujo. Este último había enviado recado mediante Agustín Toalombo, indígena. De acuerdo al cometido del mensaje, Lombeida pidió que los indígenas trajeran hasta 5.000 dardos y chontas, a cuatro reales el ciento para atacar a las tropas realistas. Otros testigos que se presentaron para este asunto declararon lo mismo. El corregidor Morales, mediante oficio, pidió explicaciones al cura de Guanujo. El vicario provincial Vásquez respondió que Morales no tenía jurisdicción para ello, y que sólo respondería si se lo mandara la autoridad superior.

67 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. "Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo".

El escribano que actuaba en el proceso sugirió preceder contra el cura conforme a las facultades y medios legales vigentes a la fecha. Morales insistió en sus acusaciones y dijo haber sido informado que don Próspero había proferido expresiones contra la justa causa, que él trataba de defender. Para justificar su aseveración, ordenó que se tomasen otras nuevas declaraciones sobre el caso. Don Ignacio Pazmiño fue uno de los declarantes; dijo que fue al anejo de Piñana a comparar raspadura y allí conversó con el cura, que era propietario del trapiche, y oyó a Vásconez decir en alta voz, estando presentes Juan Adán, don Joaquín Pozo y el presbítero Erazo, que si querían vivir en paz no se mezclasen en nada de política contra Quito, porque la Junta de allí se había constituido, y estaba autorizada por la regencia, de modo que todo el que se opusiera a su gobierno sería fuertemente castigado. En esos momentos llegó un indígena de Ambato con una carta por la que se solicitaba “5.000 chontas de una pulgada de grueso”; inmediatamente se dio órdenes de atender ese pedido, se decía que venían de Quito, incorporados con otros de la Provincia, más de 600 hombres, y que lo mismo que sucedía en Quito acontecía en Lima, que estaba amenazada por Buenos Aires. Este incidente se comunicó a Joaquín de Molina en noviembre de 1810. Este contestó aconsejando aumentar la vigilancia contra los adictos al “ilegal gobierno de Quito” (Navarro, 1962: 296-297).

Por otra parte, el obispo Cuero y Caicedo fue acusado de haber despojado del curato de Guaranda al padre definidor, fray Francisco Antonio Sáenz O. M. Fray Antonio -poco tiempo después de haber recibido instrucciones y cartas amistosas del obispo Cuero y Caicedo- había dirigido una carta a Lima en la que pedía la agregación de la jurisdicción eclesiástica del asiento de Guaranda al Perú. Preocupado del proceder de fray Antonio Sáenz O.M., el provincial de La Merced le aconsejó que saliera del curato y se dirigiera a Cuenca o a Guayaquil, antes de que el obispo de Quito lo sancionara. Sáenz dejó Guaranda y se dirigió a Cuenca y se puso al amparo de Molina demandándole todo el auxilio necesario contra la insurgencia quiteña (Navarro, 1962: 296-297).

Antes de encontrar este amparo, el obispo Cuero y Caicedo había anatemizado el proceder del padre Sáenz, lo había separado de su curato por haberse constituido faccionario y parcial de los contrarrevolucionarios, y amenazado de excomunión si no salía de Guaranda en el término de tres días.

El conde Ruiz de Castilla, a pedido de Molina, le manifestó al obispo la conveniencia de restituir al indicado mercedario en su curato, pero el obispo le contestó era justa la remoción impuesta y que no podía alterar lo dispuesto, porque ello sería obrar contra su conciencia. Ruiz de Castilla comunicó a Molina la decisión del prelado; después de cruzar varias comunicaciones con el obispo de Quito sobre este asunto pero sin resultado, escribió desde Guayaquil, el 10 de diciembre, al obispo de Cuenca, pidiéndole su dictamen, porque, tenía “que dictar providencia que pudiera resultar torcida en materia espiritual”. El obispo le contestó, con fecha del 18 de diciembre de 1810, dándole la siguiente solución: que el padre Sáenz se dirigiera al Metropolitano en recurso de apelación; de este modo Cuero y Caicedo, que se había negado a la petición del conde Ruiz de Castilla, no podría hacer nada, no podría innovar hasta que viniera la resolución de Lima, que sin duda, sería favorable al Padre Sáenz (Navarro, 1962: 297-298).

Al enviar el expediente de este caso al obispo de Lima, el presidente Joaquín de Molina comentó:

“El presidente electo de Quito, don Joaquín de Molina manifiesta con documentos la conducta del Obispo de aquella Santa Iglesia en las actuales circunstancias en que se halla aquella Presidencia. De ellos resulta que dicho prelado se vale de su influjo y de su autoridad de su Sagrado Ministerio para sostener el error y alucinamiento de aquellos pueblos, deponiendo a los curas leales y anatemizándoles, como ha sucedido con el de Guaranda F. Antonio Sáenz, habiendo además librado una orden que consta en el folio 9 del testimonio adjunto en el cual dice que separa a Sáenz de su curato por haberse constituido faccionario y parcial de los contrarrevolucionarios, (esto es de los que siguen al Presidente Molina), excomulgándoles si no salía de Guaranda en el término de tercero día, y autorizando al promotor Fiscal del Obispado para que suspenda a los curas que se hubiesen implicado en semejantes intrigas y maquinaciones” (Navarro, 1962: 298-299).

Fray Antonio Sáenz, por su parte, entre sus apelaciones a la Audiencia de Lima para tratar el caso, advertía:

“... para que por derecho de protección tomase las providencias convenientes que para cortar los malos efectos que pudiera producir el errado sistema del Obispo de Quito que dejaba a los curas, contra el sistema del Evangelio, que fomentasen la insubordinación exhortándoles a sacar lanzas para armar a los quiteños. Tal ha sido el proceder del Vicario de Guaranda, don Próspero Vásconez y de su hermano don Prudencio, según consta del testimonio adjunto como igualmente a cualquiera otros que alterasen la tranquilidad pública con su influjo o exhortaciones” (Navarro, 1962: 299).

El obispo no veía nada seguro para España en esos momentos frente a los fracasos y desastres en la lucha por liberarse de la invasión francesa en la Península; fracasos y desastres ocurridos sucesivamente a lo largo de más de tres años. El acercamiento de Fernando VII con la familia Bonaparte, la ocupación de Galicia y Valencia, la derrota, retirada y reembarco de los ejércitos ingleses en Lisboa, la revolución del pueblo de Cádiz a favor de los franceses y la muerte del rey Jorge de Inglaterra -protector de la nación española- para Cuero y Caicedo eran hechos que daban poca esperanza a la estabilidad. Él era de la opinión de que el único modo de precaver la ruina era afianzar la unión y la concordia de todas las provincias, y por ello pensó acercarse a don Juan Vasco Pascual, gobernador de Guayaquil.

El obispo Cuero y Caicedo aprovechó de una carta que le dirigió el gobernador de Guayaquil, en la que trataba sobre el tema de quitar, o al menos disminuir, la tensión en las relaciones entre las provincias de Quito y Guayaquil, y así evitar una guerra civil. En la contestación que envió el obispo, le pidió una entrevista personal y privada:

“...para la consolidación y buen orden, serían absolutamente necesaria una entrevista y conversación familiar, que manifestara a V. S. todo el fondo de mi corazón. Dios es testigo de lo que éste ha padecido y sigue padeciendo en el día. Es pública y notoria la lenidad de mi espíritu y la indiferencia con que lo he conducido para no responder a Dios y hacerme responsable de las tristes consecuencias que no sólo entrego por entre cortinas, pero aún las toco con la mano. Un pueblo humilde, reverente y sumiso, se deja conducir



fácilmente cuando no se susurran al oído con graznidos de cuervo...” (en Navarro, 1962: 390-391).

Pero el gobernador Vasco Pascual, a pesar de su integridad y su buen juicio, estaba influenciado por Joaquín de Molina y por el obispo de Cuenca, doctor Andrés Quintián. Le contestaba que le era difícil ver que la reconciliación y la reunión entre las dos provincias fuera cosa fácil de llevarse a cabo, por la diferente situación política en que se habían colocado las partes y que las hacían permanecer separadas. Le decía que si el Consejo de Regencia, el 14 de abril de 1811, condescendió a la instalación de la Junta de Quito, la aprobó bajo expresas condiciones legales propias de la soberanía y que las comunicaciones continuarían cerradas entre Quito y Guayaquil, porque a ello le obligaban el respeto y la obediencia al rey. Reconocía que Guayaquil había perdido su actividad comercial con la Sierra por el cierre de la frontera, pero que vivía en paz y prefería esa pequeña pérdida, a los peligros de un nuevo orden subversivo (Navarro, 1962: 382).

Luego, Cuero y Caicedo le escribió otra carta que se concretaba al punto de la unión de las dos provincias. Fue una carta bien meditada y escrita sobre el particular, en la que expuso la sinrazón de ese bloqueo impuesto a Quito, con la interrupción del libre comercio entre regiones vecinas. La experiencia había demostrado el daño que resultaba de ello. Entre otras cosas porque la sal, por ejemplo, que venía de Guayaquil a la Sierra había sido sustituida con la sal que se explotaba en las minas de Simiatug, Papallacta, Puéllaro e Ibarra, que eran de inferior calidad. El comercio con el puerto había sido reemplazado por el intercambio con poblaciones del norte. El callejón que unía a Quito con Santa Fe, había quedado libre de tropas enemigas. La única perjudicada era Guayaquil porque no podía vender los productos que antes enviaba a la Sierra. No alcanzaba el prelado a comprender el objeto de continuar en ese estado, que causaba perjuicio al puerto, en donde aparentemente se simpatizaba con una situación opuesta y extraña a sus intereses económicos. No entendía tampoco que desde Guayaquil se atacase a Quito, considerando que ambas provincias estaban unidas por la fidelidad al rey y al Consejo de Regencia. Reiteró la justicia y la legitimidad con que se instaló la Junta de Gobierno de Quito, siguiendo el ejemplo de las provincias españolas (Navarro, 1962: 381-382).

Como se acercaba la Cuaresma, el gobernador no encontró mejor obsequio que enviarle como regalo víveres apropiados de los que carecía Quito, entre otros, pescado seco. Hizo algo más, consiguió que el obispo Quintián escribiera al obispo de Quito una carta en la que le pedía restituyera a su parroquia al cura Juan José Roca, castigado por el prelado; el obispo Cuero y Caicedo lo restituyó (Navarro, 1962: 389-390).

Este intento de diálogo se mantuvo en meses posteriores. Así, el 22 de marzo de 1812, el doctor José Cuero y Caicedo, obispo y presidente, mediante comunicaciones dirigidas al gobernador de Guayaquil y su Ayuntamiento manifestó la solidaridad de Quito por el terrible incendio que padeció esa ciudad, y le ofreció todos los recursos que tenía su gobierno para compartir con “los hermanos de Guayaquil”. El prelado decía que nunca había mirado el gobierno de Quito al de Guayaquil como a un país enemigo, “sin embargo de las injustas provocaciones y de la obstinada resistencia a las invitaciones amistosas y pacíficas, y al insultante desprecio de las contestaciones políticas”. Concluye el oficio con estas frases:

“La humanidad, la justicia, el interés recíproco y la verdadera política mueven a este gobierno para que dirija a V.S.M.I. esta sincera insinuación por medio de un oficio amistoso, que no merece ser mirado con la infundada desconfianza que inspira el espíritu de rivalidad y discordia. La verdadera prueba de nuestra conducta será la franqueza con V.S.M.I. se determine a aceptar nuestras ofertas, que serán realizadas sin demora ni otras condiciones, que las de la amistad y la paz común. Si no obstante prosigue la interceptación de la correspondencia social y las odiosas trabas de la división, le quedará a este Gobierno la satisfacción de haber cumplido por su parte con la demostración de sus deberes” (en Navarro, 1962: 412).

Como respuesta a la oferta generosa del obispo de Quito, el gobernador de Guayaquil y el Ayuntamiento contestaron manifestando su gratitud por las demostraciones de solidaridad del pueblo de la Capital por el flagelo del 13 de febrero de ese año. Pero indicaban que ese suceso, sin embargo de su gravedad, no había sido tan doloroso como la interrupción de las antiguas relaciones. Juan

Vasco Pascual hizo presente que el mejor auxilio que Quito podía prestar a Guayaquil era dar cumplimiento a la orden del 14 de abril de 1811, mencionada en párrafos anteriores, que contenía los deseos de la soberanía, cuyo cumplimiento contribuiría a la tranquilidad de todos y sería vista con satisfacción en Guayaquil (Navarro, 1962: 413). Guayaquil estaba firme e intransigente frente a lo que sucedía en Quito. Habría que esperar hasta 1820 para que las cosas tomaran otro rumbo. Las puertas para la unidad y el intercambio regional de un mismo territorio permanecieron cerradas en 1812.

---

## **EL CLERO EN LA SEGUNDA REVOLUCION QUITEÑA: LA LLEGADA DE CARLOS MONTÚFAR, EL CONGRESO SUPREMO, LA APROBACIÓN DE LA CONSTITUCIÓN DE 1812 Y LA DEFENSA DE LA AUTONOMÍA DE QUITO**

La disolución de la Junta Suprema de Sevilla significó el fin del vínculo que unía a la Península con América. La legitimidad del Consejo de Regencia fue cuestionada y, desde ese momento, las juntas americanas se convirtieron en aglutinadoras de aspiraciones autonómicas y políticas no obstante su reiterado respaldo al rey. Algunos historiadores -como Manuel María Borrero- consideran que la campaña de Pasto marcó en Quito, una nueva orientación y un nuevo rumbo de los acontecimientos. Piensan que fue la reanudación de la lucha emancipadora quiteña, el punto de encuentro entre la revolución iniciada el 10 de agosto de 1809 y la que se reinició el 11 de noviembre de 1811. La restitución de Ruiz de Castilla en la Presidencia de Quito, el 25 de octubre de 1809 hasta el 11 de noviembre de 1811, fue un paréntesis en el proceso en el que se insertó la regencia del comisionado regio, don Carlos Montúfar.

La presencia de Joaquín Caicedo con sus tropas en las inmediaciones de Pasto, inquietó a la Junta de Gobierno de Quito; el presidente Ruiz de Castilla y sus coidearios deseaban rechazar a Caicedo. Las tropas quiteñas abandonaron Pasto contra la voluntad de algunos miembros de la Junta de Quito. Joaquín Caicedo representaba a la Junta Revolucionaria de Popayán, que tenía una posición radicalmente emancipadora. En esos momentos se confrontaron los intereses de Quito y Popayán, la Junta quiteña sostenía la necesidad de mantener vínculos con la Península; la aspiración de Popayán era la autonomía.

Pero otros miembros de la Junta quiteña, como Mariano Guillermo Valdivieso, el marqués de Villa Orellana, el provisor Manuel José Caicedo, el doctor Prudencio Vásconez, don Manuel Matheu y el alférez don Juan Donoso, que simpatizaban con la idea emancipadora y miraban con beneplácito la revolución que estaba encabezando y fomentando al norte Joaquín Caicedo. Esa discrepancia de opiniones trajo división en el seno de la Junta del gobierno de Quito, disensiones que dieron origen a la formación de dos facciones radicalmente opuestas. La división trascendió al público propalándose en la opinión ciudadana; en torno de cada grupo iban sumándose simpatizantes, la participación de los sectores populares se iba visibilizando cada vez más. Los vecinos estaban descontentos con el ambiente imperante, había inseguridad, desconfianza, recelos mutuos y escasez. El número de simpatizantes que rechazaban la regencia iba en aumento, especialmente entre el pueblo, quienes sentían que nada se había transformado con el cambio de autoridades.

El grupo que respaldaba la posición radical independentista se hallaba organizado en torno a don Jacinto Sánchez de Orellana, marqués de Villa Orellana, quien aprovechó de esas circunstancias para agitar al pueblo. Las calles y plazas de la Capital fueron el escenario de manifestaciones contrarias a don Juan Pío y a don Carlos Montúfar quienes, al interior de la Junta, aglutinaban a los miembros adictos al régimen de regencia español. Los Montúfar deseaban conservar vínculos con España, pero su posición había perdido respaldo y ellos habían perdido confianza entre muchos de los miembros del gobierno. Los alborotos callejeros en contra de los integrantes de la Junta, partidarios de la regencia, y en contra de Ruiz de Castilla eran cada vez más frecuentes y alarmantes; el fervor revolucionario crecía. Esas escisiones agudizaron las tensiones al interior de la Junta y la debilitaron, se pensó inclusive en organizar otra Junta completamente revolucionaria sin ninguna dependencia del gobierno español, que para entonces estaba representado por las Cortes convocadas en Cádiz.

Ante la actitud amenazante del pueblo, el conde Ruiz de Castilla renunció a la Presidencia. Don Manuel Urriez se retiró a vivir en el Convento de la Recoleta Mercedaria de El Tejar. El marqués de Selva Alegre, como vicepresidente de la Junta debía reemplazar al dimitente, pero tenía la resistencia de los simpatizantes del

grupo sanchista que habían logrado respaldo popular, y de ellos surgió la propuesta de que la Presidencia de la Junta fuera asumida por el obispo de Quito, doctor José Cuero y Caicedo. A esto se sumó el pedido del Cabildo con el respaldo de varios de los actores de la revuelta que buscaban la emancipación completa. El prelado aceptó la Presidencia; su propósito era buscar la concordia y la reconciliación del vecindario y poner fin a las venganzas que venían de dentro y fuera de la Audiencia en contra de la revuelta.

El 22 de septiembre de 1810 se instaló la II Junta Revolucionaria de Quito, por gestiones de Carlos Montúfar, y bajo la presidencia de Ruiz de Castilla. En 1811, cuando el conde dimitió la presidencia, el gobierno quedó en manos del obispo Cuero y Caicedo. El prelado recurrió a todos los medios eclesiásticos para la defensa de la revolución. Había que dar una organización definitiva al movimiento, establecer objetivos y metas, darle institucionalidad: el medio más apropiado para ello era mediante la convocatoria a un Congreso. El Congreso asumiría la soberanía popular, la representación de todos y dictaría una Constitución en la que se establecerían los poderes públicos.

El obispo presidente convocó a elecciones de diputados para el Congreso Constituyente. Las representaciones fueron por estamentos sociales: el Cabildo secular, el eclesiástico, el clero secular, las órdenes regulares, la nobleza, los barrios de Quito; además hubo una convocatoria para la designación de representantes de los corregimientos de Ibarra, Otavalo, Latacunga, Ambato, Riobamba, Guaranda y Alausí. Había que elegir a un diputado por cada uno de los cabildos, otro por el clero secular, otro por las órdenes regulares, dos por la nobleza, uno por cada uno de los cinco por los barrios de la ciudad y uno por cada uno de los corregimientos indicados.

Pese a las pugnas entre montufaristas y sanchistas por captar la mayoría de las representaciones, las elecciones se efectuaron con libertad el 11 de diciembre de 1811. Ese día, en el Palacio Presidencial, el obispo presidente, los representantes de la ciudad y los de las provincias constituyentes del Estado de Quito, se reunieron como integrantes del Congreso Superior instalado para la rectificación y organiza-

ción del gobierno en todos sus ámbitos. En la conformación del Congreso, el partido sanchista representaba a las minorías; la mayoría era simpatizante de la posición de los Montúfar, y controlaba la asamblea.

El asunto único a decidir en esa reunión, era si debían las provincias reunidas y constituyentes mantenerse en el reconocimiento del Consejo de Regencia y de las Cortes reunidas extraordinariamente, en esa fecha, en la Isla de León, obedecer sus órdenes y determinaciones, como provenientes de una soberanía supletoria que representaba a toda la Nación; o si por el contrario debía entenderse que desde ese momento y en lo sucesivo estas provincias había reasumido para sí el ejercicio de la soberanía que les correspondía, y dentro de esa soberanía expedir abierta y libremente las medidas necesarias para gobernarse, mientras durase el cautiverio del rey y hasta que se restituyesen sus derechos, libre de la dominación francesa e influencia de Bonaparte.

El tema fue ampliamente debatido teniendo en cuenta las actas anteriores, en las cuales la Junta había reconocido al Consejo de Regencia y a las Cortes reunidas en Cádiz. Se procedió a la votación y con la mayoría de votos de aprobó que el reconocimiento a las Cortes instaladas en la Isla de León había sido meramente provisional; las Cortes tenían soberanía interina, supletoria y condicionada a que la concurrencia de los diputados por las provincias de América -que no habían renunciado el derecho a elegir en la representación nacional- sea proporcional, conforme a los principios incuestionables de justicia y equidad, y a lo prescrito en las leyes para que con esta igualdad se procediese a las deliberaciones concernientes, al arreglo y establecimiento de un nuevo gobierno capaz de facilitar el dominio de ambos hemisferios.

Asimismo, se aprobó sostener el esfuerzo por el éxito de la justa causa de la Nación contra la usurpación del común enemigo, Bonaparte, que la tenía dominada y la restitución del rey a su trono.

Sin embargo, lo enunciado en estos dos párrafos no representaba certezas o guías de acción: cada vez se conocía más la ruina de la Península, pese a los esfuer-

zos bélicos de una larga y desigual contienda. Por ello, el Congreso quiteño no se esperaba en ver cumplidas sus aspiraciones de representación igual y justa en las Cortes. Vio más bien que se aproximaba el total dominio francés y la caída de las pocas provincias aún libres de la Península. América podía estar en peligro de correr la misma suerte, sin contar si quiera con el auxilio de la “oprimida España”. Ante realidades tan críticas, lo justo y urgente era apelar a la obligación que asistía a las provincias de América de velar y atender por sí mismas a su seguridad y conservación dirigiendo sus recursos y capacidad administrativa a la organización de un gobierno estable que uniera sus intereses y consolidara sus derechos, las protegiera de la anarquía y las liberara de ser presas de la ambición del cualquier nación extranjera<sup>68</sup>.

En el documento en referencia se hace constar el claro e incuestionable estado de libertad en que se encontraban las provincias representadas en el Congreso quiteño, y todas las de América Española. Esto las habilitaba para gobernarse por sí mismas y sobre todo para organizarse frente a la anarquía que había sobrevenido como consecuencia de la prisión del rey, la conquista de España por parte de los franceses, el sometimiento de la mayor parte del territorio peninsular al “Rey José Napoleón” (sic) y estar sujetas a otro gobierno.

Ante esa realidad todos los pueblos libres tenían derecho y facultad incuestionables para ejercer a su voluntad el poder de la soberanía asumido legítimamente, sin estar obligados a reconocer y depender, contra su voluntad, de ninguna otra autoridad que no hubiera reunido el voto de toda la Nación, ni a sujetarse ciegamente a las decisiones imperiosas de un gobierno extraño que no había sido reconocido por todos. Esto era suficiente para acudir a la defensa y seguridad de estas vastas y lejanas provincias, que de no hacerlo arriesgaban sus derechos, exponiéndose a la ruina y pérdida de su libertad y religión, de cuyo ejercicio libre y práctica segura resultaba la felicidad de todos<sup>69</sup>.

---

68 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”.

69 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”.



Todas las provincias de la Nueva Granada estaban en esa coyuntura; habían desconocido al Consejo de Regencia y a las Cortes; había que buscar el consenso general para evitar discordias y divisiones que dieran lugar a una guerra civil entre hermanos y compatriotas por diferencias de opiniones políticas, como se experimentaba en las provincias del Valle de Cauca y en los Virreinos de Lima y Buenos Aires. Era por demás conveniente que los principios de unión, amistad y buena armonía -necesarios para la confederación de provincias vecinas que buscaban iguales derechos y tenían los mismos intereses- se hicieran presentes en un sistema político que permitiera el sostenimiento de la causa americana.

En base a las consideraciones anteriores, el Congreso de Quito, luego de debatir, aprobó por mayoría de votos la siguiente declaración que fue sancionada:

“... desde hoy en adelante las Provincias constituyentes de este Reino de Quito reasumen y mantienen en sí mismas y en virtud de la legítima representación que obtienen, el ejercicio y administración interina de la soberanía que les corresponde por derecho, quedando absueltas y libres del reconocimiento prestado al Consejo de Regencia y a las Cortes Extraordinarias de la Isla de León y de todos los vínculos y obligaciones contraídas en consecuencia de aquel reconocimiento provisional y condicionado cualquiera que haya sido su valor y efecto: debiendo permanecer también absolutamente libres de toda dependencia, sujeción y arbitrio del cualquiera otro gobierno extraño; sujetándose únicamente a la autoridad suprema y legítima de nuestro Rey el Señor don Fernando VII de Borbón...”<sup>70</sup>.

Los habitantes de de las provincias quiteñas, por medio de sus representantes, se comprometieron como fieles vasallos y ciudadanos libres, a conservar, defender y gobernar estos dominios con toda lealtad y constancia hasta que Fernando VII sea restituido al trono, libre de toda injerencia, unión o alianza con Bonaparte. Al mismo tiempo que se pedía al rey venir a gobernar en este continente, el Congreso se reco-

---

70 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”.

noció y proclamó como fiel depositario y administrador interino y representativo de la soberanía real, mientras se organizara y estableciera el sistema de gobierno que debería permanecer para la mejor administración y felicidad de estas provincias.

En virtud de la declaración anterior, al Congreso le correspondía el título de “Supremo” y el tratamiento de “Alteza Serenísima”, por la alta representación que obtenía y los legítimos derechos que ejercía en todos los ramos del gobierno del Estado. Al presidente se le dio el tratamiento de “Excelencia” y a los demás miembros el de “Señoría”, dentro de la Sala del Palacio del Supremo Gobierno y en todas las comunicaciones oficiales. Pocos días más tarde, el 19 de diciembre, se pidió que concurriesen a la Sala todas las corporaciones de la ciudad a prestar, por medio de sus respectivos jefes, el reconocimiento de estilo y para que jurasen obediencia al Congreso Supremo que había reasumido todos los ramos de la administración pública. Debían acatar y ayudar al cumplimiento de las órdenes y determinaciones acordadas y expedidas por ese organismo para que se lograsen los objetivos que se había propuesto al instalarse.

Por medio de bando solemne se debía dar a conocer estas determinaciones en la ciudad. Debía haber acompañamiento militar, luminarias por tres noches sucesivas para la correspondiente celebración de un acto tan importante que debía contribuir a la prosperidad de estas provincias. Igualmente debían comunicarse estos asuntos a los ayuntamientos de las ciudades y villas del Distrito para su cumplimiento en sus jurisdicciones, y a los Estados y Juntas Superiores del norte para su conocimiento y gobierno mutuo (*Ver anexo 3, al final de esta sección*).

El 18 de diciembre de 1811 se publicó el acta y el 22 se envió copia de su contenido, por correo, a las villas y ciudades de la Audiencia de Quito y a Popayán. Se determinó la fórmula de juramento que debían prestar todos los jefes de las corporaciones políticas de la Capital al Congreso Provincial que se había instalado:

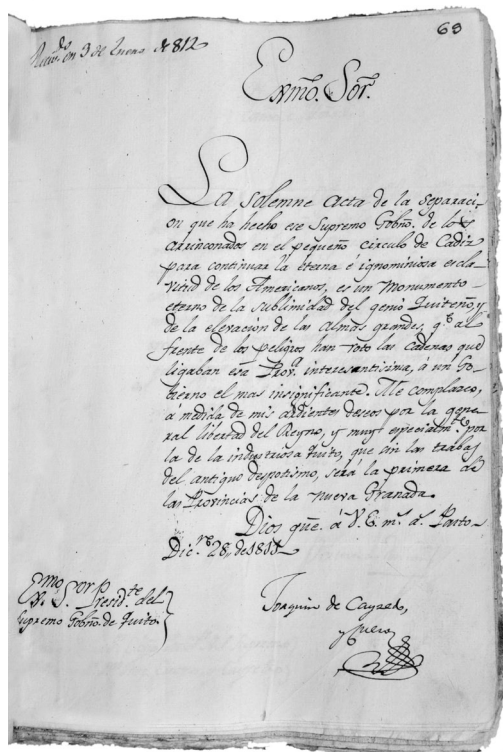
“Juráis reconocer la legítima representación y autoridad de todas las Provincias Libres que actualmente constituyen el Reino de Quito, la cual reside en este Supremo Congreso que se halla instalado?

Prometéis obedecer, sostener y auxiliar sus órdenes, providencias y reglamentos que en todos los Ramos de Gobierno se acuerden y establezcan para el mejor desempeño de sus funciones, y dirección de todos los negocios públicos, en obsequio de la Religión, del Rey y de la Patria?

Si así lo hicieréis Dios os ayude, de lo contrario os demande:

José Obispo, Presidente, Dr. Salvador Murgueytio, Vocal Secretario, Luis Quijano, Vocal Secretario de Estado”<sup>71</sup>.

Se recibieron respuestas en que se comunicaba haber tomado conocimiento de las decisiones del Congreso de Quito, pero merece leer las propias palabras de Joaquín Caicedo y Cuero escritas a su tío sobre este asunto, en comunicación fechada en Pasto el 28 de diciembre de 1811 y recibida en Quito el 3 de enero de 1812:



71 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”.

“Recibido en 3 de enero de 1812.

Exmo. Señor

La solemne acta de la separación que ha hecho ese Supremo Gobierno de los arrinconados en el pequeño círculo de Cádiz para continuar la eterna e ignominiosa esclavitud de los Americanos, es un monumento eterno de la sublimidad del genio quiteño y de la elevación de las almas grandes que al frente de los peligros han roto las cadenas que ligaban esa provincia interesantísima a un gobierno el más insignificante. Me complazco a medida de mis ardientes deseos por la general libertad del reino, y muy especialmente, por la de industriosa Quito, que sin las trabas del antiguo despotismo será la primera de las Provincias de la Nueva Granada.

Dios guarde a V.E. muchos años, Pasto diciembre 28 de 1811.

Joaquín de Cayzedo y Cuero.

Exmo. Sor Presidente del Supremo Gobierno de Quito”<sup>72</sup>.

Pero las autoridades realistas de Popayán estimaron como una equivocación los últimos acontecimientos de Quito. El gobernador Miguel Tacón se dirigió a los curas de su gobernación para alertarles contra la influencia que pudiera ejercer sobre ellos el obispo de Quito. Cuero y Caicedo comentaba en una carta que había leído una comunicación dirigida por Tacón a los curas de Pasto y su Provincia, a pesar de estar bajo la jurisdicción del prelado de Quito. En esta comunicación se le acusaba de estar implicado en la rebelión y pedía a los religiosos negarle la obediencia y a no cumplir sus órdenes (Ramos, 1978: 240-241).

El gobierno de Quito independiente, pues, del Consejo de Regencia y de las Cortes, quedaba libre para discutir y aprobar una Carta Constitucional para el nuevo Estado (Navarro, 1962: 394). El Congreso por su parte estableció una comisión encargada para preparar un proyecto de Constitución del Estado de las provincias del Distrito de Quito. Esta comisión estuvo integrada por Mariano Merizalde, Manuel

---

72 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”.

Larrea, Luis Quijano, Vicente Lucio Cabal y por el vicario y provisor Manuel José Caicedo. El bando de convocatoria para discutir la Constitución lo hizo circular el escribano Francisco Matute y Segarra, el 18 de diciembre de 1811.

El 1 de enero de 1812, se instaló el Congreso para conocer, discutir y aprobar el texto de la Constitución. Los montufaristas habían encargado la redacción de un texto de proyecto constitucional al maestrescuela, doctor Calixto Miranda, y los independentistas al doctor Miguel Antonio Rodríguez. Ante el Congreso se presentaron tres proyectos, los tres preparados por religiosos: uno del doctor Calixto Miranda, otro del doctor Miguel Antonio Rodríguez y un tercero del doctor Manuel Guisado, canónigo penitenciario de Quito. No sabemos desde qué sectores se encargó a Guisado elaborar el suyo.

En las discusiones de los proyectos constitucionales se enfrentaron los religiosos, cada uno defendía con pasión el suyo. El proyecto de Miranda era opuesto al de Rodríguez. El de Rodríguez era de corte republicano y autonomista y tenía el respaldo de los sanchistas; el de Miranda estaba concebido dentro de la línea regentista y contaba con el auspicio de los Montúfar y su grupo. El proyecto de constitución de Calixto Miranda explicaba que el reino pertenecía a Fernando VII y que debía gobernarse por las leyes de Castilla e Indias. Como los partidarios del rey formaban la mayoría del Congreso se añadió una cláusula en la que se reconocía la fidelidad tradicional a la monarquía, se reconocía a Fernando VII siempre y cuando estuviera libre de la dominación francesa y alejado de toda influencia, amistad o parentesco con Napoleón Bonaparte.

Durante las sesiones, Calixto Miranda fue agredido verbalmente y amenazado por parte de los republicanos, quienes hicieron circular en la ciudad publicaciones en las que lo presentaban como enemigo de la Patria. Además, convocaron un Cabildo en el que se planteó su destierro fundando el pedido en un memorial respaldado de firmas, y en el que se decía que si se necesitaba más adhesiones firmarían quinientos valerosos patriotas.

Se dice que Miranda tenía poco interés en la política y que llegó a ser representante de la Villa de Ibarra porque su cabildo lo escogió para sustituir al represen-

tante elegido que había fallecido. El maestrescuela presentó su renuncia, pero no fue aceptada por los montufaristas (Navarro, 1962: 395-396).

El 15 de febrero de 1812 el Congreso aprobó la Constitución. La aprobación fue firmada solamente por doce representantes; de esos doce siete eran eclesiásticos. El texto que se aprobó fue el preparado por el doctor Miguel Antonio Rodríguez por su claridad y adecuada estructura jurídica.

Los republicanos deseaban se procediese a elegir a los ciudadanos que ejercerían las funciones de los poderes señalados en la Constitución. Los monárquicos, que conformaban la mayoría, introdujeron un añadido al final en el sentido de que en las siguientes sesiones se procedería, sea por el Supremo Congreso, o por el Poder Legislativo, a reformar el texto aprobado, si las circunstancias lo exigían, o si los artículos no se podían adaptar al carácter o necesidades de la Nación (Navarro, 1962: 396-397).

La última sesión había sido violenta y hubo amenazas mutuas. En ese texto jurídico se incluía la división de poderes públicos propia del sistema republicano. Como se ha anotado, la aprobación fue firmada solamente por doce representantes.

No se pudo conciliar la posición de los republicanos y regentistas, la división entre los marqueses se mantuvo. Tanto don Juan Pío Montúfar como don Joaquín Sánchez de Orellana estaban rodeados de letrados, eclesiásticos, jefes, oficiales, soldados y pueblo. Don Carlos Montúfar era la figura militar de un partido y Francisco Calderón del otro (Navarro, 1962: 395). Del congreso se separaron los republicanos: Antonio Ante, José Antonio Pontón, el presbítero doctor Miguel Antonio Rodríguez, Manuel Matheu, Mariano Guillermo Valdivieso, el marqués de Villa Orellana y el presbítero doctor Prudencio Vásconez, y se refugiaron en Latacunga. La mayoría, los montufaristas, estuvo integrada por el obispo Cuero y Caicedo, el marqués de Selva Alegre, el presbítero doctor Calixto Miranda, el canónigo Francisco Rodríguez de Soto, fray Alvaro Guerrero, O. M. Manuel Larrea, Mariano Merizalde, Francisco Aguilar, el presbítero José Manuel Flores y Miguel Suárez. En ausencia de los representantes refugiados en Latacunga, y otros también ausentes, nueve en total, el 15 de febrero de 1812, procedieron a suscribir el “Pacto Solemne de Sociedad y Unión

entre las Provincias que forman el Estado de Quito” y a organizar el gobierno y los tribunales (Navarro, 1962: 397). Firmaron también la aprobación del texto constitucional el provisor Manuel José Caicedo y Vicente Lucio Cabal.

Los montufaristas, ese mismo día, procedieron a organizar el gobierno y los tribunales sin contar con la presencia de todos los representantes. Los sanchistas pidieron la anulación de los nombramientos efectuados por la mayoría montufarista porque se había realizado antes de concretarse el pacto. Se constituyeron entonces en Consejo Directivo del movimiento revolucionario; eligieron presidente a don Mariano Guillermo Valdivieso, y pidieron el apoyo de las tropas que estaban al mando del coronel don Francisco Calderón en Alausí a las que se sumaron las tropas acantonadas en Guaranda (Borrero, 1962: 341).

Como los otros vocales ausentes también estimaron como nulas las designaciones realizadas se acordó proceder a votación para la designación de los funcionarios (Navarro, 1962: 397). Así, el doctor Calixto Miranda estuvo entre los elegidos para el Poder Ejecutivo; para el Legislativo los doctores Manuel José Caicedo, Francisco Aguilar, Prudencio Vásconez y Antonio Tejada; para el Judicial el doctor Pedro Jacinto de Escobar; todos religiosos. Los republicanos consideraron al nombramiento del maestrescuela Miranda como la ruina de la Junta: no lo consideraban apropiado para ejercer el Poder ejecutivo.

En esa coyuntura de enfrentamiento violento entre las dos facciones revolucionarias -que amenazaba una guerra civil- también los montufaristas decidieron dejar la Capital y ocultarse en los campos. Calixto Miranda se encontraba entre ellos; no quiso regresar más a la Junta, a pesar de las exigencias del obispo presidente, por lo que se nombró a un reemplazo.

La división en el Congreso, entre sanchistas y montufaristas dio lugar a inquietud, malestar e incertidumbre entre los quiteños. El hecho demostraba poca solidez en el manejo político que ponía en peligro a las aspiraciones autonomistas. Los realistas comprendían la debilidad y la desunión entre los miembros del gobierno revolucionario (Navarro, 1962: 398 y 407).

La Constitución de Quito de 1812 rechazó la autoridad del Consejo de Regencia, aunque reconoció como legítimo rey a Fernando VII. La prisión del monarca español despojaba a los pueblos de su rey y por lo tanto los pueblos estaban en libertad de elegir a sus gobernantes. No se aceptaba leyes de autoridades que se tomaban el nombre del rey. La constitución de 1812 proclamó a Quito libre del Consejo de Regencia (Navarro, 1962: 18-19).

El historiador Navarro hace notar el paralelismo en los contenidos que tuvo la Constitución aprobada en Quito el 15 febrero de 1812, con la Constitución aprobada el 18 de marzo de ese año por las Cortes de Cádiz. Esa similitud fue un enigma que trataron de averiguar el gobierno y las Cortes. Los quiteños se enteraban y comentaban los sucesos de la Península, a pesar de la distancia y de la difícil y lenta comunicación. Para la elaboración y aprobación de cada una intervinieron personas que no se conocían y de cuya relación nada se sabe. Ambas salieron “tan conformes en designio, métodos y expresión que deben reputarse de un solo y mismo suelo democrático”, decía Joaquín de Molina (en Navarro, 1962: 400). Las ideas de igualdad de derechos de los americanos son idénticas en Quito y en las Cortes.

Los diputados peninsulares habían hecho notar que muchos de los delegados americanos participaban en los grupos conspiradores en América, y que no podrían despojarse del amor a su Patria, sino apoyar todo lo que iba en bien de América y, detestar, condenar y evitar todo lo que significara su daño. José Mejía Lequerica era uno de ellos; en Cádiz se proclamó abiertamente protector de sus paisanos (coterráneos) y se enfrentó el ministro de Gracia y Justicia refutando lo que él informaba sobre América. Mejía, al haber sido funcionario de la Secretaría del Despacho de Indias debió ocultar todo indicio que podía perjudicar a los intentos revolucionarios americanos. Joaquín de Molina manifestaba: “Es cosa averiguada que Mejía daba cuenta individual de los secretos de las Cortes a sus paisanos” (en Navarro, 1962: 399-400).

Al enviar Joaquín de Molina al Consejo de Regencia una copia del proyecto de la Constitución que se debatía en Quito decía:



“Tiene, pues, ya Vuestra Alteza una prueba irrefragable, el cuerpo mismo del crimen, para afirmar sobre que los pasos de Quito en sus escandalosos tumultos, en las alteraciones de su legítimo Gobierno, en sus establecimientos farsantes y en ese lenguaje doble y fraudulento no se encaminaban a otro objeto que al ídolo de su independencia. Este es la que han promulgado con toda solemnidad; la sala que al final ha fijado sus votos, y contra la destrucción entera de esta hidra, que cada día produce nuevos semblantes y cabezas, espero que se dirigirá el celo constante, y sabias providencias ulteriores a Vuestra Alteza Serenísima” (en Navarro, 1962: 368).

El gobierno de Quito se preocupaba por que el fervor patriótico se mantuviera. Si bien es verdad que la mayoría de los miembros del clero, para entonces, se había identificado con la independencia, había varios que, en cambio, se mantenían leales al régimen realista. El púlpito era el medio más apropiado para que los religiosos impartieran la orientación religiosa y expresaran sus ideas políticas. El gobierno de Cuero y Caicedo seguía de cerca a los eclesiásticos que no colaboraban con la causa. El 28 de abril de 1812 el gobierno pidió a fray Álvaro Guerrero, provincial de La Merced recoger el texto del sermón que había pronunciado ese día fray José Arízaga O. M. para ser revisado por funcionarios del Estado. Para el efecto fueron designados el doctor Manuel José Guisado y el licenciado Joaquín Veloz, párroco de San Blas; ellos examinarían las proposiciones y contenidos que sobre materia de política y de gobierno contenía esa homilía y determinarían si podían ser censuradas para poner en conocimiento del obispo presidente del Estado. Guisado manifestó que encontró mucha sátira contra el gobierno y censuró la vigilancia de los escritos contrarios al orden de la República con la intención de dividir al pueblo, incitándolo a la desobediencia al régimen vigente en la Provincia. Guisado sostenía que los oradores sagrados debían apoyar al régimen para que el pueblo, a su vez, lo respetara porque era su mandante. Por su parte, Veloz sostenía que la intención del padre Arízaga era crear en el pueblo la sospecha de que el gobierno de Cuero y Caicedo los llevaba la herejía, pues, se rumoreaba que en Cartagena había sido abolida la Inquisición (Keeding, 1976: 191-195).

Una de las metas del Congreso Supremo había sido, desde su instalación, procurar por todos los medios organizar adecuadamente a todas las provincias que integraban el Estado. Deseaba poner orden y darles una estructura política. Para

ello se elevó a la categoría de ciudades a unos centros poblados y, a otros, se les elevó a con la categoría de villas, tomando en consideración la importancia de su representación pública y en premio a la fidelidad y constancia con que se habían destacado en el sostenimiento y defensa de la justa causa proclamada por toda América, esto es el de defender los sagrados e imprescriptibles derechos naturales que les correspondían.

El Congreso consideró que en reconocimiento a ese comportamiento era necesario condecorar a los jefes respectivos y a las principales poblaciones. Aquellos serían las autoridades que gobernarían en paz a los habitantes, conocerían todas las causas y negocios de sus distritos, especialmente las causas de los patriotas milicianos de los regimientos de Infantería y Caballería, según se había declarado mediante el acta del 14 de abril de 1812. Con estos antecedentes se decidió conceder con carácter honorario -y mientras permanecieran en su cargos- el grado de coroneles a los gobernadores de Riobamba e Ibarra, y de tenientes coroneles a los corregidores de las villas de Otavalo, Latacunga, Ambato, Guaranda y Alausí. Unos y otros recibirían el tratamiento, honores y prerrogativas correspondientes a sus rangos<sup>73</sup>.

El Supremo Congreso se mantenía convocado. El 1 de junio de 1812, el doctor José Cuero y Caicedo, obispo y presidente del Estado de Quito, planteó ante ese organismo que se había tomado en cuenta la insurrección de los habitantes de Pasto unidos con los “bandidos” (sic) del Valle del Patía, rebelándose contra el Superior Gobierno de Popayán. Los rebeldes habían llegado inclusive a detener a los jefes y oficiales, actuando de esa manera en contra de la justa causa que se había proclamado ya en América. El prelado consideró que el gobierno quiteño no podía permanecer indiferente ante esa situación, que podía traer consecuencias perjudiciales y dar mal ejemplo a las poblaciones. Comunicó que se habían dado ya las disposiciones oportunas para detener la propagación del comportamiento de los pastusos, y que se había recurrido a los medios y mecanismos propios de la autori-

---

73 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”. En este caso, se trata del acta en que el Supremo Gobierno concede la graduación de coroneles a los gobernadores de Ibarra y Otavalo y a los corregidores de tenientes coroneles.

dad civil tomando medidas preventivas -establecidas en las leyes- con el objeto de defender y conservar los derechos e intereses propios del Estado. Los insurgentes de Pasto, por la vecindad con Quito, eran un peligro para la paz, tranquilidad y buen orden público, y más todavía cuando las provincias quiteñas estaban aliadas al Superior Gobierno de Popayán. No se podía permanecer en la indiferencia frente a una sublevación declarada contra el legítimo sistema que regía en Quito. Con estos antecedentes se ordenó observar y cumplir lo siguiente:

-Castigar a los habitantes de Pasto, Ipiales, Pupiales y Sapuyes que se habían implicado por su propia voluntad en la sublevación, declarándose contrarios al legítimo gobierno constituido en Quito. Se debía arrestar a los que estuviesen sin vecindad, ni residencia fija en la Capital y demás lugares de su Distrito. Las autoridades y los vecinos fieles quedaban facultados para vigilar, denunciar contra los sospechosos.

-No permitir el ingreso a esta Capital, ni a los demás lugares de su jurisdicción a ningún forastero o desconocido, sin que presente el respectivo pasaporte emitido por las autoridades del lugar de origen. Los que venían sin ese documento debían ser detenidos como sospechosos hasta que la respectiva autoridad del lugar en donde fuesen arrestados o el Consejo de Vigilancia averiguaran el origen de las personas, el motivo de su viaje y se dispusiera lo pertinente sobre su arresto o libertad. Debía instruirse sobre estas disposiciones a los guardias de la Renta de Alcabalas para que cuidasen de su cumplimiento en las entradas de las ciudades, para que informasen al administrador de ese ramo y a los integrantes del Consejo de Vigilancia a fin de que se tomasen las providencias oportunas.

-Proceder de inmediato al embargo de todos los bienes e intereses pertenecientes a los habitantes de Pasto, excepto de quienes se sabía que respaldaban al movimiento de Quito y habían sufrido por esta causa. El Consejo de Vigilancia debía tener muy en cuenta aquello para no confundir los inocentes con los culpables.

-Prohibir a todos los vecinos y residentes de la Capital y de los lugares de su Distrito comerciar con Pasto ninguna clase de efectos, ropa o comestibles, ni enviar cartas, ni mantener correspondencia ni comunicación alguna con los sublevados

de esa Provincia, o con sus cómplices en la insurrección. Ninguna persona podía salir para esos territorios sin expresa licencia y pasaporte del gobierno bajo pena de prisión, confiscación de bienes, y otros castigos mayores que irremisiblemente se impondría a los transgresores.

-Desde las diez de la noche en adelante ninguna persona podía caminar, sin luz, por las calles de la ciudad; los trasnochadores debían descubrirse ante las patrullas y celadores que los encontrasen y les pidiesen identificarse.

-Como consecuencia de lo anterior, ninguna persona podía entrar de noche a la ciudad a caballo, ni andar en las calles a deshoras, ni lanzar cohetes, ni tocar cajas, a menos que fuese por orden del gobierno. Las patrullas y celadores debían arrestar a toda persona que quebrantase esta disposición alterando la tranquilidad de los vecinos.

-Para reconocer a las gentes del Estado de Quito, a la pregunta “¿Quién vive?”, la respuesta debía ser “La Patria”; y a la pregunta “¿De qué gente?”, se respondería “De Quito”. Estos códigos de identificación nocturna debían comunicarse a los comandantes de la tropa para que ellos, a su vez, instruyeran a los soldados y a los paisanos para su cumplimiento.

-Para información de todos, y para que nadie pudiera alegar desconocimiento de las disposiciones del Supremo Congreso, se publicaría por bando en Quito, se entregaría copia al Consejo de Vigilancia para que controle su cumplimiento. Igualmente se notificaría a las autoridades de Otavalo e Ibarra para que difundieran estas disposiciones en la misma forma y cuidaran su acatamiento<sup>74</sup>.

Días más tarde, el 15 de junio de 1812, el Supremo Congreso en conocimiento de que los habitantes de Pasto se habían aliado con los “bandidos del pueblo de Patía” (sic), convocados por algunos traidores para atacar a las “Provincias Fieles” -las de Quito-, estimó conveniente alertar con esa novedad a los

---

<sup>74</sup> ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”.

vecinos de la Capital invitándoles a alistarse y proveerse de armas para la defensa de la causa que sostenía el gobierno con celo y vigilancia, pues era la causa de todos. Se habían tomado las medidas oportunas para rechazar con energía la invasión de “los enemigos de la libertad” y para embargar los bienes de los traidores que intentaban destruir la Patria sólo para acrecentar sus fortunas, se aprobó lo siguiente:

-Todo ciudadano de cualquier clase que fuese, desde la edad de dieciséis años hasta la de cincuenta, debía estar dispuesto a tomar las armas en defensa de la Patria.

-Todos los vecinos nobles y honrados que estaban fuera de la ciudad debían comparecer y regresar inmediatamente a la Capital y presentarse ante el gobierno, para destinarlos a los propósitos más adecuados para ayudar al sostenimiento de la justa causa con sus luces, arbitrios y facultades.

-Todos los ciudadanos que querían concurrir voluntariamente a la expedición en defensa de la ciudad de Ibarra, debían presentarse con sus propias armas ante el coronel comandante de la Guarnición de Quito para que los alistara y determinara el día de su salida. Los soldados voluntarios que sirvieran con sus armas y a su costa serían recompensados con los bienes de los enemigos y, particularmente, con los de los traidores y sus cómplices. Esos bienes serían subastados deduciéndoles el Quinto (20%) para el erario público.

-Todos los oficiales y soldados de los Regimientos de Milicias de Infantería y Caballería de las cinco leguas debían estar listos y preparados para trasladarse a la Capital, tan pronto fuesen llamados por sus respectivos jefes para comunicárseles las órdenes pertinentes del gobierno.

-Todos los vecinos y moradores de la Capital y sus cinco leguas debían vigilar constantemente la entrada o salida de gentes sospechosas, dando inmediatamente aviso al Consejo de Vigilancia de todo lo que notaren que podía poner en peligro la seguridad pública. Debían participar al gobierno sus planes para la defensa de la Patria, a fin de adoptar lo más conveniente al bien de la causa pública.

Desde esa fecha, 15 de junio de 1812, se declararon confiscados todos y cualesquiera bienes de los traidores y cómplices de la sublevación de Pasto, destinándose su valor a los defensores voluntarios de la Patria. Estas determinaciones, al igual que las anteriores, se publicaron por bando para conocimiento de todos<sup>75</sup>.

Pero la situación en el sur también se complicaba. El 20 de junio de 1812, el Supremo Congreso conoció y analizó las noticias recibidas por la Diputación de Guerra, y las enviadas por los corregidores de Latacunga y Ambato sobre la crítica situación en la que se encontraban las tropas al mando del coronel comandante Francisco Calderón que había marchado sobre Cuenca. Varios oficiales y soldados habían desertado de lugares estratégicos importantes “dejando expuestos y comprometidos los derechos de la Religión y de la Patria con la pérdida que podrá sobrevenir de las armas”. El Congreso no podía permanecer indiferente frente a la crisis por la que atravesaban esos corregimientos; era indispensable acudir en auxilio de los habitantes, reforzar las tropas y defenderse de los enemigos, que desde Cuenca, podían unir sus fuerzas con otros enemigos de Quito para proteger sus territorios y atacar a los quiteños, aprovechándose de la crítica situación que los debilitaba en esos momentos por las deserciones.

Los desertores eran indignos de vivir en el país porque habían contribuido a destruirlo, al separarse en momentos tan difíciles y peligrosos para la expedición del sur. Los “Diputados de Guerra” debían hacer todos los esfuerzos por socorrer a las tropas de los que con patriotismo y valentía se mantenían en el frente. Se consideró necesario nombrar nuevamente uno o dos individuos para que fueran lo más pronto a las ciudades, villas y pueblos del sur para motivar y fomentar el patriotismo de los habitantes, quienes debían comprender la necesidad de brindar auxilio y asistencia a la expedición concurriendo personalmente con sus armas y bienes, dimensionando el peligro y los perjuicios que podían resultar de la derrota de las tropas quiteñas. De invadir los enemigos esas poblaciones “talarían los campos, destruirían los templos y casas, se apoderarán de las propiedades privando de la vida a los que

---

75 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”. En este caso se trata del expediente comprensivo de la Acta en que el Superior Congreso Provincial del Reino de Quito ha declarado reasumida en sui legítimamente la Soberanía interina por la cautividad del Señor Rey don Fernando VII de Borbón, con absoluta independencia de toda otra soberanía intrusa”, folio 77-78.

se opusiesen y últimamente cometerían otros excesos que son consiguientes a una guerra, o agresión violenta y desoladora”.

Frente a esa consideración el Congreso acordó nombrar a dos sujetos de conocido honor, fidelidad y patriotismo para el cumplimiento esa comisión. Los designados fueron don Manuel Matheu y Herrera, vocal representante de este Congreso y alcalde ordinario de la Capital, y el doctor Salvador Mugueytio, vocal secretario y procurador general. Recibieron la facultad para dictar las providencias que las circunstancias exigían y para disponer de fondos del erario público si fueren necesarias para el objeto<sup>76</sup>.

El 21 de junio de 1812, llegó a Guayaquil Toribio Montes para asumir la Presidencia de Quito e inmediatamente organizó la expedición contra la Capital. Dispuso que Melchor Aymerich<sup>77</sup> junto con Juan Sámano salieran desde Cuenca con dirección a Guaranda en donde se reunirían con él. Los logros alcanzados por los movimientos independentistas de Quito hasta 1812, con la llegada el presidente Toribio Montes, entraron en etapa difícil. El clero comprometido con la causa, con el obispo a la cabeza, se esforzó para enardecer el espíritu patriótico y reunir recursos para la defensa de la incipiente nación. Cuero y Caicedo, presidente y prelado, fue el alma de la resistencia. La defensa de Quito, ante la ofensiva de Toribio Montes, la organizaron Feliciano Checa y Antonio Ante; en ella jugó papel importante el prelado.

76 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”. Expediente comprensivo de la Acta en que el Superior Congreso Provincial del Reino de Quito ha declarado reasumida en sui legítimamente la Soberanía interina por la cautividad del Señor Rey don Fernando VII de Borbón, con absoluta independencia de toda otra soberanía intrusa”, folio 79-80.

77 Melchor Aymerich fue gobernador de Cuenca en 1810 y resistió a los patriotas quiteños. En 1819, sustituyó en la Presidencia de Quito temporalmente a Juan Ramírez. En 1821, fue reemplazado por Juan de la Cruz Mourgeón hasta abril de 1822, fecha en la que reasumió Aymerich la Presidencia de Quito, hasta el 24 de mayo de 1822, cuando fue derrotado por Sucre.

### Anexo 3: Acta del Congreso de Quito del 11 de diciembre de 1811

“En la Capital del reino de Quito a once de Diciembre de mil ochocientos once años, reunidos en la sala del Palacio Presidencial El Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Obispo Presidente, y los Señores Representantes de esta Ciudad y demás Provincias constituyentes del Estado de que se compone este Superior Congreso instalado para la rectificación y organización del Gobierno en todos sus ramos; se propuso por dicho Excelentísimo Jefe para la discusión previa y fundamental sobre cuya decisión debía procederse con seguridad al examen y deliberación de las demás cuestiones, el importante punto ¿de si debían las Provincias reunidas y constituyentes seguir en el reconocimiento prestado anteriormente por esta Capital al Consejo de Regencia y a las Cortes congregadas extraordinariamente en la Isla de León, obedeciéndose sus órdenes y providencias como de una soberanía supletoria y representativa de toda la Nación?; o ¿si por el contrario debía entenderse desde ahora para lo sucesivo reasumido el ejercicio de la soberanía respectiva a las Provincias comprendidas en este Distrito, para procederse bajo de este principio inconcuso a expedir con plena franqueza y liberalidad todas las órdenes y providencias relativas al arreglo de la administración publica, dependiendo únicamente este Estado de la autoridad privativa y suprema de nuestro legítimo Rey el Señor Don Fernando Séptimo de Borbón durante su cautiverio y hasta que se restituya a la legítima posesión de sus derechos absolutamente libre de la dominación francesa, en influjo de Bonaparte?

Y habiéndose examinado y debatido la cuestión con toda la reflexión y madurez que requiere la gravedad de la materia, pesándose las razones y fundamentos por todos sus aspectos y teniéndose presentes las actas anteriores sobre el reconocimiento prestado al Consejo de Regencia y al Congreso de Cortes se procedió a la votación por el orden de estilo, y resultó a pluralidad de sufragios decidido: que respecto de que el reconocimiento prestado a las Cortes instaladas en la Isla de León fue puramente provisional en calidad de una soberanía interina y supletoria y bajo las condiciones indispensables de que se consiguiese efectivamente la concurrencia proporcional de Diputados por las Provincias de América, que no han renunciado el indisputable derecho de sufragio que les corresponde en la Representación Nacional, conforme a los principios incontestables de justicia y equidad y al orden prescrito



por las leyes fundamentales del reino, para que con esta igualdad se procediese a las deliberaciones concernientes al arreglo y establecimiento del nuevo gobierno capaz de felicitar los dominios de ambos hemisferios; sosteniéndose al mismo tiempo con el debido esfuerzo y buen éxito la justa causa de la Nación contra la usurpación del común enemigo que la tiraniza y la restitución del Rey a su trono; condiciones todas esenciales que no se han verificado hasta ahora y que atendido el progreso ruinoso de los negocios de la Península por los grandes desastres que últimamente ha sufrido en la guerra con Francia, no ofrecen esperanza fundada de que se verifiquen tan justos votos a pesar de los esfuerzos hechos en un contienda tan dilatada como desigual; estando consiguientemente más próxima la total subyugación de las pocas provincias que tan gloriosa aunque desgraciadamente han resistido a la usurpación y tiranía del enemigo común; siendo por lo mismo más eminente el peligro de sus ambiciosas empresas que amenazan a estos dominios de cuyo auxilio y defensa ya no puede cuidarse con la oportunidad y eficiencia debida por parte de la oprimida España; en cuyas críticas circunstancias es más justa y urgente la obligación que asiste a las Provincias de América para velar y atender por sí mismas a su propia conservación y seguridad dirigiendo con sus peculiares recursos y facultades su administración interior y organización de un gobierno estable y bien reglado, que uniendo sus intereses y consolidando sus derechos las ponga a cubierto de los males de la anarquía y las liberte de ser la presa de la ambición de cualquier nación extranjera.

Que por otra parte es notorio e incontestable el estado de libertad en que hallan estas Provincias como todas las de la América Española para gobernarse por sí mismas por la anarquía general que ha sobrevenido en consecuencia de la prisión del Monarca y conquista de la Península, cuya mayor parte obedece al Rey José Napoleón habiéndose sujetado a otro nuevo gobierno: en cuya virtud tienen derecho y facultad indisputable todos los pueblos que se hallan libres de la opresión para ejercer a su arbitrio el poder de la soberanía que han reasumido legítimamente, sin que estén obligados a reconocer y depender contra su voluntad de ninguna otra autoridad parcial y precaria que no haya reunido el voto de toda la Nación, ni a sujetarse ciegamente a las decisiones imperiosas de un gobierno intruso que no ha sido reconocido generalmente; siendo además de esto insuficiente para consultar a la subsistencia, defensa y seguridad de estas bastas y remotas provincias, que no ha

podido comprometer sus derechos más sagrados, sin exponerse a la ruina y pérdida absoluta de sus más íntimos y preciosos intereses de su libertad y religión, de cuyo libre y seguro goce resulta la felicidad pública.

Que hallándose en fuerza de estos principios casi todas las Provincias de la Nueva Granada separadas del reconocimiento del Consejo de Regencia y de las Cortes y debiendo propagarse en todo lo posible el voto general para evitar motivos de celo, disensiones y discordias capaces de fomentar una guerra civil entre hermanos y compatriotas por diferencias de opiniones políticas como se ha experimentado en las Provincias del Valle de Cauca y los Virreinos de Lima y Buenos Aires, era muy conveniente y conforme a los principios de unión, amistad y buena armonía que requiere la confederación de provincias convecinas que representan iguales derechos y sostienen unos mismos intereses, el que se uniforme en todo lo adaptable al sistema y profesión política sobre un punto tan fundamental y de tanta trascendencia al bien general y sostenimiento de la sagrada causa americana.

Que en consecuencia de todos estos incontestables fundamentos que son de la mayor gravedad e interés, se decide, declara y sanciona solemne, e irrevocablemente desde hoy en adelante las provincias constituyentes de este Reino de Quito reasumen y mantienen en sí mismas y en virtud de la legítima representación que obtienen el ejercicio y administración interina de la soberanía que les corresponde por derecho, quedando absueltas y libres del reconocimiento prestado al Consejo de Regencia y a las Cortes Extraordinarias de la Isla de León y de todos los vínculos y obligaciones contraídas en consecuencia de aquel reconocimiento provisional y condicionado cualquiera que haya sido su valor y efecto: debiendo permanecer también absolutamente libres de toda dependencia, sujeción y arbitrio de cualquiera otro gobierno extraño; sujetándose únicamente a la autoridad suprema y legítima de nuestro Rey el Señor Don Fernando Séptimo de Borbón; obligándose los habitantes de este reino por medio de sus Representantes como fieles vasallos y ciudadanos libres a conservar, defender y gobernar estos dominios con toda lealtad y constancia hasta que se restituya a su trono libre de toda dependencia, unión y alianza con Bonaparte, y venga a imperar en ese continente mediante los derechos que le asisten y que a mayor

abundamiento se reconocen y proclaman ahora de nuevo por este legítimo Congreso que se constituye y reputa como un fiel depositario y administrador interino y representativo de la real Soberanía entre tanto que se arregla y establece el sistema de Gobierno que debe permanecer para el mejor régimen y felicidad de estas Provincias en todos los objetos y negocios de su administración interior y organización política.

Acordaron también que en virtud de esta solmene declaratoria y pública sanción le corresponde a este Congreso el título de Supremo y el tratamiento de Alteza Serenísima por la respetable representación que obtiene y los legítimos derechos que ejerce en todos los ramos del gobierno del Estado, dándosele al Presidente el decoroso tratamiento de Excelencia y a los demás individuos el de Señoría dentro de la Sala y en todas las contestaciones de oficio que para la debida formalidad y constancia pública concurren a la Sala del Palacio del Supremo Gobierno el día jueves diecinueve del corriente, todas las corporaciones de la Ciudad a prestar por medio de sus respectivos jefes el reconocimiento de estilo y obediencia jurada a la Representación Provincial y autoridad legítima que reside en este Supremo Congreso que ha reasumido todos los Ramos de la administración pública, a fin de que a sus órdenes y providencias que se acordaren y expidieren se les prometa todo auxilio y cumplimiento en obsequio de los sagrados objetos que se han proclamado y jurado en su instalación.

Y para que llegue a noticias de todos, publíquese la presente Acta por bando solemne en esta Capital con todo el aparato militar, poniéndose luminarias por tres noches sucesivas para la correspondiente celebración de un acto plausible que tanto debe influir en la prosperidad de estas Provincias, participándose oficialmente con el correspondiente manifiesto a los respetables Estados y Juntas Superiores del Norte del Reino para la común inteligencia y gobierno recíproco, remitiéndose testimonios de esta Acta a los ilustres ayuntamientos de las ciudades y villas comprendidas en este Distrito para su obediencia y cumplimiento en todas sus partes. Con lo que se concluyó y cerró la presente sesión y acuerdo que forman dichos señores con los vocales secretarios que lo certifican.

José, Obispo, Presidente del Congreso  
El Marqués de Selva Alegre, Vicepresidente  
Manuel Zambrano, Representante del Ayuntamiento  
Calisto Miranda, por la ciudad de Ibarra.  
Francisco Rodríguez de Soto, Representante del Cabildo Eclesiástico  
Prudencio Vásconez, Diputado del Clero Secular  
Fray Álvaro Guerrero, Representante del Cuerpo Regular  
El Marqués de Villa Orellana, Representante de la Nobleza  
Mariano Guillermo Valdivieso, Representante de la Nobleza  
Manuel Larrea, Representante de la Parroquia de Santa Bárbara  
Como Diputado representante por la Parroquia de San Marcos de esta Capital, Manuel Matheu  
Dr. Mariano Merizalde, Representante del Barrio de San Roque  
Dr. Francisco Aguilar, Representante de Riobamba  
Dr. Miguel Antonio Rodríguez, Vocal Representante de San Blas  
Dr. José Manuel Flores, Vocal Representante por la Villa de Tacunga y sus pueblos.  
Miguel Suárez, Representante de la Villa de Ambato y sus pueblos  
José Antonio Pontón, Representante por la Villa de Alausí y sus pueblos  
Antonio Ante, Diputado de la Villa de Guaranda y sus pueblos  
Luis Quijano, Vocal Secretario de Gobierno y Guerra  
Dr. Salvador Murguitio, Vocal Secretario de Gracia, Justicia y Hacienda<sup>78</sup>

Fórmula del Juramento que deben prestar todos los jefes de las corporaciones políticas de esta Capital al Congreso Provincial que se ha instalado:

¿Juráis reconocer la legítima representación y autoridad de todas las Provincias Libres que actualmente constituyen el Reino de Quito, la cual reside en este Supremo Congreso se que halla instalado?

---

<sup>78</sup> Según Borrero (1962: 322), el doctor Manuel José Caicedo habría sido representante de Otavalo y don Vicente Lucio Cabal, secretario del Congreso.

¿Prometéis obedecer, sostener y auxiliar sus órdenes, providencias y reglamentos que en todos los Ramos del Gobierno se acuerden y establezcan para el mejor desempeño de sus funciones y dirección de todos los negocios públicos en obsequio de la Religión, del Rey y la Patria?

Si así lo hicieréis Dios os ayude, de lo contrario os demande.

José, Obispo Presidente

Salvador Murguitio, Vocal Secretario

Luis Quijano, Vocal Secretario de Estado”<sup>79</sup>.

---

79 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”.

---

## **EL OBISPO DE QUITO JOSÉ CUERO Y CAICEDO Y LA DEFENSA DE QUITO**

La actitud del obispo de Quito, doctor José Cuero y Caicedo durante la etapa independentista quiteña -que comprende el establecimiento de la Junta Suprema de 1809 hasta la llegada de Toribio Montes en 1812- permite comprender la evolución en su manera de pensar con respecto a la toma de posición frente a las distintas coyunturas dentro del proceso autonomista y emancipador propiamente dicho. Lo mismo debió ocurrir con muchos vecinos.

La posición por la que optó el doctor José Cuero y Caicedo cuando se estableció la Junta Suprema el 10 de agosto de 1809, contrastó con la actitud de los prelados de las sedes episcopales coloniales hispanoamericanas. La mayoría de los obispos, al efectuarse los pronunciamientos contestatarios de los pueblos de sus respectivas diócesis, los rechazaron y condenaron. Algunos prefirieron no comprometerse, optaron por la indiferencia o por el abandono de sus sedes. Recordemos el caso del obispo de Charcas, Remigio de la Santa, quien en 1809 reaccionó contra de la Junta establecida en esa ciudad que proclamó la independencia; el prelado abandonó su sede y se trasladó a Irupana desde donde pronunció excomuniones contra los integrantes de la Junta y organizó tropas para combatirla (Prien, 1985: 377-378).

Cuero y Caicedo, por el contrario, se integró a la Junta Suprema de 1809 como vicepresidente. Si bien obligado por las circunstancias, pasó a formar parte del levantamiento aglutinado alrededor de la nobleza quiteña que depuso a las autoridades impuestas en Quito desde la Península. En un primer momento fue una protesta contra las autoridades españolas pero no contra España. El historiador es-

pañol Demetrio Ramos sostiene que el interés de los miembros de la Junta Suprema de Quito por incorporar al obispo a la Vicepresidencia habría sido para aprovechar la influencia que podía ejercer su autoridad moral, y por sentido práctico frente a la Provincia de Pasto. El obispo de Quito tenía jurisdicción eclesiástica sobre ese territorio y pertenecía a una influyente familia del sur de la Nueva Granada. La fuerza militar que se envió en la vanguardia para intentar aproximarse a Pasto se puso, con amplias atribuciones, bajo las órdenes del presbítero don José Riofrío (Ramos, 1978: 241). Para el mencionado autor la primera etapa de la guerra de Pasto parecía más una confrontación entre curas. En una carta del presbítero Riofrío se decía:

“Lo que importa es tomar la Provincia [de Pasto] al otro día que llegue aquí el pertrecho. No importa menos prender al cura de Túquerres para mandarlo a Quito. Cesará tanta seducción, aún valiéndose para ella de la cátedra del Espíritu Santo, y el bribón de su hermano [del cura de Túquerres] se abstendrá también de intrigar tanto, si lo tomamos en rehenes. Para hacerlo con más facilidad, sin riesgo de los que se destinen para aprehenderlo, y aún con decoro del mismo cura, sería bien que se tomase alguna prudencia con el Sr. Obispo, o para que lo llame a Quito, o para que el Vicario de la Provincia lo haga comparecer con algún pretexto y nos lo entregue; en cuyo caso lo tendríamos insensiblemente arrestado en el convento de este Pueblo [de Tulcán], entre tanto sosiega este alboroto, que es mucho; pues el gobernador de Popayán ha llegado a tal extremo, que influye en los curas de este Obispado la desobediencia al Excelentísimo e Ilustrísimo, Señor Obispo, como consta en su carta original ...y la que me escribe el cura interino de Sapuyes” (en Ramos, 1978: 241).

Las autoridades que gobernaron la Presidencia de Quito habían buscado, a lo largo de los siglos XVII y XVIII, una vía más corta para comunicarse con Panamá y que integrara a varias de las poblaciones del litoral del Pacífico como Tumaco, Barbacoas y El Chocó con los centros poblados de la Sierra centro-norte. Así, algunos años antes de que inicie la primera etapa independentista, el presidente Carondelet se preocupó del tema; consideraba que la labor del obispo de Quito podía ser de importancia para la incorporación de las poblaciones citadas a las actividades de la

Presidencia de Quito. En una comunicación en que se había referencia a los informes de visita pedidos por Cuero y Caicedo decía:

“En Tumaco reside en el día el Teniente de aquella jurisdicción, quien administra en ella la justicia, gobierna los intereses del Real Erario, de modo que lo manifiesta el capítulo del oficio que me fue dirigido por el cura de Esmeraldas, doctor don Florencio Espinosa, haciendo la descripción más lamentable de la situación religiosa y política de su curato, de la que bien enterado igualmente el nuevo Obispo actual de Ciencia, el Ilustrísimo señor don José Cuero, me ofreció dar cuenta a S.M., representándole, al mismo tiempo, la necesidad de reunir aquellos pueblos a esta Presidencia” (en Ramos, 1978: 244).

Aún antes del pronunciamiento del 10 de Agosto de 1809, las relaciones entre los miembros de la Audiencia con el obispo Cuero y Caicedo habían sido muy distantes y débiles. Al contrario de lo que había caracterizado a la política con respecto a los criollos y a los intereses locales del presidente de Quito, barón de Carondelet, el conde Ruiz de Castilla -don Manuel Urriez- y sus colaboradores más próximos poco se habían identificado con las gentes y problemas quiteños. No habían tenido tacto ni habilidad para ganarse el respeto, la confianza y las simpatías de los habitantes; por el contrario, habían fomentado desconfianza y distanciamiento como lo confirma la carta del obispo del 21 de mayo de 1809, dirigida a la Junta Central de Sevilla, comentando la incapacidad para analizar los asuntos de gobierno y la dejadez en despacharlos de don Manuel Urriez:

“... Si V. M. supiera quienes son los Magistrados que gobiernan en Quito, se compadecerá y tal vez disculpará a los cómplices de la revolución. El Presidente no hace otra cosa que cultivar el jardín y cocinar su comida por las mañanas. Las tardes las ocupa en el juego de suerte y azahar que mantiene en su palacio. Las noches va a sostener iguales juegos destructivos en casa del Regente don José González Bustillos, el que se amanece en estas delincuentes diversiones con dispendio del tiempo que necesita para el estudio y despacho de las obligaciones judiciales. El oidor don José Merchante es un hombre débil y notado de venalidad; don Felipe Fuertes, ignorantísimo y de costumbres amucha-



chadas; Arechaga, escandaloso, libertino absoluto y arbitrario, lo manda todo, porque gobierna al Presidente como a un niño; qué podrá esperarse y que no deberá temerse de un conjunto de jueces de esta naturaleza. Acaso no acertará a creer V. M. pero ello es así, como le digo y mucho más que callo, por no afligir demasiado el corazón de V. M. Compadézcase Vuestro Corazón magnánimo de este Pueblo afligido y no permita que sigan un momento gobernándolo hombres tan ineptos y corrompidos..." (en Navarro, 1962: 43-44).

Por otra parte, debemos tomar en cuenta que el conde Ruiz de Castilla no se sentía a gusto en Quito. Al parecer, desde que se posesionó como máxima autoridad de esta Audiencia esperaba que pronto se le cambiara de destino. En carta de 6 de junio de 1809, dirigida al regente de la Audiencia de Santa Fe de Bogotá, don Manuel H. Herrera, le decía:

"...Yo llevo más de diez meses en Quito (que Dios me lo quite de mi presencia tan pronto como pueda hacerlo) y cada día vivo con él con más repugnancia porque no hay mejoría en su temperamento y obscura atmósfera que perjudica a mi vista, como tampoco en el pan, agua y carne, por cuyo motivo me he puesto en el pie de mantenerme con papas, lecha y chocolate y algunas verduras fruto de mi trabajo..." (en Muñoz, 1948: 225-236).

Al conocer que don Toribio Montes había sido designado presidente de Quito en reemplazo de don Joaquín de Molina, el obispo Cuero y Caicedo, se sintió obligado a intervenir en la defensa de las provincias amenazadas. Asumió como presidente y como prelado la defensa de las provincias libres quiteñas. Se dirigió a los vicarios de su jurisdicción pidiéndoles levantar el ánimo de los habitantes a fin de que toda persona de cualquier clase, estado y condición colaborase con todos sus esfuerzos y capacidades para la defensa vigorosa de estas provincias, salvar las vidas y las propiedades de saqueos, daños, violencia, extorsiones, pecados y otros males que las fuerzas invasoras amenazaban consumir.

Puso en circulación un edicto pastoral convocando a todos a defender la causa del rey y sus dominios contra los que intentaban establecerse arruinando a los

vasallos. Declaró suspensos *ipso facto*, de oficio y beneficio, a todos los sacerdotes seculares y regulares que se obstinasen en sembrar ideas contrarias a la felicidad de la Patria o que desalentasen a las gentes separándolas del deseo legítimo de defender y auxiliar al gobierno criollo quiteño. Estableció la pena de excomunión mayor para los seglares de cualquier estado, calidad y condición que mantuvieran contacto con los enemigos dándoles noticias sobre el estado de la defensa y la situación de la Patria; también para los que en sus círculos particulares desalentasen o impidiesen la ejecución de las medidas que se adoptaban en la Capital y las “Provincias Unidas”. Igualmente, la amenaza de excomunión mayor quedó establecida para los desertores; estos, según la disposición del prelado, tenían plazo de dos días para retornar a las filas de la milicia patriota con sus banderas y armas, tanto a la expedición del sur como a la del norte. Conminó también a los que tenían en su poder armas, caballos, pertrechos y municiones del Estado, para que todo estuviese devuelto en el término de tres días (Borrero, 1962: 357).

En forma particular dirigió oficios a los párrocos pidiéndoles levantar gente para que bajo las órdenes de las autoridades locales, de los comandantes de tropa o de los comisionados defendieran la Patria y los bienes de los habitantes, evitaran los atropellos e hicieran la guerra a los enemigos de Fernando VII<sup>80</sup>. Una circular envió en el mismo sentido a los vicarios foráneos del Distrito. Esta circular fue interceptada por Juan Sámano y contestada en tono burlesco, pero el obispo ignorando la burla del militar continuó con su plan de nombramientos y designó al padre Francisco Saa, capellán y comandante de Cuchilleros que marchaban a la expedición del sur, y al mismo tiempo concedió indulgencia plenaria a todos los que confesando y comulgando salieran a pelear en esa expedición. Un edicto de 31 de julio de 1812, dice lo siguiente:

“Hallándose la Patria amenazada e inminentemente de los mayores males por la invasión que procuran hacer los enemigos de fuera con el declarado fin de destruir nuestras provincias con el formidable azote de la guerra, saquear la Capital y cometer los demás desórdenes y atentados que son consiguientes

---

80 Ver el caso del presbítero Francisco Aguilar, cura de Yaruquíes en Navarro, 1962: 447-448.

a la consumación atroz, parto propio del furor y venganza anticristiana con que se pretende arruinar absolutamente este vasto territorio, en el que por la divina misericordia se profesa pura la verdadera religión católica, y se obedece fielmente a nuestro legítimo soberano el Sr. Dn. Fernando VII, que Dios guarde, y que por lo mismo no hay motivo ni causa que pueda justificar la agresión que han puesto en planta las provincias limítrofes de Guayaquil y Cuenca, habiéndose determinado por esta última en pleno acuerdo hecho el 31 de Junio, que el pago de sus tropas invasoras, se había de hacer en esa ciudad o en cualquiera de los pueblos de su jurisdicción franqueándoseles el permiso de saqueo por nueve horas sin limitación alguna al tiempo de su entrada y por cuanto a los pueblos de tránsito a su regreso, es indispensablemente forzoso de que los habitantes de toda clase, estado y condición coadyuven con todos sus esfuerzos y facultades, a hacer una defensa rigurosa para salvar sus vidas y propiedades, usando a precaución de todos los medios y arbitrios que dictan la razón, la prudencia y la energía y que exige la necesidad de unas circunstancias tan imperiosas. Y en esta virtud encargo y ordeno a V. M. que procure instruir a todas las gentes de su feligresía de la gravedad y urgencia del peligro común, procurando reanimarlas y entusiasmarlas a que concurran a servir sin demora ni excusa en todo cuanto puedan y se les estime por los jueces territoriales, comandantes de tropas y comisionados encargados de las obras de fortificación y defensa; previniéndoles que en atender el servicio de la Patria, cumplen con el derecho natural y divino que ordena la propia conservación de los individuos y permite la justa repulsa de los agravios, violencia y extorsión que se hagan a la sociedad en que vivimos, y que en esta defensa no sólo se interesa el bien temporal, sino también el espiritual porque se evitan los pecados y males que perjudican a las buenas costumbres y prohíbe la santidad de la religión, la cual no se respeta y atropella por la licencia que se toman las tropas enemigas cuando entran en cualquier lugar con deliberación de hostilizarlas. Así pues, conviene que ante de experimentar y llorar sin remedio unas calamidades tan horrorosas se ponga a prevención, el poner los medios oportunos de precaverlos absolutamente o el impedir su triste propagación; por lo que espera del celo patriótico y cristiano de V. M. que en uso de su ministerio coadyuve con toda la gente

de su beneficios, así blancos como indios a auxiliar justísima defensa que ha dispuesto este Gobierno que tiene suficientes armas y recursos para asegurar la inviolabilidad de ese territorio y resguardar los derechos de todos sus fieles habitantes, contestándole a la mayor brevedad sobre recibo y cumplimiento de esta orden oficial que es conforme a la circular que con esta misma fecha s dirige a los Vicarios foráneos de este Distrito para su publicación. Dios guarde a usted muchos años. Quito, julio 31 de 1812.- José Obispo de Quito” (Navarro, 1962: 449-450).

El prelado, al emitir sus edictos de carácter eclesiástico y las disposiciones administrativas como presidente, iniciaba la redacción de los documentos con estas palabras: “Nos el doctor don José Cuero y Caicedo por la gracia de Dios y por voluntad de los pueblos Presidente del Estado de Quito”, haciendo suyos al mismo tiempo, la tradición medieval cristiana del origen de la autoridad y el pacto social emanado al constituirse el Estado de Quito, cuyo Congreso convocado por él lo había elegido como su presidente.

En una de sus circulares dirigidas a las jurisdicciones de su gobierno, fechada el 12 de agosto de 1812, explicaba que tanto el ministerio pastoral recibido de Dios junto con el ejercicio del gobierno secular, le obligaban a buscar el bienestar moral y material de los vecinos; su interés era buscar la tranquilidad y la felicidad de todos; estaba conciente de los males y amenazas que enturbiaban las circunstancias y como sacerdote estaba persuadido de que una de sus obligaciones era buscar la fraternidad y la armonía de los habitantes por medio de la palabra y el ejemplo. Para ello todos debían trabajar con decisión y sacrificio por el bien común, por los valores éticos y por el adelanto de la sociedad en la que habían vivido y de la que eran deudores porque a esa sociedad debían lo que los individuos eran y lo que tenían. Hasta entonces no se había pronunciado, con el carácter de instrucción, sobre la legalidad del sistema que se iba adoptando en América confrontándolo con las decisiones de la Península, ni se había manifestado contra los perturbadores del orden público que abusaban de la ingenuidad y de la ignorancia de la gente para difundir errores y falsedades que daban lugar a la división. Pero en esos momentos en que los problemas aumentaban y que los efectos de la división crecían afectando

al Estado, perjudicando a estas provincias, a la fidelidad jurada a Fernando VII y a la religión, deseaba cortar el mal en su raíz para no aparecer como responsable del más ligero descuido ante el juicio de Dios y ante la opinión de los hombres.

En esa ocasión Cuero y Caicedo formuló una declaración explicando y aclarando que había constatado las buenas intenciones que habían dado lugar a que las provincias de América, y en especial la de Quito, formaran sus gobiernos locales con el objeto de conservar sus territorios a favor de Fernando VII, asegurando de esta forma y a tiempo cualquier agresión que pudieran intentar las potencias enemigas de España mientras estaba preso el monarca, y encontrándose el gobierno peninsular inestable. Era necesario buscar la unidad de todos en ideas y procedimientos para buscar la defensa de las “Provincias Unidas” de Quito contra las invasiones y persecuciones que intentaban llevar a la práctica las autoridades de Guayaquil y Cuenca, con gentes que habían convencido a su favor, que a pretexto de defender los derechos del rey querían proteger sus intereses y establecer su autoridad sobre los vasallos. Una vez más declaró la suspensión *ipso facto* de oficio y beneficio, a todos los sacerdotes seculares y regulares que desde esa fecha en adelante se obstinasen en difundir ideas sediciosas, violentas y contrarias a la felicidad de la Patria, o que directa o indirectamente, de palabra u obra desanimasen a las gentes para separarlas del justo y legítimo deseo de defenderse y auxiliar a su gobierno. Insistió otra vez en la pena de excomunión mayor para los laicos de cualquier estado, calidad y condición que, mantuvieran contacto con los realistas, les proporcionaran noticias, o desalentaran, convencieran o impidieran el cumplimiento de disposiciones y órdenes que se adoptaban en la Capital y en sus “Provincias Unidas”. Y volvió nuevamente el obispo contra los desertores que, por haberse dejado convencer o por vergonzosa e infame cobardía, se habían separado de las banderas de Quito, poniendo en peligro la vida y el bienestar de sus hermanos, perjudicándose ellos mismos por el juicio que merecía la desertión y la falta de cumplimiento del deber. Ordenó una vez más a todos los desertores, bajo amenaza de publicar sus nombres como excomulgados, que en el término de dos días se reincorporasen a los ejércitos expedicionarios patriotas. Pedía austeridad y a la vez colaboración; consideraba indignos de la sociedad a los que insensibles a las circunstancias sólo habían contribuido a consumir y dilapidar los bienes, en lugar de colaborar para la defensa de la Patria y para la felicidad de sus habitantes.

El obispo y presidente había sido informado de que muchas armas, caballos, pertrechos y municiones que pertenecían al Estado habían sido escondidos y robados por ladrones que se mezclaban en las expediciones. Dispuso que quienes sabían de su paradero lo hicieran conocer, y las personas que los hubiesen comprado de buena fe los entregaran demostrando el precio de compra para proceder al reintegro del valor. Todo esto en el plazo de tres días y, asimismo, bajo amenazaba de excomunión. Todas estas amenazas y sanciones las formuló obligado, únicamente, por los graves y urgentes peligros de la Patria ante la invasión inminente de las tropas realistas al mando de Montes (Navarro, 1962: 452-454).

Toribio Montes entró en Quito el 8 noviembre de 1812. La derrota de los quiteños fue completa, los vecinos, con el obispo a la cabeza, huyeron hacia Ibarra, todos temían la venganza realista. Incluso los religiosos dejaron sus conventos y aun las monjas de los dos monasterios carmelitas y las de Santa Clara abandonaron los suyos haciendo a un lado su vida de clausura, persuadidas por el prelado y por sus capellanes. Las monjas de Santa Catalina y de La Concepción no escaparon porque en sus comunidades había religiosas realistas (Hidalgo Nistri, 2008: carta 18, 109). Montes ocupó la ciudad sin ninguna dificultad, se refugió en el Convento de San Francisco. Sámano comenzó la persecución a los vencidos, sus soldados saquearon la ciudad. Entre los fugitivos iban el marqués de Villa Orellana, el coronel Carlos Montúfar, el doctor Antonio Ante, el coronel Matheu, Nicolás de la Peña y su esposa Rosa Zárate, los presbíteros Miguel Antonio Rodríguez, Prudencio Vásconez, José Correa, cura de San Roque y el provisor Manuel José Caicedo (Borrero, 1962: 370-371).

En el lado patriota el coronel Francisco Calderón hizo esfuerzos por organizar la milicia para la defensa (Navarro, 1962: 455). Toribio Montes dispuso que Sámano procediera al arresto de los comandantes, oficiales y tropa patriotas, y que exigiera la entrega del armamento. Debía tomar presos a los funcionarios de la Junta y de las provincias, y determinó la pena de muerte para don Nicolás de la Peña, don Ramón Chiriboga, don Joaquín Mancheno, don Marcos Guillén, y para los eclesiásticos doctores Miguel Rodríguez, Prudencio Vásconez, José Correa, cura de San Roque y Manuel Caicedo, provisor, “a quienes se perseguiría para que irremediablemente paguen sus atroces delitos” (en Borrero, 1962: 373-374). Una nueva etapa de perse-

cuciones, de procesos judiciales, de destierros y de amenazas de pena de muerte se iniciaba contra los patriotas; entre ellos, cabe insistir, a los eclesiásticos y, de manera particular, acusaciones en contra del obispo Cuero y Caicedo.

Estando Cuero y Caicedo refugiado en Ibarra recibió la siguiente comunicación remitida por Montes:

“Ilustrísimo Señor: Como Presidente legítimo de esta Real Audiencia y Capitán General de sus Provincias entré en la Capital a viva fuerza y después de una obstinada defensa de los insurgentes, el día 8 del presente mes, mandando el ejército del Rey Nuestro Señor Don Fernando Séptimo y destinado para restablecer su antiguo Gobierno. He experimentado un general trastorno en la religión, mucho desorden en las costumbres y la mayor resistencia en el pueblo, siendo notorio y público que los facciosos o principales cabecillas, habían esparcido entre las gentes las ideas más negras contra mi persona y tropa de tal modo que las religiosas de los monasterios de Carmelitas y Santa Clara quebrantaron su clausura abandonando la ciudad, sin duda por consejo de sus capellanes y confesores, y no se han restituido, ni V. M. Señoría Ilustrísima, que se titulaba Presidente del Congreso Revolucionario y Soberano. En este concepto cito y emplazo a V. M. Señoría Ilustrísima para que en el término de la distancia de la Villa de Ibarra donde tengo noticia existe, se presente en esta Capital a responder de los cargos que contra su persona y carácter resultan, bajo el apercibimiento que de no comparecer se le seguirá la causa de rebeldía. Dios guarde a V. S. I. muchos años. Quito, 15 de Noviembre de 1812. Torivio Montes” (en Navarro, 1962: 457).

El obispo respondió con el silencio. Frente a esta actitud, Montes ordenó se repique a sede vacante del obispado de Quito por abandono de Cuero y Caicedo. Se secuestraron sus pontificales y se confiscaron todas sus rentas sin dejarle valor alguno para subsistir. Ante esto, el obispo presentó su protesta invocando la falta de atribuciones de Montes para hacerlo, ya que aun por la gravedad de los delitos de los que se le acusaban, el Derecho Canónico y las disposiciones conciliares determinaban que las causas criminales contra los prelados solamente podían ser juzgadas por el Pontífice (Navarro, 1962: 457-458).

Para conocer sobre la actuación del obispo Cuero y Caicedo a lo largo del proceso independentista, los documentos emitidos por sus perseguidores son las mejores fuentes para explicar el proceder del prelado. En la sumaria que se le siguió, Arechaga le acusó de haber dado mal ejemplo, en presencia de los cabildos, comunidades religiosas y funcionarios al concurrir a la sesión convocada por la Junta Suprema de Quito, celebrada en el Convento de San Agustín el 16 de agosto de 1809, y al recibir luego de la misa de acción de gracias, el juramento a la nueva Constitución. También le acusó de conspirador. El obispo se defendió ante Ruiz de Castilla, refutando esa acusación pidiendo la rectificación y amenazando con remitir testimonios a las autoridades superiores y a los cabildos de las ciudades americanas. Cuero y Caicedo sostenía que Arechaga había estado vinculado a la revuelta; señalaba el obispo que este había tenido trato con el marqués de Selva Alegre, Morales y Salinas, que no se había opuesto a que se tomara dinero de la Caja Real para gastos diversos y que había pedido a los revolucionarios cobrar sus sueldos. Por estas razones, que comprometían a Arechaga en la conjura, no podía acusarle dentro de una causa de Estado (Navarro, 1962: 164-165).

Cuero y Caicedo, acusado de conspirador, se defendió explicando que el objetivo de su participación había sido mantener la pureza de la religión, los derechos del rey y de la Patria, hacer guerra a sus enemigos particularmente a los franceses. La misa de acción de gracias, según lo acordado el 14 de agosto del año citado había sido por el rey, por la monarquía y por el triunfo de los ejércitos españoles. Más tarde se habían publicado indulgencias, pedido rogativas y procesiones y otras manifestaciones de piedad, lo que trajo la reacción de los revolucionarios que llegaron a fijar en las puertas del Palacio Episcopal amenazas de muerte contra el prelado (Navarro, 1962: 173). Reconoció haber prestado asistencia a la Junta por corto tiempo; se retiró de ella el 7 de septiembre de 1809 para buscar medios para contener la revolución y evitar mayores daños; era opuesto al gobierno ilegítimo y suspendió las oposiciones convocadas para vacantes eclesiásticas (Navarro, 1962: 163-164).

Otro documento que merece ser analizado es el “Parecer del Fiscal de la Audiencia de Quito, don Víctor Félix de San Miguel”, emitido en Quito entre el 2 y el 6 de marzo de 1813 (*el texto completo consta en el anexo 4, al final de esta sección*).



El fiscal comienza acusando al obispo de obstinado y obcecado sectario. Para San Miguel, la conducta de Cuero y Caicedo durante la insurrección de Quito había sido imperdonable. Sus procedimientos se habían dirigido a atacar frontalmente los derechos inviolables del Estado español, a fomentar la ruptura de los vínculos que por casi tres siglos habían unido las provincias de Quito con la “Madre Patria”; había negado la ayuda con la que todos los españoles debían colaborar para la “Guerra Santa” en la que se encontraba inmersa España. Y, aprovechando de la crisis del trono español, había contribuido a perturbar la paz y la tranquilidad local apoyando una rebelión sustentada en el desorden y el crimen, organizando un gobierno libre e independiente de las Cortes españolas; Cortes que habían sido reconocidas aún por otras naciones.

Se reconocía el respeto que merecían los obispos como sucesores de los apóstoles y como depositarios de la autoridad espiritual a la que estaban sujetos también los reyes. Pero se hacía notar que ese carácter sagrado, que ponía a los prelados por sobre todos los fieles, no les despojaba de su condición de vasallos del Estado y de súbditos, en lo temporal, de aquellos a quienes Dios había dado autoridad para castigar delitos y alejar de la sociedad a sus enemigos, es decir, de los reyes. Las autoridades no podían permanecer indiferentes dejando vulnerados los derechos de la Nación y expuestas las provincias de Quito a nuevas revueltas y existían los medios eficaces que debían tomarse en cuenta para terminar con la sedición.

Los procedimientos del obispo Cuero y Caicedo habían sido escandalosos, no se dudaba que por esa razón la insurrección habría afectado a la religión y a las personas. El fiscal fundamentaba estos juicios luego de haber revisado las actas de la Junta de Quito acordadas en los días 19 y 22 de septiembre de 1810, aprobadas y suscritas por el obispo. En ellas, según San Miguel, se había invocado argumentos maliciosos y sin mayor sustento como el que las autoridades americanas no querían entregar estos territorios a los franceses, o que era necesario que se tomaran medidas preventivas para asegurar a Fernando VII el dominio de estas regiones salvándolas de la usurpación de Bonaparte. Esos pretextos habían servido para dar un golpe de muerte política al gobierno de esta Provincia nombrado desde la Península para

reemplazarlo por la Junta Superior, que se apropió de las atribuciones del poder soberano, despojando a los magistrados y tribunales de las funciones que les estaban concedidas, y reduciendo las facultades del presidente a ser integrante de la Junta. Si bien es verdad que se había reconocido al Supremo Consejo de Regencia como único depositario de la soberanía, y más tarde al Supremo Congreso de las Cortes Generales -al que se había jurado obediencia y para el cual el Cabildo de Quito eligió su representante-, había sido con el mal intencionado propósito de convencer a los incautos, de engañar a los pueblos fieles, de impedir las expediciones militares que se preparaban contra los insurgentes y de cubrir con un velo la ilegalidad de los cambios. Rechazaba la sinceridad de esos reconocimientos cuando la Junta -de la que fue vicepresidente el obispo- se atribuyó los derechos inmanentes y trascendentes que sólo podía ejercer el que los había recibido del poder supremo. La Junta había destituido a las autoridades, cambiado la forma de las instituciones políticas tradicionales, suprimido la Renta de Tabaco, la Contaduría General de Tributos y la Administración de las Temporalidades y del Aguardiente. Había creado nuevos corregimientos y nuevas gobernaciones, a varios pueblos había transformado en asientos, a varios asientos en villas, y a algunas villas en ciudades, contrariando la Ley de las Municipales.

Se acusó al obispo, como integrante de la Junta, de haber organizado tropas veteranas y de milicia de más de cuatro mil hombres para atacar a las provincias fieles del norte y del sur; de haber concedido grados militares hasta de coronel, violando prohibiciones estrictas vigentes; de haber establecido los cargos de “Secretario de Estado y Guerra”, y de “Gracia y Justicia”, nombramientos propios de los gobiernos superiores; de haber promulgado leyes, honores, privilegios; de haber conferido todos los empleos políticos, militares y de hacienda; y de haberse apropiado de las Rentas Reales y de todo cuanto podía hacer un monarca. Por todo lo anterior, la Junta con todos sus integrantes eran sediciosos, perturbadores públicos del legítimo gobierno y “reos de crimen” de alta traición.

Aquello se vio como un paso disimulado que dieron el obispo y sus seguidores para alcanzar la independencia. Para conseguirlo habían levantado a los pueblos, obligando a su habitantes a tomar las armas, unas veces invocando a una necesidad

religiosa y de fidelidad diciendo que los contrarios a su gobierno eran bonapartistas y, otras, utilizando mecanismos coercitivos como el embargo de bienes, las prisiones, la amenaza de incendio y la proscripción a los que rehusaban alistarse bajo sus banderas. De este modo, habían organizado un numeroso ejército sostenido con las Rentas Reales y con los caudales incautados a los vasallos fieles. Las tropas revolucionarias debían oponerse a la posesión de don Joaquín de Molina, nombrado presidente de Quito. Servirían también para declarar la guerra a Cuenca y a Guayaquil, deponer a sus autoridades y separar a esas dos gobernaciones de la dependencia de España, como lo habían logrado en su momento con Pasto, que primero fue sometida por las armas, luego saqueada, y donde hubo homicidios, incendios, y que finalmente fue entregada al presidente de la Junta Suprema de Popayán, don Joaquín Caicedo, sobrino del obispo de Quito. Joaquín Caicedo había estado en contacto con los quiteños para la consecución de sus planes subversivos.

A pesar de que los vecinos realistas de Pasto habían invocado a los mismos principios sostenidos por los rebeldes -a saber, que los pueblos son libres para elegir el gobierno que les conviniese y que sobre esos principios habían jurado lealtad a las Cortes- se les persiguió, se depuso a las autoridades y se declaró a la Provincia de Pasto libre de las Cortes y sujeta a la “República Libre de la Confederación del Cauca”. Ante esos hechos no se podía negar que Cuero y Caicedo, como uno de los miembros principales de la Junta, había decretado la ejecución de aquello. La violencia de los quiteños revolucionarios era comparada por el fiscal San Miguel con la violencia utilizada por las tropas napoleónicas en la invasión a España.

Y haciendo referencia al acta del 11 de diciembre de 1811, San Miguel acusaba al obispo Cuero y Caicedo no solamente de cómplice de la revuelta, sino de autor y primer caudillo de la insurrección quiteña. El prelado había convocado al Congreso Provincial en calidad de presidente, a pesar de haber declarado que Quito había reconocido hasta esa fecha al Supremo Consejo de Regencia y a las Cortes Generales y Extraordinarias congregadas entonces en la Isla de León, y que sus órdenes y decretos habían sido obedecidos, como provenientes de una soberanía supletoria y representativa de la Nación. Pese a estas declaraciones, el obispo había sido el primero en declararse abiertamente contra la Suprema Jurisdicción del Esta-

do y el primero en retomar el tema de la independencia, arrastrando a su partido a todos los pueblos, obligándolos a alejarse de la dependencia debida de las Cortes. Se adujo que la rebelión había sido producto de falsedades y calumnias que circularon en Quito; falsedades y calumnias que aparecían en el acta en referencia.

No había sido legal que Quito, invocando que las Cortes que representaban interinamente a la monarquía, se separase de la sujeción al gobierno de la Península. Tampoco se veía bien que estas provincias se hubiesen apartado de los que buscaban el bien común reuniendo fuerzas y ayuda para defenderse y resistir a Bonaparte. Las Cortes se habían reunido con el objeto de dictar leyes en ejercicio de sus facultades naturales, buscar el bien público, limitar el poder absoluto de los reyes para que no llegasen al despotismo, ni alcanzasen a controlar el poder los favoritos, y para precaver los males que se habían originado por el abuso y el favoritismo.

En cuanto a la concurrencia no proporcional de los diputados por las provincias de América a las Cortes -argumento sostenido por los quiteños-, San Miguel indicaba que desde un comienzo las Cortes habían anunciado que declararían la igualdad de derechos entre la Península y América; esa propuesta se había cumplido y en esta provincia se había publicado y circulado la Real Orden por la cual se había establecido la igualdad de derechos entre españoles europeos y ultramarinos. En 1812 ya se estaba discutiendo el importante tema de la representación nacional que debían tener las provincias de América en las Cortes. Hasta entonces no se había negado y más bien, las declaraciones emitidas en las Cortes anunciaban que se llegaría a la proporcionalidad en la representación, como efectivamente se encontraba ya aprobada para cuando el fiscal emitía su parecer, en marzo de 1813. Por las razones indicadas no habría sido lícito para el obispo Cuero y Caicedo y sus seguidores romper con la unidad de la monarquía, dividirla en pequeñas partes, y debilitar sus fuerzas para facilitar la dominación de Bonaparte y negarse a defender al rey.

A la situación de ruina de la Península de la que no se avizoraba recuperación -invocada por los rebeldes quiteños- el fiscal respondía haciendo mención al sacrificado heroísmo permanente de los españoles por defender su libertad frente a los franceses. Por esa misma razón, decía San Miguel, era necesaria la unión con los

peninsulares y, por lo tanto, era menester desprenderse de todo cuanto no propicie el auxilio de esa causa. Los pueblos integrantes de una Nación debían tener solamente una voluntad, un único gobierno que legisle y organice su defensa. Si todas las provincias americanas hubiesen actuado dentro de esos principios, uniendo sus fuerzas con las de la “Madre Patria”, y prestando poderosa ayuda proporcionada por sus inmensas riquezas para hacer la guerra al invasor, conservar la religión heredada de los padres y la independencia de todo poder tiránico, España habría hecho ver al mundo que su valor y sus esfuerzos eran capaces por sí solos de restablecer el equilibrio político en Europa.

España se había visto oprimida de repente bajo fuerzas que parecían invencibles. Los puntos más importantes para su defensa habían sido ocupados por sus enemigos, desmanteladas sus plazas y alejado lo más valioso de su ejército. Aunque, para 1813 buena parte de su territorio se había recuperado, la suerte de Napoleón habría sido diferente si todas las provincias hubiesen formado un solo cuerpo para la defensa, si en todas las provincias hubiese existido un mismo criterio, si todas las cajas fiscales hubiesen formado un fondo, y si se hubiesen ahorrado las sumas incalculables de dinero gastado tanto por los vasallos realistas fieles para detener y combatir a los rebeldes, como el utilizado por los revolucionarios para luchar contra los realistas.

El obispo había declarado una independencia ilegal apartándose, sin ningún derecho de la autoridad soberana de las Cortes. Había liberado a todos los habitantes de las provincias de Quito de todo vínculo y obligación aduciendo que las Cortes eran un gobierno extraño, desestimando la representación de los diputados de toda la Nación. El Fiscal calificó a los sediciosos de no tener reglas de conducta claras en sus acciones y en sus ideas políticas, por lo que fue lógico que alteraran las bases del Derecho Público. Eran contradictorios porque al mismo tiempo que proclamaban que por cautiverio del rey, los pueblos habían reasumido el poder soberano que les pertenecía y podían establecer el gobierno más conveniente a sus intereses, negaban ese derecho a un Congreso más importante y más capaz, como lo eran las Cortes que concentraban el supremo poder de todo el reino español a través del conjunto de diputados, que lo ejercían en virtud del consentimiento de sus pueblos y la ratificación de otros.

Los quiteños no podían tratar de intrusar a las Cortes porque habían sido convocadas por el Concejo de Regencia. Este último había sido reconocido por Quito como único depositario de la soberanía; así se habían obedecido sus órdenes y aun tributado honores que rayaron en la adulación al comisionado de la misma Regencia: al insurgente don Carlos Montúfar. Quito había reconocido a las Cortes al haber nombrado como su diputado al conde de Puñonrostro. Las Cortes habían sido juradas por todas las provincias de México, del Virreinato del Perú, por las capitanías generales de Cuba y Puerto Rico, por la Provincia de Charcas y por casi todas las islas adyacentes al continente. En las provincias rebeldes había también familias y pueblos que se oponían a la insurrección y, que junto con las provincias que se mantenían sujetas y obedientes, respaldaban al gobierno liberal de las Cortes Generales. Las poblaciones de Pasto, Cuenca, Loja y Jaén de Bracamoros estaban entre ellas, y se habían armado para defender la “santa causa y encaminar a sus hermanos por las sendas seguras de la razón y del deber”, como indica el fiscal. El obispo no debía liberar a sus feligreses de los vínculos de fidelidad que habían establecido con las cortes. Unido a esto y, más grave, en el acta de instalación del Congreso de Quito, se despojó a los Borbones de su derecho de sucesión al trono, derecho de sucesión que las Cortes Generales habían confirmado, y se condicionó a Fernando VII para que viniera a reinar en América, es decir, se le impusieron leyes al rey. De esta manera, se desconocía al monarca.

Por otra parte, el Congreso de Quito había invocado tres razones para liberarse de las Cortes: liberar a estas provincias de Bonaparte, conservar la pureza de la Religión Católica y poner las bases para la felicidad común. San Miguel se propuso demostrar que la independencia afectaba a esas razones. La independencia facilitaría que Napoleón invada América, puesto que las revueltas que se producían en el continente, las divisiones entre los habitantes, las guerras civiles, la pobreza y decadencia eran el resultado de los cambios políticos inspirados por “El Corzo”. Los argumentos del proyecto de Napoleón eran iguales a los invocados por los insurgentes americanos.

La independencia no contribuiría a la defensa de los preceptos religiosos y de las buenas costumbres, pues, desde el Congreso de Quito se habían emitido documentos que atacaban a la piedad cristiana, a la disciplina evangélica y encubrían

la filosofía liberal. El obispo había utilizado su autoridad para esos propósitos, sembrado la discordia entre los habitantes, mediante cartas y pastorales dirigidas a los curas en las que se denigraba a Toribio Montes y a las tropas realistas calificándolos de bandidos, impíos, anticristianos, que se proponían despojar los derechos de los vasallos del rey, profanadores de templos, asoladores de los campos, incendiarios, y que se proponían separar a los casados, asesinar a las gentes, ultrajar a las jóvenes y abusar de las viudas. Se había acusado de ateos a los jefes militares de Lima, Cuenca y Guayaquil. Se había fomentado la guerra y el odio contra la ciudad de Pasto sobre la que el Congreso de Quito tomó medidas muy duras propias de la “conducta infernal” de Bonaparte.

Cuero y Caicedo fue acusado de haber fomentado en la gente sencilla la toma de las armas en contra de las legítimas autoridades, de haber visto con indiferencia los asesinatos del presidente Ruiz de Castilla, del oidor decano, don Felipe Fuertes y del administrador de correos, don José Vergara, cuyos cadáveres fueron arrastrados por las calles, entre vivas y aclamaciones, en presencia de obispo. Según el fiscal, don Manuel Urriez habría sido asesinado en el Convento de El Tejar en donde se encontraba refugiado. Los frailes mercedarios de ese convento habrían facilitado que el pueblo lo linchase (Hidalgo Nistri, 2008: carta 18, 107-108). Se había permitido robos, saqueos, daños, muertes e incendios. La intención del obispo era tratar de establecer la libertad de conciencia y dejar en la impunidad todos los crímenes, dejando de cumplir la función evangélica de unir, con la palabra y el ejemplo, los corazones con sentimientos de caridad. El prelado era responsable de los excesos al haber autorizado la rebelión y aprobado sus resultados. Sus pastorales habían protegido lo ilegal, exhortado a los párrocos a que levantasen a sus feligresías, las armasen como pudieran y a la cabeza de ellas se presentasen en los combates. El obispo y su clero habían incurrido en infracciones de normas canónicas, conciliares y de disciplina.

Se había predicado que todos estaban obligados a sostener la insurrección, acabar con los realistas, respaldar a las autoridades, excomulgar al que no se armase para defender lo que había inspirado “el espíritu de las tinieblas”. En una pastoral se había llamado de “apóstatas” a los curas que se esforzaban por separar a los vecinos de los grupos revoltosos. Se había amenazado y declarado suspensos *ipso facto* de

oficio y beneficio a los religiosos que directa o indirectamente habían desanimado a los vecinos de su participación en la revuelta. Se había abusado también de excomuniones en contra de las personas que mantenían comunicación con Montes o con las tropas realistas, en contra de los que escondían armas, caballos, municiones y pertrechos y en contra de los desertores.

Según San Miguel, el gobierno de Cuero y Caicedo había relajado las costumbres, y propiciado desórdenes y escándalos. Imperaba la confusión y el libertinaje, se violaban libremente los derechos de las personas, se atentaba contra sus bienes, su honor y su vida. La venganza y la rapiña ponían en práctica los proyectos más infames. Una botija de aguardiente, un poco de pan y queso eran suficientes para convencer al pueblo a que cometiera atropellos. Así se había asesinado a Ruiz de Castilla, a Fuertes, a Vergara, y a numerosos prisioneros que habían sido agarrotados en Otavalo. La chusma, enardecida de esa forma, había perseguido a realistas fieles, a señoras de la elite y a sacerdotes los que se había visto obligados, por las circunstancias, a alejarse de sus feligresías y a permanecer lejos de los poblados. Entre los eclesiásticos perseguidos por el Congreso de Quito figuraban: el prebendado don Mariano Batallas, el vicerrector del Seminario doctor don Andrés Villamagán, el sacristán mayor, don Tiburcio Peñafiel y fray Tomás Lozada O. M. Algunos fueron encarcelados, se les privó del fuero eclesiástico y fueron desterrados. De la ejecución de los realistas de Pedro Calisto Muñoz y de Nicolás Calisto Borja, su hijo, se responsabilizó al Congreso presidido por el obispo. Se decretaban arrestos, embargos, destierros contra los realistas solamente por sospechas aparentes. Había tumultos callejeros diariamente, reinaba la anarquía y la inseguridad, todos se sentían jueces nadie obedecía. Las órdenes del propio gobierno no eran obedecidas, aun el prelado había sido insultado; se levantaron horcas para amenazar a los congresistas; la administración de Justicia estaba alterada. No había agricultura, artes, ni comercio. Las universidades y colegios estaban cerrados, los estudiantes, los menestrales y todos los brazos útiles no tenían otra ocupación que la guerra, y hasta a los niños se les había alejado de la escuela para destinarlos a hacer balas.

Al obispo José Cuero y Caicedo se lo presentó como uno de los caudillos de la conspiración. Según la documentación que había sido recopilada para el sumario,



resultaba haber sido un prelado sedicioso, inquieto, perturbador de la paz pública que se había unido a los revolucionarios usurpando jurisdicciones reales y las regalías propias del Patronato Real, que las ejerció al haber sido elegido presidente por los rebeldes. Esos argumentos demostraban que había cometido crimen de alta traición, a lo que se sumó el haberse separado del Supremo Gobierno del Estado y roto la unidad con la Península. Traición también por haber procurado mantener la cautividad de Fernando VII, al contribuir con su comportamiento para que se ejecuten las instrucciones que Bonaparte habría dado a sus emisarios de América. Por haber faltado a la fidelidad a la que estaba obligado, por haber pretendido privar a la dinastía de los Borbones y aun al mismo rey de sus derechos al trono. El obispo y sus seguidores habían obligado a los habitantes a hacer la guerra contra las autoridades legítimas abusando de las armas espirituales, habían cometido delito grave al convocar y amotinar a los pueblos, gastando el Real Erario y ocasionando inseguridad.

En consideración a esos antecedentes el fiscal pidió el embargo de los bienes de Cuero y Caicedo, y que a través de los curas de Ibarra y Otavalo - en donde se encontraba escondido- se le requiriera la inmediata comparecencia ante el presidente Montes, garantizándole seguridad y comodidad. La causa por su gravedad debía ser remitida al Supremo Gobierno y, en consideración a la ancianidad y a las enfermedades del obispo que no le permitirían hacer el viaje a la Península, debía permanecer en Quito o en Cuenca hasta que se pronuncie sentencia. Las provincias de Quito no podían permanecer tan revueltas, y sin vigilancia un prelado a quien seguían todos los pueblos, que según se había comprobado manejaba a los habitantes como quería y para lo que deseaba, abusando del respeto que se le tenía. Había muchas gentes que sostenían que la revolución era buena porque el obispo así lo había asegurado.

Dentro de la administración eclesiástica se presentó un problema en razón de la vacante. El prelado, antes de escapar hacia el norte, había dejado como gobernador de la Diócesis, con amplias facultades, al doctor Antonio Tejada. Conforme a las leyes vigentes Tejada debía ejercer la autoridad eclesiástica hasta que Cuero y Caicedo muriese y entonces asumiría el gobierno del Obispado de Quito el Cabildo Eclesiástico. Esa normativa había sido ratificada en el mismo sentido por las Cortes

Generales, mediante el Real Decreto del 12 de agosto de 1812. En este documento, se había determinado también que los prelados eclesiásticos de cualquiera clase o dignidad que fuesen sospechosos ante el gobierno por su conducta frente a los franceses, se abstuvieran de ejercer las funciones de su ministerio hasta que se desvirtuaran las sospechas. Los prelados que estaban en esas circunstancias debían nombrar la o las personas que habrían de gobernar las diócesis en su lugar, informando al gobierno para que vea si eran o no de confianza. Como la causa de Cuero y Caicedo estaba en la etapa sumaria para remitirla a decisión del Gobierno Supremo era procedente la confirmación del doctor Tejada como máxima autoridad eclesiástica de Quito, pues, la vacante no se había producido ya que la Constitución Española prohibía toda privación de empleos, sin causa legalmente probada y sentenciada según la ley. Montes conforme a los derechos que le asistían como vicepatrono debía proceder a la remoción de sus beneficios a todos los curas que hubiesen predicado a favor de la insurrección y, si en caso que el doctor Tejada no le inspirara confianza, podría acordar con el obispo Cuero y Caicedo la persona que lo reemplazaría, tomando en cuenta la crítica situación de entonces.

Montes había concedido indulto general para los rebeldes, no obstante el fiscal San Miguel pedía que se remitiese al Supremo Gobierno la causa de los que aprobaron el acta del 19 de septiembre de 1810 en la que se constituyó la Junta Revolucionaria; la causa de los que intervinieron en el Congreso de Quito y declararon la independencia de las Cortes Soberanas; la de los corregidores de las provincias que convocaron a los pueblos para resistir a las autoridades y a las tropas realistas, y que mantuvieron la revolución; y, la de los comandantes de tropa de las expediciones del norte y del sur por haber derramado tanta sangre y cometido atropellos. Si no se tomaban esas medidas el mal de la insurrección no se curaría; al decir del fiscal: “Mientras un volcán deposite en su seno las materias inflamables debe temerse una repentina explosión que cause grandes estragos”<sup>81</sup>.

---

81 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”.

Los sectores realistas reconocían en el proceder del Cuero y Caicedo su complicidad con la revuelta. Algunos vieron en el barón de Humboldt al emisario secreto de Napoleón. Humboldt, durante su estancia en Quito tuvo contacto con el marqués de Selva Alegre, con Juan Salinas, Quiroga, Juan Larrea, Juan de Dios Morales, José Mejía y con otros actores de la revolución. También habría conferenciado frecuentemente a puerta cerrada con el prelado (Hidalgo Nistri, 2008: carta15, 96). Para Pérez Muñoz, Cuero y Caicedo había cometido delito al jurar la independencia de España y del rey; al presidir un Congreso de insurgentes; al asumir el vicepatronato real; al haber aprobado un nuevo Código Civil redactado por el doctor Calixto Miranda y por el doctor Miguel Antonio Rodríguez; al haber dado la orden de atacar a las provincias realistas de Cuenca y Pasto; al haber concedido indulgencias a los que lucharon contra el rey y murieron; al haber excomulgado a los comandantes y jefes de las tropas leales; al haber autorizado la predicación de la Bula de Cruzada a pesar de que el comisario general había prohibido su publicación en los países que estaban insurrectos; al haber pedido a sus curas que predicaran a favor de la sublevación; al haber estado dispuesto a aceptar que el Congreso de Quito le nombrarse “Patriarca de las Indias”. Igualmente, Pérez Muñoz lo acusaba -aunque no se ha podido constatar la veracidad de tal imputación- de haber cometido delito al intentar crear dos obispados: el uno en Ibarra y el otro en Riobamba; el primero para Calixto Miranda y, el segundo, para fray Álvaro Guerrero O. M.; por esa razón esas dos villas habrían sido ascendidas a la categoría de ciudades (Hidalgo Nistri, 2008: carta 29, 152).

Se le acusó también de haber tomado dinero de las Cajas Reales, de los ramos pertenecientes al rey, de los Bienes de Difuntos, de las Bulas de Cruzada, de las limosnas de los Santos Lugares<sup>82</sup>, del destinado a la canonización de Mariana de Jesús y de la Redención de Cautivos Cristianos, de los Diezmos y de las rentas propias del obispo. El obispo habría cometido esos delitos por odio al Supremo Gobierno (Hidalgo Nistri, 2008: carta 34, 169-172).

---

82 Las Bulas de Cruzada, documentos de índole religiosa, se obtenían mediante la entrega de una limosna establecida de acuerdo al estrato social del interesado. Su objeto era obtener exoneraciones de carácter espiritual, como por ejemplo, el ayuno y/o la abstinencia de carne en los días establecidos por la Iglesia. Estas limosnas se depositaban en la Real Hacienda, para ser emitidas a España, juntamente con las limosnas para los Santos Lugares, las destinadas para la canonización de Mariana de Jesús y aquellas dirigidas para la Redención de Cautivos.

#### **Anexo 4: Parecer del Fiscal de la Audiencia de Quito, don Víctor Félix de San Miguel sobre la actuación del Obispo de Quito, Ilustrísimo doctor José Cuero y Caicedo.**

“Excelentísimo Señor

El Fiscal ha visto este sumario con la circunspección que exige su importancia, y no puede menos que admirar hasta qué extremo de obstinación ha obcecado el espíritu de partido al desgraciado Obispo de esta Diócesis, el Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caycedo. En ningún sentido es disculpable la conducta que este Príncipe de la Iglesia ha observado constantemente en el discurso de la insurrección de estas Provincias, pues todos sus procedimientos han sido dirigidos a atacar de lleno los derechos inviolables del Estado; a romper los estrechos vínculos que por más de tres siglos han unido tan íntimamente estas provincias con la Madre Patria; a remachar las pesadas cadenas que tienen a nuestro suspirado Fernando en un duro cautiverio; a negar los auxilios con que todos los españoles debemos contribuir a la Santa lid de la nación invencible; a turbar la paz y tranquilidad de estos pueblos con una sedición establecida sobre el desorden y el crimen; a levantar en fin sobre las ruinas del trono un gobierno libre e independiente del que han reconocido en nuestras Cortes Generales las Naciones más sabias y todos los hombres justos.

El Fiscal sabe muy bien con cuánta veneración deben ser tratados los Sucesores del Apostolado, como que son los ungidos en quienes su divino fundador ha depositado la autoridad de las almas, autoridad a que los mismos reyes se reconocen sujetos. Pero sabe también que este sagrado carácter que los eleva sobre el resto de los fieles, no puede destruir en ellos la calidad de vasallos del Estado y de súbditos en todo lo temporal de las potestades, a quienes el mismo Dios ha puesto la espada en la mano para castigar los delitos y repeler de la sociedad a lo enemigos que la ofendan. Los doctores más ilustrados, los santos más grandes, los padres más esclarecidos, los pontífices más excelsos, la Iglesia infalible, la tradición constante, las Escrituras Divinas son todos testimonios que elevan esta verdad al grado sublime de la evidencia.

Con tan poderosos fundamentos ¿Cómo podrá el Fiscal sofocar la voz de su Ministerio, dejando vulnerados los derechos imprescriptibles de la Nación y expuesta esta Provincia a nuevas convulsiones, cuando el proceso está ministrando los remedios eficaces que deben tomarse para extinguir esta peste desoladora? Cuando él presenta de bulto los procedimientos escandalosos del Ilustrísimo Señor Obispo, y no deja duda de que por ellos la insurrección llegó al estado de resentirse la religión y la humanidad. El Fiscal no se pronunciaría de esta manera si sus aserciones no estuviesen abundantemente comprobadas por documentos incontestables. Tales son en primer lugar las Actas acordadas en 19 y 22 de septiembre de 1810 con voto y suscripción de Su Señoría Ilustrísima.

Con las armas ruines de que los gobernantes del continente no quieren entregar a los franceses, con la cantinela crainaria {sic} de que es necesario tomar medidas anticipadas para asegurar estos dominios al Señor Don Fernando 7º, salvándolos de la usurpación del tirano; con estos pretextos tan frívolos como maliciosos, se dio un golpe de muerte política al Gobierno de esta Provincia, establecido y observado por tantos siglos según las disposiciones de la Leyes y se subrogó una Junta que con el título de Superior del Reino se apropió las atribuciones del Poder Soberano, despojando a los Magistrados y Tribunales de las funciones que les estaban concedidas, y reduciendo las facultades del primer jefe al mero sufragio de un Presidente estafermo de aquella Junta. Si en ella se reconoció al Supremo Consejo de Regencia como único depositario de la soberanía, si posteriormente se hizo el mismo reconocimiento al Supremo Congreso de las Cortes Generales protestándole la obediencia debida y eligiendo este Ilustre Cabildo su representante, fue con el siniestro designio de seducir a los incautos, de engañar a los pueblos fieles, de impedir las expediciones militares que se preparaban contra los insurgentes, y para cubrir con este velo la estupenda malicia de aquel horrendo trastorno. ¿Cómo pudo ser sincero este reconocimiento cuando la Junta, de que fue segundo miembro el Señor Obispo, se atribuyó los derechos así inmanentes como trascendentes que solo puede ejercer el que obtiene el poder supremo? Ella destruyó las autoridades y mudó la forma de los establecimientos políticos que había confirmado el Supremo Gobierno reconocido por esos mismos novatores. Ella suprimió la Renta de Tabacos, la Contaduría General de Tributos y la Administración de Temporalidades y

Aguardientes, erigió nuevos corregimientos y nuevos gobiernos, a los pueblos hizo asientos, a los asientos hizo villas, y a las villas dio título de ciudades contra lo dispuesto en la Ley General, título 8, libro 14 de las Municipales. Ella levantó una fuerza de tropas así Veterana como de Milicias de más de cuatro mil hombres para atacar a las fidelísimas provincias limítrofes, con todos los oficiales y subalternos, los de la Plana Mayor y dio hasta los grados de coronel contra las estrechas prohibiciones de las Reales Ordenanzas. Ella creó Secretarios de Estado y Guerra, de Gracia y Justicia que sólo se conocen en los Gobiernos Supremos. Ella por último promulgó leyes, prodigó honores y privilegios, confirió todos los empleos políticos, militares y de hacienda, se usurpó las Rentas Reales e hizo cuanto puede hacer un soberano. Por consiguiente esta Junta con todos sus individuos han sido sediciosos, unos públicos perturbadores del legítimo Gobierno y unos reos de crimen de alta traición comprendido en los casos de la Ley de Partida.

Lo cierto es, Señor Excelentísimo, que este reconocimiento fue un paso solapado que dieron el Señor Obispo y sus secuaces para subir el último escalón de la independencia. Para conseguirla levantaron los pueblos, obligándolos a tomar las armas, una vez por medio de la seducción de que así lo exigía la religión y la fidelidad por que los contrarios a su sistema eran bonapartistas, y otras usando del rigor de embargar los bienes, de reducir a prisiones las personas y amenazar con el incendio y la proscripción a los que rehusaban alistarse en las banderas del crimen. De este modo organizaron un numeroso ejército a costa de las Rentas Reales y con los caudales de los vasallos fieles para resistir que se posesionase en el mando de esta Provincia el Señor Don Joaquín Molina, Presidente nombrado y confirmado por el Supremo Gobierno reconocido en esta Capital; para declarar una guerra cruel a las fieles provincias de Cuenca y Guayaquil, con el fin de deponer sus autoridades y perturbar el orden público, y sustraerlas de la dependencia de la Nación Española. Así lo ejecutaron con la ciudad de Pasto, que subyugaron con la fuerza armada y con la más inaudita perfidia. Después de haberla saqueado a semejanza de las tropas napoleónicas, después de haber cometido homicidios atroces, incendios increíbles y todos los excesos que los rebeldes acostumbran cometer en sus expediciones después de haber sembrado el terror y la devastación la entregaron al gobierno tiránico del Presidente de la titulada Junta Suprema de Popayán, sobrino carnal del

Señor Obispo, que había combinado sus fuerzas con las quiteñas para esta conquista. Por más que los fidelísimos habitantes de aquella ciudad, digna de mejor suerte, apelaban a los principios sentados por los sediciosos, de que los pueblos son libres para elegir el gobierno que les acomode, aunque protestaban que con esa libertad habían jurado espontáneamente las Cortes Generales de la Nación, se les oprimió con el peso insoportable de un poder irresistible, los fundamentos de su gobierno fueron trastornados: se pudo el cese de sus magistrados y se declaró esta provincia independiente de las Cortes y sujeta a la dominación de la República libre de la Confederación del Cauca. Y a vista de esto, ¿se podrá negar que el Señor Obispo, como uno de los miembros principales de la Junta que decretó esta conquista no ha entrado a la parte en esta revolución? ¿En esta violencia y tiranía comparables a aquellas de que ha usado el abominable Corzo para oprimir a la Península? Pero que digo cómplice, cuando la acta de once de diciembre de mil ochocientos once constituye al Señor Obispo por autor y primer caudillo de la insurrección quiteña.

Este Prelado convocó al Congreso Provincial como Presidente que era de él y no obstante confesar que esta Capital, no sólo había reconocido hasta aquel fatal momento al Supremo Consejo de Regencia y a las Cortes Generales y Extraordinarias congregadas en la Isla de León, sino también que sus órdenes habían sido obedecidas, como de una soberanía supletoria y representativa de la Nación; no obstante esta confesión, el Señor Obispo es el primero que vota la máscara, declarándose abiertamente contra la Suprema Jurisdicción del Estado y el primero que mueve la cuestión de la independencia, hasta consumir el crimen a fuerza de falsedades y de calumnias para arrastrar a su partido a todos los pueblos, obligándolos a sustraerse de la dependencia debida a la representación nacional. El Fiscal se atreve a estampar que la seducción fue obra de la falsedad y de la calumnia por que la misma acta le suministra la prueba.

Allí se asegura que el reconocimiento fue puramente condicional como de una soberanía interina o supletoria y las Cortes se instalaron como perpetuas en virtud de los derechos que tiene toda nación de congregarse en sus Estados Generales con el santo objeto de dar las leyes en ejercicio de su potestad originaria, de echar los fundamentos a la felicidad pública, de templar el absoluto poder de los

reyes para que no escale el trono del despotismo, ni suban a él los favoritos y de precaver el diluvio de males que han llovido sobre nosotros por la arbitrariedad y el favor. Este fue el fin de su instalación y a este mismo se han dirigido los desvelos de sus dignos miembros que han hecho ver a las naciones cuanto puede el fuego sagrado del patriotismo y de la lealtad en la obra inmortal de nuestra Constitución política. Pero supongamos lo que quieren esos sediciosos y pregunta el Fiscal: ¿Puede una Provincia separarse del resto de la Monarquía sólo porque es interino el gobierno que representa a su soberano? ¿Le es permitido sustraerse del voto general mayormente cuando va dirigido a consolidar el bien común y a poner con la reunión de fuerzas y de auxilios, una barrera impenetrable al tirano para resistir a su usurpación?

La segunda condición que se alega para establecer la independencia es haberse faltado la concurrencia proporcional de Diputados por las Provincias de América. ¿No protestaron las Cortes desde el principio que harían justicia y declararían la igualdad de derechos entre la Península y esta parte integrante de la Monarquía Española? ¿No cumplieron oportunamente con sus ofertas según los principios de justicia? No puede negarse que en aquella época ya se había recibido la Real Orden que se hizo pública en toda la Provincia, fijándose aquella perfecta igualdad de derechos entre los españoles europeos y ultramarinos y ya se estaba discutiendo el interesante punto de la representación nacional que debía tener la América en las Cortes. Si aún no había llegado el caso de que se negase el condicionado y antes bien las sinceras protestas de las mismas Cortes anunciaban aquella concurrencia proporcional de representantes, como efectivamente se declaró en tiempo oportuno. ¿No es faltar con la más descubierta perfidia a las obligaciones del pacto social ya contraído por un consentimiento libre y bajo, y supuesto falso cual es la causal en que se funda esa soñada independencia? ¿Puede darse prueba más clara y concluyente de este enorme crimen que los mismos principios proclamados, los cuales dan en tierra con el mal levantado edificio de la insurrección? A todo esto se agrega que por sólo ese efugio no pudo ser lícito al Señor Obispo y sus parciales y romper la unidad de la Monarquía, dividirla en pequeñas porciones, debilitar sus fuerzas para que la subyugue el tirano, a negarse a la justa defensa de su Monarca y hacer todo lo posible para remachar las cadenas de su cautiverio cuando los intereses del



Estado y los grandes riesgos que le amenazan, deben preferir en todo caso los que invente el egoísmo, como que la salud de la República es la Ley Suprema de toda sociedad bien gobernada.

Se alega en cuanto a lo tercero el estado ruinoso de la Península y que no ofrece esperanza fundada de su restablecimiento. Esta razón revierte contra los que la producen. Por lo mismo que se aplaude allí la heroica constancia de los españoles, por lo mismo que se admiran los gloriosos sacrificios con que defienden su libertad y exagera el peligro en que se ven, estas mismas consideraciones están persuadiendo que nuestra unión con aquellos héroes invencibles debe ser más íntima, nuestras relaciones más estrechas, que debemos desprendernos de cuanto nos es propio para auxiliar aquella santa causa, que debe ser una la voluntad de los pueblos de la Nación, uno el gobierno que de las leyes y libre las providencias para salvar la Patria, uno los votos y sentimiento para que todos formemos un solo cuerpo regido por sola una cabeza. ¿Qué hijo por insensible que sea a los gritos de la naturaleza deja abandonada a su madre en lo más apurado del peligro? Desengañémonos, Señor Excelentísimo, si toda la América hubiese obrado por estos principios de justicia reuniendo sus fuerzas con las de la Madre Patria, y prestado los poderosos auxilios que les proporcionan sus inmensas riquezas para hacer la guerra al opresor, conservar la religión sacrosanta de nuestros padres y la independencia de todo poder tiránico, la España habría hecho ver que su valor y sus esfuerzos son capaces por sí solos de restablecer el equilibrio de la balanza del poder de la Europa.

Ella se vio de repente oprimida bajo de unas fuerzas que parecían irresistibles, los puntos más importantes para su defensa fueron ocupados por sus enemigos, dismanteladas sus plazas, alejado lo más florido de su ejército; o más bien se hallaba sin tropas, sin armas y sin ningún recurso, no obstante ha sostenido una guerra cruel y porfiada contra el opresor, le ha derrotado sus ejércitos, ha teñido sus campos de sangre enemiga, ha recuperado la mayor parte de su territorio, y ha hecho progresos que eternizarán su memoria en los fastos de las Naciones Libres. Cuál sería la suerte del Corzo y sus viles esclavos si todas las Provincias hubieran formado un cuerpo de defensa, si en ellas hubiera reinado un mismo espíritu, si todas

las Arcas Reales hubiesen formado un solo erario público, y si se hubiesen ahorrado las sumas incalculables de dinero impendido por los vasallos fieles para contener a los sediciosos y por los sediciosos para resistir a los fieles.

Por otra parte, cuando el Señor Obispo declaró esa independencia criminal, la España, lejos de hallarse en el estado deplorable que se supone, ya había empezado a subir rápidamente al grado de esplendor y de grandeza en que la admiramos. ¿Con qué derecho pues se atreve el Prelado a substraerse de la Autoridad soberana de las Cortes que confiesa haber reconocido y absuelve a los habitantes de esta Provincia de todos los vínculos y obligaciones contraídas, y en consecuencia de aquel reconocimiento como lo ejecutó en la Acta arriba referida? Bien conoció Su Señoría Ilustrísima la debilidad de estos apoyos por eso se acogió al miserable efugio de que las Cortes son un gobierno intruso que no está generalmente reconocido. ¡Con que los representantes de toda la Nación congregados en sus Estados Generales es un gobierno intruso! ¿No es de admirar que los sediciosos que no manifiestan regla de conducta en sus operaciones, orden ni encadenamiento en sus ideas contradigan lo más evidente de la política y trastornen las bases del derecho público? Al paso que estos hombres contradictorios proclaman en sus papeles que por el cautiverio de Nuestro Rey los pueblos ha reasumido el poder soberano que les compete, y que pueden establecer el gobierno más benéfico a sus intereses, a ese mismo niegan este derecho a un Congreso el más augusto y sabio del universo donde se ha concentrado el Supremo poder del Reino por el conjunto de Diputados que lo ejercen en virtud del consentimiento expreso de unos pueblos y la ratificación de otros.

¿Cómo se le trata de intruso cuando fue convocado por el anterior Concejo de Regencia a quien reconocieron los quiteños por único depositario de la soberanía, obedecieron ciegamente sus órdenes y aún tributaron inciensos que degeneraban en vil adulación al Comisionado de la misma Regencia el pro insurgente don Carlos Montúfar? ¿Este Congreso no fue jurado por todas las Provincias del vasto imperio de México, por las del Virreinato del Perú, por las Capitanías Generales de Cuba y Puerto Rico, por la Provincia de los Charcas y por casi todas las Islas adyacentes del Continente? ¿Los reinos de la Península conforme iban sacudiendo el yugo del opresor, no reunían su poder al de los fuertes para no partir en débiles porciones

el imperio que por Ley fundamental es uno solo? Aún en las Provincias rebeldes, familias y pueblos enteros detestan el infernal sistema de la insurrección y claman por el gobierno liberal, justificado y equitativo de las Cortes Generales. En el mismo Reino de la Nueva Granada no todas las provincias, como se supone, miran como intruso a este cuerpo soberano. Las provincias de Veragua, de Panamá, del Darién y de Portovelo en el Istmo, y la de Santa Marta y Río de Hacha se mantienen sujetas y obedientes a la representación nacional. Casi todos los pueblos de Popayán, en particular los del Distrito de la fidelísima Ciudad de Pasto, bajo el peso de la opresión, en medio de las bayonetas y sobre los cadalsos gritan que todo gobierno que no sea una emanación de las Cortes, es inicuo, es tiránico, es contrario a la fidelidad debida a Fernando 7º y a la soberanía del Estado. Cuenca, Loja y Jaén de Bracamoros se han visto en la necesidad de armarse en masa para sostener con gloria esta santa causa y encaminar a sus hermanos por las sendas seguras de la razón y del deber.

Esta misma Quito cuando se hallaba libre de todo temor por tener las fuerzas y el poder en sus manos, ¿no es cierto que discutió este punto en un cabildo abierto y declaró por único depositario de la soberanía aquel Congreso Nacional, habiendo nombrado antes por representante de la Provincia al Excelentísimo Señor Conde de Puñonrrostro para que fuese uno de los individuos que lo compusiese? En conclusión si se forma un cálculo exacto de todas las provincias que siguen el partido de la justicia de la Península, y en este hemisferio, si de los estados rebeldes se substraen los individuos, las familias y numerosos pueblos que con una constancia heroica defienden sin embozo la integridad de la monarquía, si se separan del cuerpo revolucionario aquellos miembros que se mantienen unidos de buena fe y romperían esta unión al punto que se les desimpresionarse de las mentiras, imposturas y calumnias con que se les ha preocupado, yo aseguro que este cálculo no nos daría un residuo comparable con más de doce millones de almas que reconocen y obedecen al poder de la Nación concentrado en el Soberano Congreso de las Cortes. Y a vista de esto: ¿Se negará que es un crimen de rebelión calificado el formar esta provincia un gobierno aparte, porque según dice ella, el de las Cortes es intruso? ¿Cómo pues se atreve el Prelado a absolver a su grey de los estrechos vínculos que la atan a aquel Supremo Cuerpo por medio de un nudo tan inviolable como el de un juramento libre y sacrosanto?

Pero todavía hay más: ¿Con qué facultad se arroja a privar en aquella Acta a la Dinastía de Borbones de la sucesión del Reino que le corresponde por un transcurso de tiempo inmemorial, por voto universal de la Nación por una ley fundamental de las Cortes Generales, y en virtud de un derecho incontestable que se remonta a la época cabal en que la monarquía empezó a ser hereditaria por los esclarecidos descendientes de su Restaurador el incomparable Don Pelayo?

Pero no es extraño de que allí se excluya a la casa reinante cuando al único Rey que se protesta reconocer se le jura y proclama en el solo caso de que venga a imperar por precisión en este nuevo continente, ¡Qué es esto Señor Excelentísimo! ¿Vivimos en los tiempos de los hugonotes de la Rochela {sic}, o en aquellos siglos desgraciados en que la irreligión y el libertinaje conspiraron de común acuerdo a derribar todos los tronos para establecer sobre sus ruinas el imperio de las pasiones y de los vicios? Hacer depender el vasallaje de la residencia forzosa de su soberano en una porción fija y determinada de sus dominios, por el voto de un solo pueblo, y sin la concurrencia de los demás, ¿no es insultar al Rey y usurparse los derechos de la Nación? ¿Es posible Señor Excelentísimo que la insolencia haya llegado al extremo de que un puñado de sediciosos, trastornando los fundamentos del derecho público, ponga Leyes al más excelso de los Monarcas? ¿Que quiera mover un trono que se ha mantenido inalterable en el centro de la monarquía, contra el soberbio poder otomano y contra los fuertes vaivenes con que han pretendido conmoverlo las potencias más poderosas del universo? ¿Con que es preciso que la Corte se ponga en América para que los quiteños sean vasallos de Fernando 7º? Convengamos en que se ha cometido un crimen de lesa majestad humana, pues reconocer por Rey al Señor Don Fernando 7º con aquella condición inverificable {sic}, y no reconocerlo es una misma cosa. Veamos ahora si presentan siquiera alguna apariencia de razón los fines que proclaman los sediciosos en el establecimiento de su gobierno.

Tres son los que designan en aquella Acta: a saber libertar esta Provincia de la usurpación del tirano, conserva en su pureza la Religión Católica y echar las bases para la felicidad común. Si estos son los fines, el Fiscal hará ver que la independencia conspira contra todos tres. En cuanto al primero, la independencia abre la puerta

para que Bonaparte entre y se poseione de la América porque tanto ha suspirado. Sabemos que las convulsiones que sacuden tan fuertemente esta porción inmensa del globo, las disensiones entre sus pueblos, las guerras civiles que les devoran, la miseria que les oprime y la decadencia que experimentan en todos los ramos de la prosperidad por causa de las alteraciones políticas, todo es sugerido por la misantropía del Corzo, su plan de conquista es el mismo que los insurgentes han puesto en obra, y las armas de que se valen para sostenerlo parecen suministradas por su infernal astucia.

Sólo esta puede ser capaz de persuadir a tantos hombres ilustrados, a tantos pueblos cultos, que son medios seguros de consolidar la libertad aquellos mismos que los van precipitando a su esclavitud, y que rompen las cadenas cuando las están remachando. ¿No es un absurdo político el que Quito quiera aislarse, separándose de toda relación con la Península, y de la inmensa porción de pueblos fieles que han reunido sus fuerzas para sostener la Santa Causa y que pretenda persuadirnos que sólo de este modo puede asegurar su libertad? El mismo Espíritu Santo nos enseña que la cuerda que es débil por sí, cuando se una con otras, se rompe difícilmente. Sobre este principio están fundadas las sociedades, porque los hombres han renunciado una parte de sus derechos, y no hay alianza, confederación, ni sistema de gobierno que no reconozca este principio universal e inmutable. Cuanto mayor es la masa de un cuerpo, mayor es su fuerza de inercia para resistir al impulso con que se intenta hacerle mudar de estado. Si Quito y todos los sediciosos conociesen sus verdaderos intereses y aspirasen a una bien entendida independencia, seguramente no pretendería dislocarse del cuerpo de la Nación, que sobre tener concentradas sus fuerzas interiores por el concurso de todas las provincias leales, está robustecido por las poderosas alianzas de la República de Berruecos, por la escarmentada Suecia, por el Reino de Portugal, por el invencible inglés, inagotable en toda suerte de recursos y por los dos grandes imperios de la triunfante Rusia y de la Puerta Otomana. No es chocar con los principios del buen sentido defender que el Señor Obispo y sus partidarios no les es posible alejar el yugo tirano unidos a este sistema de fuerzas combinadas, y que sólo pueden conseguirlo viviendo separados de estas relaciones y dependencias. Esto altera el humor más flemático y así vamos a otra cosa.

Por lo que hace a nuestra Santa Religión, lejos de conservarse en la observancia de los preceptos de la Iglesia, y en la práctica de las buenas costumbres, vimos armadas las pasiones más terribles para combatir a la navecilla de San Pedro. Ya empezaban a correr impunemente bajo la autoridad del Congreso Provincial, papeles seductores que atacaban la piedad cristiana, la severidad del Evangelio, y aún encubrían la mortal ponzoña que ha pretendido difundir la atrevida filosofía de los libertinos del siglo. Ya se iba consolidando en estas provincias el imperio de la mentira y de la calumnia, y lo más sensible es que el Señor Obispo hubiese desplegado todo su celo pastoral para eternizar este imperio. Así lo acreditan sus oficios y pastorales que dirigió a los curas, tratando a las fidelísimas tropas del rey y a la Superior persona de Vuestra Excelencia de gente bandida, de impía, de anticristiana, de que el fin que Vuestra Excelencia se propuso en su Santa Expedición fue el de usurpar los derechos de los vasallos del Rey Fernando, profanar los templos, talar los campos, quemar las posesiones, despojar a los esposos, asesinar a estos vecinos, corromper las vírgenes y estrujar las viudas. Se adelanta Su Señoría Ilustrísima a fingir un acuerdo pleno celebrado en la cristianísima ciudad de Cuenca para que el precio de los soldados fuese el saqueo general por nueve horas en esta Capital y por cuatro en las provincias de su comprensión. Su Señoría Ilustrísima compara a los respetables jefes de Lima, de la misma Cuenca y de Guayaquil a los ateístas que carecen de religión y de moralidad, y trata de sospechosos a los pueblos que les obedecen, sólo por ser fieles al gobierno que han jurado; con otras atroces injurias que lejos de aprobar la religión, no puede menos que haber sido sugeridas por el espíritu del error. ¿Será conservar la religión encender el fuego destructor de la discordia para que su grey arda en disensiones escandalosas y en rivalidades eternas, en odios implacables, en guerras civiles, como las que se han declarado por Su Señoría Ilustrísima contra los invencibles héroes de la ciudad de Pasto, contra los cuales decretaron por su mismo Prelado en el Acta unas hostilidades tan crueles que apenas pueden creerse en la conducta del infernal opresor de la Europa? ¿Es defender la religión entusiasmar las gentes sencillas para que tomen las armas contra las legítimas potestades, a quienes nos manda el mismo Dios obedecer, no sólo por temor de la ira, sino por estrecha obligación de conciencia? ¿No es esto destruir el redil evangélico para plantar sobre sus ruinas el pabellón de la rebelión? El ver con indiferencia los crueles asesinatos de un magistrado como el del señor Oidor Decano, don Felipe Fuertes, cuyo cadá-

ver con el del don José Vergara fueron arrastrados en presencia del Señor Obispo por las calles públicas entre vivas y aclamaciones, y el que se ejecutó en la persona del primer jefe de la Provincia, cometido dentro de una casa religiosa por una turba de facciosos en alto día. ¿No es un paso que se ha dado para conseguir la libertad de conciencia y la impunidad de todo crimen? ¿El permitir y aún influir en los robos, saqueos, perjurios, muertes, incendios y deprecación es unir los corazones de los fieles con los vínculos de caridad por medio de la palabra y el ejemplo? Por el contrario no es constituirse el Señor Obispo autor de estos excesos porque como enseña el Gran Padre San Agustín el que hace o autoriza la rebelión es responsable y aprueba sus consecuencias. Por eso nos manda Dios en el Eclesiástico: *Non pecces in multitudinem cibitatis, nec te immitas in populum*.

Admira ciertamente que el Pastor de las almas convierta el callado {sic} de paz en instrumento de guerra, y valiéndose en aquellas pastorales de las Santas Escrituras para proteger la iniquidad, exhorte a los párrocos contra la mansedumbre que debe formar su carácter, a que levanten en masa sus ovejas, las armen del modo posible y al frente de ellas se presenten estos pastores en los combates para entregarlas al matadero y hacer una guerra viva a los magistrados ministros del Altísimo y ejecutores de su justicia, dando ejemplo no sólo de insubordinación y de venganza sino de una escandalosa infracción de los Cánones Sagrados e incurriendo así el Prelado como su clero en las irregularidades que tanto detestan los jueces, los concilios y la disciplina uniforme de Iglesia. Pero no es esto sólo, oímos predicar en la cátedra incorruptible de la verdad, como Doctrina Divina, que todos estábamos obligados a sostener la insurrección, que debíamos aniquilar a los realistas, que se declarasen por el partido de las autoridades, y que estaba excomulgado el que no destruyese la imagen del Dios vivo, el que no se armase contra sus hermanos o no defendiese y sostuviese a todo trance como causas de la razón y de la justicia, la que había sugerido el espíritu de tinieblas. ¿Cómo no había de profanarse la cátedra divina cuando el Señor Obispo en edicto que ratifica una pastoral llama pérfidos apóstatas feroces a los curas que movidos de un celo apostólico desviaban a sus feligreses de las sendas torcidas de la perdición? Su Señoría Ilustrísima hace vibrar la espada fulminante de la Iglesia amenazando y declarando suspensos *ipso facto* de oficio y beneficio a todos los sacerdotes seculares y regulares que directa o indi-

rectamente, de palabra u obra concurriesen a desalentar las gentes y separarlas del que llama justo y legítimo designio de defender y auxiliar al Gobierno intruso: abusa de la potestad de sus llaves fulminado excomunió mayor sobre los seculares de cualquier estado, calidad y condición que mantuviesen comunicación con Vuestra Excelencia o sus tropas fidelísimas, que diesen noticias relativas a la defensa y estado de la Patria, sedujesen o impidiesen los reprobados arbitrios que para sostener la maldad se habían adaptado en la Capital y sus Provincias Unidas. El mismo anatema se publica contra los ocultadores y sustracción de armas, caballos, municiones y pertrechos contra los que no la denuncien, o no las entreguen estando en su poder y últimamente contra los que habiéndose desertado, no volviesen a incorporarse dentro del tercero día en las banderas de la revolución.

Un gobierno que ha introducido tanta relajación en las costumbres, tantos desórdenes y escándalos y en el que sólo reinaban la confusión y el libertinaje, no pudo consultar la común felicidad de los pueblos, mayormente cuando se violaban con impunidad los derechos más sagrados del hombre, sus bienes, su honor, su vida y cuanto posee de más precioso eran un juguete de las pasiones más viles. La venganza y la rapiña ponían en obra los proyectos más inicuos a costa de una botija de aguardiente y un poco de pan y queso, bastante para irritar el furor del pueblo y hacerle consumir estos crímenes. Así se ejecutaron los homicidios alevosos del Excelentísimo Señor Presidente, Conde Ruiz de Castilla, del Señor Oidor Decano don Felipe Fuertes, del Administrador de Correos don José Vergara, y de esa multitud de inocentes, prisioneros que murieron agarrotados en el Asiento de Otavalo. Con estos estímulos inflamaban la chusma para que persiguiesen cruelmente a tantos sujetos fieles, a tantas señoras de primera clase, a tantos sacerdotes irrepreensibles a quienes obligaron a separarse del comercio de los hombres y a vivir en las cavernas y en los montes con las bestias. El mismo Congreso y su inicuo tribunal de vigilancia daban las lecciones más perniciosas para que se observase esta conducta. Por sólo haber pedido las Bulas de Cruzada a la Comisaría de Cuenca para aquietar sus conciencias los recomendables eclesiásticos, el Prebendado don Mariano Batallas, el Vicerrector del Seminario doctor don Andrés Villamagán y el Sacristán Mayor don Tiburcio Peñafiel, con el padre mercedario fray Tomás Lozada y algunos otros fieles, se les redujo a una dura pri-



sión, privándoles del fuero y se decretó un penoso destierro en que sufrieron las más graves calamidades. ¿Los caballeros Calistos, estos mártires de la lealtad, no fueron sacrificados en las tinieblas de la noche y como víctimas infelices al furor de esos crueles gobernantes que tan atrozmente atropellaron sus derechos? ¿El mismo Congreso no decretaba arrestos ignominiosos, secuestros violentos, destierros repetidos, muertes y proscripciones contra los realistas por sólo aparentes sospechas? Con razón los tumultos populares que se levantaban todos los días, destruían unas casas, saqueaban otras y ponían a muchos vecinos en la alternativa inevitable de morir, o dar sus bienes. Con razón reinaba una anarquía universal en que todos eran jueces y ninguno súbdito, en que las órdenes del intruso Gobierno eran desobedecidas con insolencia hasta el extremo de que los más soeces insultasen públicamente la sagrada persona del Señor Obispo y levantasen suplicios en la Plaza Mayor para ahorcar a los del Congreso. La Administración de Justicia llegó al último término de la prostitución y todos los establecimientos públicos fueron trastornados. No había agricultura, artes, ni comercio. Las universidades y colegios estaban cerrados, los estudiantes, los menestrales y todos los brazos útiles no tenían otra ocupación que la guerra, y hasta a los niños tiernos se les distraía de la escuela para destinarlos a hacer balas.

Lo que pone el sello a todo, es el papel que los mismos gobernantes publicaron en los pueblos de la Provincia implorando socorro para dar en tierra con el partido de los Montúfar. Ojalá apareciese este documento para que todos se admirasen de las tramas que se urdía en el Congreso, de las facciones en que estaba dividido, de las maldades que en él se cometían y del estado a que había llegado la arbitrariedad, el despotismo y la tiranía. Allí se descubre el velo a la iniquidad, se confiesa que los Montúfares habían destruido el gobierno legítimo y plantado el rebelde porque aspiraban al Trono de Quito, y se confiesa por los mismos que con este conocimiento lo habían fabricado cooperando a sus designios. ¿Y a vista de esto, podrían dirigirse al bien común un gobierno criminal en sus intenciones y motivos en sus principios y medios, en sus fines y consecuencias? Criminal por haber alterado el orden por haber conducido a los pueblos a la sedición, a las asonadas y tumultos. Criminal por haber sustraído de la Autoridad Suprema que había jurado de la dinastía reconocida y del Rey Augusto a quien puso sobre el trono el mismo

Dios. Criminal en fin por haber protegido las miras del enemigo común, por haber soltado las riendas a las pasiones, cometido crímenes los más horrendos y todos los excesos de la anarquía más atroz.

El Ilustrísimo Señor doctor don José Cuero y Caycedo ha sido uno de los caudillos de la conspiración, pues por los documentos auténticos de que abunda el sumario, resulta haber sido un prelado sedicioso, inquieto, perturbador de la paz pública. Un Prelado que en unión de los faccionarios usurpado la Real Jurisdicción contra la Ley 4ª, título 1º, libro 4º de la Recopilación Castellana y las altas regalías del Real Patronato, ejerciéndolas por elección de Presidente que hicieron en él los rebeldes e incurriendo en las penas que impuestas por la primera, título 6, libro 1º de las Municipales. Su Señoría Ilustrísima ha cometido el enorme crimen de alta traición por haberse sustraído del Supremo Gobierno del Estado y roto su unidad, por haber procurado remachar las cadenas del cautiverio del Señor Don Fernando 7º, por haber contribuido al menos con las obras que se pongan en planta las instrucciones que Bonaparte ha dado a sus emisarios de América, por haber faltado a las obligaciones de la fidelidad prevenidas por todas las Leyes del título 19, partida 2ª, por haber pretendido privar a la Dinastía de Borbón y aún al mismo Rey legítimo del Trono que le corresponde por el voto universal de todos los pueblos de la monarquía. Su Señoría Ilustrísima y sus secuaces han obligado a estos desgraciados habitantes a hacer una guerra cruel a las potestades legítimas, hasta abusar de las armas terribles de la Iglesia, y han cometido los crímenes más atroces revolviendo y amotinando a los pueblos, disipando el Real Erario, y ocasionando ese desorden y tropel de pecado y delitos que se han cometido con tanto desenfreno. Para contener unos males que ofenden tan de lleno a la República y se logre precaver las nuevas convulsiones que ha protestado el mismo Señor Obispo, asegurando en sus pastorales que se sacrificará gustosos por sostener su rebelde sistema y por los que se adhieran a él, que jamás podrá ni aún la fuerza separarlo de estos principios, y que estimará en poco su vida por sostenerlos, pide el Fiscal en observancia de las Leyes, posteriores disposiciones y práctica observada, se ocupen las temporalidades del Ilustrísimo Señor Obispo doctor José Cuero y Caycedo, y se le dirija el correspondiente oficio por medio de los Curas de las Provincias de Ibarra y Otavalo, hasta que llegue a su mano, respecto de hallarse allá oculto, para que se ponga inmediatamente en camino, protestándole

toda seguridad y comodidad y se presente ante el Supremo Gobierno de la Nación, a cuya Suprema Autoridad debe remitirse esta causa por triplicado para que según su mérito recaiga la resolución que exige su importancia. Y cuando su ancianidad y enfermedades no le permitan un viaje tan largo, que a lo menos se mantenga en la Capital de la Metrópoli o en la inmediata ciudad de Cuenca, ínterin resuelve lo conveniente el Supremo Gobierno, pues no puede quedar esta Provincia tan revuelta. Un Prelado que tiene a su devoción todos los pueblos y que según ha acreditado una triste experiencia, los mueve como quiere y para cuanto pretende, abusando de la veneración que le tributan.

Por ello, como es constante a Vuestra Excelencia, todavía son muchas las gentes preocupadas que sostienen que la revolución es buena porque el Señor Obispo la ha sostenido obstinadamente, fugando de esta ciudad cuando la ocupó Vuestra Excelencia y manteniéndose en las inmediaciones de Ibarra, esperando el resultado de la última resistencia que allí se hizo, siendo lo más digno de extrañarse el que no se hubiese dado contestación alguna al oficio que recibió de Vuestra Excelencia y el que se mantenga todavía oculto, sin dar la menor señal de arrepentimiento ni adhesión a la potestad legítima.

Pero al mismo tiempo que al Fiscal le parece indispensable la providencia pedida, no puede menos que representar a Vuestra Excelencia los graves inconvenientes y nulidades que se están cometiendo en el ejercicio de la Jurisdicción espiritual por causa de la vacante que se ha tocado al Señor Obispo, cuando el Prelado antes de su fuga dejó nombrado por su Gobernador con competentes facultades al doctor don Antonio Tejada, con quien Vuestra Excelencia estuvo acordando pacíficamente cuántas providencia exigían la concurrencia de las dos potestades para consultar la felicidad espiritual y temporal de estas provincias. Aún cuando al Obispo se extraña de la Monarquía por sedicioso y atentar a la Autoridad Soberana, debe ejercer la jurisdicción espiritual el Vicario o Gobernador que nombrare y el Cabildo Eclesiástico sólo cuando aquel muera. Así lo fundan el Señor Solórzano, el Señor Presidente Cobarrubias, y con el universal sentir de los Regnicolas el señor Frazo en el Cap. 43 N° 49 hasta el 54 inclusive. Este es el espíritu de los Sagrados Cánones y esta la práctica que se ha observado en la Nación confirmada por la soberana

autoridad de las actuales Cortes Generales y Extraordinaria según el Real Decreto circular del Supremo Consejo de Regencia de 12 de agosto de 1812, mandando que los Prelados Eclesiásticos de cualquiera clase o dignidad que se hagan sospechosos al Gobierno por su conducta con el enemigo común, se abstengan de ejercer las funciones de su ministerio hasta que se purifique, nombrando el Prelado la persona o personas que hayan de gobernar en su lugar y dando cuenta al gobierno para que vea si estas son de su confianza. A lo que se agrega que la causa del Señor Obispo apenas está en estado de sumario, se debe remitir al Supremo Gobierno y no puede a lo menos por ahora tener lugar la vacante por ser una deposición directa a que no puede procederse así por las disposiciones legales como por un artículo terminante de la Constitución que prohíbe toda privación de empleo, sin causa legalmente probada y sentenciada según derecho.

Por estos poderosos fundamentos puede Vuestra Excelencia pasar los correspondientes oficio al Venerable Deán y Cabildo, y al Gobernador del Obispado doctor don Antonio Tejada para que este continúe en el ejercicio de la jurisdicción eclesiástica que le está conferida, encargándole el celo, y eficacia con que debe proceder con acuerdo de este Real Vice Patronato, a remover de sus beneficios a todos los curas irregulares que hayan levantado sus pueblos, comandado en las expediciones, o que hayan predicado a favor de la insurrección, arreglándose a las Leyes Municipales 12 del título 7º y 9 del título 12 libro 1º y disposiciones posteriores del Supremo Gobierno de la Nación. Y en caso que este Gobernador no fuere de la total confianza del Gobierno, podrá Vuestra Excelencia acordar con el Señor Obispo cuando parezca, la persona que quede encargada de la Jurisdicción Eclesiástica, debiendo ser de un celo y fidelidad a toda prueba, como lo exigen las críticas circunstancias del día.

Mas por lo que hace a los caudillos y principales cómplices de la insurrección, seguramente el Fiscal esforzaría la voz de su ministerio para pedir las penas con dignas a sus delitos sino se lo impidiese el indulto general publicado por Vuestra Excelencia. Pero ya que en este sólo quedan libres sus vidas y sus bienes y por el gobierno se reserva tomar las providencias oportunas para consultar el bien general, ningunas pueden ser más sabias y equitativas, ningunas podrán precaver más

eficazmente el mal, que las prevenidas en la Ley 20 libro 8 título 7° de las Municipales, remitiendo con arreglo a esta disposición, bajo de partida de registro, y con sus correspondientes causas a las órdenes del Supremo Gobierno, a todos lo que acordaron la Acta de 19 de septiembre de 1810 en que se erigió la Junta Revolucionaria, a todos del Congreso que declararon la independencia de las Cortes Soberanas, a los corregidores de las Provincia que acaudillaron los pueblos de su distrito seduciéndolos con imposturas y calumnias, amenazándolos y oprimiéndolos con el peso de la autoridad para que sostuviesen a viva fuerza el sistema revolucionario, y a los comandantes de las expediciones del norte y del sur que han derramado tanta sangre y cometido los más horrendos crímenes. Ínterin no se tomen, Señor Excelentísimo, una providencia semejante, la enfermedad no se ha curado. El cuerpo político, a semejanza del humano, si no evacúa los nocivos humores que en el circulan, está expuesto a un ataque que le prive la existencia. Mientras un volcán deposite en su seno las materias inflamables debe temerse una repentina explosión que cause grandes estragos.

No es posible, Señor Excelentísimo, dejar de llevar a su última perfección la admirable obra que Vuestra Excelencia ha emprendido con tanto valor, intrepidez, con tanto acierto y sabiduría. Los sacrificios que ha hecho Vuestra Excelencia en la pacificación de estas provincias son demasiado costosos para que se malogre su precio inestimable. Por tanto sírvase Vuestra Excelencia dictar las providencias que el Fiscal tiene pedidas, como es Justicia. Quito Marzo 2 de 1813.

Otro si dice: que comparado el oficio original con que el Venerable Deán y Cabildo se opuso a jurar la independencia, contestado al Ilustrísimo Señor Obispo, y la copia de él certificada por los secretarios del mismo Deán y Cabildo, se halla estampada en el primero, y no en la segunda la firma del Magistral Doctor don Francisco Rodríguez Soto, que puede haberse puesto posteriormente, ya por estar de distinta tinta fuera del lugar correspondiente según la antigüedad de dicho Magistral y sobre todo porque este, lejos de haberse opuesto a la independencia, suscribió a ella en la Acta de 11 de diciembre de 1811 y continuó de miembro del Congreso independiente hasta que una parte de él dio en tierra

con la facción de los Montúfares. Para que este reparo no se note en el Supremo Gobierno y tal vez se vicie lo actuado por la gravedad y delicadeza de la causa, se aclare este punto, haciéndose comparecer a los Secretarios del Venerable Deán y Cabildo para que juren y declaren lo que hubiere en este particular, como es *justicia ut supra*.

f. Víctor Félix de San Miguel

Quito marzo 6 de 1813<sup>83</sup>.

---

83 ANH/Q, Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. "Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo".

---

## EL CLERO REBELDE Y EL PAPEL DEL PÚLPITO

La palabra del clero secular y regular, difundida desde el púlpito en los sermones, en arengas callejeras o en conversaciones entre amigos y feligreses, contribuyó para orientar la opinión pública, para encender el sentimiento patrio, para organizar las fuerzas cívicas y para alentar el ánimo en el combate. Al parcializarse buena parte de los eclesiásticos quiteños a favor de los movimientos autonomistas, influenciaron en amplios sectores de la población determinando su incorporación a las revueltas y a la resistencia a Toribio Montes y a sus tropas. El clero criollo apoyó el desenlace de la rebelión, orientó la lucha ideológica contra los realistas y definió objetivos políticos. El púlpito de las iglesias urbanas y rurales se transformó en la tribuna más idónea y más apropiada para incitar a las feligresías a respaldar la causa independentista. Fue frecuente oírles decir: “El legítimo dominio español en América debía apoyarse en el consentimiento del pueblo”, o “no hay Rey, Cortes ni Consejo de Regencia, es ya tiempo de que el vecindario nombrase jueces que le gobiernen...”, o “Para la fecha no hay Rey pues está preso por Bonaparte y se ignora su fin...”, o “No hay Corte, Consejo de Regencia ni otro gobierno legítimo en España...” (Moreno Egas, a) 1988: 141-162). Recordemos las palabras del cura Juan Pablo Espejo cuando en 1825 solicitaba se recibiese información sobre la trayectoria de su carrera eclesiástica:

“... Si atendemos a los sacrificios que han tenido por objeto la salud pública en lo temporal que ha dependido inmediatamente de la separación de nuestra antigua metrópoli la España, tengo igualmente el placer de que muy pocos lo han hecho tantos como yo y que por lo mismo haya estado sujeto a mayores o iguales padecimientos. En la Curia Eclesiástica se halla como es notorio un proceso criminal seguido contra mi, a el espacio de treinta y

dos años porque desde entonces en unión de mi hermano trabajé no poco en levantar y alarmar los pueblos para romper las cadenas y dar en tierra con el cetro de hierro que nos oprimía, habiendo sido su resultado el que sufriera por catorce meses una prisión en la Cárcel de Corte y en la de Corona cruel, dura y dolorosa. En la entrada del General Montes bien lo vio Quito entera que cargado de grillos del peso de una arroba fui remitido para Guayaquil como un reo de alta traición e infidencia al rey español, después de que a consecuencia de los continuos saqueos que se me hicieron había quedado reducido al estado de la mendicidad más lamentable. Luego que en el año de veinte y dos asomó en nuestro horizonte el hermoso iris de la libertad y la paz ayudé a los Comandantes Cestari, Chiriboga, Illingworth y Gil Rodríguez, con dinero, con caballos, con víveres y aún con hombres enganchados por mi mismo...”<sup>84</sup>.

Del “Informe del Procurador General, Síndico personero de la ciudad de Quito, Ramón Núñez del Arco” (en Barrera, 1940: 1-51) -en el que clasificó en insurgentes seductores o predicadores, insurgentes, indiferentes tolerantes, realistas y realistas fieles, a las personas que de alguna forma aparecieron involucradas en las revueltas-, se desprende que la tercera parte de los rebeldes pertenecían al clero. Según Leoncio López Ocón, cerca de la mitad de la Iglesia de la Audiencia era insurgente (López Ocón, 1977: 124-125), los otros fueron realistas o indiferentes. Según Núñez del Arco, no había ninguna autoridad eclesiástica que pudiese informar sobre la posición del clero “por hallarse casi todos implicados en la inicua rebelión y en caso de hacerlo será disimulando, afectando u ocultando los escandalosos procedimientos que han observado...” (en Barrera, 1940: 33).

Al hacer conocer los medios que los rebeldes utilizaron para difundir sus ideas, Pérez Muñoz dice en una de sus cartas:

“En primer lugar han abusado del púlpito y confesionario, predicando en aquel y seduciendo en éste a los infinitos ignorantes atrayéndolos a su partido; al principio con pretextos de defender estas tierras del poder de Bona-

---

84 Colección Privada. Petición del presbítero Juan Pablo Santa Cruz y Espejo, cura de Tanicuchí, al venerable deán y Cabildo para que se le reciba información sobre su carrera eclesiástica. Quito, septiembre de 1825.



parte y mantenerlas en obediencia al Rey Fernando Sétimo: indagando en el confesionario cuáles eran los verdaderos realistas y los acusaban los mismos confesores... La multitud de curas, frailes y clérigos de mala y relajada vida, a quienes halagaron con ofrecerles libertad de conciencia con los papeles impresos en el Norte América, en Jamaica y en España mismo. De estos eclesiásticos llegaron muchos a predicar el materialismo hasta en los púlpito...” (en Hidalgo Nistri, 2008: carta 26, 137).

Sobre este mismo asunto, el 24 de diciembre de 1812, el doctor Víctor Félix de San Miguel, fiscal de Quito, dirigió una comunicación a Toribio Montes en la que manifestaba sus discrepancias por la elección del doctor Joaquín Sotomayor y Unda como provisor del Obispado. Sotomayor había participado activamente en la rebelión y había jurado fidelidad a la Junta Suprema de 1809. Temía que Sotomayor, estando al frente del Obispado de Quito como provisor y siendo notoria la amistad y las cercanas relaciones que mantenía con los insurgentes, influenciara en el gobierno eclesiástico, y entre otras cosas decía: “se puede temer que el espíritu de sedición continúe aunque está reprimido y contenido con la fuerza de las armas, y todavía fermenta secretamente en los corazones de los revolucionarios...”<sup>85</sup>.

Las poblaciones de la región habían resistido a las tropas reales por instigación y respaldo del obispo Cuero y Caicedo quien, afianzado como la máxima autoridad eclesiástica, contando con el respeto y veneración que le tenía el pueblo, convenció a los curas y estos -por medio de la predicación, las exhortaciones y la amenaza de penas eclesiásticas- levantaron a buena parte de sus feligreses, sin excepción de persona, y los compelieron a tomar las armas y a resistir a las autoridades y a las tropas reales, muchos de ellos capitaneándolos personalmente en los combates<sup>86</sup>.

85 ANH/Q. Sección Religiosos, Caja 75, Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Sr. Dr. José Cuero y Caicedo, N° 13, 1813,” Oficio dirigido por Fray Antonio Sanz, Andrés Villamagán, Pedro Xavier Benavides, Joaquín Miguel Aráuz y José Romero a Toribio Montes.

86 ANH/Q. Sección Religiosos, Caja 75, Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Sr. Dr. José Cuero y Caicedo, N° 13, 1813,” Oficio dirigido por Fray Antonio Sanz, Andrés Villamagán, Pedro Xavier Benavides, Joaquín Miguel Aráuz y José Romero a Toribio Montes.

Pero las manifestaciones del clero a favor del gobierno autónomo de Quito y por mantener un ambiente de respaldo, no solamente se realizaron por medio de la oratoria. Pérez Muñoz responsabiliza a los religiosos de haber puesto en circulación papeles sediciosos y falsos rumores contra el rey, la familia real y las autoridades realistas. El clero fue acusado de haber propagado el rumor de que el virrey del Perú, Fernando de Abascal, se había coronado emperador a nombre de Napoleón y en esas circunstancias obligado a la gente, con engaño, a tomar las armas contra Quito (Hidalgo Nistri, 2008: carta 26, 138). El canónigo Guisado fue acusado de haber difundido la noticia de que había llegado a Quito una carta escrita desde Buenos Aires por un tal Agüero, en la que se decía que el virrey Abascal era hereje y bonapartista, y como tal había recibido a los emisarios de Napoleón<sup>87</sup>.

Por otra parte, las autoridades quiteñas nombradas por la Metrópoli fueron objeto de la sátira y de la burla promovidas por varios párrocos. Recordemos el caso de fray José Vinuesa O. M., excusador de Cumbayá, quien fue denunciado en 1815. Vinuesa apareció comprometido dentro del proceso que se siguió al licenciado don Joaquín Enríquez de Guzmán, cura propio de Cumbayá; a este último se lo pesquisaba por haber cometido excesos en el tiempo de la revolución. Vinuesa fue acusado de reo de Estado por haber alborotado a esa población con la intención de amotinarla en contra de las autoridades, por haber fomentado expresiones de odio y rebelión, y por haber confeccionado máscaras ridículas y mojigangas con las que el pueblo se burlaba de las autoridades realistas. En las fiestas de Corpus Christi había sacado dos gigantas, la una representaba a una chapetona y la otra a una negra que en un brazo llevaba a su hija y en la otra mano un aventador. El indígena que conducía a la negra, en el desfile decía: “Yo soy Toribio Montes”. En las procesiones de Semana Santa también había construido esta clase de monigotes para representar, dentro de las escenas de la Pasión, a los personajes que decidieron la muerte de Cristo. Igualmente los hacía desfilar diciendo que eran el presidente Montes y las autoridades realistas<sup>88</sup>.

87 ANH/Q. Religiosos. Caja 75. Carpeta 9. “Expediente del Dr. Dn. José María Plaza de los Reyes, Cura de Chunchi”, 1811.

88 ANH/Q. Religiosos. Caja 77. Carpeta 3, “Autos seguidos por el Lcdo. don Joaquín Enríquez de Guzmán, Cura propio de la doctrina de Cumbayá, sobre vindicarse de las imputaciones que causaron su separación del beneficio. Año 1815”

El clero revolucionario actuó con frontalidad y decisión como tribunales, junto con los que aparecieron en aquellos días entre la plebe. Uno de esos tribunales fue Javier Gutiérrez que fue acusado el 10 de junio de 1813 por Toribio Montes de agitador del pueblo:

“...tan entusiasmado en la Revolución de estas provincias desde la primera del año de 809, en la que fue oficial de las tropas sediciosas que se levantaron contra el gobierno legítimo. En la segunda llegó a tanto su entusiasmo que se anduvo en junta de los religiosos franciscanos, Correa y Cevallos, y los demás el día que salieron a convidar al pueblo exhortando y predicando a fin de que se opusiesen a la entrada de las tropas de Su Majestad, encargándose como se encargó de la formación de las lanzas y demás instrumentos que premeditaron los sediciosos para dicho fin, habiendo servido con antes la relatoría del tribunal supletorio de justicia que inventaron los mismos sediciosos” (proceso contra Javier Gutiérrez, en Barrera, 1941: 110-112).

El fiscal lo sentenció, el 25 de junio de 1813, a destierro por diez años a la plaza de Valdivia, pero Montes cambió el lugar del exilio a la ciudad de Trujillo por el mismo tiempo (proceso contra Javier Gutiérrez, en Barrera, 1941: 110-112).

En 1813, al iniciar Toribio Montes los procesos contra las personas que aparecieron involucradas desde 1809 en las sublevaciones de Quito, se identificó a más de un centenar de eclesiásticos insurgentes y hubo sin duda varios que permanecieron en la sombra. Podría parecer modesto el número de los religiosos procesados, pero esos eclesiásticos conspiraron, orientaron en la coyuntura política y dirigieron tropas.

Sin pretender presentar una referencia completa sobre todos los religiosos que intervinieron y participaron respaldando los movimientos autonomistas de la Capital, o peor aún sin pretender ofrecer sus biografías completas -por que no esa la intención y los alcances de este trabajo- a más del obispo de Quito, doctor José Cuero y Caicedo que, sin lugar a dudas, fue la cabeza y a la vez representante de clero quiteño que más y determinante papel jugó entre 1809 y 1812, debemos recordar a los siguientes:

## Cabildo eclesiástico

- Doctor Joaquín Sotomayor y Unda, deán de la Catedral de Quito, juró obediencia a la primera y a la segunda Junta y reconoció a las nuevas autoridades y celebró misa de acción de gracias con ocasión de la primera. Contribuyó con donativos voluntarios para vestir a la tropa. Fue protector de los curas insurgentes (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 34).

- Doctor Maximiliano Coronel, arcediano de la Catedral de Quito, juró obediencia a la primera y a la segunda Junta y reconoció a las nuevas autoridades y celebró misa de acción de gracias con ocasión de la primera. Contribuyó con donativos voluntarios para vestir a la tropa (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 34).

- Doctor Calixto Miranda, fue abogado y teólogo; durante las revueltas era canónigo magistral de la Catedral de Quito. Contribuyó con donativos voluntarios para vestir a la tropa. En 1812 presentó ante el Congreso Supremo, a pedido del grupo regentista liderado por los Montúfar, el “Proyecto de Constitución para el Reino de Quito” (en Ponce, 1960: 270-276), que no fue aprobado. Como ha quedado anotado, los congresistas prefirieron el texto del doctor Rodríguez Mañozca. Miranda fue atacado duramente en el Congreso por los que defendía el proyecto de Rodríguez quienes hicieron circular pasquines en contra del maestrescuela por lo que se vio obligado a separarse del Congreso. En el proyecto constitucional de Miranda se establecía, entre otras cosas, disposiciones de soberanía que no permitían que estos reinos pudiesen ser agregados a otros estados, ni sus provincias desmembradas; se anotaba también que se obedecería al rey de España solamente cuando Fernando VII venga a establecerse en el trono de Quito. Se contempló la división de poderes y disposiciones en materia de administración eclesiástica, municipal, rentas fiscales, milicia, instrucción pública, policía, comercio y agricultura. Respaldó el ataque a Cuenca (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 34).

- Doctor Tomás Yépez, tesorero del Cabildo de la Catedral, realizó contribuciones voluntarias para vestir a la tropa. Como comisionado de cruzada predicó las

Bulas con la consigna de destinar el dinero que se recogería para el sostenimiento de la guerra (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 34).

- Doctor Manuel José Guisado, nativo de Lima, canónigo penitenciario de la Catedral de Quito, contribuyó para el vestuario de la tropa. En la acusación que formuló en su contra Toribio Montes, el 23 de junio de 1813, se hizo constar que había escandalizado al vecindario al haberse unido a un grupo numeroso de personas nobles y plebeyas con el propósito de alterar el orden público. El doctor Guisado había contribuido a ello con su ejemplo y prédica sediciosa frente al populacho, “instando con el mayor empeño al proyecto criminal de revolver a los habitantes de esta provincia”. El canónigo fue a Guayaquil, luego de la celebración de la Junta reunida el 22 de septiembre de 1810, para predicar a favor de la causa, particularmente sobre la legitimidad de la Junta constituida en Quito. En Guayaquil había pedido a los vecinos del puerto organizar un gobierno contra el rey y contra sus funcionarios que gobernaban la Presidencia de Quito. A su regreso de Guayaquil, Guisado divulgó la existencia de una carta dirigida a él desde Buenos Aires en la que se comentaba que el virrey Abascal había recibido a emisarios de Bonaparte y que las intenciones de Abascal eran entregar las colonias a Francia. Esa carta fue remitida a Bogotá en donde se reprodujo por la imprenta. Según Montes esto sirvió para que Guisado fuese nombrado representante por Otavalo ante el Congreso y, estando de congresista, no cesó de mantener sus actividades de agitación en el vecindario, organizó tropas para resistir a las fuerzas realistas que se acercaban a Quito al mando de Montes. Se le acusó también de fomentar expediciones militares contra Cuenca y Pasto y de haber dirigido la construcción de los fuertes de Mocha y Jalupana. En 1812 figuró como intendente de la Casa de la Moneda que se iba a fundar en Quito.

Los notarios que testificaron contra el canónigo Guisado, Miguel Munive y Esteban Hidalgo Paredes, indicaron que el acusado había sido representante en el Congreso Subversivo y que se empeñó en sostener la rebelión. El fiscal San Miguel consideró que este religioso había sido uno de los sediciosos más obstinados y enemigo del gobierno legítimo; uno de los que había causado los males más funestos en Quito, por haber empleado su ministerio sacerdotal, sus talentos y luces

en sostener hasta las últimas consecuencias y con el mayor entusiasmo el sistema revolucionario. Había que alejar de estas provincias a miembro tan corrompido para lo cual, el 7 de julio de 1813, se pidió desterrarlo en calidad de detenido a la ciudad de Antequera, Capital de la Provincia de Oaxa (sic), donde debía ser vigilada su conducta, sin que pudiese salir de ella hasta nueva orden (proceso contra el doctor José Manuel Guisado, en Barrera, 1941: 124-126).

- Doctor Francisco Rodríguez de Soto, natural de España, canónigo magistral de la Catedral de Quito. Representó al Cabildo Eclesiástico en la Junta instalada en septiembre de 1810. Junto con los sanchistas fue crítico en contra la familia Montúfar. Atacó a don Carlos Montúfar por haberse retirado de Cuenca y por utilizar el carácter de comisionado regio, era del parecer de que había llegado la hora de terminar con la simpleza de reconocer a la Regencia (Ramos, 1978: 220, nota 357). Melchor Aymerich le acusó de haber entregado 60.000 pesos de los Diezmos que administraba como colector para sostener la guerra contra las tropas reales, y de tener pendientes dos causas criminales: la una por adulterio seguida por don Manuel Angulo, marido de doña Juana Miranda y la otra por robo en contra de su tío el obispo Cortés (Navarro, 1962: 476). El doctor Rodríguez de Soto intervino para que Ruiz de Castilla entregara las armas al comisionado regio, Carlos Montúfar; más tarde se opuso al juramento de fidelidad a los borbones; propuso a Montes la salida de Quito de realistas y de tropas realistas y crear un ejército con personal local lo que ayudaría a tranquilizar el ambiente. Toribio Montes puso su nombre entre los principales insurgentes que debían ser castigados (Toro, 1934: 209). Fue arrestado por el coronel Fromista el 27 de junio de 1816, tras lo cual fue desterrado junto con Antonio Nariño (Andrade, 1909: 344).

- Doctor Joaquín Pérez de Anda (Toro, 1934: 264), canónigo de la Catedral, contribuyó para vestir a la tropa. Representante del Cabildo, elector por La Magdalena, según el informe de Aymerich (Navarro, 1962: 478).

- Doctor Estanislao Guzmán, canónigo de la Catedral. Reconoció y se adhirió a la instalación de la primera Junta y contribuyó para el sostenimiento de la tropa (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 35).

- Doctor José Isidro Camacho, medio racionero de la Catedral. Reconoció y se adhirió a la instalación de la primera Junta (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 36).

- Doctor Antonio Tejada, natural de Popayán. Fue excusador de La Catedral, electo en la parroquia de San Blas. Senador de la primera revolución, estuvo preso en el cuartel y se le siguió causa, según informe de Aymerich (Navarro, 1962: 477, nota de pie de página). Fue gobernador del Obispado por delegación del obispo Cuero y Caicedo formulada al salir. Escribió cartas subversivas a su ciudad de origen. En conocimiento de que las tropas realistas se acercaban a Riobamba, convocó al clero al Palacio Episcopal y pidió salir con armas en defensa de la Patria. Fue protector del clero insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 36).

- Provisor Manuel José Caicedo, natural de Cali y sobrino del obispo de Quito José Cuero y Caicedo. Fue cura de la Catedral, desempeño papel importante desde 1809 cuando se organizó la Junta Suprema. Junto con su tío, contribuyó a la pacificación de los habitantes de la Capital que se hallaban enardecidos luego de la matanza del 2 de agosto de 1810; hecho sobre el cual y como testigo escribió la crónica *Viaje imaginario por las provincias limítrofes de Quito y regreso a esta Capital*. Desterró a los eclesiásticos realistas. Fue elegido, juntamente con el doctor Prudencio Vásquez, representante del clero secular ante la Junta. Más tarde fue nombrado vicario del Obispado. Como resultado del proceso seguido contra él por Toribio Montes fue desterrado en 1813 a Filipinas juntamente con el doctor Rodríguez Mañozca. En 1820, se le levantó el exilio y regresó a Cali donde falleció de avanzada edad. Fue fundador de la Universidad del Cauca. Lo apodaban “Padre Manila” (Andrade, 1909: 69).

## **Párrocos**

- Presbítero Vicente Acevedo, cura de Izcuandé, compañero del presbítero José Bernardo Arias Blanco. Fue tomado preso en Tumaco y conducido a Lima por la ruta de Guayaquil. Durante el trayecto aprovechaba para animar a la gente en favor de la causa (Toro, 1934: 1).

- Presbítero Buenaventura Aguilera, cura de San Miguel de Molleambato, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 41).

- Presbítero Juan Alarcón, cura de Quero. Estuvo arrestado en uno de los conventos de Quito durante los procesos judiciales de 1809 (Borrero, 1962: 201). Fue desterrado a Panamá por su participación en la revuelta (carta de Toribio Montes al gobernador de Panamá, en Barrera, 1942: 261).

- Presbítero Ignacio Alvear, cura de Sapuyes, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 45).

- Presbítero Ramón Alzamora Peñaherrera, cura de Intag, insurgente seductor. Trabajó en su parroquia a favor de la causa y actuó como comandante (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 44).

- Presbítero Ramón Arauz, cura de Guayllabamba, por insurgente seductor y predicador fue suspendido (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 39).

- Presbítero José Bernardo Arias Blanco, cura de Micay, compañero del presbítero Vicente Acevedo. Fue perseguido por el Gobernador de Popayán, Miguel Tacón, porque lo consideraba muy peligroso. Fue arrestado en Tumaco junto con su compañero y remitido a Lima vía Guayaquil en donde escapó. Fue párroco de Sangolquí y de La Catedral. Luego de la independencia obtuvo una canonjía en el Cabildo Eclesiástico, fue concejero municipal, y en los primeros congresos fue diputado por Pichincha (Toro, 1934 : 15).

- Presbítero Manuel Arias, nativo de Ambato, cura de la parroquia de San Sebastián en Latacunga. Fue representante ante el Congreso de Quito. Levantó tropas para resistir a las comandadas por Tacón, quien había traído a muchos mulatos que, si bien estaban desarmados, inspiraban desconfianza y recelo en Quito. Junto con Feliciano Checa y Manuel Matheu organizaron en ese corregimiento la resistencia a la invasión de Montes tanto en Mocha como en los otros lugares del



Distrito (Toro, 1934: 15). Luego del fracaso de Mocha se mantuvo en Quito resistiendo a Montes y, luego de su entrada, huyó a Ibarra junto con los derrotados. El 9 de junio de 1813 Montes, estando escondido el presbítero Arias, lo acusó por haber levantado al vecindario a tomar armas contra el gobierno y los magistrados realistas que gobernaban la provincia. Mediante comunicación dirigida por Montes al gobernador de Panamá, el 7 de diciembre de 1813, le comunicaba que había sido informado que desde Tumaco huyó el doctor Manuel Arias (carta de Toribio Montes al gobernador de Panamá, en Barrera, 1942: 261).

El fiscal San Miguel manifestó que Arias había sido uno de los caudillos más terribles que tuvo la insurrección y que la había sostenido a viva fuerza hasta el último trance, resistiendo el restablecimiento del legítimo gobierno y acaudillando a los pueblos de Latacunga para que hiciesen guerra a Montes. No podía permanecer en la provincia un sujeto tan revoltoso y que había causado tantos estragos, por lo que pidió sea recluido en una recolección de las Islas Filipinas durante ocho años. Montes le perdonó el destierro, en 1814 se hallaba de cura de Alausí y muy pobre, según su declaración (Barrera, 1941: 243-245).

- Presbítero Sebastián Arias, cura coadjutor de la Matriz de Latacunga. Actuó en forma entusiasta en la primera época de la Independencia (Toro, 1934: 15).

- Presbítero Joaquín Arrieta, cura de Cumbal, insurgente seductor y predicador. Fue desterrado en Pasto (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 44).

- Presbítero Nicolás Cabezas, cura de Zámbez, insurgente, seductor y predicador. Colaboró con sus feligreses para el traslado de armas y vituallas (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 40).

- Presbítero José Antonio<sup>89</sup> Castelo, cura de Sangolquí. Había participado en las reuniones preparatorias celebradas en Chillo en 1808. Por su colaboración en las conspiraciones que llevaron a la organización de la Junta Suprema de 1809, siendo

---

<sup>89</sup> Aunque en la obra de Manuel de Jesús Andrade el nombre de este religioso aparece como Mariano Castelo, lo correcto es José Antonio Castelo.

cura teniente de la Catedral de Quito, fue arrestado y puesto prisionero en el Cuartel Real. El 2 de agosto de 1810 logró escaparse y evitó ser asesinado por las tropas limeñas (Andrade, 1909: 86).

- Presbítero José Coronado, cura de Papallacta, insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 39).

- Presbítero José Eugenio Correa, cura de San Roque. Desde los inicios se identificó con el movimiento revolucionario. Asistió el 9 de agosto de 1809 a la reunión de los conspiradores celebrada en las habitaciones que Manuela Cañizares arrendaba en la casa de los párrocos de La Catedral, y estuvo entre los individuos que asaltaron al cuartel esa noche. Luego de instalarse la segunda Junta, levantaba a sus feligreses para respaldar al gobierno criollo. Fue arrestado en diciembre de ese año juntamente con otros participantes de la asonada de agosto. Fue nombrado diputado de su barrio para presenciar la proclamación de la junta de septiembre de 1810 (Andrade, 1909: 95). El 5 de enero de 1813, don Francisco Gregorio de Angulo, teniente de Barbacoas dio aviso a Toribio Montes del arresto de los curas doctor José Eugenio Correa, Joaquín Paredes y Manuel Quiñones, Montes dispuso que con las mayores seguridades fuesen conducidos a Panamá en el primer buque que pasase por esas costas para ser entregados presos al virrey de Nueva Granada. “Los tres son muy perversos y conviene no fiarse de ellos ni oírlos”, decía Montes. Estos religiosos habrían tenido contacto con vecinos de Cali y se rumoreaba que enviarían doscientos hombres y dos cañones para auxiliarles (carta de Toribio Montes a Francisco Gregorio de Angulo, en Barrera, 1942: 106). A Correa le incautaron tres papeles que en copias autorizadas remitió a Quito para que se enteren del modo de pensar del obispo de Quito y sus “secuaces”. Se pidió a los vecinos, párrocos y jueces de Río Verde, Esmeraldas, La Tola y más poblaciones de la región que respaldaban al gobierno realista y no permitir a ningún insurgente en el territorio y de encontrarlos, debían ser arrestados (Academia Nacional de Historia, 1962: 291-296).

El 10 de julio de 1813 Montes comunicó a Fábrega -gobernador de la zona- que había tenido noticias de que el presbítero José Correa, cura que fue de San Roque, arrestado en las costas de Barbacoas, había fugado y le acusaba esta vez de

haber contribuido para la muerte del conde Ruiz de Castilla y por lo tanto se le debía perseguir (Carta de Toribio Montes a don José Fábrega, en Barrera, 1942: 114). El 7 de diciembre, Montes se dirigió en carta al gobernador de Panamá indicando que debía permanecer en esa ciudad el cura Correa que había sido conducido desde Tumaco.

- Presbítero Miguel Cruz, cura de Uyumbicho, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 38).

- Presbítero Juan Dávila, párroco de Cumbayá y de Santa Prisca, insurgente, seductor. Participó en la primera época de las revueltas (Toro, 1934: 55).

- Presbítero Pedro José Dávalos, párroco de San Antonio de Ibarra. Puso en alerta a los patriotas de las maniobras de Juan de Sámano, jefe de las tropas realistas. Intentó ayudar a escapar al coronel Francisco Calderón -jefe de las tropas rebeldes- y a otros patriotas que se hallaban detenidos por los realistas, pero fue descubierto (Toro, 1934: 55).

- Presbítero Pedro Encinas, cura de Alangasí, insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 39).

- Presbítero Joaquín Enríquez, cura de Perucho. Fue destituido junto con su coadjutor cuando Montes ocupó Quito (Toro, 1934: 61). Siendo cura de Cumbayá en 1815 trató de vindicarse<sup>90</sup>.

- Presbítero Florencio Espinosa, cura de Puembo. Fue tomado preso por insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 39).

- Presbítero Manuel Espinosa, cura de Chimbo, insurgente seductor y predicador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 43).

---

90 ANH/Q. Religiosos, Caja 77, Carpeta 3. "Autos seguidos por el Lcdo. don Joaquín Enríquez de Guzmán, Cura propio de la doctrina de Cumbayá, sobre vindicarse de las imputaciones que causaron su separación del beneficio". Año 1815.

- Presbítero Ventura Fernández de Aguilera, cura de Aláquez en 1794 y años más tarde de San Miguel de Molleambato, en donde trabajó por la independencia (Toro, 1934: 3).

- Presbítero Nicolás Flores, cura interino de Chimbacalle, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 38).

- Presbítero Pedro González Verdugo, cura de Mulaló. Fue acusado el 10 de junio de 1813 de haber olvidado los deberes de su estado y ministerio pastoral. Con el mayor escándalo e inaudita perfidia había alborotado a los habitantes de su parroquia para que se organizaran contra las leyes de la monarquía, contra el rey y contra las autoridades que gobernaban las provincias de Quito. Había levantado tropas revoltosas y, puesto al frente de ellas, se dirigió a Mocha para resistir con mayor vigor la entrada de las tropas realistas. A pesar de la derrota insistió en sus ideas y con el mismo entusiasmo sostuvo la rebelión a todo trance; estuvo presente en la batalla del Panecillo. Derrotado una vez más continuó hostilizando en el camino a Latacunga, interceptando las comunicaciones que dirigía el gobierno a las provincias vecinas. Los testigos que declararon contra González Verdugo indicaron que el cura se había interesado mucho en el gobierno insurrecto, amonestando al vecindario, no solamente en el púlpito, sino en toda ocasión que podía, dando a entender que era obligación auxiliar a las tropas quiteñas y tomar las armas para respaldarlas (Barrera, 1941: 257-262).

- Presbítero José Guerra, cura de Pungalá, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 42).

- Presbítero José Guerrero, vicario y cura de Riobamba, insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 42).

- Presbítero Estanislao Jaramillo, cura de Simiatug, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 43).

- Presbítero Felipe Jiménez, cura de Chimbacalle, insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 38).

- Presbítero Juan Jácome, cura de Toacaso, insurgente seductor y predicador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 40).

- Presbítero doctor Mariano Jácome, cura de Saquisilí, insurgente, seductor y predicador. Fue representante ante el Congreso de Quito (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 41).

- Presbítero Miguel Jerez, cura de Aláquez, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 40).

- Presbítero doctor Antonio Lasso de la Vega, párroco de Santa Bárbara, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 37). Según informe de Aymerich, elector por Aloag “alzado” (Navarro, 1962: 478).

- Presbítero José López, cura de Tulcán, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 44).

- Doctor Salvador López de la Flor, vicario de Ibarra, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 44).

- Presbítero José Joaquín Manosalbas, cura de Yaruquí, insurgente, seductor y predicador. Montado a caballo con lanza en mano salía a convocar al pueblo para que fuese a la guerra (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 39).

- Presbítero José Antonio Mena, cura de Tumbaco, natural de Piura, envió a sus feligreses a colaborar en la guerra contra las tropas realistas. Insurgente, seductor y predicador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 39).

- Presbítero Mariano Montenegro, cura de Sigchos, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 41).

- Presbítero doctor Vicente Mosquera, cura de Cusubamba, insurgente seductor y predicador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 41).

- Presbítero Antonio Ontaneda, cura de San Pablo de Yacuanquer en las montañas de Barbacoas, insurgente seductor; huyó a Guayaquil (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 45). Estuvo arrestado en uno de los conventos de Quito durante los procesos judiciales de 1809 (Borrero, 1962: 201).

- Presbítero Joaquín Paredes, párroco de Guaca. Fue acusado el 29 de enero de 1813 de seductor, tribuno feroz y sanguinario del populacho. Notorio revolucionario, propagador de especies sediciosas, de haber exhortaba y animaba a las gentes para que se opusiesen a la entrada de las tropas realistas, alentaba a la desobediencia y a la insubordinación a España.

El 27 de abril de 1813 se le sentenció a destierro en una recoleta en Guatemala; en 1814 se cambió el lugar del destierro, debía ir Trujillo (Barrera, 1941: 252-253).

- Presbítero Manuel Pazmiño, cura de Tocachi, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 44).

- Presbítero Manuel Peñaherrera, párroco de Cotacachi, insurgente seductor. Fue perseguido por los realistas (Toro, 1934: 162).

- Presbítero José Pérez, cura de Chillogallo, insurgente seductor y predicador. Estuvo arrestado en uno de los conventos de Quito durante los procesos judiciales de 1809 (Borrero, 1962: 201). Con sus feligreses concurrió a Mocha. En 1813 estaba fugitivo (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 38).

- Presbítero Manuel Pérez, cura de Cangahua, insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 44).

- Presbítero Carlos Ponce, párroco de San Marcos, insurgente seductor que para 1813 se hallaba fugitivo (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 38).

- Presbítero José Pizarro, cura de Mindo, fue coadjutor de Cotocollao, insurgente seductor y predicador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 40).

- Presbítero Joaquín Proaño Araujo, cura de Cumbayá, insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 39).

- Presbítero Mariano Quintanilla, cura de Chapacoto, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 43).

- Presbítero José Reyes, cura de San Antonio de Tarigagua, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 43).

- Doctor Manuel Reyes, cura de Isamba y vicario de Ambato, insurgente seductor y predicador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 41).

- Presbítero Basilio Ribadeneira, cura de Ibarra, insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 44).

- Presbítero José Luis Riofrío, cura de Pintag. Es uno de los primeros próceres quiteños y el primer eclesiástico revolucionario de Quito asesinado el 2 de agosto de 1810 en el Cuartel Real. Muy amigo del cura coadjutor de El Sagrario, Antonio Castelo. El cura Riofrío participó en la reunión celebrada en la Navidad de 1808 en la hacienda de el obraje de Chillo del marqués de Selva Alegre y, por esta participación, fue arrestado en marzo de 1809 y encarcelado en el Convento de La Merced de Quito. También estuvo presente en la reunión, celebrada la noche del 9 de agosto de 1809, en las habitaciones que ocupaba Manuela Cañizares en la casa parroquial de La Catedral (Andrade, 1909: 326). Fue el encargado de llevar el oficio suscrito por Juan de Dios Morales, secretario de Estado de la Junta Suprema proclamada el 10 de agosto de 1809, dirigido a don Juan Pío Montúfar, y en el que se le pedía tomar posesión de la presidencia (Borrero, 1962: 51). En la campaña contra Pasto el presbítero Riofrío tuvo destacada actuación como organizador y conductor de la expedición. Se adelantó para levantar el espíritu de las gentes, para preparar todo género de medios y recursos que facilitasen la ocupación de Pasto, e intentó aproximarse para lograr acuerdos con algunas autoridades de la ciudad. Junto con su hermano -que era cura del pueblo de Juanambú- se puso en contacto con los partidarios del movimiento emancipador de los pueblos de Ipiales, Cum-

bal, Zapuyes, Túquerres y Pasto. Hizo lo mismo con algunos funcionarios y clérigos dependientes de la Gobernación de Popayán que sostenían la causa realista para tratar de convencerles de la legitimidad del gobierno de Quito. Utilizando amenazas logró establecer contactos con las autoridades de Pasto y con el corregidor de Túquerres, buscando una tregua para que los delegados de la Junta de Quito pudieran dialogar con esas autoridades (Borrero, 1962: 64-66). A su vez, trasladó el Cuartel General quiteño a Cumbal, población situada en el centro de la Provincia, como lugar adecuado desde donde atender y auxiliar a diferentes puestos. Allí se establecieron el general en jefe Zambrano, el doctor Riofrío, los oficiales de Estado Mayor y el resto de la fuerza quiteña (Borrero, 1962: 77). Su meta primordial era la propaganda revolucionaria que dio por resultado la tregua con el corregidor de Túquerres. Esta tregua permitió abastecerse de armas y pertrechos y el que no fueran atacados los expedicionarios que estaban apostados en Tulcán, ya que para entonces el gobernador de Pasto, Tomás Santa Cruz, había recibido auxilio de tropas enviadas por el gobernador de Popayán al mando del teniente coronel Gregorio Angulo que se atrincheró a las orillas del Guáitara. Algunos historiadores consideran la figura del doctor José Luis Riofrío comparable a los curas mexicanos Miguel Hidalgo y José María Morelos<sup>91</sup>.

- Presbítero Manuel Rodríguez, párroco de Pintag, confidente del obispo Cuero y Caicedo en temas políticos y a quien aconsejó el prelado, con ocasión de la invasión de Montes, instruir a los feligreses sobre la gravedad de las circunstancias, advirtiéndoles que al cumplir con el servicio a la Patria cumplían con el derecho natural y divino (Toro, 1934: 189).

- Presbítero Antonio Román, cura de Santa Prisca, insurgente, seductor y predicador. Contribuyó con donativos para la revuelta y estuvo como comandante de tropa en Jalupana para resistir la invasión de Toribio Montes (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 38).

---

91 El doctor Manuel María Borrero considera la figura del doctor José Luis Riofrío comparable a la de los curas mexicanos Miguel Hidalgo y José María Morelos (Borrero, 1962: 88).



- Presbítero Manuel Romo, cura de Cuajara, insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 44).

- Presbítero Tadeo Romo, cura de San Sebastián en 1794 y de Machachi cuando se produjeron las revueltas (Toro, 1934: 194). Ya en la época de Toribio Montes, el 10 de junio de 1813, comenzó el proceso contra este religioso. Se le acusó de olvido de los deberes propios de su estado sacerdotal y de las obligaciones de su ministerio pastoral. Con el mayor ardor y entusiasmo había exhortado y predicado a sus feligreses a fin de que se opusieran a la entrada de las tropas realistas. Había conseguido levantar a todo su pueblo mortificando a los vecinos que se resistían y organizando una tropa, la que condujo personalmente para reforzar al fuerte de Mocha. Sin embargo de la derrota se mantuvo con la misma decisión en la subversión demostrando su “genio turbulento y feroz”. El 23 de ese mismo mes el fiscal pidió a Montes que -siendo el cura Romo uno de los enemigos más acérrimos del gobierno español y uno de los eclesiásticos más sediciosos y entusiastas- fuera destituido de su parroquia y que se le condenase a prisión en una recolección de Manila. Toribio Montes, el 6 de julio de ese año, conmutó esa pena por el destierro en una casa conventual de Piura durante diez años, y simultáneamente dispuso que sea sustituido en el curato de Machachi y que se le asistiera con los alimentos (Barrera, 1949: 96-98).

- Presbítero Antonio Saa, cura de Cotocollao, en donde hizo notable labor de persuasión a favor de la causa. Estuvo arrestado en uno de los conventos de Quito durante los procesos judiciales de 1809 (Borrero, 1962: 201). Fue acusado de insurgente, seductor y predicador. Había colaborado para la guerra con una escopeta (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 40).

- Presbítero José Salazar Rivera, cura de la Montaña de Santo Domingo, insurgente seductor (Velarde, 2009) (Larrea, 2010: 196-199). Estuvo arrestado en uno de los conventos de Quito durante los procesos judiciales de 1809 (Borrero, 1962: 201).

- Presbítero José Sánchez Praga, cura de Ancuya, insurgente seductor y predicador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 45).

- Presbítero Joaquín Gregorio Sánchez Ribadeneira, cura de Columbe, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 42).

- Presbítero Francisco Suárez, cura de Aloag, hermano de fray Pablo Suárez O. M. que se menciona más abajo. Por su colaboración a favor de la causa fue recluido en el convento de Santo Domingo de Quito (Toro, 1934: 209).

- Presbítero Fernando Terán, cura de San Antonio de Ibarra. Fue arrestado por insurgente seductor y predicador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 44).

- Presbítero Mariano Tinajero, cura de Quimiag y Penipe, insurgente seductor, amigo de los Montúfar (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 42).

- Presbítero Pedro Valverde, cura de San Luis de Otavalo, insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 43).

- Presbítero Próspero Vásconez, cura de Guanujo entre 1794 y 1812. Fue gran agitador en la región a favor de la causa independentista. Se le acusó de haber consignado 5.000 lanzas de chonta envenenadas para atacar a las tropas realistas y de haber armado a su feligresía con el mismo propósito<sup>92</sup>.

- Presbítero Joaquín Veloz, cura de Tulcán y, en la época de la rebelión, de San Blas en la ciudad de Quito (Toro, 1934: 246). El 23 de junio de 1813, se inició el proceso en su contra. Se le acusó de haber participado en las revueltas desde que se estableció la primera Junta en 1809; por esta razón había sido arrestado por poco tiempo en el cuartel. Al establecerse la segunda Junta el 22 de septiembre de 1810 “se quitó toda la máscara” y fue uno de los caudillos de la rebelión. Convencía a sus feligreses y los alentaba para que se mantuvieran firmes en sus ideas. Había publicado un folleto “Diálogo con un Doctor y un Maestro”: según las autoridades realistas estaba lleno de los mayores absurdos,

---

92 ANH/Q., Religiosos, Caja76. “Expediente relativo a los reclamos así del D.D. Próspero Vásconez, Cura de la Doctrina de Guanujo, como de los feligreses, tanto sobre sincerar el manejo y conducta del dicho cura, como en la solicitud de que le restituya al expresado beneficio”. 1816.

errores y calumnias contra su gobierno y se atacaban los derechos de soberanía de los Borbones. Con esa publicación había hecho méritos para ser elegido representante del clero ante el Congreso. Este párroco también levantó tropas tanto para resistir la llegada de Montes como para atacar a Cuenca y a Pasto. El fiscal San Miguel, el 7 de julio de 1813, manifestó que el cura Veloz con la mayor obstinación, prostituyendo el ministerio sacerdotal, había engañado con errores y falsedades a sus feligreses y a otras gentes sencillas por lo que debía ser separado de estas provincias por haber causado graves males y por haber cometido crímenes atroces por lo que pidió se lo exilie a Santa Fe como preso (Barrera, 1941: 262-263).

- Presbítero Antonio Vizcaino, cura de Mira, insurgente seductor y tribuno de la plebe (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 44).

- Presbítero Antonio Yépez, cura de San Andrés, insurgente seductor, fue capellán de las conceptas de Riobamba (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 42).

- Presbítero José Zambrano, cura de Licán, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 42).

- Presbítero Nicolás Zambrano, Montúfar lo colocó como párroco de Pintag y fue depuesto por Montes por insurgente y seductor (Toro, 1934: 256).

### **Otros sacerdotes del clero secular**

- Presbítero Agustín Aguinaga que actuó con entusiasmo en los corregimientos del norte de la Audiencia de Quito (Toro, 1934: 3).

- Presbítero José Ramón Ayala que fue confidente del marqués de Selva Alegre en el plan de insurrección. Sirvió de mensajero entre la Junta Suprema de Quito de 1809 y Manuel Zambrano, que dirigía la campaña de Pasto. Fue arrestado en esa ciudad y enviado preso al Colegio de Misiones de Popayán (Toro, 1934: 19).

- Presbítero Cleto Cabezas fue arrestado por su participación en la revuelta de 1809 en uno de los conventos de Quito (Borrero, 1962: 201).

- Presbítero Pedro José Donato, nativo de Loja fusilado en Ibarra en noviembre de 1812 (Toro, 1934: 57).

- Presbítero Manuel Quiñones, el 5 de enero de 1813 se notificó a Montes que este religioso había sido arrestado en la región de Barbacoas. Fue desterrado a Panamá con la orden de entregarlo al virrey de Nueva Granada. Fue condenado por Montes a diez años de destierro en una recoleta en Canarias (Toro, 1934: 176).

- Presbítero Domingo Benítez, cura en la Jurisdicción de Ibarra, perseguido por Montes (Gomezjurado, 1972: 15).

- José Rengifo, colegial del Seminario de San Luis, desterrado por Montes a Puerto Rico por ocho años (Toribio Montes, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia* N° 101, 1963: 119).

## Capellanes

- Presbítero Antonio Carcelén, capellán del Congreso y comandante de Caballería en Turubamba; elector por Machachi, según informe de Aymerich (Navarro, 1962: 478).

- Presbítero José Enríquez de León, capellán de Nuestra Señora de los Ángeles, insurgente seductor. Siguió las ideas del obispo Cuero y Caicedo y del provisor Manuel Caicedo (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 45).

- Presbítero Juan Pablo Espejo. Por su íntima relación con el precursor Eugenio Espejo, este religioso merece mayor atención de los estudiosos. Recordemos que en febrero de 1795 fue denunciado ante el presidente Luis Muñoz de Guzmán; se dijo que junto con su hermano, el doctor Francisco Eugenio, expresaba opinio-

nes contrarias a los intereses del rey y que respaldaba las ideas de libertad. Al comprobarse la acusación fueron procesados los dos hermanos, pero salieron libres por no encontrar con mayor fundamento la denuncia de la infracción de la que se les inculpaba. En ese mismo año se le acusó al cura Espejo de ser el promotor, o al menos conocedor, de ciertos rumores de inestabilidad que circulaban en Quito y que coincidía con los que circulaban en Bogotá. Este incidente se puso en conocimiento del juez eclesiástico y, al mismo tiempo y por la misma causa, se siguió un proceso civil contra su hermano Francisco Eugenio acusándole de cómplice del cura. También se inculpó a fray Esteban Mosquera O. M. que era amigo de los Espejo y el proceso se remitió a Bogotá para resolución del virrey Ezpeleta. El padre Mosquera denunció, ante el gobernador de Popayán y ante el teniente de gobernador de Pasto, que una sublevación se tramaba en Santa Fe. Llegó a Pasto correo de Quito con la noticia de que los pasquines aparecidos en Santa Fe eran similares a los aparecidos en Quito, lo que confirmó como verdadera la denuncia de fray Esteban por lo que el teniente de Pasto trasladó la denuncia al virrey. El padre Mosquera consideró oportuno evitar el levantamiento de Quito, y comenzó a comentar con algunos pastusos lo que sabía sobre los pasquines aparecidos tanto en Quito como en Pasto, cuya autoría era de Espejo según lo delató el religioso. Parece que el gobernador de Pasto, Tomás Santa Cruz, formaba parte de los conspiradores, pero por temor de ser denunciado dio un giro contrario a la denuncia, haciendo aparecer al padre Mosquera como insurgente y a los conspiradores como monárquicos (Navarro, 1962: 26-28).

El presbítero Juan Pablo Espejo, cura de Amaguaña, fue también acusado por Toribio Montes el 10 de junio de 1813. Su proceso fue corto; el dictamen del fiscal fue pronunciado el 29 de los mismos mes y año. Sobre el cura Espejo se dijo que había sido pública y notoria en la Capital su adhesión al sistema revolucionario de gobierno que se había establecido en estas provincias desde 1809. Había sido designado capellán de las tropas rebeldes y, al producirse la segunda revolución en 1810, continuó en esas mismas funciones. Acompañó a las tropas rebeldes a la expedición contra Cuenca y a su paso exhortaba y predicaba a las gentes para que se opusieran a la entrada de las tropas reales. Demostró con constancia fidelidad a los propósitos del partido revolucionario. Los testigos declararon que el cura Espejo era adicto y apasionado al sistema revolucionario desde que se erigió la primera Junta el 10 de

agosto de 1809. Según el fiscal fue uno de los eclesiásticos más obstinados en la rebelión; pidió se lo desterrara a una recolección del Cuzco por veinte años y que se vigilara su conducta (Barrera, 1941: 112-114). Años más tarde fue párroco de Aláquez y más tarde de Saquisilí (Toro, 1934: 63).

- Presbítero Manuel José Flores, capellán de La Concepción, insurgente seductor, Representante del Congreso elegido por Zámbez, según informe de Aymenrich (Navarro, 1962: 478).

- Licenciado Juan Manuel Iturralde, capellán de Santa Clara, insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 45).

- Doctor Miguel Rodríguez Mañozca, capellán del Carmen moderno. Fue abogado, profesor de Filosofía y gran orador. Condiscípulo y amigo de José Mejía. Fue el eclesiástico más caracterizado entre los que tomaron parte en la revolución patriótica que arrancó en 1809. Colaboró con decisión para la instalación de la segunda Junta. Fue autor del texto de la Constitución que fue aprobada en 1812 por el Congreso de Quito. En el Congreso formó parte del grupo republicano y autonomista organizado en torno a don Jacinto Sánchez de Orellana. Según versiones realistas peroraba con arrogancia y audacia. "Fue tan insolente y atrevido que a nuestro soberano, el señor don Fernando VII, lo trataba públicamente con el epíteto triston, de el hijo de la María Luisa" (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 45). Se preocupó por difundir en Quito los Derechos del Hombre y máximas de Voltaire, Rousseau, Montesquieu. Fue capellán del Carmen Bajo. En 1811 manifestó públicamente su oposición al Consejo de Regencia, y en el Congreso Supremo de 1812 se pronunció en contra del reconocimiento del rey. El historiador Ekkehart Keeding considera que, desde finales del siglo XVIII, el doctor Miguel Antonio Rodríguez se habría constituido como el principal depositario de los planes de Eugenio Espejo. Como docente universitario fue lector de obras filosóficas francesas e introdujo en la Universidad de Quito la filosofía newtoniana (Keeding, 1973: 162). El doctor Rodríguez Mañozca fue amigo de Espejo y de Mejía. Pronunció una célebre oración fúnebre en la Catedral de Quito con ocasión de la matanza del 2 de agosto de 1810. Toribio Montes lo desterró a Filipinas juntamente con el provisor Manuel José Cai-

cedo. Al regresar del destierro murió en Guayaquil, envenenado, según opiniones que circulaban (Andrade, 1909: 342-343).

- Presbítero Toribio Rosero, cura de San Martín, en Pasto, fue perseguido por Toribio Montes y reclusos en el convento de San Agustín (Costales, 2008: 23).

- Doctor Prudencio Vásquez, capellán del Carmen antiguo. Se destacó en 1809 como representante del clero juntamente con el doctor Manuel Caicedo y Cuero ante la Junta de Gobierno. Firmó la primera Constitución. Fue diputado por Ambato en el Congreso de 1812. Colaboró para la campaña de Mocha. A la llegada de Montes a Quito huyó a Ibarra en donde fue capturado y sentenciado a pena de muerte. Fue destacado catedrático universitario, rector del Seminario de San Luis. Dirigió a los curas y jueces seculares comunicaciones para sostener la guerra contra las tropas realistas. Hermano del doctor Próspero Vásquez, cura de Guanujo (Toro, 1934: 235).

## Franciscanos

- Fray Mariano Aguilera fue misionero en el Oriente. Ya anciano y ejerciendo la guardianía en el convento de franciscanos de Latacunga, Toribio Montes lo desterró a Guayaquil (Toro, 1934: 3).

- Fray Juan Barona, Guardián de la Recoleta de San Diego, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 46).

- Fray Tomás Bonilla fue capellán de una de las tropas patriotas que actuaron en la campaña de Mocha. En 1820 se le encargó que llevara a Cuenca una comunicación intimidatoria dirigida a Melchor Aymerich, lo que le trajo graves consecuencias. Alcanzó a ser Definidor del Convento Máximo de Quito (Toro, 1934: 28).

- Fray José Blanco, corista del convento de Quito, perseguido por Montes y desterrado a Cuenca (Toribio Montes, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia* N° 101, 1963: 119).

- Fray Ignacio Bossano, conventual de Ibarra. Se le siguió juicio criminal en 1813 por celebrar reuniones clandestinas en su convento para respaldar los movimientos organizados por Nariño en Bogotá y por Serviez en Popayán (Toro, 1934: 29).

- Fray Mariano Calderón, cura de Asancoto, insurgente seductor, entusiasta y predicador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 43).

- Fray Luis Cevallos, cuya función eclesiástica se desconoce, fue acusado el 8 de enero de 1814 de haber abrazado el sistema revolucionario en tiempo de la insurrección con el mayor ardor y empeño, llegando al extremo de andar por las calles montado a caballo con sable en mano predicando y seduciendo en altas voces a todo el vecindario para que se armase y resistiese la entrada de las tropas reales, causando escándalo por su conducta contraria a su estado. Se pidió se le destierre preso a una recoleta de Lima (Barrera, 1941: 263-264).

- Fray José Correa, cuya función eclesiástica se desconoce, actuó como comandante de una tropa de cuchilleros en la campaña de Mocha. Una vez capturado fue enviado ante la presencia de Juan Sámano indicándole que había sido excomulgado por apóstata (Toro, 1934: 47).

- Fray Manuel Cruz, cuya función eclesiástica se desconoce, insurgente seductor feroz (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 50).

- Fray Manuel Falconí, cuya función eclesiástica se desconoce, por su colaboración a favor de la causa fue sentenciado a muerte por Montes (Toro, 1934: 66).

- Fray Manuel José Garcés, fue desterrado a Panamá de donde, por disposición de Montes del 13 de diciembre de 1813, debía regresar a Guayaquil para ser enviado a Cuenca (Barrera, 1942: 261).

- Fray Francisco Hurtado. Fue párroco de Sangolquí. Organizó una tropa y la comandó. Insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 38).



- Fray Domingo Labarca, cuya función eclesiástica se desconoce, colaboró a favor de la causa y falleció asistiendo a enfermos y moribundos en el segundo Huachi (Toro, 1934: 107).

- Fray Gabriel Lara, cura de Pallatanga, insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 42).

- Fray Joaquín Martínez, cuya función eclesiástica se desconoce, fue condenado a pena de muerte por su respaldo a la revolución (Toro, 1934: 129).

- Fray José Martínez, cuya función eclesiástica se desconoce, hermano del anterior, condenado también a pena de muerte por su respaldo a la revolución (Toro, 1934: 129).

- Fray Manuel Mera, cuya función eclesiástica se desconoce, condenado a pena de muerte por Montes por su apoyo a la revolución, pero fue perdonado (Toro, 1934: 132). Fue desterrado a Panamá de donde, por disposición del presidente de Quito del 13 de diciembre de 1813, debía regresar a Guayaquil para ser enviado a Cuenca (Barrera, 1942: 261).

- Fray Teodoro Moncayo, del convento de Quito, fue desterrado a Guayaquil (Toribio Montes, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia* N° 101, 1963: 121).

- Fray Gregorio Navarro, del convento de Quito; fugó durante las persecuciones de Montes (Toribio Montes, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia* N° 101, 1963: 119).

- Fray José María Pazmiño, corista del convento de Quito; colaboró durante la primera etapa de la revolución y fue desterrado a Cuenca (Toro, 1934: 161).

- Fray Manuel Pazmiño, corista del convento de Quito; perseguido por Montes y desterrado a Cuenca (Toribio Montes, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia* N° 101, 1963: 119).

- Fray Esteban Riera, cuya función eclesiástica se desconoce, fue arrestado por su ardoroso patriotismo el 27 de junio de 1816 y a poco quedó libre (Andrade, 1909: 325).

- Fray Francisco Sáenz de Viteri, cuya función eclesiástica se desconoce, actuó en la Costa y en las minas con los negros (Hidalgo Nistri, 2008: carta 29, 150). El 18 de junio de 1813 Montes instruyó a don José de Fábrega, teniente de Guimbí, que retirase de la zona a dicho religioso por ser perjudicial en la Costa y destinarlo a Tumaco, preso, para luego llevarlo a un convento (Barrera, 1949: 111-112).

- Fray Domingo Segura, cuya función eclesiástica se desconoce, por respaldar la causa de la emancipación fue condenado a muerte en 1813 (Toro, 1934: 204).

- Fray José Subía, religioso del convento de Quito, fue desterrado a Guayaquil por Montes (Toribio Montes, *Boletín de la Academia Nacional de Historia* N° 101, 1963: 121).

- Fray Ignacio Valencia, cuya función eclesiástica se desconoce, natural de Popayán. Su nombre aparece entre los principales rebeldes que debían ser castigados, fue condenado a muerte pero escapó a las montañas de Mira (Toro, 1934: 229).

- Fray Francisco Viteri, fue perseguido por Toribio Montes por haber ayudado a los revolucionarios a apresar la lancha cañonera "Justicia" fue desterrado a Guayaquil en 1815 (Costales, 2008: 23).

- Fray Manuel Viteri, cuya función eclesiástica se desconoce, fue desterrado a Panamá de donde, por disposición de Montes del 13 de diciembre de 1813, debía regresar a Guayaquil para ser enviado a Cuenca (Barrera, 1942: 261).

- Fray Mariano Viteri, cura de Guaca, insurgente seductor y entusiasta (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 44).

- Fray Juan Vinuesa, cura de Pomasqui y guardián de la recoleta franciscana de ese lugar, insurgente y seductor. Huyó a la entrada de las tropas de Montes. Fue

absuelto y nombrado capellán de las conceptas de Quito, de donde fue nuevamente arrestado para desterrarlo a Guayaquil (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 39).

- Fray José Vizcaíno, cura de Pomasqui y vicario Guardián de la recoleta franciscana de ese lugar, insurgente y seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 39).

## **Mercedarios**

- Fray Antonio Albán, superior del Convento Máximo de Quito, insurgente. Entregó la tubería de plomo de su convento para preparar municiones para la defensa de Quito (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 47).

- Fray Joaquín Astudillo, cura excusador de Guayllabamba, fervoroso insurgente seductor (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 39).

- Fray Ramón Arauz, fue suspendido del cargo de excusador del Convento Máximo de la Merced de Quito por defender al nuevo estado (Toro, 1934: 13).

- Fray Mateo Ayala, cuya función eclesiástica se desconoce, intervino a favor de la causa independentista (Toro, 1934: 19).

- Fray Pedro Barrera, cura de Conocoto. En consideración a su participación a favor de la causa, fue destituido de las funciones de párroco interino de Conocoto por decisión de Toribio Montes (Toro, 1934: 23). Había enviado a sus parroquianos a la guerra contra las tropas de Montes. Fue trasladado preso al convento mercedario de Quito donde más tarde fue vicario comendador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 39).

- Fray José Clavijo, catedrático de Filosofía en la Universidad de Santo Tomás de Aquino. Por haberse involucrado en los movimientos subversivos, Montes lo destituyó de la cátedra de Filosofía que detentaba en la Universidad de Santo Tomás (Toro, 1934: 45).

- Fray Juan España, cuya función eclesiástica se desconoce. Según Núñez del Arco fue un tribuno feroz, en 1813 se encontraba huido (Toro, 1934: 62).

- Fray Álvaro Guerrero, prior del Convento Máximo de Quito, religioso de tino y prudencia. Fue provincial de su comunidad en 1804, representante del clero regular ante el Congreso de Quito de 1812. Fue uno de los firmantes de la Constitución aprobada ese año. Contribuyó con dinero para la expedición contra Pasto a pesar de la oposición de varios individuos de su comunidad. Fue perseguido por Montes. Tuvo que renunciar a sus funciones conventuales y vivir escondido, vestido de civil, en una de las haciendas que poseían los mercedarios (Toro, 1934: 87).

- Fray Ramón Isaza, cuya función eclesiástica se desconoce. Insurgente seductor feroz y sanguinario. Fue desterrado a Guayaquil en donde murió (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 50) (Toribio Montes, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia* N° 101, 1963: 119).

- Fray Antonio Jaramillo, cuya función eclesiástica se desconoce, colaboró activamente con la causa durante la primera etapa de las revueltas (Toro, 1934: 103).

- Fray José Pinto, coadjutor del doctor José Peñaherrera, cura de Píllaro. Se le acusó, el 10 de enero de 1813, de animar a las gentes y predicar contra las tropas del rey<sup>93</sup>.

- Fray Fósé Romero, cura de Guanujo y de Ambato, insurgente seductor, amigo de Nicolás de la Peña (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 41).

- Fray Francisco Saa, cura de Esmeraldas, amigo de Nicolás de la Peña. Organizó bajo su responsabilidad una tropa de cuchilleros que la comandó en Mocha para reforzar la retaguardia del ejército patriota en 1812 y, por esta razón, fue despojado de la parroquia y perseguido. Con la huida eludió la causa criminal que se instauró contra él (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 40).

---

93 ANH/Q. Religiosos, Caja 75, Acusación contra Fray José Pinto, 1813.

- Fray Pablo Suárez, cuya función eclesiástica se desconoce, fue muy afín a la manera de pensar de fray Álvaro Guerrero O. M. a quien le acompañó en sus labores patrióticas (Toro, 1934: 209).

- Fray José Terán Melo respaldó a los movimientos republicanos desde sus inicios. Montes lo removió del cargo de comendador del convento de Ibarra a Cotacachi; luego pasó a Cuenca (Toro, 1934: 217).

- Fray Andrés Torresano, comendador de la Recoleta de San José. En la primera etapa independentista denunció la conspiración de los próceres. Para el año de 1812 aparece como insurgente seductor y predicador, por lo que estuvo preso (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 47).

- Fray Agustín Valdospino, cura de Tusa, fue arrestado por sospechoso (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 47).

- Fray José Vinuesa, excusador de Cumbayá, fue acusado de alborotar al pueblo intentando amotinar a sus habitantes contra las autoridades. Había fomentado odio y rebelión y se había burlado con mascaradas de Toribio Montes y de las autoridades realistas<sup>94</sup>.

## Agustinos

- Fray Antonio Bahamonde, insurgente seductor. Comandó una tropa en Mocha (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 50).

- Fray Mariano de San Antonio, cuya función eclesiástica se desconoce, estuvo preso en Panamá. Fue arrestado en el Tambo, cuando iba a celebrar misa a un batallón cumpliendo la orden de sus prelados y a petición de Antonio Nariño, “de ese hombre

---

94 ANH/Q. Religiosos. Caja 77. Carpeta 3, “Autos seguidos por el Lcdo. don Joaquín Enríquez de Guzmán, Cura propio de la doctrina de Cumbayá, sobre vindicarse de las imputaciones que causaron su separación del beneficio. Año 1815”.

que hablando en público dijo de los sacerdotes que querían verlos pendiente de un higuera como a Judas para demostrarles que son también mortales”. Fue acusado el 17 de mayo de 1815. Los agustinos habían contestado que podían disponer de fray Mariano. Estuvo preso por orden de Juan de Sámano y lo enviaron a Quito. Montes lo confinó al calabozo donde habían sido asesinados Morales y Quiroga, luego lo remitió al Convento de Agustinos Descalzos de la Capital y, más tarde, se lo desterró a Lima<sup>95</sup>.

- Fray José Barona, cura de Guamote y Cebadas, insurgente seductor y predicador. Colaboró con el corregidor Pedro Montúfar (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 42).

- Fray Tomás López Pardo, como provincial de su comunidad tomó parte en las transformaciones del 10 de Agosto de 1809. Facilitó el uso de la Sala Capitular de su convento para la célebre sesión pública del 16 de agosto de ese año en la cual los estamentos de la sociedad se adhirieron a la Junta Suprema. Con la llegada de Montes trató de salvar el archivo de la comunidad trasladándolo a la vicaría de Santa Bárbara de Cajas en donde fue asaltado por las tropas realistas; a más de llevarse dinero y otros objetos tomaron varios de los libros becerros para con su papel hacer cartuchos que se utilizaron en la batalla de San Antonio (Toro, 1934: 115).

- Fray Alejandro Rodríguez, prior del Convento de Quito, insurgente seductor y predicador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 46).

- Fray Simón Vásquez, prior de la Recoleta de San Juan, insurgente (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 46).

- Fray Pedro Vallejo fue acusado de haber predicado en la población de Ventanas a favor de la Junta Suprema (Costales, 2008: 23).

<sup>95</sup> ANH/Q. Religiosos, Caja 78, Carpeta 4. “Testimonio que con oficio de 2 de junio de 1815 pasó a este gobierno el de Panamá comunicando que el padre Fray Mariano de San Antonio, agustino descalzo se le dio pasaporte para que entregado al Illmo. Sr. Dr. Rafael Laso de la Vega, Obispo electo de Maracaibo, siguiese a aquel destino y que efectivamente salió ya”. Año de 1815.

## **Dominicos**

- Fray Raimundo Gavilanes. Fue párroco de Píllaro en 1812 y fue trasladado por Montes a Cotacollao (Toro, 1934: 79).

- Fray José Mantilla, cuya función eclesiástica se desconoce, fue desterrado desde Cuenca a España por hablar a favor de la causa republicana (Toro, 1934: 124).

- Fray Manuel Montanero y Acevedo fue perseguido por Montes (Costales, 2008: 23).

- Fray Mariano Murgüeitio, del Colegio Real de San Fernando, insurgente seductor y predicador (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 50).

- Fray Antonio Ortiz, catedrático de Filosofía en la Universidad de Santo Tomás de Quito. Insurgente seductor de condición feroz y sanguinaria, confidente de Nicolás de la Peña (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 48).

- Fray Sebastián Solano, español, canciller de la Universidad de Santo Tomás de Aquino. Promotor de los insurgentes (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 48).

- Fray José Vargas, estando de coadjutor en Perucho fue traído preso a la Capital en tiempos de Montes (Toro, 1934: 231).

- Fray Manuel Valencia, natural de Popayán, del Colegio Real de San Fernando. Insurgente, seductor y predicador; estuvo en la expedición contra Pasto (Núñez del Arco, en Barrera, 1940: 50).

## **Otros frailes**

- Fray José Mariano del Rosario, cuya función eclesiástica se desconoce. Fue cirujano del ejército patriota durante la acción en Mocha, que resistía la entrada de Montes a Quito (Andrade, 1909: 109).

- Fray Gregorio Navarro, cuya función eclesiástica se desconoce. Fue acusado por el fiscal San Miguel el 4 de mayo de 1813 de haber participado en conversaciones sediciosas con don Manuel Viteri y con el escribano Javier Saona, a quienes debía procesar el corregidor de Latacunga (Barrera, 1941: 233-237).

Pero hubo también religiosos, tanto seculares como regulares, que se opusieron a los movimientos insurgentes y actuaron con el mismo entusiasmo defendiendo su criterio, tema que está pendiente de revisión dentro de la historiografía ecuatoriana.

## REFLEXIONES FINALES

Poco sabemos sobre la ideología política del clero en su conjunto, al momento de producirse las revueltas quiteñas que arrancaron el 10 de agosto de 1809. No obstante, los textos de los religiosos que prepararon los tres proyectos de Constitución que se discutieron en el Congreso de Quito de 1812 permiten concluir que tenían ideas claras sobre republicanismo, democracia, representatividad y división de poderes. También podemos conocer los conceptos políticos que manejó el obispo José Cuero y Caicedo a través de sus comunicaciones oficiales y a través de los documentos redactados por él mismo para su defensa. Los sermones también nos permiten avizorar las ideas de quienes los escribieron o pronunciaron. Pero son una minoría y queda por descubrir y estudiarse este tema con respecto a la gran mayoría de eclesiásticos que actuaron a favor y en contra de los movimientos autonomistas e independentistas.

El clero criollo se desenvolvía en un escenario marcado por la insatisfacción y la crisis económica. Desde finales del siglo XVIII, la economía de la Audiencia de Quito estuvo marcada por la estrechez, la poca producción y por una actividad comercial desminuida. Dentro de esa coyuntura de crisis, varias veces las rentas eclesiásticas habían sido afectadas y se había exigido al clero contribuciones extraordinarias, solicitadas por la Real Hacienda, con el propósito de colaborar con los gastos que la Corona debía cubrir para atender sus conflictos bélicos internacionales con sus consuetudinarias potencias enemigas Francia e Inglaterra.



Por otra parte, en los años inmediatamente anteriores a los sucesos, no había existido puntualidad por parte de la Real Caja en el pago los estipendios correspondientes a los beneficios eclesiásticos que estaban entregados a los seculares, cuyo pago era canalizado por el erario público toda vez que para la época los Diezmos se manejaban desde la Real Hacienda. Buena parte del clero secular estaba pobre, particularmente los párrocos y doctrineros de jurisdicciones eclesiásticas alejadas de los centros urbanos.

Los regulares, al interior de sus comunidades, mantenían el mismo problema de la falta de armonía que encararon en siglos anteriores: el sistema de la alternativa no había logrado sus propósitos y, al contrario, la vida conventual era tensa por los enfrentamientos y desequilibrios entre frailes criollos y peninsulares.

Luego de la matanza del 2 de agosto de 1810, y tras el asesinato de los principales ideólogos de la proclama del 10 de agosto de 1809, el clero tomó protagonismo en un movimiento sostenido, que se mantuvo hasta fines de 1812, por sostener la autonomía gubernativa de Quito con respecto a la Regencia. Esta última, en la Península, se enfrentaba a la inestabilidad y a la inseguridad por el avance y expansión de la invasión francesa. De parte de los individuos del clero quiteño criollo surgieron los primeros proyectos constitucionales para la administración del Quito independiente. Varios religiosos ejercieron funciones en la administración pública como resultado de esa transformación.

Sin lugar a dudas el obispo José Cuero y Caicedo fue el personaje fundamental alrededor del cual se aglutinó la mayor parte del clero diocesano en unidad de intereses y objetivos. Unos seguirían al prelado compartiendo sus ideas, otros, sin duda lo harían por obediencia. La mayoría de curas y frailes eran criollos y nativos de la Audiencia de Quito; los hubo también provenientes de las audiencias vecinas y de España. Desde un comienzo el prelado mantuvo una adecuada y fluida comunicación con su clero, lo que le permitió transmitir noticias, armonizar procedimientos, unificar actitudes y posiciones. Por otra parte -y una vez que alcanzó a detentar al mismo tiempo la presidencia de Quito y el obispado- destinó las rentas de su Iglesia para el sostenimiento del ejército, pidió contribuciones económicas al

clero regular y secular, destituyó de sus beneficios a los religiosos que se resistían y eran opuestos al gobierno independiente, amenazó con excomunión a los clérigos que rehusaban adherirse a la causa nacional y a salvar la Junta, vigiló al clero realista y a muchos de ellos persiguió, organizó un batallón de indígenas que puso bajo las órdenes de su sobrino - el provisor Manuel José Caicedo y Cuero- y favoreció el reclutamiento de soldados. Puede decirse que la mayoría de sacerdotes del clero secular en el Obispado de Quito eran defensores del sistema republicano; unos seguramente por convicción y otros por seguir las instrucciones de Cuero y Caicedo. Esta adhesión fue muchas veces paulatina, pues, en un comienzo varios respaldaron al sistema colonial; pero, con el desenvolvimiento de los acontecimientos miraron hacia el lado republicano y siguieron a su portavoz.

La actuación de los regulares fue paralela a la del clero secular. Las comunidades que poseían bienes dispusieron de ellos para sostener a los rebeldes, sus conventos fueron lugares de conspiración y de refugio para los perseguidos. Los franciscanos se distinguieron convenciendo con entusiasmo a los feligreses, predicando en los púlpitos, saliendo en comunidad por las calles como tribunos a exhortar y animar a las gentes a tomar las armas y sostener la guerra. Ellos mismos llevaban armas y actuaban como jefes de las expediciones. Los franciscanos realistas fueron perseguidos por los mismos hermanos de comunidad y por el pueblo. Los mercedarios actuaron dentro de los mismos esquemas que los franciscanos, con el mismo entusiasmo convenciendo al pueblo, llevando armas y comandando tropas.

Los agustinos fueron en su mayoría insurgentes y procedieron al igual que las dos órdenes mencionadas anteriormente. Había pocos seductores en la orden de Santo Domingo; sin embargo, se debe recordar la puesta en escena de obras teatrales de Voltaire y otros ilustrados -en el Colegio San Fernando, regentado por los predicadores- para recibir a autoridades coloniales. Los betlemitas y los camilos fueron realistas. Tanto al clero quiteño como a los demás individuos de la sociedad, Nuñez del Arco -procurador general síndico de Quito- los clasificó, como ya ha sido anotado, en insurgentes seductores o predicadores, insurgentes, feroces, indiferentes, tribunos, tolerantes, realistas y realistas fieles.

Entre 1811 y 1812, las casas parroquiales de la Capital se convirtieron en espacios en donde se desarrollaron las primeras prácticas electorales para la representación democrática del pueblo ante el Congreso. Los párrocos convocaron a las cabezas de familia para la designación de representantes quienes a su vez, con los respectivos curas, debían elegir a los diputados que representarían a esas jurisdicciones en el Congreso.

Ante la opinión de las autoridades coloniales, el clero revolucionario, sea de origen criollo o peninsular, era el cura o el fraile de “conducta sediciosa y criminal” que se distinguió como tribuno, organizó una milicia o apareció armado comandando una tropa. Era el religioso sanguinario contrario a la paz y a la caridad. Era también insurgente seductor, donante voluntario a favor de la causa, proveedor de víveres y ropa para las tropas, colaborador de los Montúfar, predicador de la causa, fomentador de las expediciones contra Pasto o Cuenca, actor en las campañas de Mocha o Hualupana contra las tropas realistas, el que reconoció a la Junta aceptando a la autoridad intrusa impuesta por los revolucionarios, el que juró la Constitución de la República -la quiteña de 1812-, el que escribió “cartas seductivas y mandó a sus parroquianos a la guerra”. El tribuno feroz y sanguinario que deseaba abolir en los conventos la alternativa de criollos y europeos.

El clero realista, ante las autoridades coloniales, fue el integrado por religiosos nativos de América o peninsulares que representaban al criollo y al español fiel, que con ejemplar celo apostólico y constancia sostenía la causa del antiguo régimen, pues era la causa justa. El religioso que en los púlpitos y en consultas se manifestaba contra la sedición, hablaba sobre los ilegales y perversos procedimientos de los patriotas y denunciaba ante las autoridades oficiales los proyectos de insurrección. El que comunicaba noticias importantes a los jefes de las provincias leales al rey, denunciaba el furor de los sublevados, que tuvo que esconderse hasta la llegada de las tropas al mando de Toribio Montes, y el que se sostuvo firme en medio de la persecución de los rebeldes.

De clero surgió lo que debemos llamar recopiladores de la memoria de esa época. El provisor del Obispado, doctor Manuel José Caicedo y Cuero, sobrino del

obispo José Cuero y Caicedo, tantas veces nombrado en este trabajo, al escribir y difundir su *Viaje imaginario por las provincias limítrofes de Quito, y regreso a esta Capital* se consagró como el primer cronista de la Revolución de Quito. Como actor y testigo de esos años tan duros y difíciles en los que concluía una etapa de nuestra Historia y comenzaba otra, perpetuó en su texto importantes capítulos de esa transición y en ellos incorporó, creemos por primera vez, la presencia del pueblo, de la plebe y de los campesinos como actores sociales del período. Dentro de esta línea de recuperación de la memoria también debemos destacar a fray Joaquín Yáñez, dominico, que en la época a la que nos referimos recopiló la poesía popular que se produjo y circuló en Quito en esa coyuntura histórica<sup>96</sup>.

El discurso de buena parte de los eclesiásticos insurgentes se apoyaba en la defensa de la religión, los derechos del rey, los de la Patria y en hacer guerra mortal a todos sus enemigos, principalmente franceses. La figura de Napoleón Bonaparte fue satanizada por numerosos religiosos —tanto realistas como rebeldes— y a ella recurrieron para conmover a sus feligreses, para organizar y armar la defensa. Bonaparte estaba lejos, pero los curas lo presentaban con sombríos perfiles y como si sus agentes y sus fuerzas estuviesen actuando e influyendo en varias ciudades de América, con la complicidad de las autoridades realistas nombradas por la Regencia. Indulgencias, excomuniones, escapularios, novenas, misas, rogativas y procesiones y otras prácticas piadosas públicas y domésticas fueron también parte de esa coyuntura. Al decidir dar el golpe revolucionario, la noche del 9 de agosto de 1809, los conspiradores, a pedido Manuel Quiroga, rezaron de rodillas una “Salve” a la Virgen por el éxito de la empresa. La táctica usual de los religiosos más radicales y rebeldes era levantar al vecindario al motín. Al paso por donde iban exhortaban a los habitantes a unirse para defender la región de la invasión de las tropas realistas.

Ante la crisis de la Regencia, el clero quiteño, entre 1811 y 1812, se constituyó en el principal actor social que colaboró, en primera línea, con los líderes laicos sobrevivientes a la masacre de 1810. Llenaron el vacío de poder dejado por las autoridades centrales. El clero era la clase dirigente que reemplazó el liderazgo de

---

96 Remitirse a Mera, s/f: 241, en “Apéndice. Antiguallas curiosas”.

la elite social en torno a la cual gravitó la revuelta de 1809. Prácticamente el Quito independiente, entre 1811 y 1812, estuvo administrado por eclesiásticos. Curas y frailes hicieron esfuerzos por mantener unida a la sociedad alrededor del movimiento autonomista y eso lo lograron por la poderosa influencia que tenían sobre todos. Curas y frailes hicieron posible la incorporación de los sectores populares urbanos y de los sectores campesinos a la causa. Utilizaron todos los medios posibles, no siempre todos acordes con su estado. Al iniciarse la invasión de Toribio Montes, el poder estaba en los religiosos y ellos respondieron conforme a las circunstancias. El clero tuvo visión para incorporar y aliarse con los sectores marginales y campesinos.

La palabra y el ejemplo de individuos del clero quiteño contribuyeron para exaltar y sostener el ánimo revolucionario. Curas y frailes, al acaudillar a sus feligresías para enrolarse en tropas improvisadas para la defensa de las “Provincias Libres” de Quito, se consagraron no solamente como un soporte moral de los insurgentes sino también como proveedores de recursos económicos, materiales, y espirituales, necesarios para el sostenimiento de la causa.

Creemos que es necesario hacer una revisión más detenida sobre la actuación de Toribio Montes. Sopesar su actuación a lo largo de su administración de la Presidencia de Quito, 1812-1817, más allá de la imagen de invasor sanguinario que es la que nos ha sido transmitida por la historiografía nacional. Si bien es verdad que los primeros años de su gobierno se ensombrecieron por persecuciones y ejecuciones ordenadas por él, hay que reconocer que a partir de 1813 optó por una posición conciliadora y de búsqueda de diálogo; disminuyó el tiempo de los encarcelamientos de los patriotas detenidos y los destierros decretados se prefirieron hacer en lugares menos distantes a los propuestos por las autoridades realistas que intervinieron en los juicios. Estas decisiones se pueden apreciar en varios de los procesos seguidos contra los religiosos enjuiciados por haberse involucrado en las sublevaciones y, además, en varios casos, se ordenó el reintegro de los estipendios completos que se les adeudaba desde que fueron detenidos.

El patriotismo criollo estuvo marcado por la religión: se luchaba por la religión y por la Patria. La reacción de la Iglesia a favor del movimiento independentista

nació de la necesidad de la defensa, preocupaba la sobrevivencia del catolicismo ante el proyecto liberal y anticlerical de Napoleón. Bonaparte mantenía preso al papa Pío VII en Francia: la cabeza de la Iglesia no estaba libre<sup>97</sup>. Al producirse el levantamiento revolucionario de Quito en 1809, la religión mantenía su peso y era un elemento de cohesión social. Los líderes locales se empeñaron en asegurar la simpatía de la Iglesia. Había que defender al rey, la religión y la Patria.

Las guerras de liberación llevaron a la Iglesia colonial a una profunda crisis que afectó todos los campos de la labor eclesiástica. La Iglesia entró en una etapa crítica económica y disciplinar. El apoyo ideológico y económico eclesiástico fue decisivo —pero exclusivo, como bien se dijo al principio de este estudio— para el movimiento emancipador del futuro Departamento de Sur de la Gran Colombia, más tarde Ecuador.

---

97 Para esa época, en Quito se dudaba de la supervivencia del papa. En un documento de 1810, Cuero y Caicedo manifestaba: “Se duda fundamentalmente del lugar y física existencia del Santísimo Padre” (Archivo del Sagrario de Quito, “Libro de Informaciones Matrimoniales 1806-1810”, Documento 15).

## FUENTES PRIMARIAS

### Archivo Nacional de Historia / Quito (ANH/Q)

Cedularios N° 19, documento 40.

Cedularios N° 20, carpeta 22.

Religiosos Caja 74, carpeta 6. “Expediente de queja que hace el Ilustrísimo Señor Obispo de esta Santa Iglesia Catedral doctor don José Cuero y Caicedo por el irrespeto con que miran los juzgados a su jurisdicción y curia eclesiástica”. Escribanía del Subteniente de Caballería don Tomás de León y Carcelén, 1807.

Religiosos Caja 75 Carpeta s/n. “Expediente sobre la vacante del Ilustrísimo Señor Doctor Don José Cuero y Caicedo”.

Religiosos, Caja 77, carpeta 2. “Expediente del doctor don Francisco Xavier Benavides, Cura de Asancoto, jurisdicción de Quito para que se exhorte al Ilustrísimo Obispo de esa ciudad a fin de que suspenda el concurso”, 1813.

Religiosos, Caja 77, Carpeta 1. “Reclamo documentado del cura de Asancoto don Francisco Javier Benavides sobre la satisfacción de estipendios”, 1814.

Religiosos, Caja 76, Carpeta 8. “Carta de varios eclesiásticos sobre el nombramiento del Provisor del Obispado, Quito 20 de diciembre de 1812”.

Religiosos, Caja 78, carpeta 4. “Testimonio que con oficio de 2 de junio de 1815 pasó a este gobierno el de Panamá comunicando que el padre Fray Mariano de San Antonio, agustino descalzo se le dio pasaporte para que entregado al Ilustrísimo señor doctor Rafael Laso de la Vega, Obispo electo de Maracaibo, siguiese a aquel destino y que efectivamente salió ya”, 1815.

Religiosos, Caja 77, carpeta 11. “Autos seguidos por el licenciado don Joaquín Enríquez de Guzmán, Cura propio de la doctrina de Cumbayá, sobre vindicarse de las imputaciones que causaron su separación del beneficio”, 1813.

Religiosos 76, carpeta 5. “Testimonio de los reclamos hechos al Gobierno de Panamá por el cura de la doctrina de Quero de esta diócesis, don Juan Alarcón Presbítero, sobre que se le conceda pasaporte para regresar a su Patria de donde se halla relegado, el cual remitió con oficio el Señor Gobernador de aquella plaza el 16 de junio del año de 1815”.

Religiosos Caja 78, carpeta 6. “Expediente relativo a los reclamos así del doctor don Próspero Vásquez, Cura de la Doctrina de Guanujo, como de los feligreses, tanto sobre sincerar el manejo y conducta del dicho cura, como en la solicitud de que le restituya al expresado beneficio 1816”.

Religiosos Caja 78, carpeta 7. “Auto seguido por el doctor don Joaquín Veloz sobre se le satisfagan los estipendios como cura de San Blas. Escribanía de la Real Hacienda año de 1816”.

Religiosos Caja 75, carpeta s/n. “Autos seguidos contra fray José Pinto O.M. coadjutor del doctor don Peñaherrera cura de Píllaro, se le acusó de animar a las gentes y predicar contra las tropas del rey 30 de enero de 1813”.

### **Archivo del Convento de San Francisco (AOF/Q).**

Serie 9, Carpeta 11, Carta de Villalengua al Provincial de San Francisco.

### **Archivo del Convento de la Merced**

Cuentas de 1800 a 1820 - Correspondencia

### **Archivo de la Curia Metropolitano de Quito**

Serie Gobierno

### **Archivo del Sagrario de Quito**

“Libro de Informaciones Matrimoniales 1806-1810”, Documento 15.

### **Archivo Metropolitano de Historia**

Serie Documentos sobre la Revolución de Quito de 1809, del 1ro al 6to volumen.



## **Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador: Fondo Jacinto Jijón y Caamaño (Fondo Antiguo)**

Informes del oficial Juan Celis y del comandante Manuel Arredondo sobre el asalto al cuarte del Real de Lima en Quito el 2 de agosto de 1810. Quito 18 de agosto de 1810. Tomo 4-24.

Expediente promovido por don Antonio Haro sobre que don Juan Salinas y otros están preparando una nueva revolución. Quito 19 de abril de 1810. Tomo 5-13.

Representación de don Víctor Félix de San Miguel para prohibir la impresión de papeles relativos a la revolución del 10 de agosto. Quito 15 de noviembre de 1809. Tomo 9-38.

El cura de Chimbacalle, don Felipe Jiménez, al Presidente de Quito: sobre haberse jurado la constitución. Chimbacalle 11 de junio de 1813. Tomo 9-70.

Estado general de los empleados de Quito y su primicia en lo político, económico, real hacienda y militar, con notas exactas de la conducta que han observado durante la revolución de Quito y sus dominios. Realistas e insurgentes. Son 565 individuos calificados, de los cuales 223 eclesiásticos. Informe de don Ramón Núñez del Arco. Quito 22 de marzo de 1813. Tomo 10-38.

Representación del obispo Cuero y Caicedo a Ruiz de Castilla sobre su conducta en el 10 de agosto de 1809. Quito 21 de mayo de 1810. Tomo 12-84.

Relación de los sucesos de la revolución del 10 de agosto en Quito. 1809, s/l-s/f, 1809. Tomo 27-214.

José Abascal a Ruiz de Castilla imparte algunas disposiciones referentes a la pacificación de Quito, s/l-s/f, 1809. Tomo 27-215.

Don José de Abascal al gobernador de Cuenca, sobre reducir a los a los insurgentes de Quito. Lima, 7 de noviembre de 1809. Tomo 30 – 20.

## BIBLIOGRAFÍA

### ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA:

“Documentos Históricos para la Historia del 10 de Agosto de 1809”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia* N° 100, Julio - Diciembre de 1962, Vol. XLIV, La Prensa Católica, Quito 1962, pp. 291-296.

“Documentos Históricos para la Historia del 10 de Agosto de 1809”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia* N° 101, Enero - Junio de 1963, Vol. XLV, La Prensa Católica, Quito 1963, pp. 119-133.

**ANDRADE**, Manuel de Jesús: *Próceres de la Independencia*, Tipografía y Encuadernación de la Escuela de Artes y Oficio, Quito, 1909.

**ANDRADE**, Roberto: *Historia del Ecuador, primera parte*, Corporación Editora Nacional, Gráficas Señal Quito, 1982.

**BARRERA**, Isaac J.: “El obispo José Cuero y Caicedo”, en *Boletín de la Academia Nacional de historia*, Vol. XIV, Escuela Tipográfica Salesiana, Quito, 1936.

**BARRERA**, Isaac J.: “Informe del Procurador General, Síndico personero de la ciudad de Quito, Ramón Núñez del Arco, 1813” (separata), en *Boletín de la Academia Nacional de Historia* N° 56, Vol. XX, julio-diciembre, 1940, Separata, Litografía e Imprenta Romero, Quito 1940.

**BARRERA**, Isaac J.: “Documentos Históricos. Los Hombres de Agosto. Juicios seguidos a los Próceres”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, N° 57, Vol. XXI, Enero-Junio, 1941, Litografía e Imprenta Romero, Quito 1941, pp.106-126; N° 58, Vol. XXI, Julio-Diciembre, 1941, pp. 223-264, Litografía e Imprenta Romero, Quito, 1941; N° 59, Vol. XXII, Enero-Junio de 1942, Litografía e Imprenta Romero, Quito 1942, pp. 103-118; N° 60, Vol. XXII, Julio-Diciembre de 1942, pp. 249-264,

Litografía e Imprenta Romero, Quito, 1942; N° 73, Vol. XXXI, Enero-Junio, 1949, pp. 93-127, Litografía e Imprenta Romero, Quito, 1949.

**BARRERA**, Isaac J.: *Ensayo de Interpretación Histórica, Introducción a los acontecimientos del 10 de Agosto de 1809*, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1959.

**BONILLA**, Heraclio, CHAUNU, Pierre, y otros: *La Independencia en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1981.

**BORJA**, Luis Felipe: “Relación de las exequias que solemnizó la Capital de Quito el día tres de agosto de 1811 en memoria y para sufragio de las víctimas sacrificadas el dos del propio mes del año anterior por la bárbara crueldad de la tropa de Lima”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia* N° 40-41, Vol. XIV, Julio-Diciembre de 1936, Escuela tipográfica Salesiana, Quito 1936, pp. 30-35.

**BORRERO**, Manuel María: *La Revolución Quitana*, Editorial Espejo, Quito, 1962.

**BUSTOS** Lozano, Guillermo, Editor: *La Revolución de Quito 1809-1812*, Corporación Editora Nacional, Diario El Comercio y Universidad Andina Simón Bolívar. Diario El Comercio, Quito 2009.

**CAICEDO**, Manuel José: *Viaje imaginario por las provincias limítrofes de Quito, y regreso a esta capital*, en *Cronistas de la Independencia y de la República*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial J. M. Cajica Jr. S.A., Puebla-México, 1960.

**COLECCIÓN ECUADOR**, Testimonio de Autores Extranjeros: *La Revolución de Quito 1809-1822. Según los primeros relatos e historias de autores extranjeros*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1982.

**CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA**, Promulgada en Cádiz a 19 de Marzo de 1812, Cádiz en la Imprenta Real año de 1812, Facsímil de la Primera Edición Publicada en Cádiz en 1812, Librería Raimundo, Cádiz 2001, Talleres de Torreblanca Impresores, Madrid 2001.

**COSTALES** Samaniego, Alfredo, COSTALES Peñaherrera, Dolores: *Insurgentes y realistas: La revolución y contrarrevolución quiteñas, 1809.1822*, Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural-FONSAL, Biblioteca del Bicentenario de la Independencia N° 9, Trama, Quito, 2008.

**FISHER**, John, MALAMUD, Carlos: *Historia de Iberoamérica, Tomo II, Historia Moderna*, Ediciones Cátedra S.A., Madrid, 1990.

**FREILE** G., Carlos E.: *Eugenio Espejo Precursor de la Independencia (Documentos 1794.1797)*, Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural-FONSAL, Biblioteca del Bicentenario de la Independencia N° 12, Noción Imprenta, Quito, 2009.

**FREILE**, Carlos: *Hitos de la Historia de la Iglesia en el Ecuador*, Academia Ecuatoriana de Historia Eclesiástica, Imprenta Don Bosco, Quito, 2010.

**GARCÉS**, Jorge: “Documentos sobre la Independencia 2. Carta de Don Mariano Battallas al Doctor Don Mauricio Salazar”, 22 de agosto de 1809, en *Gaceta Municipal*, Año XXVI, N° 96, Quito, 24 de mayo de 1940, pp. 89-90.

**GÓMEZJURADO**, Miguel A.: *Galería de ibarreños notables*, Tipografía Proaño e Hijos, Ibarra, 1972.

**GUERRA** Bravo, Samuel: *La filosofía en Quito Colonial 1534-1767, sus condicionamientos históricos y sus implicaciones socio-políticas*, PUCE, Departamento de Filosofía, Quito, 1976.

**HIDALGO** Nistri, Fernando, Comp.: *Compendio de la Rebelión de la América: Cartas de Pedro Pérez Muñoz sobre los acontecimientos en Quito de 1809 a 1815*, Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural-FONSAL, Biblioteca del Bicentenario de la Independencia N° 11, Noción Imprenta, Quito, 2008.

**JARAMILLO** Alvarado, Pío: “Apuntamientos para el Estudio de la Revolución del 10 de Agosto de 1809”, en el *Boletín de la Academia Nacional de Historia*,

Nº 94, Vol. XXXX, julio - diciembre, 1959, pp. 243- 264, La Prensa Católica, Quito, 1959.

**JJÓN** y Caamaño, Jacinto: *Quito y la independencia de América “Discurso”*, Academia Nacional de Historia, Imprenta de la Universidad Central del Ecuador, Quito, 1922.

**JJÓN** y Caamaño, Jacinto:

“Influencia de Quito en la Emancipación del Continente Americano”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Vol. VIII, Nº 21, 22 y 23 pp. 40-94, Imprenta de la Universidad Central del Ecuador, Quito, 1924.

**KEEDING**, Ekkehart: “El catedrático revolucionario de la Universidad Colonial de Quito Miguel Antonio Rodríguez”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Vol. LVII, Nº 122, p. 162-165, Editorial Ecuatoriana, Quito, 1973.

**KEEDING**, Ekkehart: “*Sobre un sermón del P. Arízaga, mercedario, en 1812*”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Nº 127-128, Vol. LIX, enero-diciembre, 1976, pp. 191-195, Imprenta Minerva, Quito, 1976.

**KEEDING**, Ekkehart: *Surge la nación. La ilustración en la Audiencia de Quito*. Banco Central del Ecuador, Quito, 2005.

**LANDÁZURI** Camacho, Carlos: “La Independencia del Ecuador (1808-1822)”, en Enrique Ayala Mora Lara, Edit., *Nueva Historia del Ecuador, Vol. 6 Independencia y Período Colombiano*, Corporación Editora Nacional-Grijalbo, Quito, 1989.

**LARREA**, Gregorio de: “Un clérigo patriota: el Doctor Don José de Salazar y Rivera”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Vol. LXXXIX, Nº 182, pp. 193-198, PPL Impresores, Quito, 2010.

**LÓPEZ-OCÓN** Cabrera, Leoncio: “El protagonismo del clero en la Independencia Quiteña (1809-1812)”, en *Revista de Indias*, Vol. XLVI, Nº 177, Madrid, 1977.

**LOOR MOREIRA**, Wilfrido: *Estudios Históricos*, Colección Grupo Aymesa, Vol. XVI, Nina Comunicaciones, Quito, 1996.

**LUCENA** Salmoral, Manuel, Coordinador, PÉRE-MALLAINA, Pablo, RAMOS Pérez, Demetrio, GUTIÉRREZ Escudero, Antonio, MIJARES, Lucio, SANZ, TAPIA, Ángel, FISHER John y MALAMUD Carlos: *Historia de Iberoamérica*, Tomo II, *Historia Moderna*, Sociedad Estatal para la Ejecución del Programa del Quinto Centenario - Ediciones Cátedra S. A., Historia Serie Mayor, Madrid, 1990.

**LYNCH**, John: “La Iglesia y la Independencia Hispanoamericana, en Pedro Borges, Edit. *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas*, Tomo I, BAC Maior 37, Madrid, 1992.

**LYNCH**, John: *Las revoluciones Hispanoamericanas 1808-1826, Nueva edición ampliada*. Ariel Historia, Editorial Ariel S.A., Barcelona, 2007.

**MERA**, Juan León: *Cantares del Pueblo Ecuatoriano*, Banco Central del Ecuador-Impresora Nacional Cia. Ltda., Quito, s.f.

**MONGE**, Celiano: *Relieves (Artículos Históricos), Publicaciones de la Academia Ecuatoriana de la Lengua Correspondiente a la Española*, Editorial Ecuatoriana, Quito, 1936.

**MONGE**, Celiano: “Documentos Históricos”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, N° 46-49, Vol. XVI, Julio-Diciembre de 1937, Talleres Gráficos Romero, Quito 1937, pp. 86-97.

**MORENO** Egas, Jorge a): “La presencia de los doctores José Bernardo Arias y Vicente Acevedo en la gesta de la Independencia”, en *Revista del Instituto de Historia Eclesiástica Ecuatoriana* N° 9, pp. 141- 163, Ediciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito, 1988.

**MORENO** Egas, Jorge b): *Vecinos de la Catedral de Quito fallecidos entre 1801 y 1831*, Offset Ecuador, Quito, 1988.

**MUÑOZ** Vernaza, Alberto: “Mi homenaje a Quito, Documentos Históricos”, en *Gaceta Municipal*, Año XXXII, N° 115, Quito 30 de noviembre de 1948, Quito 1948, pp. 225-236.

**NAVARRO**, José Gabriel: *La Revolución de Quito del 10 de Agosto de 1809*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Quito, 1962

**NÚÑEZ** Sánchez, Jorge: “Marco internacional del proceso independentista latinoamericano”, en Enrique Ayala Mora Lara, Edit., *Nueva Historia del Ecuador, Vol. 6 Independencia y Período Colombiano*, Corporación Editora Nacional-Grijalbo, Quito, 1989.

**ORTIZ CRESPO**, Gonzalo: “La conspiración de Chillo”, en *Revista de la Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior Ecuatoriano (AFESE)*, 51 Edición Especial, Editorial Eurocolor, Quito, 2009, pp. 89-103.

**OSPINA** Peralta, Pablo: “‘Habiendo roto el freno de la obediencia’: Participación indígena en la insurgencia de Quito, 1809-1812”, en *Procesos Revista Ecuatoriana de Historia*, I semestre 2009, N° 29, Universidad Andina Simón Bolívar, TEHIS y Corporación Editora Nacional, Quito 2009.

**PALADINES** Escudero, Carlos (Estudio Introductorio): *El movimiento ilustrado en la Independencia de Quito* Biblioteca del Bicentenario de la Independencia N° 17, FONSAI – Noción Imprenta, Quito, 2009.

**PONCE** Leiva, Pilar: “La Revolución de Quito, 1809-1812: luces y sobras en su bicentenario” en *Revista de la Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior Ecuatoriano (AFESE)*, 52 Camaleón Diseño Visual, Quito, 2009, pp. 231-248.

**PONCE** Ribadeneira, Alfredo: *Quito: 1809-1812, según los documentos del Archivo Nacional del Madrid*, Talleres Tipográficos del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, Madrid, 1960.

**PRIEN**, Hans-Jürgen: *La Historia del Cristianismo en América Latina*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1985.

**RAMOS** Pérez, Demetrio: *Entre El Plata y Bogotá, cuatro claves de la emancipación ecuatoriana*, Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, Madrid, 1978.

**REAL ACADEMIA ESPAÑOLA**: Diccionario de Autoridades, Edición Facsímil, “*Diccionario de la Lengua Castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las phrasas o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua. Dedicado al Rey Nuestro Señor Don Phelipe V (Que Dios guarde) a cuyas reales expensas se hace esta obra. Compuesto por la Real Academia Española, con privilegio, En Madrid: En la Imprenta de la Real Academia Española: Por los Herederos de Francisco del Hierro. Año de 1737*” Editorial Gredos, Madrid S.A., 2002.

**RODRÍGUEZ O.**, Jaime E.: *La rebelión política durante la Independencia. El Reino de Quito, 1808-1812*, Universidad Andina Simón Bolívar - Corporación Editora Nacional, Biblioteca de Historia N° 20, Quito, 2006.

**ROIG**, Arturo Andrés: *Humanismo en la segunda mitad del siglo XVIII, segunda parte, del proyecto autonomista al independentista*, Banco Central del Ecuador – Corporación Editora Nacional, Quito, 1984.

**RUMAZO** González, Alfonso: *Simón Rodríguez, Maestro de América (biografía)*, Trilogía Alfonso Rumazo González, Ministerio de Cultura, GM Láser Industria Gráfica, Quito, 2009.

**SALAZAR** Garcés, Sonia y SEVILLA Naranjo, Alexandra: *Mujeres de la Revolución de Quito*, Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural-FONSAL, Biblioteca del Bicentenario de la Independencia N° 15, Biblioteca Básica de Quito N° 29, Noción Imprenta, Quito, 2009.



**SALVADOR LARA**, Jorge: *La Patria Heroica, (Ensayos críticos sobre la Independencia)*, Editorial Quitumbe, Quito, 1961.

**SALVADOR LARA**, Jorge: “Carta al doctor Manuel María Borrero, julio de 1959”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, N° 94, Vol. XXXX, julio-diciembre, 1959, pp. 232-237, La Prensa Católica, Quito, 1959.

**SOASTI** Toscano, Guadalupe: *Guía descriptiva Bibliográfica y documental sobre la Independencia en el Ecuador*, Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural-FONSAL, Trama 2007, Quito, 2009.

**STEVENSON**, William Bennet: “Narración histórica y descriptiva de veinte años de residencia en Sudamérica”, en Jorge Salvador Lara, edit., *La Revolución de Quito 1809-1822, según los primeros relatos e historias de autores extranjeros*, Corporación Editora Nacional Quito, 1982.

**TOBAR** Donoso, Julio: *La Iglesia Modeladora de la Nacionalidad*, La Prensa Católica, Quito, 1953.

**TORO** Ruiz, Isaías: *Más Próceres de la Independencia*, Tipografía del Colegio Vicente León, Latacunga, 1934.

**TORRE** Reyes, Carlos de la: *La Revolución de Quito del 10 de Agosto de 1809, sus vicisitudes y su significación en el proceso general de la emancipación hispanoamericana*, Talleres Gráficos de Educación, Quito 1961.

**TRES MIRADAS AL PRIMER GRITO DE LA INDEPENDENCIA**, Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural-FONSAL, Biblioteca del Bicentenario de la Independencia N° 19, Noción Imprenta, Quito, 2009.

**VÁSQUEZ** Hahn, María Antonieta y KEEDING, Ekkehart: *La Revolución en las Tablas. Quito y el Teatro Insurgente 1800/1817*, Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural-FONSAL, Biblioteca del Bicentenario de la Independencia N° 18, Biblioteca

Básica de Quito N° 31, Noción Imprenta, Quito, 2009.

**VELARDE**, Segovia Patricio: Del río Toachi al Cuartel Real de Lima, Santo Domingo de los Colorados y su presencia en la gesta libertaria del al de Agosto de 1809. El juicio de José de Salazar cura de Santo Domingo de los Colorados (1806-1813), Gobierno Provincial de Santo Domingo de los Tsáchilas, Comité Presidencial del Bicentenario, Gráficas Iberia, Quito 2009.

**VV. AA.:** Actores y procesos de la Revolución Quiteña, FONSAL - Multimedios 106, Biblioteca del Bicentenario de la Independencia N° 21, Noción Imprenta, Quito, 2009.

Entre 1809 y 1812, el sector eclesiástico desempeñó papel importante en el desarrollo de la revolución quiteña. La historiografía ecuatoriana poco ha difundido la acción de numerosos miembros del clero en los procesos de transición de la colonia a la república. Curas y frailes, junto a miembros laicos de la élite, estuvieron presentes en las conspiraciones que condujeron a la proclama del 10 de agosto de 1809. Luego de la matanza del 2 de agosto de 1810 en la que fueron asesinados los principales ideólogos del golpe revolucionario del año anterior, el clero, con el obispo José Cuero y Caicedo a la cabeza, fue tomando cada vez mayor protagonismo, en un movimiento sostenido y firme por mantener la autonomía gubernativa de Quito frente al gobierno central español. Buena parte de los religiosos de las provincias libres de Quito, seculares y regulares, criollos en su mayoría, se esforzaron por aglutinar a los sectores populares y campesinos alrededor del gobierno autónomo presidido por el obispo. Por iniciativa del prelado se convocó en 1811 al primer Congreso que al año siguiente, 1812, aprobaría la primera Constitución para los territorios libres. El congreso estuvo integrado por una mayoría eclesiástica como representantes del pueblo. El texto aprobado fue preparado por el presbítero Miguel Antonio Rodríguez y los otros que se discutieron fueron también elaborados por curas. La palabra fue la principal herramienta para animar desde el púlpito, en conversaciones o como tribunos el fervor de los habitantes en favor de la causa, convocar a la resistencia y defensa de Quito frente a la invasión de las tropas realistas que llegaban para reconquistar para la monarquía los territorios autónomos. Curas y frailes enfrentaron persecuciones, prisiones y destierros, y hasta la muerte como el cura de Píntag, José Riofrío, asesinado en agosto de 1810.